IMPEDIMENTA

Claire Fuller

Tierra inestable

Traducción de Raquel Vicedo

TIERRA INESTABLE

CLAIRE FULLER

Tierra inestable

CLAIRE FULLER

Traducción del inglés a cargo de
Raquel Vicedo

IMPEDIMENTA

Título original: *Unsettled Ground*

Edición en ebook: marzo de 2023

Copyright © Claire Fuller, 2021
First published in Great Britain by Fig Tree, an imprint of Penguin Books.
Copyright de la traducción © Raquel Vicedo, 2023
Imagen de cubierta © Welder Wings, 2020
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-97-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis padres
Ursula Pitcher
y Stephen Fuller

O, will you find me an acre of land,
Savoury sage, rosemary and thyme,
Between the sea foam, and the sea sand,
Or never be a true love of mine.[1]

«Scarborough Fair»,
balada tradicional inglesa

1

El cielo de la mañana clarea y la nieve cae sobre la casa. Cae sobre el techo de paja, oculta el musgo y los daños provocados por los ratones, aplana las ondulaciones, rellena los huecos y los desperfectos, se derrite donde entra en contacto con los ladrillos de la chimenea. Se acomoda sobre las plantas y el suelo desnudo en el jardín delantero y forma un montículo perfecto sobre el poste podrido de la cerca, como si lo hubieran moldeado con una taza de té. Cubre el techo del gallinero y los del retrete y la antigua vaquería, y espolvorea el banco de trabajo y el suelo donde hace mucho tiempo se rompió la ventana. En el huerto de atrás, la nieve se cuela por los desgarrones del túnel de polietileno, enfría los plantones de cebollas a diez centímetros bajo tierra y marchita los nuevos brotes de acelgas. Solo la cabeza del último repollo de invierno se niega a sucumbir y sigue esperando con las hojas interiores rizadas, verdes y fuertes.

En la alta cama de matrimonio que hay subiendo por la escalera izquierda, Dot descansa junto a su hija adulta, Jeanie, que ronca suavemente. Algo peculiar en la luz de la habitación la ha despertado, y no logra volver a dormirse. Se levanta de la cama —las tablas del suelo están frías; el aire, aún más frío— y se pone la bata y las pantuflas. La perra —la perra de Jeanie—, un ejemplar de caza color bizcocho que duerme en el descansillo de espaldas al seno de la chimenea, levanta la cabeza a su paso como preguntando dónde va tan temprano, y la baja al no obtener respuesta.

Abajo, en la cocina, Dot atiza las brasas de la estufa y echa dentro una bola de papel, algo de fajina y un tronco. Nota un dolor. Detrás del ojo izquierdo. Entre el ojo izquierdo y la sien. ¿Tiene nombre ese lugar? Debería ir al oculista para una revisión, pero luego ¿qué? ¿Cómo va a pagar las gafas nuevas? Tiene que ir a la farmacia a por las recetas, pero le preocupa el dinero. Aquí abajo también le pasa algo a la luz. ¿Está cambiando? ¿Bajando? ¿Brillando? Se toca la sien para ubicar el dolor y entre las cortinas, por el hueco que dejan, ve que está nevando. Es 28 de abril.

Sus movimientos deben de haber despertado de nuevo a la perra, porque ahora oye arañazos en la puerta que hay al pie de la escalera

izquierda y extiende el brazo para abrirla. Observa como su mano agarra el hierro forjado, las manchas hepáticas y el patrón que dibujan los pliegues le parecen extraños, distintos a todo lo que conoce: la mecánica de sus dedos, la forma en que la piel de los nudillos se tensa sobre el hueso, que se curva en torno a la manija. La articulación se le antoja ajena: la mano de una impostora. El esfuerzo de apretar la diminuta pieza con el pulgar se le hace insoportable, siente un cansancio físico peor incluso que cuando sus mellizos tenían tres meses y nunca se quedaban dormidos al mismo tiempo, o durante aquel período terrible, después de que cumplieran doce años. Pero presiona muy concentrada y el pestillo se levanta. La perra asoma el hocico, el resto de su cuerpo va detrás. Suelta un gemido y lame la mano izquierda de Dot, que cuelga junto a su muslo, y presiona la trufa contra la palma de la mujer de modo que la mano empieza a balancearse sola, como un péndulo. El dolor aumenta y a Dot le preocupa que la perra despierte a Jeanie con sus gemidos; Jeanie, que duerme en el lado derecho de la cama doble, en el hueco que formó primero su marido, Frank, muerto hace mucho tiempo, y luego, en las raras ocasiones en que sus hijos no estaban, ese otro hombre inmencionable en casa, que es demasiado alto para esa vieja cama y no puede estirarse, y que después hundió aún más Jeanie a pesar de que es muy poquita cosa y solo probó un pedazo minúsculo del bizcocho Victoria que prepararon el mes pasado cuando Dot cumplió setenta años para la fiestecita que montaron aquí en la cocina cuando Bridget sacó el teléfono e hizo fotos de Julius con el *fiddle* y de ella con el banjo y de Jeanie con la guitarra mientras todos cantaban después de un traguito de oporto, para lubricar las cuerdas vocales, dice siempre Julius, y la sensación que tiene Dot ahora es como cuando después de la tercera copita se sintió torpe y confusa y no podía pensar con claridad y mareada dejó los restos del bizcocho sobre la mesa y esa perra traviesa se levantó sobre las patas traseras y lo furó al suelo y ellos la regañaron y se rieron hasta que el costado le… ¿golió? ¿nolió?… Todos sus seres queridos, menos uno, estaban allí con ella y la perra ladraba y saltaba y ladraba toda nerviosa y montando un escándalo como cuando sale a la nieve, y va a despertar a Julius, que tiene el sueño ligero y se sobresalta con nada.

Todos estos pensamientos y muchos más, de los que Dot apenas es consciente, le pasan por la mente mientras su cuerpo se ralentiza. Quiere quitarse este abrigo húmedo, como hacen las gallinas con las plumas en otoño. Es un peso muerto. Pesado como el plomo.

Dot cae de espaldas sobre el sofá de la cocina como si alguien hubiera extendido la palma de la mano y la hubiera empujado por el esternón. La perra se sienta sobre las patas traseras, baja la cabeza hasta la rodilla de Dot y le da golpecitos en la mano hasta que esta la

coloca entre las orejas del animal. Y entonces, todos los pensamientos de gallinas y de niños, de cumpleaños y de camas, todos los pensamientos de todo se desvanecen y callan.

Las preocupaciones de setenta años —el dinero, la infidelidad, las mentirijillas— se esfuman, y cuando se mira la mano ya no es capaz de decir dónde termina ella y dónde empieza la perra. Son una única sustancia, enorme e ilimitada, como el sofá, el suelo de piedra, las paredes, el techo de paja de la casa, la nieve, el cielo. Todo está conectado.

—Jeanie —llama, pero oye otra palabra. No está preocupada, nunca había sentido tanto amor por el mundo y por todo lo que hay en él.

La perra emite un sonido que no se parece a ningún sonido que haría un perro y retrocede, lo que obliga a Dot a retirar la mano de su cabeza huesuda. Se revuelve en el sofá, quiere volver a tocar al animal, abrazar a la perra y zambullirse en su interior. Pero cuando se inclina lo hace con demasiado ímpetu, su pie izquierdo se tuerce y resbala por el suelo. Pierde el equilibrio y cae de bruces, la mano derecha se proyecta con intención de amortiguar la caída, mientras que la otra queda atrapada debajo del pecho, el dedo con la alianza inmovilizado bajo el peso de su cuerpo. La cabeza de Dot se hunde y su frente golpea el borde del hogar, donde siempre ha habido una baldosa ligeramente levantada, y esta se mueve de modo que las herramientas de hierro para el fuego, que están colgadas junto a la estufa, caen. Un último fragmento lúcido de la mente de Dot teme que el ruido de la pala y el cepillo alteren el ritmo del corazón de su hija, hasta que recuerda que esa es la mayor mentira de todas. El atizador, que también se ha caído, rueda debajo de la mesa, se balancea una, dos veces, y se queda quieto.

2

Jeanie se despierta cuando Julius le sacude el brazo, al principio con delicadeza y luego más bruscamente. Aunque él le ha dicho que no corra, baja volando las escaleras detrás de él y el camisón aletea a su espalda. La cocina está en penumbra: las cortinas están echadas; las luces, apagadas; solo la ilumina el resplandor anaranjado que irradia el fuego de la estufa. Su madre yace bocabajo en el suelo, inmóvil. Jeanie se lleva las manos a la boca para ahogar un ruido.

—Ayúdame a darle la vuelta —dice Julius, y cuando Jeanie toca a su madre, sabe que está muerta. Dot tiene los brazos a los lados del cuerpo y los tobillos cruzados, las pantuflas se le están saliendo y, aunque lleva puesta la bata, Jeanie piensa que parece que esté tomando el sol, algo que su madre nunca habría hecho; si estás al aire libre, es porque estás trabajando.

Jeanie aparta la mirada de la herida que Dot tiene en la frente y luego, para evitar verla del todo, se tapa la cara con las manos. Entre sus dedos se filtran franjas de luz rosada, que dejan ver la cocina y segmentos del cuerpo de su madre. Cuando ella y Julius tenían doce años, en Priest's Field, tampoco había sido capaz de apartar la mirada. La perra, que hasta entonces ha estado encogida de miedo debajo de la mesa de la cocina, da un paso al frente con un gemido y Jeanie se quita las manos de la cara.

—¡Maude! —Jeanie chasquea los dedos y la apunta con uno, y la perra se escabulle otra vez debajo de la mesa.

—El cuello, ponle los dedos en el cuello. Búscale el pulso —dice Julius. Está agachado al otro lado de Dot solo con los pantalones del pijama. Jeanie no lo ha visto sin su ropa de trabajo en años. Tiene canas en el pecho; los brazos y el torso musculosos por el trabajo físico.

Por costumbre, y sin ser siquiera consciente de que lo está haciendo, Jeanie se coloca los dedos en el cuello y luego toca brevemente a su madre en la mejilla.

—Está fría. Es demasiado tarde.

—He intentado llamar a una ambulancia, pero mi teléfono no tiene batería —dice Julius.

—No hace falta. Es demasiado tarde.

—Debe de haber habido un apagón. Se fue la luz anoche. Voy a mirar los plomos.

—Se ha ido, Julius.

—¿Y si probamos lo de bombearle el pecho?

—Está muerta.

—Dios.

Julius tiene una expresión solemne y la situación es tan inesperada que a Jeanie le entran ganas de reírse. Una carcajada de incredulidad crece como un eructo en su interior y de nuevo se tapa la boca con fuerza para contenerla. Julius se lleva las grandes palmas extendidas a la cabeza, a la altura de las entradas, y su cuerpo empieza a sacudirse con convulsiones; sus sollozos se asemejan a la llamada de un animal exótico. Jeanie lo mira fascinada. Nacieron con casi un día de diferencia, él primero y Jeanie después —sin que nadie la esperara ni estuviera preparado para ello—, con la ayuda de su padre, presa del pánico, porque la partera ya se había ido a casa. «Mi escuchimizadilla», había llamado cariñosamente Frank a su hija. Jeanie a menudo piensa que esas veintitrés horas explican las diferencias entre ella y Julius: el hecho de que él acepte el mundo y muestre sus emociones, sea abierto con las personas y las situaciones; mientras que ella, Jeanie, ansía el hogar, la tranquilidad y la seguridad.

Jeanie extiende el brazo con torpeza por encima del cuerpo de su madre, tira de Julius para que se ponga de pie y lo lleva hasta el sofá, donde ambos se sientan. Maude mira hacia arriba como si esperara una invitación para unirse a ellos, pero Jeanie hace un rápido gesto negativo con la cabeza y la perra apoya el hocico sobre las patas.

—Estoy seguro de que la he oído caer —dice Julius cuando sus sollozos se apaciguan. Se pasa la mano por debajo de la nariz, se restriega los ojos con las palmas—. O el atizador y el cepillo, por lo menos. Pensé que sería Maude trasteando con algo. Volví a dormirme.

—No es culpa tuya —dice Jeanie, aunque todavía no sabe si en realidad piensa lo que acaba de decir. Su hermano, como su padre antes que él, dijo mil veces que aseguraría aquella baldosa. Cuando tu madre está muerta en el suelo de la cocina, ¿puedes echarle la culpa a alguien? Abraza a Julius y se quedan así durante unos minutos, hasta que Jeanie mira por encima del hombro de él y a través del hueco que dejan las cortinas—. Está nevando —dice.

Cubren a Dot con una manta. Jeanie quiere subirla al sofá, pero es demasiado pequeño. Pone a hervir agua, prepara té y se sientan a la mesa a bebérselo con el cuerpo de su madre en el suelo detrás de ellos, como si fuera una niña a la que se le da muy mal jugar al

escondite, y ellos estuvieran fingiendo no verla.

—Era una buena mujer —dice Julius—. Y buena madre.

Jeanie asiente y le murmura a su té:

—¿Siguen los caballetes en la antigua vaquería? —pregunta, sabiendo que Julius le leerá el pensamiento, como siempre ha hecho.

En el salón, enrolla la alfombra y empuja las sillas a un lado. Podría estar preparándose para un baile en una habitación donde nadie ha bailado nunca. Julius coloca una puerta vieja encima de los dos caballetes y vuelve a la cocina para levantar a su madre con un tirón y un gemido. No va a dejar que Jeanie lo ayude. Hay una larga lista de cosas que Jeanie lamenta no haber levantado nunca por culpa de su corazón débil: cajas, pacas de heno, bebés, tractores. Julius carga con Dot hasta el salón. Allí dentro hace frío, mucho más que en la cocina. Un antimacasar cubre el respaldo de un sillón demasiado mullido, sobre un aparador bajo pulido reposan una jarrita Toby y una fotografía enmarcada de Dot y Frank el día de su boda frente a un paisaje italiano en el que nunca estuvieron, y una pantalla tapizada oculta la chimenea que nunca se usa en esta mitad de la casa.

Nada más casarse, Dot y Frank estuvieron viviendo un año en la casa adosada de una habitación, pero en cuanto nacieron los gemelos, Frank negoció el alquiler del lado derecho, fiel reflejo del izquierdo. Unió las dos casas a toda prisa y condenó una de las puertas de entrada, de modo que desde la verja la casa parece asimétrica, mientras que en el interior todavía hay dos escaleras, y cada una conduce a un pequeño rellano y a un dormitorio.

Julius coloca a Dot sobre la puerta vieja y Jeanie cambia la manta por una sábana limpia.

Ya vestidos, hermana y hermano se sientan de nuevo a la mesa de la cocina, con la tetera rellena. Julius ha comprobado el cuadro eléctrico del lavadero; no han saltado los plomos, pero la electricidad no vuelve por mucho que manipule los cables.

—Supongo que tendremos que decírselo a un médico. ¿No es eso lo que se hace cuando alguien muere? —dice Julius, casi para sí. Cuando murió su padre, se siguió un proceso del que Jeanie y Julius no supieron nada y que ahora solo pueden imaginar.

—Los médicos son para los enfermos —dice Jeanie.

—Pero necesitaremos un certificado de defunción.

¿Para qué?, piensa Jeanie, aunque no lo dice en voz alta.

—Para poder enterrarla —dice Julius como si le respondiera—. Busco un médico, que nos dé el formulario y ya está.

Jeanie niega con la cabeza. Dot no habría querido que un médico viniera a la casa, ni certificados, ni formularios, ni autoridades. Ninguno de ellos ha visto a un médico desde hace años.

Pero Julius ya está en pie, poniéndose las botas de trabajo.

—Tendré que ir andando al pueblo —dice. En el pueblo, Inkbourne, hay un centro de salud, un salón municipal con baños públicos, una tienda de *fish and chips* y un pequeño supermercado con un mostrador del servicio postal. También está la antigua tienda de comestibles, que un joven de Londres con el bigote encerado ha comprado y convertido en un *delicatessen* donde vende pan de pijos, queso y aceitunas, y también algunas verduras y huevos que le suministran Jeanie y Dot. El propietario, Max, sirve cafés y pasteles sofisticados en mesas de aluminio que ha colocado en la acera para captar a clientes, desde senderistas que siguen la ruta de larga distancia que atraviesa el pueblo hasta ciclistas vestidos de licra con billetes de diez libras doblados en el bolsillito delantero de las mallas.

—No puedo coger la bici —dice Julius, y Jeanie se acuerda de la nieve—. Si está abierto el centro de salud, se lo diré a Bridget, que lo querrá saber, y ella puede decírselo a alguno de los médicos. Si está cerrado, me acercaré a su casa. —Coge su abrigo del gancho de la parte de atrás de la puerta. Maude se levanta y mueve la cola.

—¿Hoy no tenías que terminar un trabajo de fontanería con Craig? —dice Jeanie.

—No pienso ayudar a subir una bañera de hierro por las escaleras y a meterla en el baño lujoso de no sé quién el día de la muerte de mi madre.

—¿Cómo vas a avisarlo?

—Enseguida se dará cuenta de que no me he presentado.

—¿No te iba a pagar hoy?

Julius hace una pausa.

—No voy a dejarte aquí sola todo el día.

—Tengo que darles de comer a las gallinas. Hay cosas que hacer en el huerto que no pueden esperar. —Se acerca a él—. Deberías ir, cobrar. Necesitamos dinero.

Julius tiene la mano en el cerrojo de la puerta de entrada.

—Ya veré. Si no puedo ir en bici, llegaré tarde igualmente. —su voz suena irritada; tal vez él también lo haya notado, porque vuelve a entrar en la habitación y abraza a Jeanie—. No te preocupes —le dice en el pelo—. Todo irá bien.

—Lo sé —dice ella empujándolo—. Venga, vete.

Lo ve marcharse desde la puerta de entrada con Maude a su lado, expectante y luego decepcionada cuando Jeanie la sujeta. Aspira el aire helado. El barro de abril está oculto, la nieve solo deja ver los picos y los valles de las plantas, igual que la sábana que cubre el cuerpo en la habitación que hay a su espalda. Puede que la impresión de la nieve tan tardía provocara la caída de Dot. Si la vio, seguro que

se preocupó por las plántulas de verduras expuestas al frío, y por el tiempo y el dinero que perderían. Más tarde, Jeanie habría llegado del huerto y habría visto a su madre sentada a la mesa de la cocina con un trozo de papel, masticando la punta del lápiz mientras calculaba una columna de números tras otra.

Durante ochocientos metros, el camino se curva a través de un pequeño bosque y luego entre los setos de dos campos. Cualquier otro día, Julius se habría detenido donde la vista se abre y asciende, por el escarpe empinado y sinuoso con Rivar Down a la derecha, y a la izquierda, los cinco kilómetros de alta cresta caliza que llega hasta Combe Gibbet. Los grupos de árboles en las laderas —hayas, robles y coníferas— están blancos, la nieve es espesa y hay nubes bajas en las tierras comunales de pastoreo. Pero hoy mantiene la cabeza gacha y no repara en las huellas de los pequeños mamíferos y los pájaros que lo han precedido a través de la nieve. Lía un cigarrillo y se lo fuma mientras sigue los surcos que sus pies conocen tras cincuenta y pico años de recorrerlos andando o en bicicleta, aunque hoy esos surcos estén ocultos. Hacia el final, el camino se endereza y Julius deja atrás el dorso del cartel abollado que dice PRIVADO, PROHIBIDO EL PASO delante del corral. Allí, pasa junto a un enorme granero hecho de tablones ennegrecidos, cobertizos de hormigón con los laterales abiertos llenos de maquinaria olvidada y rodeados de ortigas. A la vuelta de la esquina está la casa de ladrillo y pedernal de los Rawson y su cuidado jardín, los arbustos podados en forma de muñecos de nieve gigantes. Puede caminar seis kilómetros y medio más hasta el pueblo o llamar a la puerta de los Rawson y pedirles que le dejen usar su teléfono fijo o un móvil. Pepperwood Farm lleva en la familia Rawson tres generaciones; Rawson tenía veinte años cuando la heredó al morir su padre de un ataque al corazón. Sus ciento veinte acres incluyen la tierra cultivable desde el fondo de la cresta hasta la orilla del Ink, el arroyo fangoso que da nombre al pueblo. Incluye el hayedo que hay a ambos lados del camino y el prado de detrás del huerto, y oficialmente incluía la casa donde ellos viven y su terreno. Julius a veces trabaja en la granja cuando hacen falta un par de manos extra, pero de los trabajos siempre se encarga el administrador. Si Julius ve a Rawson alguna vez, con su atuendo de terrateniente formado por chaqueta de *tweed*, chaleco y pantalones de pana, se mantiene a distancia. Pero seis kilómetros y medio a pie la mañana en que tu madre ha muerto son muchos kilómetros a pie. Se acerca a la puerta de la casa.

3

Julius vacila ante la aldaba con forma de cabeza de león. Nunca antes había estado de pie ante la puerta de entrada de la casa. Cuando era niño, iba mucho a la granja con Jeanie y con su padre y jugaba en la desordenada colección de graneros y construcciones anexas que casi siempre se apiñan en la parte trasera. Pasaban el rato vagando por los campos, recogiendo moras y observando tejones por la noche, como si el terreno perteneciera a los Seeder y no a los Rawson. De la puerta de atrás hacia dentro, Julius solo ha llegado hasta la despensa, cuando el ama de llaves los invitó a él y a su hermana a tomar un vaso de limonada.

Deja caer la aldaba. Ha parado de nevar y los árboles y arbustos gotean a intervalos regulares. Alguien ha entrado y salido del camino de entrada con un vehículo, dejando marcas y manchas de barro en el suelo, pero el sol temprano de la mañana brilla y, donde la nieve aún está limpia, las sombras son azules y de bordes afilados.

No sale ningún ruido de la casa y Julius ya está dando media vuelta para marcharse cuando oye que alguien desatranca la puerta. La abre Rawson, vestido con pantalón y camisa blanca, los pies descalzos. Julius se da cuenta de que esperaba al ama de llaves de su infancia, una mujer corpulenta, amable y con delantal, que sin duda a estas alturas estará muerta. Como su madre, piensa. Muerta. Rawson es alto, le saca una cabeza a Julius, y tiene más o menos la edad de su madre, el pelo blanco y brillante, las cejas negras y un bigote blanco que le cae a ambos lados de la boca. Esta mañana también luce una barba blanca de tres días en la mandíbula y las mejillas. La impresión general es la de un turón, como el que Jenks, compañero de borracheras de Julius, pilló una vez con una trampa y llevó al pub: ágil y delgado.

—Julius —dice Rawson, retrocediendo sorprendido, y Julius a su vez se sorprende de que Rawson recuerde su nombre—. ¿Va todo bien?

—Necesito usar su teléfono. —El móvil de Julius, que se metió en el bolsillo del abrigo por costumbre, es un modelo básico, no un *smartphone* como el que parece que todo el mundo tiene hoy en día, y

no pensó en coger el cargador.

—Por supuesto, pasa —dice Rawson con su voz educada, y se echa a un lado. El gran vestíbulo tiene una chimenea tallada, suelo de baldosas y revestimiento de madera. Una escalera de bloques de madera da la vuelta pegada a la pared. «Arts and Crafts», decía Dot, pero Julius no sabía de qué hablaba y tampoco le interesaba.

—¿Tienen electricidad? —Julius se limpia los pies en el felpudo.

—Aquí no ha habido problemas. ¿Se os ha ido la luz? ¿Has comprobado el cuadro eléctrico?

Julius pone los ojos en blanco cuando Rawson se da la vuelta.

—A ver dónde está el teléfono. Caroline se pasa el día enganchada y nunca lo deja en el soporte. —Cruza un umbral y entra en una habitación que da al jardín delantero, con una chimenea de ladrillo rojo y dos sofás blancos enfrentados, y un piano de media cola detrás. Parece una habitación que nadie usa: no hay perros en los sofás, ni pies en las sillas, ni cucharas mojadas en el azucarero—. ¿Busco el número de la compañía eléctrica? ¿Con quién la tenéis?

—Necesito el número del centro de salud —dice Julius entrando en la habitación. Siente la necesidad de quitarse la gorra que ni siquiera ha caído en ponerse. A la mierda, piensa.

Rawson le echa un vistazo y aparta la mirada. Demasiado estirado, supone Julius, para preguntarle por qué necesita ese número. El hombre se mueve con torpeza, encuentra el teléfono en un sillón y aprieta un botón y luego otro para asegurarse de que hay señal de llamada.

—¿Quién iba a decir que nevaría a finales de abril? —dice Rawson por dar conversación y sin esperar respuesta. Le da a Julius el teléfono —. No tenéis ningún problema en casa, ¿no? —Rawson está buscando en su teléfono móvil el número del centro de salud, camina por la habitación y regresa al vestíbulo. Julius lo sigue.

—Mi madre está muerta —dice Julius sin rodeos, solo para ver si puede interrumpir los balbuceos del hombre, pero las palabras también lo sorprenden a él. Está muerta de verdad.

Los dos hombres se miran y Julius ve su expresión reflejada en el rostro de Rawson.

—¿Cómo? —Rawson pone una mano en la repisa de madera de la chimenea.

La voz de una mujer llega desde arriba:

—¿Quién es?

—¡Julius! —dice Rawson sin dejar de mirarlo—. De la casa de arriba.

—¿Qué es lo que quiere?

Rawson sigue mirando fijamente a Julius, y Julius le devuelve la

mirada, curioso por saber qué va a responder, hasta que Rawson alza la vista hacia donde la barandilla de madera gira en ángulo recto y desaparece, y luego los ojos vuelven a él.

—¡No es nada! —grita—. Luego te cuento.

Nada, piensa Julius. Eso es lo que los Seeder son para los Rawson.

La mujer —la mujer de Rawson, supone Julius— no responde ni baja y, en ese momento, Rawson parece comprender y recupera el control.

—Lo siento muchísimo. ¿Qué ha pasado?

—Se cayó, se dio un golpe la cabeza. Esta mañana temprano. Tengo que llamar al médico.

—Por supuesto, por supuesto. —Rawson sigue peleándose con su *smartphone* y añade—: Mi mujer siempre usa a Alexa para los números de teléfono, pero yo no consigo pillarle el tranquillo.

Julius se pregunta si el hombre está senil; no tiene ni idea de quién es Alexa. Rawson lee en voz alta el número de teléfono y, mientras suena, vuelve a la sala de estar, pero Julius es consciente de su presencia al otro lado de la puerta, probablemente escuchando. Una recepcionista responde al teléfono —no es Bridget—, hace ruidos empáticos y le toma los datos. Busca a Dot en el sistema informático y Julius piensa que a lo mejor ya no está en sus registros, pero la recepcionista encuentra su nombre y dice que el doctor Holloway irá a verlos esa mañana en cuanto pueda. Cuando termina la llamada, Rawson regresa al vestíbulo. Tiene los ojos brillantes, resplandecen.

—¿Puedo hacer otra? —pregunta Julius.

—Adelante. ¿Quieres una taza de…? —empieza a decir Rawson.

—No.

—Por supuesto. Tendrás muchas cosas que resolver.

—Gracias —responde Julius, aunque no lo dice en serio. Este hombre tenía una deuda con mi madre, piensa Julius. Y ahora Rawson tiene una deuda con él y con Jeanie—. Necesito otro número. El de un instalador de baños. Hoy tenía que trabajar para él.

Cuando consigue el número, Julius llama a Craig mientras Rawson mueve un jarrón de flores que hay sobre una mesa un centímetro a la izquierda y finge que tampoco está escuchando esta conversación.

En la puerta de entrada, cuando Julius se va, Rawson dice:

—Espera. Tengo unas cartas para ti.

El cartero no sube por el camino desde que se le atascó una vez la camioneta y tuvieron que remolcarla con un tractor. Julius no está seguro de cómo o cuándo recogía su madre el correo. No mira los sobres, se limita a doblarlos por la mitad y a metérselos en el bolsillo del abrigo.

—¿Habéis pensado en…? —empieza a decir Rawson, se detiene y

empieza de nuevo—: ¿Vais a organizar algo para Dot? ¿Un velatorio? Me gustaría presentarle mis respetos.

—No —dice Julius—. No hemos pensado en nada de eso.

En el camino de entrada, se vuelve para mirar hacia atrás. Spencer Rawson está parado sobre un pedazo de nieve con los pies descalzos, observándolo.

4

Dos horas después, sin que Julius haya regresado, el médico llega a la casa. La panza enorme, los hombros anchos y la cabeza de toro llenan la cocina y no dejan pasar la luz. Lo primero que le dice a Jeanie después de presentarse como el doctor Holloway es que no dispone de mucho tiempo. Pregunta dónde encontraron a Dot, por qué no hay electricidad y dónde está el cadáver. «Probablemente no deberían haberla movido», dice mientras Jeanie lo acompaña al salón y hasta la figura amortajada. Ella no se queda mientras la examina. Cuando el médico regresa a la cocina, Jeanie se siente aliviada de que rechace el té que le ofrece.

El médico se frota las manos para calentárselas. Delante de la ventana Jeanie no distingue sus rasgos y apenas ve moverse su boca cuando le explica que está seguro de que Dot murió de un derrame cerebral y que hay un procedimiento que consiste en que él llame por teléfono al forense antes de poder darle a Jeanie un certificado específico que ella necesita para obtener el formulario verde. Jeanie no tiene ni idea de lo que está diciendo y ante la mención de la palabra *formulario*, sus dedos revolotean hasta el corazón y se posan en él sin que ella se dé cuenta, y ya no es capaz de concentrarse en las frases del doctor Holloway acerca de la enfermedad de Dot, las señales de aviso y la medicación.

En la puerta, le dice: «Nos vemos en el centro de salud para el certificado médico», le cierra una mano carnosa sobre el hombro y añade que Dot era una buena mujer y que siente que se haya ido. Y luego él también se va, arranca el *jeep* y deja a Jeanie preguntándose cómo sabía qué tipo de mujer era su madre y por qué no podía darle el certificado de defunción allí mismo, si ese es el formulario que necesita.

Después de otra hora, durante la que Jeanie se mueve por la casa sin rumbo fijo y mirando sin ver y Julius no regresa, ella asume que de algún modo habrá conseguido ir a lo de Craig. Enciende la radio portátil y escucha durante un par de minutos a una mujer que cuenta cómo hizo el sendero de los Apalaches en Estados Unidos, pero su voz es demasiado chillona incluso a un volumen bajo, y Jeanie la apaga.

Se descubre mirando por la ventana del lavadero a las gallinas que avanzan a zancadas por la nieve, sin saber ni cómo ni cuándo ha llegado allí. Por fin, decide que lo que necesitan es el certificado de defunción y que por algún motivo que no comprende tiene que recogerlo en el centro de salud. Le chasquea la lengua a Maude y las dos caminan por la nieve hasta el pueblo.

El centro de salud consiste en una serie de edificios cúbicos, bajos y funcionales ubicados en medio de un aparcamiento cerca de los límites de Inkbourne. Jeanie sabe que allí trabajan tres médicos, incluido el doctor Holloway, pero nunca ha pedido cita con ninguno. La última vez que vio a un médico tenía trece años y fue para un último reconocimiento cuando terminaron sus episodios de fiebre reumática. Por entonces, el centro estaba ubicado en una de las casas victorianas de doble fachada que daban al parque del pueblo. Fue más o menos un año después de la muerte de su padre, cuando su madre todavía estaba abúlica, cuando todavía se olvidaba de preparar la cena, de comprar comida o de recoger a las gallinas al final del día. Perdieron a seis a manos de los zorros ese año. Su madre llevó a Jeanie a ver a un médico de cabecera cuyo nombre ya no recuerda. Hacía frío en la consulta y la escarcha dibujaba patrones en la ventana. El médico le dijo que se tendiera en la cama alta del rincón y se levantara la camiseta. Detrás de él, su madre asintió con la cabeza y, aunque tímidamente, Jeanie se tumbó y dejó al descubierto su estrecha caja torácica y las pequeñas y dolorosas protuberancias que se estaban desarrollando detrás de sus pezones. Recuerda las canas que nacían de las fosas nasales del médico y el frío del estetoscopio cuando lo apretaba contra su pecho. Cuando él se quitó aquella cosa de los oídos, hizo un gesto negativo con la cabeza y su madre empezó a llorar de tal forma que Jeanie pensó que nunca terminaría. Dot sacó el pañuelo de su bolso y se cubrió la cara con él, meciéndose hacia delante y hacia atrás en la silla en la que estaba sentada junto al escritorio del médico. Este llamó a la recepcionista para que entrara y la mujer llevó a Jeanie de la mano de vuelta a la sala de espera. Allí, con los talones en la silla y abrazándose las rodillas, se quedó hasta que su madre fue a buscarla. ¿Fue entonces, cuando llegaron a casa, cuando Dot le explicó que la fiebre y los dolores que Jeanie había sufrido de pequeña habían debilitado su corazón y lo habían vuelto frágil, o fue más tarde? De cualquier forma, su madre dijo: «Piensa que tu corazón es un huevo. ¿Sabes lo que pasa si se te cae un huevo?». A Jeanie le preocupaba que su madre empezara a llorar otra vez; si lo hacía, Jeanie no sabría qué hacer. A lo mejor el médico le había dado una pastilla para que dejara de llorar cuando Jeanie estaba en la sala de espera. Mientras su madre hablaba, Jeanie imaginó que dentro de su pecho había algo del tamaño y la forma de un huevo de

pato, pero con un tono rosado y una cáscara tan delgada que podía verse la criatura en su interior: enroscada, cubierta de sangre y sin plumas, golpeaba y arañaba la capa interna de la cáscara. ¿Qué caos provocaría si escapaba?

Todas juntas, las horas de clase que había perdido por culpa de la fiebre reumática sumarían probablemente un par de años, y después de que le diagnosticaran problemas de corazón perdió todavía más, pero Dot estaba feliz de tenerla en casa acurrucada en el sofá o echando una mano con las tareas fáciles en el huerto. Puede que no lo dijera claramente, pero el mensaje que Jeanie recibió fue que, teniendo en cuenta el tipo de personas que eran —gente pobre, gente del campo—, los estudios solo la alejarían del lugar donde tenía que estar: su casa. Incluso Julius dejó la escuela a los dieciséis años, después de haberse presentado a dos exámenes y suspenderlos.

Delante del centro de salud, Jeanie saca la correa del bolsillo y ata a Maude a un poste de metal. La perra protesta, gimotea por el abandono, pero Jeanie la manda callar. Frente a las puertas de vidrio duda, el corazón se le dispara cuando piensa en entrar, en cómo la mirará la gente, pero una mujer sale y sostiene la puerta, y Jeanie pasa. La sala de espera está llena de filas de sillas con asientos tapizados, algunas ocupadas. El lugar huele a desinfectante y a abrillantador de muebles. Por un altavoz suena música pop facilona y un bebé llora.

Bridget, la mejor amiga de su madre, está sentada detrás del mostrador bajo junto a otra recepcionista, y cuando ve a Jeanie, sale volando con la cara de luna arrugada y los ojos llenos de lágrimas.

—Ay, tesoro —dice Bridget abriendo los brazos, y Jeanie se deja abrazar. El abrazo de Bridget es suave, distinto del de Dot, que era rápido y huesudo, o del de Julius, que es envolvente y apretado y la deja sin aire en los pulmones. Bridget huele a tabaco y a caramelos de menta Polo. Cuando la suelta, pregunta—: ¿Ha ido ya el doctor Holloway? Pensaba pasarme en cuanto terminara mi turno. —La otra recepcionista le hace una señal a Bridget para que se vaya y Bridget articula un gracias silencioso—. Vamos a una de las salas de enfermería.

Caminan por detrás de una hilera de sillas donde un joven de pelo rubio sucio y labios grandes hojea una revista con las botas apoyadas en la silla de enfrente. Cuando pasan junto a él, Bridget le da un toque en el hombro. «¡Esos pies!», le dice aproximándose a su oreja, y aunque a Jeanie le sorprende que Bridget pueda ser tan grosera con un paciente, el hombre quita un pie del asiento y luego el otro y los pone en el suelo. Cuando Jeanie vuelve la cabeza para mirarlo, él le sonríe —una sonrisa amplia y descarada— y ella aprieta el paso.

En la sala de enfermería, Bridget dice:

—¿Por qué no me habéis avisado? Julius llamó por teléfono y habló con una de las mujeres, que estaba abriendo. No me lo podía creer. Sigo sin podérmelo creer. —Se lleva las manos a ambos lados de la cara y abre la boca, aplastándose las mejillas como un personaje de dibujos animados. Jeanie se pregunta desde dónde llamó Julius; tal vez desde el móvil de Craig—. ¿Fue un derrame? —sigue diciendo Bridget—. Ay, espero que fuera rápido. —Se sienta pesadamente en una silla giratoria—. ¿Se estaba tomando la medicación?

Jeanie ha olvidado lo mucho y lo rápido que es capaz de hablar Bridget. Solo escucharla la agota y no puede evitar responder con una voz que suena como si se estuviera quedando dormida.

—No sabía que tenía que tomar medicación.

—Me juego lo que quieras a que no fue por ella a la farmacia, ¿verdad? Le dije mil veces que era gratis porque tiene más de sesenta años. Tenía más de sesenta años. Ay, Dios. No le habría costado nada.

—A mamá no le gustaba que le dieran cosas gratis. —Jeanie se sienta en la silla que hay junto al escritorio, la silla del paciente, supone. Detrás de Bridget hay hileras de armarios y en el rincón, una cama alta similar a aquella en la que examinaron a Jeanie. Esta habitación la está poniendo nerviosa—. Ni siquiera sabía que estaba enferma ni que había ido al médico.

—Ay, tesoro —vuelve a decir Bridget, y se inclina para tocarle la rodilla—. Había tenido un par de miniderrames cerebrales hace un mes, más o menos. Lo siento mucho. ¿No te lo dijo? No, ya veo que no. Estoy segura de que fue solo porque no quería preocuparos a ti y a Julius, seguro que fue eso. Pero por lo menos debería haber ido a por la receta. Aspirina, no habría sido más. Dios, qué ganas de fumar. Vamos a la parte de atrás.

Salen y se apoyan en la pared trasera sin ventanas del centro de salud, muertas de frío. Bridget saca un paquete de tabaco del bolsillo de su uniforme.

—Nieve a finales de abril —dice negando con la cabeza mientras se enciende un cigarrillo. Jeanie recordaba que había chicas que se quedaban en la cancela trasera del colegio fumando y hablando de chicos, pero nunca había sido una de ellas.

—Siento no haber podido acercarme y que hayas tenido que venir andando hasta aquí para decírmelo —dice Bridget—. Bueno, de todas formas, la otra recepcionista me lo dijo.

—No he venido andando hasta aquí para decírtelo —dice Jeanie—. He venido a por el certificado de defunción.

—Ah, vale —dice Bridget con voz tensa. Deja caer la cerilla a sus pies, donde se une a unas cuantas más y a varias colillas pisoteadas y medio enterradas en la nieve sucia—. Bueno, primero necesitas que el

doctor Holloway te dé el certificado médico, pero es probable que tenga que llamar al forense. ¿No te lo dijo? Fue a verte, ¿no? Después, tendrás que llevar el certificado al Registro Civil en Devizes.

—¿Devizes?

—Para que te den el certificado de defunción y el certificado de inhumación, el formulario verde.

Jeanie apoya la mano en la pared de ladrillos para equilibrarse.

—¿No puede dármelos el médico?

Bridget la mira fijamente, le da una calada al cigarrillo.

—Tienes que registrar el fallecimiento, Jeanie. En el Registro Civil —habla como si Jeanie fuera una niña—. Así funcionan estas cosas. Necesitarás los certificados para la vicaría, o el crematorio, y seguramente también necesitarás el certificado de defunción para otras cosas.

—¿Otras cosas como qué? —Todo está empezando a abrirse paso a empujones en la cabeza de Jeanie.

—Como la cuenta bancaria de Dot.

—Ah, nunca ha tenido cuenta bancaria. Ninguno hemos tenido nunca cuenta bancaria. Guardamos el dinero en una lata en el lavadero. —Jeanie estalla en una carcajada que suena histérica, se da cuenta de que no debería haber dicho eso y se pregunta cómo es posible que el día anterior su madre y ella estuvieran en el huerto quitando las malas hierbas del bancal de cebollas. La pared contra la que se apoya parece blanda, y tiene la impresión de que, si apretara más fuerte, sería capaz de plegarse en su interior y desaparecer.

—Puedo llevarte a Devizes.

—Cogeré el autobús.

—No seas tonta.

—No estoy siendo tonta. Soy capaz de coger el autobús.

—Mira. —Bridget restriega la colilla encendida contra la pared y las chispas que caen hacen agujeritos en la nieve—. Vas a tener que pasar por muchas cosas en los próximos días. Yo lo sé; enterré a mi padre el año pasado, ¿te acuerdas? —Jeanie lo había olvidado y ahora se siente mal—. No son solo los certificados, también está el funeral, el velatorio.

—¿El velatorio? No quiero velatorio. —Toda esa gente apiñada en la cocina, la cháchara, cómo los mirarían a ella y a Julius: compadeciéndose de los bichos raros que todavía vivían con su madre a los cincuenta y un años.

—Claro que quieres velatorio.

—Mamá no conocía a mucha gente. No se me ocurre nadie que vaya a querer venir.

—Bueno, Stu y yo, para empezar —Bridget suena ofendida.

—Aparte de ti y de Stu.

—Y de todos modos, tu madre conocía a mucha gente. ¿Y Kate Gill, del *bed and breakfast*, y Max? Me consta que el doctor Holloway querrá venir. Los Rawson, o a lo mejor él solo.

—¿Rawson? ¿Por qué iba a querer venir? No pienso invitarlos a ninguno de los dos a la casa. No se trata de que venga cuanta más gente, mejor. Ni que fuera una fiesta.

—A lo mejor Julius quiere invitar a Shelley Swift.

—¿Shelley Swift? —Jeanie hace un esfuerzo por ubicar el nombre.

—¿No son amigos? Estoy segura de que los he visto juntos —dice esto último levantando las cejas.

La mujer le viene a la cabeza: guapa, con mejillas aterciopeladas del color y la forma de los albaricoques, extremidades gruesas, secretaria en la fábrica de ladrillos.

—Por el amor de Dios, le está haciendo un arreglo en casa. Algo de una ventana atascada. Apenas la conoce.

Bridget se mete un Polo en la boca y se lo pasa de un lado a otro.

—Vale. ¿Qué te parece si te llevo al Registro Civil el miércoles por la tarde? Veré si el doctor Holloway ya tiene listo el certificado médico, y luego podemos llamar y pedir cita.

—No hace falta que lo hagas tú todo —dice Jeanie enfadada. Nunca le ha gustado la forma en que Bridget mangonea y cotillea. Bridget es amiga de Dot desde que Jeanie y Julius fueron al colegio por primera vez y Bridget estaba en la secretaría de la escuela infantil, su primer trabajo. Hace años que es una de las recepcionistas del centro de salud, en parte, piensa Jeanie con bastante mezquindad, porque así puede enterarse de qué les pasa a todos los del pueblo.

Bridget deja escapar un resoplido de exasperación.

—Eres igual de terca que tu madre. Estoy intentando ayudar. Solo tienes que rellenar un par de formularios y listo. Así de fácil.

Jeanie imagina que será de todo menos fácil.

5

Por la tarde, Jeanie vuelve a mirar por la ventana del lavadero, pero no ve nada; la radio está encendida, pero no la oye. Su mente va de una cosa a otra, incapaz de parar quieta. Recuerda estar sentada en la hierba en lo alto de Ham Hill con su padre, observando a los estorninos dar vueltas en el crepúsculo otoñal, moviéndose en bloque como una nube negra. Una murmuración, lo llamó él. «Te escribiré la palabra cuando lleguemos a casa —dijo—, para que puedas copiarla.» Pero cuando llegaron a casa, él tenía el periódico por leer y había cosas que hacer y ella no se lo recordó. Piensa en los asustapájaros que ella y Julius hicieron con viejos CD que encontraron junto a un cubo de basura en el pueblo. Él leyó las etiquetas y los dos se rieron de cómo *Lo mejor de Burt Bacharach* mantenía a los cuervos lejos de las lechugas. Y se acuerda de que su madre se despertó de una pesadilla en la cama que compartían después de que el padre de Jeanie muriera. Le contó que en el sueño había ido a la tienda del pueblo para entregar unos tomates y unas verduras de hoja verde, pero estaba vacía: allí no había nadie, y de algún modo ella sabía que tampoco había nadie en el pub ni en ninguna de las casas. Y de repente, dijo Dot, estaba en casa, transportada como ocurre en los sueños, y Jeanie y Julius también se habían ido, y su madre se dio cuenta de que estaba completamente sola.

Jeanie no se da cuenta de que están llamando a la puerta de entrada hasta que oye a Maude ladrar en la cocina.

—Siéntate —dice, y Maude obedece a regañadientes. Puede que sea el médico, que haya vuelto por algún motivo, o Bridget, aunque ella siempre entra por detrás sin llamar. Cuando Jeanie abre la puerta, la señora Rawson está allí, y su marido viene tras ella sendero arriba. Maude trota hacia la puerta, da un par de ladridos enseñando los dientes y luego empuja con el hocico la entrepierna de Rawson hasta que Jeanie silba entre dientes, un poco más tarde de lo que podría haberlo hecho, y la perra se retira y se deja caer frente a la estufa.

—Sentimos mucho lo de tu madre —dice la señora Rawson. Se inclina como para besar o abrazar a Jeanie, pero en el último momento se contiene.

—Jeanie —dice Rawson, un poco incómodo, mostrando los dientes blancos bajo el bigote blanco. Su porte denota que se sabe atractivo para su edad: erguido, más alto que la puerta, brazos y piernas relajados.

Jeanie siente que no tiene más remedio que abrir del todo e invitarlos a pasar. Apaga la radio. La señora Rawson es bastantes años más joven que su marido y todo en ella, desde los pantalones tobilleros ceñidos y la chaqueta torera hasta las gafas de sol apoyadas sobre el pelo —teñido de gris a propósito y cortado con estilo—, grita dinero. Jeanie lleva el pelo —cada vez más canoso de forma natural— recogido con una goma y cada dos meses se lo echa a un lado y se corta las puntas con las tijeras de cocina.

Observa a Rawson estudiar con curiosidad la cocina, fijarse en la estufa y en el fuego, en el piano con la guitarra apoyada al lado, en los rincones sombríos y en la mesa central, brillante a fuerza de restregarla, en el ordenado aparador del que cuelgan tazas floreadas. Lo ve todo a través de sus ojos, nada ha cambiado desde la última vez que estuvo allí, hará unos cuarenta años. Su mirada se detiene en Jeanie.

—Julius apareció antes por casa para llamar por teléfono y me contó lo que había pasado. Todavía no me lo creo. —Tiene la cabeza gacha, como si la estuviera inclinando por pena o tristeza, pero ella se da cuenta de que es solo que el techo y las vigas son demasiado bajos para él.

—Estamos atónitos —interviene su mujer.

A Jeanie le sorprende que Julius decidiera ir a casa de los Rawson, pero no dice nada.

—Queríamos presentar nuestros respetos —continúa la señora Rawson. Se mete la punta de los dedos en los ajustados bolsillos delanteros de los pantalones y encorva los hombros. Suena amable, solícita—. Debe de ser un *shock* tremendo. Tan de repente. Julius le dijo a mi marido que fue una caída.

—Un derrame —dice Jeanie, y odia la palabra, demasiado suave y hermosa para algo tan terrible.

Rawson, que se está acercando al piano, se detiene y dice:

—¿Un derrame? ¿No ha sido una caída?

—Un derrame —repite Jeanie.

—Por lo que he oído, llevaba enferma una temporada —y añade—: ¿No?

Jeanie se pregunta cómo es posible que todos, salvo sus hijos, estén al corriente de que Dot estaba enferma. La señora Rawson ladea la cabeza y la atmósfera en la habitación de repente se llena de algo no dicho.

Rawson levanta la tapa del teclado del piano.

—¿Era de tu madre? —pregunta.

La sonrisa de compasión de la señora Rawson se tensa, y Jeanie advierte que la mujer quiere salir de allí en cuanto la educación se lo permita. Jeanie también quiere que se vayan; necesita estar a solas con sus pensamientos aleatorios, que ahora, con estas personas en la casa, tiene que controlar. Rawson, sin embargo, parece ignorar, deliberadamente o no, los deseos de su mujer, y se sienta en la banqueta del piano —el pelo de caballo queda a la vista a través del cuero desgarrado— y toca parte de una melodía con la mano derecha, un trino que suena como a musical antiguo. De inmediato, Maude se levanta y ladra, y Rawson baja la vista hacia la perra.

—Vale, vale —dice, y sonríe.

—¡Maude! —Jeanie llama a la perra y esta se mete debajo de la mesa—. Era de mi padre —dice Jeanie, y Rawson despega los dedos rápidamente y baja las manos; por un momento, parece como si se las limpiara en los pantalones.

—Bueno… —dice la señora Rawson, preparándose para irse.

—¿Conseguisteis arreglar lo de la luz? —pregunta Rawson. Se pone de pie, coloca una mano en la tapa del piano.

—No —dice Jeanie bruscamente. No tiene tiempo para este hombre; lo desprecia. No debería haberlo dejado entrar, su madre nunca le habría dejado poner un pie en la casa.

—Julius me dijo que no teníais electricidad.

—Vamos tirando. Tenemos la estufa.

—Claro —dice Rawson—. Claro.

Jeanie está segura de que no tiene nada más que decir y, sin embargo, no se va.

—Bueno —repite la señora Rawson. Ha sacado las llaves del coche de su bolso y las tiene en la mano—. Por favor, avisadnos si hay algo que podamos hacer.

—¿Puedo verla? —dice Rawson—. Bueno, si todavía está aquí. Su cuerpo, quiero decir —las palabras salen a trompicones, cada una pisa la siguiente. Se toca el bigote blanco que apuntala su boca ancha, primero un lado, luego el otro.

Es lo último que Jeanie esperaba escuchar, y a juzgar por la expresión de la mujer de Rawson, ella tampoco se lo esperaba.

—Cariño —dice, como una advertencia.

—¿Verla? —dice Jeanie.

—Lo siento, olvídalo. —Empuja las manos hasta el fondo de los bolsillos y hace tintinear las monedas. Tose, se da la vuelta.

—Es mejor que nos vayamos —dice la señora Rawson—. Te dejamos que sigas con tus cosas. —Su voz suena mecánica y no mira a

Jeanie, solo a su marido.

En la puerta, Rawson se vuelve una vez más.

—¿Me tendrás al tanto del funeral, del velatorio?

Jeanie no responde y el hombre sigue a su mujer por el sendero.

En cuanto cierra la puerta, Jeanie se dirige a la ventana de la cocina. Le da igual que la vean mirando. La señora Rawson sube al asiento del conductor del Land Rover y, antes de que encienda el motor, Jeanie la oye gritar. La mujer da marcha atrás en el claro del campo de enfrente con sacudidas cortas y bruscas hacia delante y hacia atrás, y luego el Land Rover se aleja rugiendo por el camino hacia la granja.

Desde fuera, Julius oye a Jeanie tocar la guitarra y cantar. Pega la oreja a la puerta de entrada y ella entona el comienzo de «Polly Vaughn»: *I shall tell of a hunter whose life was undone.*[2] No le sorprende; es lo que hacen cuando las cosas van bien y cuando no: tocar. Se detiene un momento, con la llave en la cerradura, y recuerda que hace muy poco también habría oído un banjo y la voz de su madre. Ahora es la de Jeanie, sola.

Tras la caminata, el calor de la cocina le da de lleno al entrar, denso y sofocante. Jeanie está sentada en una silla de la cocina con la guitarra en el regazo. Es pequeña, piensa él, como una niña, y ella deja de tocar y lo mira con una esperanza desesperada, como si él pudiera decirle que ha sido un error, que su madre está viva y nada va a cambiar. A él no se le ocurre cómo consolarla, pero para romper el silencio de la habitación, dice: «Ya casi no hay nieve. Aunque hace fresco». Le da unas palmaditas a Maude, que se ha levantado para saludarlo, y le rasca detrás de las orejas.

Jeanie deja la guitarra y él sabe que se avecina algo malo. Pero ella sigue sin decir palabra.

—Vino el médico, ¿no? —pregunta. Ha visto las huellas de un vehículo grande que subían por el camino.

—El médico ha dicho que fue un derrame cerebral. Murió de un derrame. No de la caída. He ido al centro de salud y Bridget me ha dicho que había tenido dos miniderrames. O más. No sé. No me puedo creer que no nos lo contara. De eso ha dicho el médico que murió, de un derrame.

Julius coge una silla y se sienta.

—Dios.

Vuelve a preguntarse si seguiría viva un rato en el suelo de la cocina, y si ahora estaría viva si él hubiera bajado cuando oyó caerse las herramientas. Sabe que Jeanie también está pensando lo mismo, lo ve en su rostro. Conoce su rostro, sabe lo que está pensando, siempre

lo ha sabido.

Guardan silencio, ninguno mira al otro, ambos son conscientes del cadáver que está en la casa, en la habitación de al lado. Julius se saca las botas de trabajo sin desatarse los cordones y piensa en la cantidad de veces que su madre le dijo que no hiciera eso con los zapatos, que se estropean, y ¿de dónde saldría el dinero para comprar unos nuevos? Se quita los calcetines, uno con un agujero en el talón, y se masajea los pies, que le duelen de tanto caminar.

—No he cocinado nada. Ni siquiera he pensado qué hacer para cenar.

Jeanie se levanta. La cena siempre ha estado lista cuando él llega a casa del trabajo, y Dot o Jeanie la sirven en cuanto entra por la puerta. Todos los días de su vida excepto este.

—Siéntate. No te preocupes por la cena —dice y el estómago le ruge tan fuerte que Jeanie lo oye y sonríe, y él se ríe y la tensión de la habitación se relaja.

Jeanie se sienta y vuelve a ponerse la guitarra en el regazo, sus dedos hacen acordes, tiran de las cuerdas por costumbre.

—¿Al final fuiste a lo del baño? —pregunta.

Él sabe que en realidad ella quiere preguntarle por el dinero y que no se lo va a decir directamente. Siempre el dichoso dinero. Hace una bola con los calcetines y se los tira a Maude, que está tumbada en el sofá boca arriba despatarrada. La perra gira el cuello sin dificultad y agarra los calcetines con la boca, pero los deja caer y vuelve a dormirse.

Hace un año trajo a la perra a casa para darle a Jeanie una sorpresa. Habían tenido una de sus escasas discusiones por algo tonto; ya no se acuerda de cómo había empezado, pero Dot no estaba en casa, había ido al pueblo o a otro sitio, y Julius le había dicho a Jeanie que algún día cogería la puerta y se marcharía. En algún momento, o cuando su madre muriera, se iría. Estaba harto de vivir allí, de preocuparse por ella, y ¿por qué era responsabilidad suya? Ella le gritó que por qué no se iba ya, que no lo necesitaba. Y entre dientes, casi mascullando, él había dicho: «Un día, cuando entres a casa desde el huerto, me habré ido». Estuvieron unos días sin hablarse, las palabras que habían dicho los habían dejado doloridos, como un hematoma en el que uno se vuelve a dar un golpe. Su madre les preguntó una y otra vez qué había pasado hasta que por fin él le soltó enfadado: «Ya vale, mamá». Una semana después, estaba trabajando para Craig en la casa de un criador de perros a dieciséis kilómetros de allí, cargando tuberías de agua desde la casa hasta las jaulas de fuera. Demasiados perros, demasiada mierda y demasiados ladridos para que el trabajo fuera agradable. Maude estaba ladrando sola en una jaula, volcando el agua, pisando sus propios excrementos. Oyó que la iban a

sacrificar: se la habían vendido a una familia que no la podía controlar, no tenían ni idea de cómo entrenarla y la habían devuelto. Era tozuda y mordía, dijo el criador, y ya era demasiado tarde para corregirla. Cuando Julius se la llevó a casa, su madre dijo: «Otro perro, no», pero esta vez Jeanie y Julius se impusieron.

En la cocina, Jeanie pregunta:

—¿Cómo ha ido?

—Bien —dice Julius—. Subimos la bañera al piso de arriba. Tuvimos que hacerlo entre cuatro. Pesaba un huevo. Me pasé años arrancando esas porquerías y ahora todos quieren que se las vuelvan a instalar.

Ella sigue tocando la guitarra bajito y a él le vuelve a rugir el estómago.

—He investigado lo del funeral —dice—. Le pedí el teléfono a Craig para llamar a la funeraria.

—¿Y?

—Pues un cristo. —Se pasa la mano por el pelo—. Son caros de narices. Hablamos de miles. No quisieron darme precios por teléfono, no dejaban de decir «mmm» y «ah» y de intentar concertar una cita para que fuera a ver ataúdes. Mucho «le acompaño en el sentimiento», y otras chorradas por el estilo, cuando lo único que quieren es tu dinero. Me dijeron que había no sé qué fondo social, pero tienes que estar cobrando la prestación.

—¿Miles? —dice Jeanie.

—¿Te acuerdas de cuando hace unos años hablamos de cómo queríamos que nos enterraran? —dice Julius.

—No.

—Sí que te acuerdas. Estábamos aquí, sentados a la mesa. Habías oído algo en la radio sobre funerales verdes o no sé qué tontería. Dijiste que querías que te enterraran en un ataúd de mimbre debajo de un árbol.

—Es imposible que yo dijera eso.

—Pues lo dijiste. Me acuerdo. Y mamá dijo: «Estás de broma. Yo quiero toda la parafernalia. Un buen ataúd forrado de seda como Dios manda y uno de esos carruajes tirados por caballos negros con plumas negras, todo el camino hasta la iglesia».

—Y todos los del pueblo tenían que salir y quedarse de pie en la acera cuando ella pasara.

Sabía que ella se acordaba.

—Los sombreros en la mano, las cabezas gachas.

—Y quería himnos, ¿no? Himnos y luego llantos. Llantos a porrillo.

Sonríen y Jeanie deja la guitarra detrás de ella, apoyada en la esquina entre la pared y el piano. No se miran, intentan asimilar la

información sobre el coste del funeral. Nunca han tenido ese dinero y nunca lo tendrán. A Jeanie todo le da vueltas cuando piensa en dinero.

—¿Cuánto hay en la lata? —pregunta Julius.

En el lavadero, Jeanie hurga detrás de la cortina que hay debajo del fregadero, detrás de la caja de polvo antihormigas, y encuentra la lata del dinero. Es circular y está oxidada, tiene la imagen de una bailadora española impresa en la tapa, y en su momento debió de estar llena de galletas. Jeanie nunca la ha abierto antes. Dot llevaba la cuenta de todo el dinero que entraba y salía en la familia. Todas las semanas, Jeanie le entregaba la recaudación de la caja que habían atornillado a una mesa vieja al final del camino donde dejaba las hortalizas raras —zanahorias con muchas patas, nabos mordisqueados — y los huevos sobrantes a cambio de la voluntad, aunque a menudo la voluntad de la gente no era muy firme. Y Julius le entregaba lo que ganaba con los trabajillos que le salían —ayudaba en mudanzas, en trabajos agrícolas, alicataba o pintaba unos cuantos días—, todo en efectivo. Jeanie sabe que Julius se queda un poco de dinero para cerveza y tabaco, y para recargar el teléfono. Dot contribuía con el dinero que Max le daba por los productos que suministraban al *delicatessen*, y con el efectivo de Kate Gill, que se llevaba los huevos y la fruta para los desayunos en el *bed and breakfast*. Siempre tenían cuidado con el dinero, sobre todo cuando Dot tenía que pagar la tasa municipal y otras facturas en el mostrador de la oficina de correos de la tienda del pueblo. Pero nunca hubo nada que Jeanie quisiera para lo que Dot no estuviera dispuesta a ahorrar, aunque Jeanie nunca había querido gran cosa. Antes de Maude, lo único que había pedido era otro perro —el que tenían había muerto de viejo cuando Jeanie tenía quince años—, pero Dot siempre se había negado diciendo que daban demasiado trabajo, que eran demasiado caros. Se las habían arreglado con muy poco dinero, y Jeanie siempre había supuesto que aquello se debía a que, años atrás, Rawson había accedido a no cobrarles alquiler por la casa.

Lleva la lata a la mesa de la cocina y levanta la tapa haciendo palanca. No sabe cuánto esperaba encontrar, pero sin duda más que las monedas que ahora mismo tintinean allí dentro. Julius mete el dedo y revuelve las monedas, las cuenta. A Jeanie siempre le ha costado mucho comprender las columnas de números y las matemáticas que le enseñaban en el colegio y que requerían que hiciera cálculos por escrito. «A ver la tarea» era la frase que la hacía sentir expuesta, en peligro y, para evitar hacer operaciones matemáticas, se portaba mal en clase y a menudo la mandaban al pasillo o a la oficina del director. Jeanie nunca ha tenido problemas para contar el dinero o hacer cálculos mentales. Ve que en la lata hay

tres libras y cincuenta y cuatro peniques. El precio de cuatro hogazas de pan de molde en la tienda del pueblo.

—Tres libras y cincuenta y cuatro peniques —dice Julius—. No puede ser.

Jeanie desplaza los dedos hasta la muñeca opuesta, los coloca en la posición que conoce y cuenta.

—¿Cómo vamos a pagar el funeral? —pregunta.

Julius menea la cabeza.

—Tiene que haber más dinero en alguna parte. —Vuelve a tapar la lata.

—¿Y lo que cueste el ataúd? ¿Y llevarlo hasta la iglesia o adonde sea?

—No lo sé —dice Julius.

—¿Y lo demás? Flores, cualquier otra cosa que haya que hacer.

—El velatorio.

—¿Por qué no deja todo el mundo de dar la tabarra con el velatorio? —responde Jeanie enfadada—. Los Rawson han estado aquí antes, comportándose raro y preguntando por el velatorio.

—Esta mañana he llamado desde su teléfono.

—Eso deduje. De todos modos, no tenemos por qué hacer un velatorio.

—Habrá que ofrecer algo de beber después.

—¿Quién lo dice?

—Es lo que hay que hacer.

—No necesitamos a nadie más. Fisgoneando por aquí, fumando, compadeciéndose de nosotros.

—Ya se lo he dicho a algunas personas.

Julius está apoyado contra el aparador. Tiene los pies increíblemente blancos y huesudos. Su postura, lo que dice, la irritan de una forma desconocida.

—¿A quién? ¿A quién se lo has dicho?

Julius da un paso adelante y coge el *fiddle*, que está sobre la tapa del piano.

—¿No vamos a tocar? —Afina el instrumento rápidamente, y con el arco comienza el acompañamiento de la pieza que Jeanie estaba tocando antes—. Bridget querrá venir —añade.

A Jeanie le late una vena en el cuello. Toma aire profundamente por la nariz.

—¿Quién más?

—*I shall tell of a hunter whose life was undone…* —Julius vuelve a empezar la letra de «Polly Vaughn» y toca las notas largas y tristes al *fiddle*—. *By the cruel hand of evil at the setting of the sun.*[3]

—¿Shelley Swift? —intenta sonar despreocupada.

—¿Shelley Swift? ¿Por qué iba a invitarla? —Sigue tocando el *fiddle* con parsimonia—. Apenas la conozco. Mañana me pasaré a arreglarle la ventana.

—¿Y con Craig, todo bien?

Julius se quita el *fiddle* de debajo de la barbilla y lo sujeta por el cuello, con el arco en la otra mano.

—Me ha descontado setenta y cinco libras porque he vomitado en la furgoneta.

—Ay, Julius. —Ella se acerca, pero él da un paso atrás, no la mira. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se mareó en un coche o en una furgoneta, pero debe de haber pasado mucho tiempo desde que la última vez que estuvo tanto rato en uno.

—No me quedó más remedio que ir en la furgoneta. No podía coger la bici con la nieve. Está demasiado lejos para ir andando y Craig me montó un cirio porque había que subir la puñetera bañera de hierro.

—¿Le dijiste lo de mamá?

—Claro que se lo dije. Y empezó dale que te pego con que se había comprometido con el cliente, y con que iba a dejar tirados a los compañeros, las chorradas de siempre. No me quedó más remedio. Además, ¿no me dijiste que fuera a trabajar? —A Julius se le marcan los tendones del cuello—. Me recogió en The Plough. En el camino de ida conseguí apañármelas, le pedí que parara la furgoneta. Lo eché todo a un lado de la carretera. —Por primera vez desde que murió su madre, Jeanie siente que se le llenan los ojos de lágrimas, pero no por Dot; por Julius y por lo que vio, por lo que los dos vieron con doce años—. En el camino de vuelta, no sé. Supongo que no lo vi venir. Sucedió más rápido de lo normal. Cayó por toda la puerta y el borde del asiento y por el lateral. Apenas me manché. —Suelta una risa amarga—. Craig dice que a la furgoneta va a haber que hacerle una limpieza industrial y probablemente tenga razón. Tendrán que sacar el asiento del pasajero. —Sosteniendo el arco y el *fiddle* con una mano, busca en el bolsillo trasero—. Tengo que ir a cambiarme, pero aquí está el dinero. También tuvo que pagarme el almuerzo, porque no me había llevado nada. —Julius deja un billete de veinte libras sobre la mesa. Veinte libras por un día de trabajo.

—No te preocupes. Nos las arreglaremos.

Jeanie sabe que ninguno de los dos se cree lo que acaba de decir. Miran el dinero.

—Nada va a cambiar —dice él.

—¿De verdad?

Se coloca el *fiddle* en la mandíbula y pasa el arco por las cuerdas.

—Aquí siempre hemos estado los tres, ¿no? Pues ahora estaremos los dos.

Ella se sienta, cruza las piernas, acomoda la guitarra y empieza a tocar.

6

Por tres de sus lados, el jardín de medio acre está delimitado por un seto descuidado cuyos huecos se han ido rellenando con diversas piezas de madera rescatadas: tablones, paneles, otra puerta vieja… Detrás de las pilas de compost, del politúnel y del gran invernadero los conejos excavan, y ahí el suelo y el perímetro amenazan continuamente con derrumbarse. En el cuarto lado, frente a la casa, la cerca de madera construida para que las gallinas no entren en el huerto está en mejores condiciones. Una puerta central se abre a una larga franja de pavimento, en su mayoría ladrillos entremezclados con alguna que otra pieza de hormigón o pedernal donde estos se han desmenuzado. Los bancales están separados por resistentes tablones de andamio, que salen del camino central, como costillas que se proyectan desde la columna vertebral. El jardín va subiendo por la pendiente, de modo que uno puede sentarse en el banco de arriba y contemplar los manzanos y los cerezos que hay detrás de la antigua vaquería por encima de los bancales de color marrón intenso y de las plantas, e incluso el camino y el hayedo que hay más allá. Cerca de la casa crecen romero y tomillo, apio de monte y angélica, y, en verano, albahaca y estragón. Arriba, en la linde del lado oeste, se encuentra la jaula de alambre para los frutos rojos, repleta de taños leñosos de frambuesa, arbustos de grosella negra y uva espina. El huerto, orientado al sur, está protegido, y las plantas, que nunca han visto fertilizantes químicos o insecticidas, crecen fuertes en el suelo franco. Julius intentó muchas veces persuadir a Dot y Jeanie para simplificar y cultivar solo dos o tres cosas en todo el huerto. Decía que las oportunidades de incrementar las ventas pesaban más que el riesgo de que toda una cosecha no saliera adelante debido a alguna plaga, pero las mujeres siempre cultivaban muchas verduras y frutas diferentes, y nunca dejaban que Julius las arrancara.

Jeanie se pasa la mañana volviendo a sembrar en los huecos donde la nieve acabó con algunas de las plantas más frágiles, aunque la mayoría ha sobrevivido, y donde el ajo ha sacado sus espigas verdes ya están apareciendo flores, como puntas de lanza atrapadas en sus capullos de papel. Le duelen las rodillas porque lleva una hora agachada, y por el frío. Cada vez tiene las articulaciones más rígidas, y

tienden a resentirse por las mañanas; lo ha notado más durante el último año. Mientras trabaja, vuelve a preguntarse por qué Dot no les dijo a ella y a Julius que estaba enferma. Era terca y orgullosa, las cosas como son. Les había enseñado a no aceptar nada de nadie —especialmente si *nadie* es el Gobierno—, porque en menos que canta un gallo los tenías en la puerta para pedirte que les devolvieras lo que habías aceptado, o más. A Jeanie no le extraña que su madre no fuera a por las recetas que le correspondían, ni tampoco le sorprende demasiado que haya tan poco dinero en la lata, pero aun así no puede evitar calcular los gastos mentalmente: el funeral o la cremación, un ataúd, la funeraria, un coche fúnebre y flores. Y el que no pueda permitirse nada de eso ¿qué hace? ¿Enterrar a su madre en el jardín?

Junto a la puerta de atrás, corta cuatro ramitas de romero y las frota para que despidan su aroma. El arbusto tiene los tallos altos y delgados y pronto tendrán que sustituirlo por otro, así que se recuerda a sí misma que debe hacerse con algunos esquejes. Sostiene las ramitas debajo de la nariz e inspira.

En el salón coloca el romero alrededor del cuerpo de su madre y se coloca un pedacito en el cuello del vestido. Ha dejado la puerta cerrada para que Maude no pueda entrar y también la ventana, porque le preocupa que entren moscas y lo que eso supondría. Le sale vaho por la boca a causa del frío y no es tanto que huela algo, sino más bien que tiene miedo de oler algo. Con las mismas tijeras con las que cortó el romero, corta por la mitad el camisón de su madre, y luego las mangas. El cuerpo tiene el color de las setas recién cogidas y lo lava cuidadosamente con agua tibia de un cuenco que ha colocado sobre el pequeño aparador del rincón. Empieza por la cara de Dot, y sigue por los pechos y el vientre, donde la piel es suave y flácida. Las extremidades ya están rígidas y cuesta manejarlas. Cuando termina, sale al jardín delantero y tira el agua al macizo de flores. Arriba, elige un vestido de Dot, veraniego, de diario pero bonito, de color amarillo pálido con un estampado de hiedra. Es consciente de que en algún momento tendrá que revisarlo todo: la ropa de su madre, sus pertenencias.

Al año siguiente de la muerte de su padre, a Jeanie le encomendaron la tarea de sacar las cosas de su padre del dormitorio que había compartido con su mujer durante trece años. Dot no estaba en condiciones de hacerlo, ese año no fue capaz de hacer gran cosa salvo sentarse en la cocina o seguir a su hija por todas partes. La ropa que estaba bien ya la había heredado Julius, los bajos de los pantalones se habían subido, los puños se habían acortado, y el traje bueno de Frank y su abrigo se habían guardado para cuando Julius fuera mayor. Otras prendas, Jeanie las había donado al Ejército de Salvación; también los zapatos —aunque tenía doce años, Julius ya

llevaba media talla de pie más que su padre—. Solo quedaba por vaciar la cómoda que había en su lado de la cama. Cuando Jeanie abrió el cajón superior, el fuerte olor de sus caramelos favoritos salió flotando, mezclado con algo grasiento, masculino. Había todo tipo de cosas metidas de cualquier forma en el cajón superior: el periódico que debía de haber estado leyendo en la cama la noche anterior a su muerte, un cortaúñas, su cuchilla de afeitar y hojas de repuesto en un paquete de papel. En un cuenco de cobre estaban los peniques que llevaba en los bolsillos mezclados con tornillos, un trozo de pedernal con un borde afilado, pasadores y arandelas. Dot quería que Jeanie tirara todo aquello y metiera allí su ropa, que estaba en la habitación que compartía con Julius. Ella mintió y le dijo a su madre que se había deshecho de las cosas de Frank, pero en vez de eso colocó sus camisetas y jerséis encima de lo último que quedaba de su padre, de modo que durante un tiempo —al menos unos meses—, su ropa olió a Winter Mixture y a las tuercas y tornillos de su padre.

Cuando Jeanie oye que llaman a la puerta de entrada, se dirige a la ventana del dormitorio e intenta ver quién es, pero desde allí no puede. Si abre la ventana, la oirán y mirarán hacia arriba, y entonces tendrá que bajar. Suspira, deja el vestido amarillo encima de la cama y baja.

La señora Rawson está en el umbral y Jeanie tiene que ordenarle a Maude dos veces que deje de ladrar y vuelva a la cocina. La señora Rawson lleva unos pantalones de cuero color crema, una especie de top sedoso con lo que parece el dibujo de unas tiendas, un impermeable color camello con un cuello voluminoso y gafas de sol. De su brazo cuelga un bolso grande. «Tengo que hablar contigo», dice, y Jeanie está tan sorprendida que se hace a un lado y por segunda vez en dos días deja entrar a la mujer.

En 1979, a la edad de veinte años, Caroline May fue coronada Reina de los Lácteos de los Jóvenes Granjeros de Wiltshire, y unos meses después se casó con el hombre que le entregó el premio. Jeanie oyó a Bridget contarle esto a Dot, y sabe que al principio de su matrimonio los Rawson tuvieron problemas: perdieron un bebé o no llegaron a concebirlo. Bridget dijo esto último negando despacio con la cabeza, como si no tener un hijo fuera lo peor que podía pasarle a una mujer. La señora Rawson siempre ha sido agradable con Jeanie cuando se han cruzado por el camino o en el pueblo. Cortés, si no afable, y con eso es suficiente. Es a su marido a quien ella no traga.

La señora Rawson no se quita las gafas de sol a pesar de que la cocina solo está iluminada por candiles y por la poca luz natural que entra por la ventana baja de la fachada y por el lavadero de la parte de atrás.

—Lamento venir otra vez tan pronto —dice la señora Rawson.

Sonríe y luego deja de sonreír.

—¿Quiere sentarse? Pongo a hervir agua.

—No quiero té. Gracias. No me quedaré mucho. —Sigue de pie, las dos mujeres están en la cocina con la mesa entre ellas—. Por desgracia, he venido a hablar de una deuda pendiente —dice la señora Rawson con frialdad.

—¿Qué deuda? —pregunta Jeanie.

—La de la casa.

—¿Qué quiere decir?

—Una deuda que no se ha saldado.

—¿De la casa? Es imposible que debamos nada de la casa. No pagamos alquiler. Tenemos un trato. —Jeanie no deja traslucir sus emociones. Puede ser tan fría como Caroline Rawson si es preciso, pero el animal que habita en su corazón se está revolviendo.

—Justo. Un acuerdo. Según el cual tu madre, tú y tu hermano podíais quedaros en la casa después de que tu padre muriera, y ella pagaba…

—De que lo mataran —la corrige Jeanie.

La señora Rawson habla por encima.

—… y ella pagaba semanalmente hasta hace unos pocos meses, cuando, por lo que me ha dicho mi marido, empezó a atrasarse con los pagos.

—¿Qué? —Jeanie se agarra al respaldo de una silla de la cocina.

—Le estaba costando llevar los pagos al día —la señora Rawson habla como si recitara un discurso aprendido.

—Lo siento —dice Jeanie, aunque no lo siente para nada—. No hay alquiler, ni ahora ni antes. —El corazón le late con fuerza, pero trata de adoptar el mismo tono aséptico concentrándose en la respiración. Si se esfuerza lo suficiente, puede verse a sí misma, deformada y borrosa, en las gafas de la señora Rawson—. El trato, el acuerdo, como quiera llamarlo, era que podíamos quedarnos en la casa gratis incluso después de que nuestra madre muriera —añade, haciendo hincapié en *gratis*.

—Tu madre —la señora Rawson dice *madre* como si estuviera a punto de quejarse de que Dot hubiera dejado que Maude se cagara en su jardín— lleva pagando alquiler treinta y ocho años. Más o menos. Empezó un año después de la muerte de tu padre. Me sorprende, aunque por supuesto no es de mi incumbencia, que no te lo contara.

Jeanie quiere que esta mujer se vaya. Está llenando la cocina de su perfume. Quiere decirle que tiene cosas más importantes que hacer que discutir por esa estupidez. Tiene que guardar las gallinas, tiene que regar las plantas del invernadero y del politúnel. Tiene que pensar qué hacer para cenar. Sin electricidad, la nevera del lavadero está

empezando a oler rancio, a pesar de que dentro solo hay medio paquete de mantequilla, un cuarto de litro de leche y un pedacito de cheddar. Puede hacer una tortilla, asar un par de patatas viejas. Tiene que terminar de vestir a su madre. Su madre muerta. Lleva muerta un día más o menos y aquí están, discutiendo por deudas ridículas que no tienen por qué saldar.

—Eso es imposible. —Jeanie se cruza de brazos.

La señora Rawson se ríe como si fuera la persona más bondadosa del mundo.

—En casa tenemos un talonario de recibos, por si quieres verlo, con las iniciales de tu madre junto a cada pago. Llevaba sin pagar la cantidad completa por lo menos unos cuantos meses debido a su enfermedad, o eso me ha dicho mi marido.

—¿Cuánto dice usted que debemos? —Jeanie sabe, de nuevo por las conversaciones de Bridget con Dot, que la señora Rawson trabaja de voluntaria, que recauda fondos para una organización benéfica que se ocupa de bebés prematuros y que no lleva las cuentas de la granja. El dinero, incluida una gran herencia, lo administra Rawson.

—Dos mil —dice rápidamente, como si fuera una cifra que se hubiera inventado sin más en ese momento.

—¿Dos mil libras? —Jeanie ya no puede evitar sonar conmocionada.

—Sí —dice la señora Rawson—. A mí también me sorprendió que se hubiera atrasado tanto con los pagos. Es una faena, pero claro, si queréis quedaros en la casa… —Saca las llaves del coche de su bolso y las hace tintinear—. Estoy segura de que a tu hermano y a ti se os ocurrirá algo.

Cuando Julius llega a casa, otra vez no hay cena en el fuego ni agua caliente para su aseo. Jeanie está sentada en la misma silla que el día anterior, con la cabeza inclinada sobre la guitarra, tocando. Solo Maude levanta la vista para saludarlo. Esta vez, en lugar de la oleada de compasión y tristeza que sintió el día anterior, le irrita enormemente que ella no haya hecho nada en todo el día mientras él ha estado trabajando, ganando dinero para los dos. ¿Por qué no ha trabajado nunca?

Jeanie dice algo demasiado bajo y no la oye.

—¿Qué? —pregunta sentándose en el sofá y empujando a un lado a Maude con brusquedad. Los ojos de la perra se agrandan y Julius se agacha para acercar su frente a la de Maude en señal de disculpa.

Jeanie deja de tocar, alza la mirada y él ve que tiene el rostro encendido.

—Caroline Rawson ha venido esta mañana.

—¿Otra vez? —Está confuso.

—Dice que les debemos dinero del alquiler.

—¿Qué alquiler? —Apoya los codos en las rodillas.

—Pues eso, el alquiler, el alquiler —replica ella elevando la voz.

Julius levanta las manos para calmarla.

—¿Qué quieres decir?

—El de la casa.

—Es nuestra. No hay alquiler.

—Eso es lo que le he dicho yo, pero ella dice que mamá llevaba pagando alquiler desde el año después de que papá muriera.

—La habrás entendido mal.

—No he entendido mal nada. Tú no estabas aquí. —Jeanie está gritando.

—Pues es mentira. ¿Y el trato? Rawson nos dio la casa a cambio de… —No termina la frase. No comprende lo que está diciendo Jeanie. O sí lo comprende, pero no tiene ningún sentido.

—Caroline Rawson sabía que mamá estaba enferma. Igual que lo sabían Bridget y el doctor Holloway. Parece que todo el puñetero pueblo se entera de nuestras cosas antes que nosotros. Me ha dicho que mamá no iba al día con los pagos. Ha sido espantosa, Julius. Desagradable y fría. Parecía otra persona.

—Cálmate, Jeanie. —Julius se sienta en el borde del sofá y se quita las botas y luego los calcetines. Le gusta sentir el suelo fresco en la planta de los pies después de un día de trabajo—. No te conviene alterarte. Por favor. Rawson no dijo nada de ningún alquiler cuando me dejó llamar por teléfono. Debe de haber algún error. —Le lanza los calcetines hechos una bola a Maude y estos rebotan en la parte superior de la cabeza de la perra. Ella ni se inmuta.

—No creo. Ha dicho que le debíamos dos mil libras.

—¡Dos mil libras! —Julius niega con la cabeza—. No puede ser. ¿Crees que mamá lleva pagando alquiler, cuánto, treinta y ocho años? —Suelta una risa sarcástica.

—¡No es que *yo* lo crea! Estamos hablando de los Rawson, no de mí.

—Pues si Rawson cree que le voy a dar el dinero, va listo.

—No grites —dice Jeanie.

—Lo siento, lo siento. —Se pasa una mano por el pelo y expulsa el aire de las mejillas.

—Tendrás que ir a hablar con él —dice Jeanie.

Julius se pone de pie.

—¿Qué?

—Habla con él. —Jeanie deja la guitarra en el suelo y apoya la

frente en la mesa de la cocina. El tono de su voz es apagado—. Tienes razón. Debe de haber algún malentendido.

—¿Por qué tengo que ir yo?

Ella levanta la cabeza rápidamente. Su tono se vuelve agudo, impaciente:

—Porque se te dan mejor estas cosas. Hablar con la gente.

Él suspira. Acaba de entrar, se ha quitado las botas, no piensa volver a salir ahora. Seguro que no es más que un estúpido error.

—No me gusta que hagas eso —dice Jeanie.

—¿El qué?

—Tirarle los calcetines a la perra.

La electricidad sigue sin funcionar, a pesar de que Julius ha toqueteado un poco más el cuadro eléctrico. Jeanie enciende dos candiles y los lleva al salón. Maude vuelve a estar encerrada en la cocina.

—Puedo pedírselo a Bridget —dice Jeanie.

—No. —Julius está de pie al otro lado del cuerpo cubierto de su madre. Es bueno que sean ellos dos quienes hagan esto, él puede ocuparse, es su deber. Aun así, le laten los oídos y tiene la boca seca.

—¿Listo?

Julius asiente y Jeanie retira la sábana. Los ojos de Julius recorren la superficie del cuerpo sin detenerse en ningún punto en particular. Es experto en no recordar los detalles de la primera vez que vio un cadáver. Esas imágenes se han desdibujado como una fotografía emborronada por la lluvia, y no hay olor ni ruido humano que las reviva. Tan solo es incapaz de evitar una reacción física cuando siente la vibración de un motor en los huesos; sus notas graves a través de él.

—No he podido sacarle el camisón ni la bata de debajo —dice Jeanie—. Tenemos que ponerla de lado.

—Hacia mí —dice Julius. Tira del cuerpo mientras Jeanie agarra la ropa. La carne está fría, por supuesto, y el cuerpo rígido, los músculos duros—. Sácalos —dice Julius sosteniendo el cuerpo.

Cierra los ojos y piensa en Shelley Swift. Hoy ha ido a su piso, encima de la tienda de *fish and chips*. La ventana de guillotina de la cocina en forma de gajo que su gata usa para entrar y salir no cerraba. La cuerda estaba rota por un lado, pero engrasó las partes del mecanismo hasta donde podía llegar sin quitar la ventana entera y logró que aquello volviera a moverse. Shelley Swift hizo té y su gata ronroneó y se sentó en la encimera. Mientras Julius comprobaba que la ventana se deslizaba sin problema, observó a Shelley Swift por el rabillo del ojo mientras ella apretaba las bolsitas de té contra las paredes de las tazas y arrojaba las bolsitas al fregadero, y cuando

pensaba que él no la estaba mirando, se recolocaba el cuello elástico de su blusa estilo campesina de modo que le quedara por debajo de los hombros y dejara a la vista su piel pecosa. Levantó a la gata de la encimera y la cogió en brazos, acunándola como si fuera un enorme bebé peludo. «Pixie, Pixie, Pixie-Pie», canturreó frotando la mejilla contra la gata, que, sin mover la boca ni los ojos, adoptó una expresión de aburrida tolerancia. Shelley Swift se acercó a Julius, meció a la gata y dijo: «Este es Julius, Pixie. ¿No te parece un buen hombre? Te está arreglando la ventana». La gata ronroneó contra sus pechos, la parte superior de los cuales asomaba por encima de la blusa, y cuando la mujer la soltó, se alejó de un salto, inesperadamente ligera para su tamaño. Shelley Swift bajó la vista y se quitó un par de pelos de gata de la piel con un chasquido de disgusto. Él la miró y supo que Shelley Swift sabía que la estaba mirando. Ella le habló de su apartamento y del tufillo que a veces subía de los baños públicos y que superaba al de la tienda de *fish and chips*, de las novelas de suspense que le gustaba leer y de su trabajo —de su jefe, de que incluso si se llevaba los sándwiches en un táper de plástico, a la hora del almuerzo ya tenían gusto a polvo de ladrillo—. «Se mete por todas partes.» Se tiró del elástico de la blusa y miró de nuevo hacia abajo riéndose, un chirrido ronco que él descubrió que le gustaba. Oír a Shelley Swift reírse el día después de la muerte de su madre le sentó bien.

No había planeado contarle lo que había pasado, pero ella se lo sacó y se quedaron en la cocina durante una hora o más después de que él terminara de arreglar la ventana. Su expresión de ternura y compasión lo había dejado casi fuera de combate.

Jeanie tira del camisón y de la bata de Dot y esta vez salen, y Julius baja el cuerpo. Ella frunce las bragas de su madre, de algodón grisáceo y talle alto, que incomodan a Julius más que la desnudez. Las pasa por encima de los pies, y arrastrándolas primero por una pierna y luego por la otra, consigue subirlas por encima de las rodillas, pero ahí se quedan atascadas.

Hermano y hermana dan un paso atrás.

—Ojalá se hubiera puesto ropa interior para dormir —dice Julius.

—Es mejor dejar que las cosas respiren —dice Jeanie imitando el tono de voz de su madre.

—¿En serio? —pregunta Julius—. ¿Eso te decía? A mí me decía que siempre pijama. Para evitar que me tocara, supongo.

—¡Julius! —Jeanie se ríe. Mira las bragas—. ¿Qué hacemos?

—A lo mejor el vestido las tapa.

—No podemos enterrarla con la ropa interior a medio poner. —Jeanie se lleva la mano a la boca para evitar reírse de nuevo—. ¿O sí?

—Es inapropiado.

Julius también se ríe.

—Indecente.

—Nadie la ha visto nunca desnuda. No vamos a empezar nosotros ahora.

Las palabras brotan mientras se ríen.

—¿Ni siquiera papá?

—Sobre todo, papá.

—¿Ni en su noche de bodas?

—No, seguro que no.

Y entonces, tan de repente como llegó, la risa se va.

—Pobre mamá.

—No tuvo muy buena vida, ¿verdad? —dice Julius.

—Fue feliz, creo. Nos tenía a nosotros, el huerto, la casa. La música.

—¿Bastaba con eso?

—Pues claro que bastaba. A mí me bastaba.

Guardan silencio, hasta que Jeanie dice:

—No sé cómo vamos a ponerle el vestido.

—¿No tiene ninguno con botones por delante?

—Todos se abrochan por detrás, excepto el que se ponía para estar en casa, que se ata por un lado. Pero con ese hacía las tareas domésticas. No lo veo apropiado.

—¿Un delantal?

—Enterrada con un delantal. —Jeanie empieza a reírse otra vez.

—Tendremos que cortarlos —dice Julius—. Las bragas y el vestido. Cortarlos por detrás, y las mangas del vestido, y luego podemos colocárselos por encima y remeterlos por los lados para que parezca que los lleva puestos. Solo la veremos nosotros. Y el de la funeraria.

Jeanie se queda quieta y en silencio.

—Y Dios —añade Julius.

Jeanie hace un gesto desdeñoso con la mano. Sabe que Julius está de broma. Ninguno de los dos ha creído nunca en Dios ni ha ido a la iglesia.

—A él no le importa el aspecto de los muertos.

—¿Incluso si llevan las bragas por las rodillas?

—Sobre todo si llevan las bragas por las rodillas. —Jeanie le quita las bragas—. He estado pensando. ¿Y si no organizamos ni funeral ni oficio? ¿Y si la vestimos, la amortajamos y la enterramos en el jardín?

Julius frunce el ceño.

—¿Podemos hacer eso?

—¿Y por qué no vamos a poder? Es nuestra tierra. Es nuestra

madre. Hay un terreno cerca de los manzanos que podría estar bien. ¿Qué crees que habría querido ella? ¿Estar junto a su huerto o en algún cementerio lleno de desconocidos? O peor aún, reducida a cenizas y tirada por ahí. Una vez oí en la radio que el noventa y ocho por ciento de la ceniza que hay en esas cajitas no proviene de la persona que ha sido incinerada. Las cenizas de todos los cuerpos que han sido quemados ese día acaban mezcladas y se recogen en vasijas y se entregan a las familias. Podríamos estar esparciendo las cenizas de cualquiera.

Está pensando en su padre, cuyo cuerpo fue incinerado y las cenizas esparcidas en los campos que amaba, y por la forma en que Julius mira hacia atrás, sabe que él también. No hubo ni ataúd abierto ni momento de reflexión junto al cadáver de Frank. Y es posible que la incineración, piensa Jeanie ahora, fuera el intento de Dot de borrar lo que sus hijos habían visto.

—Aunque lo hagamos como todo el mundo, seguimos sin saber cómo vamos a pagarlo —añade.

—Vale.

—¿Qué? —dice Jeanie. No esperaba que él estuviera de acuerdo. En realidad, no había pensado en el terreno cerca de los manzanos hasta que lo mencionó.

—Vale, la enterramos en el jardín. No tenemos por qué decírselo a nadie. Podemos decir que vamos a celebrar una ceremonia privada.

Después de esa decisión, tan rápida y fácil, Jeanie corta las bragas y mientras las coloca sobre el cuerpo, Julius corta el vestido.

—Por lo menos fue rápido —dice—. No sufrió.

Jeanie asiente con un gruñido, aunque no está segura de que fuera tan rápido. Procura no pensar en cuánto tiempo pudo haber estado su madre tendida sobre las frías baldosas sola y consciente, pero incapaz de moverse o gritar.

—Ella no habría querido pasarse el resto de sus días sentada en una silla, mirando por la ventana y sin ser siquiera capaz de limpiarse la baba.

—¿Quién podría querer eso? —pregunta Jeanie.

Cuando terminan de remeterle la ropa, Julius dice:

—¿Qué hacemos con la alianza?

—¿Cómo que qué hacemos?

—Deberíamos quitársela, ¿no crees?

—Pero es suya.

—A ella no le va a hacer falta.

—¿Y a nosotros sí? —la pregunta de Jeanie suena más contundente de lo que esperaba—. Además, si nunca se la quitó en vida, ¿por qué íbamos a quitársela nosotros ahora?

—Sí se la quitó.

—No, no se la quitó. —De repente, Jeanie está enfadada porque Julius cree que conocía mejor a su madre que ella—. Ni siquiera cuando estábamos trabajando en el huerto. Me acordaría.

—Solía dejarla en ese plato de porcelana con flores que había en el alféizar de la ventana, detrás del fregadero del lavadero.

—No se la quitó nunca.

—Bueno, ¿y ahora qué crees que deberíamos hacer?

—Cógela, si de verdad la quieres. Si crees que vas a darle uso.

—Puede que le des uso tú. —Le guiña un ojo.

—Sí, claro. No seas ridículo. —Ella se niega a sonreír.

—Nunca se sabe. ¿Qué tal… Doug Fletcher? Parece muy alegre.

—¡El del *fish and chips*!

—¿Qué tiene de malo? Masa frita gratis todas las noches.

—Para empezar, está casado.

Cubren el cuerpo de Dot.

Por la mañana, cuando Julius se va al trabajo, Jeanie levanta la mitad superior de la sábana y vuelve a mirar a su madre. El anillo ha desaparecido.

7

Jeanie abre el bolso y comprueba que lleva el certificado médico en el bolsillo lateral. A su lado, Bridget sostiene el volante con una mano y con la otra abre la solapa de un paquete de tabaco y saca un cigarrillo. Hurga en el compartimento que hay debajo del salpicadero y coge una caja de cerillas, rebusca de nuevo y encuentra un mechero, lo enciende y lo acerca al extremo del cigarrillo. Bridget fuma demasiado, piensa Jeanie mientras mueve los pies entre el revoltijo de bolsas vacías de patatas fritas, hojas acartonadas, botellas de plástico y los restos de barro seco de las suelas de las botas que atestan el espacio para los pies. Baja un poco la ventanilla y luego la sube, y da dos toquecitos más para dejar una rendija. Van tan despacio que todos los coches que aparecen por detrás las adelantan.

—Podría haber ido en autobús —dice Jeanie. Lo cierto es que solo hay un autobús al día a Devizes y habría llegado demasiado tarde como para coger el de vuelta. Y, por supuesto, agradece poder ahorrarse el billete. No está segura de que el dinero de la lata le hubiera alcanzado.

—No es fácil lidiar una sola con estas cosas que te cambian la vida radicalmente —dice Bridget. Suena como si estuviera pronunciando las palabras que había en el folleto que el médico le dio a Jeanie junto con el certificado. Julius leyó parte del folleto en voz alta por la noche en casa y lo echó al fuego.

Jeanie ve pasar ante sus ojos las vacas en los campos, los setos y las hileras de robles. Su madre ha muerto, y aun así los robles siguen creciendo, las vacas siguen comiendo hierba. Bridget baja la ventanilla y le da un golpecito al cigarrillo en el borde del cristal. La ceniza entra bruscamente en el coche, y el viento la alborota y la desperdiga por todas partes.

Da otra calada y lanza el cigarrillo por la ventana dibujando un arco.

—Eres muy amable por ofrecerte a entrar conmigo, pero pensándolo bien, prefiero ir yo sola. —Jeanie agarra su bolso, decidida.

—No seas tonta —dice Bridget—. No me importa. Tuve que

hacerlo todo cuando murió mi padre, así que sé cómo va. Stu fue solo cuando nació Nath, yo estaba en el hospital. Quería esperar a que yo saliera para poder ir juntos, pero me tuvieron ingresada dos semanas. En fin, problemas de mujeres. Por eso no tuvimos más. —Bridget se pasa la mano por el estómago para indicar algo, Jeanie no sabe qué—. Me pareció muy tierno que quisiera que fuéramos juntos al Registro Civil, la ilusión que le hacía ser padre.

—No —la interrumpe Jeanie—. Puedo yo sola. Gracias.

Bridget se queda mirándola fijamente y el coche se mueve hacia el borde de la carretera y avanza a sacudidas por todo el arcén hasta que Bridget endereza el volante.

—Tú misma.

Guardan silencio hasta que llegan al pueblo y empiezan a dar vueltas por la zona de aparcamiento de la plaza principal. Bridget duda demasiado, pone primero el intermitente a un lado y luego al otro, se salta un par de huecos y da otra vuelta. No aprendió a conducir hasta hace unos años.

—Supongo que seguiréis viviendo en la casa, ¿no? —Aparca en un hueco sin haber puesto el intermitente, y por poco no le da a un coche que hay aparcado.

Jeanie no sabe cómo responder. ¿Qué sabe Bridget de lo que le dijo Caroline Rawson? ¿Del poquísimo dinero que tienen en la lata? Jeanie suelta un «mmm» que no la compromete a nada y que podría significar cualquier cosa. Bridget echa el freno de mano y roza la manga del abrigo de Jeanie con los dedos. Jeanie los mira: el anillo de pedida y la alianza, el esmalte de uñas, un rojo desconchado del color de Winifred, una rosa que crece en el jardín delantero de la casa.

—Sé lo de tu madre y Rawson —dice con cuidado, como para comprobar si Jeanie también lo sabe.

—¿Te refieres al trato? —pregunta Jeanie. Por supuesto que Bridget está al tanto del trato, eso no es ninguna sorpresa—. Nada va a cambiar ahora que mamá ha muerto. Estaba pensado también para Julius y para mí. Podemos quedarnos en la casa toda la vida sin pagar alquiler.

Bridget la examina detenidamente, sus ojos pasan rápidamente de una pupila a la otra.

—El trato, sí —dice, aunque hay algo falso en el tono de su voz. Apaga el motor—. ¿Entonces eso es lo que queréis? ¿Quedaros en la casa?

—¿Por qué no íbamos a querer quedarnos?

Bridget estira el brazo para coger su bolso del asiento trasero.

—¿No te parece un poco antinatural? —Saca un tubo de Polo, se lleva uno a la boca y le ofrece el paquete a Jeanie.

Jeanie niega con la cabeza.

—¿Antinatural? ¿Qué tiene de antinatural?

—Bueno, no lo sé. Vivir con tu hermano cuando tienes cincuenta y un años. Ocuparte del huerto. Esa casa. —Bridget se estremece. Jeanie sabe que no le gusta la casa, que le parece lúgubre y claustrofóbica. Nunca usa el retrete cuando va a verlos. Dice que está lleno de arañas.

—Es nuestro hogar. Siempre hemos estado allí.

—Justo —dice Bridget—. Mira, solo digo que deberías vivir un poco. Tal vez tener un trabajo en condiciones. Ganar dinero. Comprarte ropa nueva.

—¿Ropa nueva? Mi madre acaba de morir. No quiero ropa nueva.

—No quería decir eso. —Bridget pliega el paquete de caramelos y lo guarda—. Lo siento, es solo que, ¿y si no podéis seguir viviendo allí? Tienes que pensar en eso.

—Pues claro que seguiremos viviendo allí. Ese era el trato.

Puede que Bridget sí sepa lo del alquiler que la señora Rawson dice que deben. Ella y Julius no han hablado de ello desde que Jeanie le contó que Caroline Rawson había pasado por la casa, y él aún no ha ido a ver a su marido, tal y como ella le pidió. No ha ocurrido nada. No va a ocurrir nada. Aun así, por mucho que trate de olvidarla, esa cantidad exorbitada vuela de acá para allá en su interior como una moscarda contra una ventana, y su corazón zumba de ansiedad.

Bridget parece reflexionar durante un momento, empieza a decir algo y luego se lo piensa mejor.

—Bueno, si os vais a quedar, decidle a ese hombre que os ponga tuberías decentes y un baño dentro, y que vuelva a cubrir de paja el techo. A ese sitio hay que darle un repaso. —Saca el monedero del bolso y rebusca entre las monedas—. ¿Tienes una libra? Creo que es lo que hay que meter en el parquímetro.

A Jeanie le gustaría llevarse los dedos al corazón para evitar que la criatura se escape, pero mira en el compartimento de su bolso en el que guarda las monedas. Sabe que dentro hay exactamente tres libras y cincuenta y cuatro peniques, todas las monedas de la lata. Julius volvió a coger las veinte libras que había dejado sobre la mesa, y sabe que con ellas habrá comprado tabaco, papel de liar, cerillas, y que tal vez haya recargado su móvil. Necesita las monedas para comprar pan, margarina y leche, algo de queso si es que consigue que le alcance para todo. Bridget se inclina y coge la moneda de cincuenta peniques.

—Con esto bastará —dice, y va a por el ticket.

Cuando están de pie en la acera, Bridget mira la hora en su teléfono.

—Tu cita es en quince minutos, tienes tiempo de sobra.

Bridget ha llamado para pedirle hora. Jeanie y Julius hablaron de

si hacía falta registrar el fallecimiento teniendo en cuenta que iban a enterrar a su madre en el jardín y decidieron que sí. Jeanie se pone enferma solo de pensar en los formularios y habría preferido que Julius se ocupara de ello, pero Devizes está a una hora en coche y nunca habría conseguido llegar hasta allí sin vomitar.

—Nos vemos aquí a y media —dice Bridget.

La sala de espera del Registro Civil está vacía. Suena música clásica enlatada y en la pared hay un gran cuadro de flores en un jarrón: lirios del valle y rosas, que no florecen al mismo tiempo. Le da su nombre a la mujer del mostrador y se sienta en una silla. Es igual, en cuanto a estilo y tapicería, que las de la sala de espera del centro de salud. Tal vez las sillas de sala de espera sean las mismas en todo el país, en todo el mundo; tal vez una empresa tenga el monopolio de las ventas de sillas de sala de espera. Aparte de la horrible música —que, supone, pretende ser apta para las tres situaciones: nacimiento, muerte y matrimonio—, todo está en silencio hasta que oye un clamor al otro lado de una puerta cerrada, vítores y hurras como los de forofos del fútbol, y la sala de espera se llena de personas con ropa colorida que salen en tropel y felicitan y aplauden a una pareja que va cogida de la mano y se ríe. Jeanie se pone de pie y también sonríe, atrapada en la celebración. El grupo se va, su charla se desvanece por la calle, y Jeanie se queda desolada, aguantando la respiración para no ponerse a llorar porque la han dejado allí mientras la fiesta continúa en otra parte, como siempre. Vuelve a oírse la música metálica, y alguien dice su nombre.

El registrador se sienta a un lado del escritorio y la invita a sentarse al otro lado mientras musita sus condolencias, y después mueve los ojos de la pantalla de su ordenador al documento que Jeanie le ha entregado. Le pregunta el nombre completo de Dot, su edad y su dirección. Estas son cosas a las que Jeanie puede responder con facilidad y, conforme él escribe, ella se relaja, pensando que ya no tendrá que rellenar ningún formulario. Cuando él deletrea su nombre y dirección para que los confirme, ella asiente. Los dedos índice picotean el teclado y Jeanie observa la expresión del hombre, fascinada por su capacidad de concentración y por el mecanismo que transporta la voz de ella a su cabeza, luego a una instrucción que viaja por sus brazos y hace que sus dedos se muevan, lo cual origina palabras en el ordenador que otras personas, tal vez dentro de unos años, podrán ver y comprender en su mente. El registrador le pregunta si ha traído los certificados de nacimiento y matrimonio de Dot, pero no parece importante que no lo haya hecho. Todo el tiempo el hombre sonríe y asiente con la cabeza hasta que Jeanie se recuesta en su silla y relaja las manos que agarran las asas de su bolso.

—¿Con qué funeraria han hablado? —pregunta el hombre mirándola por encima de las gafas.

Jeanie le clava los ojos y ve a Dot con su vestido cortado sobre la mesa del salón.

—Si todavía no lo han decidido, no hay problema. ¿Saben qué crematorio o qué iglesia?

Piensa en el terreno cerca de los manzanos que ella y Julius delimitaron la noche anterior, y donde Julius ha dicho que podría empezar a cavar hoy.

—Puedo anotarlo como pendiente, pero deben informarnos en cuanto hayan tomado una decisión. Hoy le daré un formulario verde que debe entregarle a la persona que entierre o incinere el cuerpo de su madre, y ellos deberán remitirnos la parte inferior. —Pulsa algunas teclas más del teclado mientras Jeanie espera, y por fin dice—: Solo necesito que compruebe que todo lo que he escrito es correcto.

Una impresora que hay detrás del escritorio empieza a chupar papel. Él coloca el folio frente a Jeanie y ella se queda mirándolo: las palabras son impenetrables. Subrepticiamente, se lleva los dedos de la mano derecha debajo del pecho izquierdo buscando el golpeteo de la criatura. ¿Es posible que haya enfermado de repente?, se pregunta. ¿Que se haya indispuesto de forma inesperada? Una neblina se acumula entre el papel y sus ojos, y parpadea para volver a enfocar.

—¿Disculpe? —dice.

El hombre extiende el dedo y lee al revés. ¡Al revés!, piensa Jeanie. Repasa cada línea y ella asiente.

—Si está de acuerdo con todo, firmaré aquí. —Coge otra vez el papel y firma, y luego vuelve a entregárselo a ella—. Y usted, firme aquí. —Ella se queda mirando la hoja y luego levanta la vista hacia él. El hombre sostiene la pluma en alto—. Tenga cuidado, es caprichosa.

—¿Disculpe? —repite Jeanie.

Le ofrece la pluma y ella la coge. Vuelve a mirar la hoja: las palabras impresas, la firma del hombre. Nadan por el folio, bailan y se fusionan. Coloca el plumín sobre el papel, consciente de que el registrador la observa. Tiene los dedos demasiado atrás, sostiene la pluma con demasiada suavidad; se le resbala, pero antes de que pueda caérsele mueve la mano y aprieta de tal modo que la tinta salta, y por el rabillo del ojo ve al registrador hacer una mueca de dolor, pero le sale una línea que zigzaguea y se desparrama por la página. Jeanie mantiene la cabeza gacha y levanta la pluma del papel esperando a que la tachen de incompetente, pero el registrador le quita la pluma y le da la vuelta a la hoja. No hace ningún comentario sobre la firma.

—¿Desea una copia del certificado de defunción? —pregunta.

—¿No es eso a por lo que he venido? —dice ella, confusa.

Lo único que Jeanie oye es que una copia del certificado cuesta once libras. No lleva esa cantidad encima. Puede que a Julius le sobre algo de las veinte libras, y ¿Shelley Swift no le debe dinero? Hoy está trabajando, limpiando canaletas, pero ¿cuándo le pagan? Un hilo de sudor le baja por la espalda, tiene los muslos y las nalgas calientes, teme dejar un rastro de condensación en el asiento al ponerse de pie. Quiere salir de allí, su madre tenía razón cuando decía que los funcionarios siempre están intentando sacarte los cuartos. El registrador le explica que hay otro formulario que no cuesta nada y sirve para lo mismo. Y luego le dice que eso es todo, le entrega una carpeta con varios papeles y la acompaña hasta la puerta. Jeanie está fuera, en la acera, respirando aire de verdad, eufórica por su éxito, como si se hubiera salido con la suya, como si se hubiera salvado, y entonces alguien grita su nombre. Cuando se da la vuelta, el registrador viene hacia ella con un folleto satinado en la mano.

—Se me ha olvidado meter esto en la carpeta —dice—. Indica lo que debe hacer usted a continuación. ¿Tiene a alguien en casa que se lo pueda leer? O si quiere yo…

Ella le quita el folleto de las manos y, sin mirarlo siquiera, lo empuja dentro del bolso y se aleja apresuradamente.

Cuando llega al coche, un pájaro se ha cagado en el parabrisas y Bridget no está. Jeanie se queda merodeando por allí pero no demasiado cerca; le preocupa que un guardia de tráfico venga y le diga que tiene que irse o poner otro ticket. Bridget llega por fin, trotando como a ráfagas y disculpándose, sin aliento, cargada de bolsas. Jeanie no ha podido comprar la comida que necesitaba. En el coche, Bridget acciona el limpiaparabrisas y la mierda de pájaro embadurna el lado de Jeanie más y más con cada susurro de la escobilla.

—Estaba pensando en buscarme un trabajo —dice Jeanie cuando ya están en camino.

—¿Y el huerto y las gallinas? —replica Bridget chupeteando un Polo.

—¿Tú no decías que buscara trabajo?

—No sé cómo vas a ocuparte de ese huerto enorme tú sola. Con tantas verduras. Nunca he sabido cómo os las apañabais Dot y tú, que si quitar las malas hierbas, que si cavar… No me extraña…

Jeanie la interrumpe:

—Algo que nos dé dinero con más frecuencia que las verduras que vendemos al *delicatessen* y al *bed and breakfast*.

—¿Es el coste del funeral lo que te preocupa?

—No va a haber funeral —dice Jeanie, pero Bridget no la está escuchando.

—No daba crédito a lo que costó el de papá. Una puñetera estafa, así te lo digo. Puedo pedirle a Stu que se encargue. Os puede echar una mano, conseguiros un ataúd decente y a lo mejor el transporte. Su amigo Ed ayudó con el de papá. Aunque tengo que preguntarle a Stu si le parece bien meter un cadáver en la parte trasera de su furgoneta. No creo que le haga mucha gracia. —Suelta una carcajada ronca y luego mira a Jeanie arrepentida.

Jeanie se ofende cuando piensa en su madre en la parte trasera de la furgoneta de Stu. Con las latas viejas de pintura y el resto de sus porquerías apiladas a un lado.

—Un trabajo por la zona —dice Jeanie—. Si te enteras de algo.

—He oído que en la fábrica de ladrillos buscan a alguien para ayudar con la administración. Aunque estarías en la misma oficina que Shelley Swift. ¿Sabes mecanografía? —Se ríe y luego se queda helada, su expresión delata las implicaciones de su pregunta. Ahora que Dot ha muerto, solo Julius sabe con certeza que a Jeanie le cuesta leer y escribir. Pero está segura de que Bridget lo sospecha.

—No —dice Jeanie molesta, recordando cómo los dedos del registrador picoteaban el teclado—. No sé mecanografía.

Bridget mira al frente a través del parabrisas.

De vez en cuando, Jeanie ve estos problemas como defectos y le da vergüenza, pero la mayor parte del tiempo le molesta que el mundo esté diseñado para personas que saben leer y escribir con facilidad. Cuando se recuperó de su ataque de fiebre reumática y volvió al colegio, parecía que los niños de su clase habían aprendido de repente a coger un lápiz y a trazar patrones de círculos y líneas que todos los demás entendían. La pusieron en la clase de recuperación de lectura y escritura, pero los patrones y el proceso no dejaban de evolucionar, y después de un tiempo no se molestó en seguir intentándolo. Le gustaba la historia, descubrir cómo se inició el Gran Incendio de Londres, colorear dibujos de las casas junto al Támesis, usar el lápiz rojo hasta que solo quedaba el cabo. En casa, cuando se lo contó a Dot, su madre respondió: «Cuando tenía tu edad, lo que sabía era encender la chimenea y hacer un pastel sin que se me quemara. No me hacía falta más».

El supervisor del colegio había pasado unas cuantas veces a preguntar por las faltas de asistencia de Jeanie cuando su ausencia de un par de días se había alargado a diez sin una nota del médico. Todas las veces, Jeanie se las había arreglado para estar tumbada en el sofá con una manta encima, y tras unas pocas palabras y un dedo amonestador el supervisor se había ido. En casa no había libros, aunque de vez en cuando su padre leía el periódico, que usaban después para rellenar los huecos de los marcos de las ventanas en invierno. Él había intentado motivarla unas cuantas veces: la sentaba

en sus rodillas y sostenía el periódico en alto. Ella disfrutaba encerrada en su tienda de papel, pero no le interesaban las palabras y él tenía poca paciencia. Otros padres tal vez les leyeran a sus hijos antes de acostarlos, pero en el hogar de los Seeder tocaban sus instrumentos todos juntos y después Julius y ella se lavaban los dientes en el fregadero del lavadero y se iban al piso de arriba. Jeanie dejó el colegio en cuanto pudo, a los dieciséis años, sin ningún diploma.

En el coche, Bridget dice:

—Hoy día todos los trabajos se anuncian *online*. Buscan ayudantes de *catering* y cosas así. Siempre puedes ir a una biblioteca, que te ayuden a hacer una búsqueda en internet.

Jeanie mira por la ventana; están entrando en el pueblo. Nunca ha ido a una biblioteca y nunca irá; demasiados libros le hablan a gritos. No sabe usar internet, ni conectarse, ni buscar trabajo, ni rellenar un formulario de solicitud, ni enviar un correo electrónico. Ni siquiera, probablemente menos aún, si la ayuda un bibliotecario. El guardián de las palabras. Y además, tendría que comprar un billete y coger el autobús a Devizes o Hungerford para llegar hasta una biblioteca.

—¿Te llevo de vuelta a casa o necesitas algo del pueblo? —pregunta Bridget.

—A casa. Gracias —dice Jeanie en voz baja. Está demasiado agotada para pensar en qué necesitan y qué pueden permitirse.

Cuando llegan, Bridget dice, más amablemente:

—En la tienda hay unos cuantos anuncios en la ventana. De ancianos que venden cosas, como las teles esas enormes que ya nadie quiere. A veces hay alguno que busca asistenta o jardinero.

Jeanie sabe que debería invitar a Bridget a pasar, darle las gracias por llevarla al Registro Civil, por su ayuda, pero también sabe que si le hiciera a Bridget una taza de té, la leche se separaría en el líquido caliente y formaría grumos porque la nevera ya no está fría, y no quiere que Bridget vea el hoyo que, con suerte, Julius habrá comenzado a cavar. Bridget no muestra ninguna predisposición a salir del coche.

Ya en casa, Jeanie llama a Julius y cuando no obtiene respuesta se derrumba en el sofá. Maude salta a su lado y le lame la cara y las manos, y Jeanie agarra a la perra, le pasa los brazos alrededor del cuello y la atrae hacia sí, aspirando su olor a perro mojado.

Jeanie enciende el fuego en la cocina, pone el hervidor en la estufa y llena una taza de agua caliente. La lleva al salón, la perra la sigue. El cuerpo cubierto de su madre yace sobre la mesa y la habitación está helada y huele a romero.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta. Podría estar dirigiéndose al

cuerpo, o a Maude. Uno de ellos no responde, la otra inclina la cabeza y se queda mirándola, esperando a que Jeanie le dé la respuesta.

8

En la tienda, Julius duda. Le queda poco tabaco y papel de liar y quiere —no, necesita— tomarse una pinta en el pub. ¿En qué invertir el dinero que ha ganado limpiando canalones? Si quiere conseguir trabajo, necesitará saldo en el móvil. Le pone diez libras y compra algo de tabaco. En el pub enchufa el móvil para cargarlo. Se sienta en la barra junto a Jenks, le da sorbitos a una pinta de bitter para que le dure y se lía un cigarrillo fino.

—Me he enterado de lo de tu madre. —Jenks, un escocés flacucho, a quien Julius rara vez ha visto fuera del bar de The Plough, se acerca el vaso a la boca y Julius observa su labio superior extenderse hacia la cerveza como un caracol que avanza a tientas—. Vaya mierda —dice Jenks después de tragar.

—Sí —dice Julius, lamiendo el papel de fumar y pegándolo—. Gracias. —Hace un gesto con el cigarrillo y sale a fumar a la parte de atrás. Le ha salido una ampolla en la palma de la mano de tanto cavar y frota los labios contra la pompa, nota cómo se mueve el líquido debajo de la piel. Considera la posibilidad de que exista algún requisito legal para la profundidad de una tumba; vuelve a preguntarse si está permitido hacer lo que están haciendo. A la mierda, como si no lo está. Ha quitado el césped y ha hecho una zanja de una pala de profundidad, lo cual no es suficiente. A Jeanie no le parecerá suficiente, y sería una auténtica cagada que los zorros empezaran a cavar, o Maude. Se frota la barba que le recorre la mandíbula, fuma, piensa en lo que los Rawson dicen que les deben, vuelve a ver a Rawson gritarle «Nada» a su mujer por las escaleras, recuerda lo que contienen los sobres en el bolsillo de su abrigo. A tomar por culo, piensa. A tomar por culo todo.

De vuelta en el bar, pasados otros diez minutos, Jenks dice:

—Te ha llegado un mensaje. De esa tía buena que vive encima de la tienda de *fish and chips*. No sé qué de un calentador.

—Hostia, Jenks. No te cortes, lee todos mis mensajes. ¿Te traigo mi diario la próxima vez?

Jenks sonríe con satisfacción y, después de mirar su teléfono, Julius se bebe el resto de la cerveza de un trago.

Las calderas no son su especialidad —en realidad, no tiene especialidad— y no lleva la mochila de herramientas consigo, pero empuja su bicicleta por el pueblo hasta la casa de Shelley Swift.

Ella sale a recibirlo con un top con estampado de leopardo, una falda vaquera y un pintalabios lila que seguramente no se pone para ir a trabajar.

—La caldera de las narices. No hay agua caliente —dice mientras él la sigue escaleras arriba.

La caldera está en una pared de la cocina, y en cuanto inspecciona el orificio de la tapa, Julius ve que el piloto está apagado. Aprieta dos botones, el gas se enciende, una pequeña llama azul asoma por el orificio y oyen como se pone en funcionamiento.

—Eres la leche —dice Shelley Swift y cuando él da media vuelta, ella no retrocede. La nariz y la boca están desenfocados, pero los ojos, con las pestañas llenas de grumos de maquillaje y los iris color avellana rodeados de una circunferencia de un marrón más profundo, lo han pillado y no lo sueltan. Quiere besarla, pero siente que es demasiado alto, que está demasiado encorvado, que no es más que codos y rodillas. No está acostumbrado a estos encuentros, le falta práctica.

—¿Puedo ir al baño? —pregunta, y ella suelta una de sus risas roncas y lo deja ir. En el baño, debajo de la ventana, hay una estantería repleta de libros. Saca uno. *Igualita que su madre*, reza el título en letras plateadas en relieve. Detrás de las palabras hay un primer plano de unos arbustos cubiertos de maleza y un descampado. De la tierra asoma una oreja de mujer con un pendiente en el lóbulo. Vuelve a colocar el libro en su sitio.

En el rellano de arriba, cuando él le está diciendo que le envíe un mensaje si se le estropea alguna cosa más, Shelley Swift lo besa con la boca ligeramente abierta, su lengua roza los labios de él y Julius percibe lo viscoso que es su pintalabios. Él no le devuelve el beso exactamente, turbado por el tacto y el gusto de la mujer. Cuando se separan, ella vuelve a reírse y él baja las escaleras y sale por la puerta a toda prisa. Todo el camino a casa conduce la bicicleta sin apoyar las manos, como si tuviera otra vez trece años, sosteniendo el manillar con las rodillas para poder tener los dedos en la nariz y aspirar el aroma a limón del jabón de baño de Shelley Swift.

Mientras Julius está en el pub, Jeanie está al fondo del jardín segando las ortigas que hay alrededor del banco. Ha afilado la hoja hasta dejarla brillante y acaba de inclinarse otra vez cuando oye que alguien la llama. Un hombre. Se yergue, arquea la espalda hacia el

lado contrario para eliminar la rigidez y ve a Stu viniendo hacia ella. Por Dios, no se le había pasado por la cabeza que Bridget fuera a mandar a su marido de verdad. Ya ha atravesado el patio y la verja y se encuentra junto a los manzanos y los cerezos, cuyas flores han caído en los últimos días precipitadas por la nieve, esparciendo confeti rosa y blanco sobre los bancales de verduras. Cerca del manzano más viejo —un Cox's Orange Pippin que está retorcido y casi blanco por los líquenes—, Julius ha arrancado la capa superior de hierba y la ha colocado boca abajo en un montón. Será un abono perfecto. Por ahora, el agujero tiene treinta centímetros de profundidad y los extremos rojizos de las raíces del árbol asoman en horizontal por los lados rectos. A Jeanie le parece evidente que el agujero en la tierra es una tumba.

Stu es un hombre grande. Una vez, Jeanie tuvo la mala suerte de verlo subido a una escalera y la barriga, morena y cubierta de vello negro, se le salía por la cinturilla de los pantalones cortos. Solo usa pantalones cortos, incluso en invierno. Cuando se acerca, se quita la gorra de béisbol y deja a la vista su frente alta, la mitad superior de la cual rara vez ve el sol y es de un blanco resplandeciente. El poco pelo que le queda se proyecta en ángulos extravagantes. La gorra, donde Jeanie sabe que va impreso «Stu Clements Pintor y Empapelador», tiene el borde grasiento. Stu no solo se limita a pintar y empapelar, hace casi lo que sea mientras le paguen bien. Ahora, agacha la cabeza y dice que siente lo de su madre; no menciona la tierra removida, para él probablemente no sea más que otro bancal de verduras. Maude se levanta de donde está tumbada, olfatea la mano de Stu y luego vuelve a su sitio. A Stu lo conoce.

—Me ha pedido Bridget que venga —dice.

Jeanie asiente. No quiere tener que hablar con este hombre, quiere deshacerse de él lo antes posible. Deja la guadaña y camina hacia la casa, situándose a su derecha para que no vea la tumba.

—Puedo conseguirte un ataúd para el viernes si tomo las medidas ahora. El que los vende es mi colega Ed, pero puedo hablar con él —dice—. Sigue aquí, ¿no?

—No sé si… —empieza a decir Jeanie.

—O mañana, si te viene mejor.

—Al final, a lo mejor llamamos a una funeraria —dice ella. Va con él hasta la verja y entran en el patio, un par de gallinas cloquean y se dispersan—. Siento que hayas hecho el viaje para nada.

—¿Ah, sí? —dice él a su espalda—. Es que Bridget me ha comentado que teníais problemillas. Que andáis un poco justos, con lo del funeral y demás.

Jeanie siente que se le encienden las mejillas al pensar que Bridget

habla de su situación financiera con cualquiera, aunque sea su marido. ¿A quién más le ha contado que no pueden permitirse enterrar a su madre? Seguro que lo sabe todo el pueblo. Jeanie se lleva el pulgar a la otra muñeca y aprieta con fuerza.

—No sé qué habrá querido decir con eso —dice sin volverse. Pensaba llevar a Stu hasta la parte delantera de la casa y despedirse de él, pero ahora, agraviada y con la necesidad de demostrarle que no sabe de qué le habla, entra por la puerta de atrás con Stu de comitiva y Maude detrás—. Está en el salón —dice Jeanie cruzando la cocina y la entrada. Durante un momento, observa a Stu parado junto al cuerpo cubierto de su madre, y luego regresa a la cocina. Unos minutos después, oye una tos en la puerta.

Jeanie está avivando el fuego con un palo —no localizan el atizador—, de modo que cuando Stu entra parece ocupada, y no como si hubiera estado tendiendo el oído e imaginándolo con su cinta métrica. Se pone de pie.

—Ed tiene un buen trozo de pino en su taller —dice Stu metiéndose un cuadernito y un lápiz en el bolsillo trasero de los pantalones. La parte blanda de la gorra de béisbol está embutida en el otro. Se acerca a la estufa para calentarse.

Jeanie arruga la cara, niega con la cabeza, no quiere un ataúd.

Y él, que piensa que ella está diciendo que no al tipo de madera, añade:

—También puedo conseguirte uno de roble, si lo prefieres. Será un poco más caro que el pino, pero tiene un acabado precioso.

—¿Roble? —pregunta ella.

—Aunque, claro, hay cosas pendientes.

—¿Pendientes?

—Sí, el dinero que me pidió prestado tu madre.

—¿Mamá te pidió dinero prestado? —El animal de su pecho le golpea las costillas con los hombros. Stu se queda mirándola, está a punto de hablar—. Ah, eso —dice ella—. Claro.

Tiene el pulso en la garganta, le sube la bilis. Quiere preguntarle si sabe por qué Dot se lo pidió prestado, si iba a dárselo a los Rawson para pagar el alquiler atrasado.

—Si quieres, puedo añadir el coste del ataúd a lo que hay pendiente —dice Stu en voz baja—. No vas a estar preocupándote por el dinero precisamente ahora. Ed dice que es un pedazo de roble excelente. —A Stu siempre se le ha dado bien vender—. Bien tratada, no se va a deformar ni rajarse. —Se aclara la garganta, perturbado tal vez por la imagen que ha evocado—. Por supuesto, es más difícil de trabajar que el pino, pero es madera de calidad.

Jeanie entra en el lavadero y llena un vaso con agua. No puede

creer que su madre le pidiera dinero prestado a Stu. Dot, que siempre les había dicho que nunca aceptaran ni tomaran prestado nada de nadie, ya fuera del Gobierno, de la beneficencia o de los vecinos. Que Rawson les dejara vivir en la casa gratis no contaba, teniendo en cuenta lo que había hecho. Stu entra detrás de ella, está acorralada en la estrecha habitación. Jeanie huele el suavizante que Bridget debe de usar para la ropa, floral y artificial.

—¿Cuánto costará el ataúd? —Bebe un poco de agua.

—Por lo general, Ed cobra doscientos cincuenta por un ataúd hecho a mano, pero sé que doscientos le parecerán bien, teniendo en cuenta que tu madre era una buena mujer. Una mujer muy buena y honrada, Dot Seeder. Puedo darte tiempo para que lo hables con Julius, si es tu hermano quien va a tomar la decisión. ¿Para cuándo está previsto el funeral?

—No —dice Jeanie—. Yo puedo tomar la decisión.

—Si alguien ve el roble, se lo va a llevar volando. No creo que dure mucho.

—Vale, roble —dice Jeanie con firmeza. Stu está demasiado cerca, necesita que se vaya. Julius tendrá que cavar un hoyo más grande.

—Habrá un pequeño extra por llevarla a la iglesia o al crematorio. Ed y yo podemos vestirnos de traje, en fin, darle un poco de elegancia.

—No hará falta. —Jeanie deja el vaso y Stu levanta las cejas—. Julius está en ello —añade.

—Pensaba que a Julius no le gustaban los vehículos —lo pronuncia *vi-hí-culos*—. ¿No se marea?

Ella se cruza de brazos. Stu sabe de sobra que Julius vomita si se pasa más de quince minutos metido en cualquier cosa que tenga motor, y también sabe perfectamente por qué.

—He dicho que está en ello.

—Vale —dice Stu, y sale caminando hacia atrás del lavadero y se pone la gorra de béisbol, tira de la visera hacia abajo. Ella va detrás como si estuviera arreando un animal hacia la puerta de entrada—. ¿Y la cerveza para el velatorio? Puedo conseguirte unas cuantas cajas por mucho menos de lo que te cobraría The Plough.

—No va a haber velatorio —dice Jeanie con firmeza. —En la puerta de entrada, cuando él ya está en el umbral, añade—: He olvidado cuánto te pidió prestado mamá. ¿Me lo recuerdas?

Stu entrecierra los ojos y parece que está intentando averiguar si ella está o no al corriente de la cifra.

—Ochocientas libras —dice.

Cuando se va, Jeanie registra la casa en busca de dinero. Stu puede no tener escrúpulos, Jeanie lo vez capaz de aumentar la cantidad que

Dot le pidió prestada en cincuenta libras, o en cien, pero ni siquiera él se inventaría la deuda completamente. Tal vez debería aducir que en realidad la deuda no es de Julius ni suya, ¿por qué tendrían que asumirla? Pero sabe que ni Stu ni Bridget lo aceptarían. Hojea las postales y recortes de revistas que hay en los cajones de las cómodas, abre las latas del lavadero donde guardan cosas y mira dentro, busca entre el desorden que hay debajo de la cama que compartía con Dot, mete la mano debajo del colchón y busca a tientas. Se sienta a la mesa de la cocina y piensa en los lugares donde su madre podría haber escondido dinero en efectivo. Si pidió prestado el dinero para pagarles a los Rawson y estos nunca lo recibieron, entonces su madre, esta mujer buena y honrada, debió de esconder el dinero en un sitio en el que pensó que Jeanie nunca miraría. La antigua vaquería está llena de objetos rotos y herramientas de jardinería viejas, cestas y cajas, también está el dormitorio de Julius y los huecos debajo de cada tablón suelto de la casa. Hay demasiados sitios.

9

Jeanie está haciendo un pastel de conejo con una receta que se sabe de memoria. Julius mató a los animales de un tiro en el prado el día anterior, hecho una furia después de que ella le contara que su madre le había pedido dinero prestado a Stu. Cuando Julius le preguntó cuánto, mintió y le dijo que mil libras, y añadió que Stu les daba el ataúd gratis. No está segura de que Julius se lo haya creído, pero se puso a despotricar por la cantidad y a preguntarse dónde estaría el dinero al tiempo que sacaba los cajones y miraba en los armarios que Jeanie ya había registrado. No entendía por qué Jeanie había encargado un ataúd; ahora tendría que cavar un hoyo más grande. Ella intentó calmarlo, pero él sacó dos sobres arrugados del bolsillo de su abrigo, los estampó sobre la mesa y los sujetó con los grandes pulgares. El crujido que hizo la ventanita transparente con la dirección cuando los aplanó la inquietó.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Esto —dijo cogiendo uno y sacudiéndolo delante de ella— es un aviso que dice que nos van a cortar la electricidad. Fechado hace más de una semana. Y esto —cogió el otro— es una carta del Ayuntamiento que dice que debemos la última factura de la tasa municipal. He pagado una parte en la oficina de correos con el dinero de los canalones, pero todavía debemos un montón.

—¿Has pagado la factura del impuesto municipal y no la de la electricidad? Y yo aquí cocinando con una lámpara mierdosa en una estufa que lleva treinta años sin usarse.

—¿Quién estaba allí? Tuve que tomar una decisión. Hay un cargo por volver a conectar la electricidad. Gastos administrativos o algo así, y hay que saldarlo antes de poder pagar la factura. Tuve que elegir.

—Vale —dijo ella—. Vale.

Julius se inclinó hacia delante meneando la cabeza.

—Por Dios, Jeanie. Estas deudas… Me he quedado sin ideas. ¿Qué vamos a hacer?

Julius siempre ha sido el de las ideas, descabelladas, ridículas: construir un horno en el jardín y montar un negocio de pasteles a domicilio, alquilar el prado de los Rawson y llenarlo de espárragos, o

instalar una yurta y alquilarla en Airbnb. Proyectos que fracasaron antes de empezar porque necesitaba un ordenador, internet, una página web, poder enviarles correos electrónicos a esos tipos con barba de Londres. Julius nunca ha perseverado con ninguno de sus proyectos. Pero este hermano sin plan B la asustaba.

—Craig te dará más trabajo —dijo.

—Craig no me va a volver a dar trabajo en la vida —gritó Julius. Rebuscó en los bolsillos de sus pantalones, sacó el dinero y lo estampó sobre la mesa. Tres monedas de una libra y tres peniques—. Esto es lo que hay.

—Podemos hablar con la compañía eléctrica. Pagar a plazos o algo.

—¿Con qué? ¿Cómo vamos a pagar el próximo plazo y el siguiente? ¿Cómo, Jeanie? ¿Y Stu? ¿Cómo vamos a devolverle el dinero a Stu? —Sus manos eran puños, los nudillos se le pusieron blancos—. Joder. —Cogió una silla de la cocina y golpeó el suelo con las cuatro patas—. ¿En qué estaba pensando?

Ninguno de los dos mencionó la deuda de los Rawson, y Jeanie no le preguntó dónde había pasado la tarde, porque había olido la cerveza en su aliento y el perfume en su abrigo.

Ahora, en la cocina, Jeanie destripa, despelleja y descuartiza los conejos, y comprueba que no haya perdigones. Por lo general, Julius tiene buena puntería, les da en la cabeza y los mata en el acto. Pero esta vez los perdigones han entrado en la carne y tiene que meter unas pinzas viejas en los orificios para sacar el plomo. Guisa los trozos de conejo con una cebolla y una manzana arrugada que desenvuelve de una hoja de periódico del año pasado. En la mesa de la cocina prepara la masa, mezclando la harina y el sebo con cucharadas de agua, siempre pendiente del libro de recetas de su madre que hay a su espalda sobre el aparador. Durante años, ha visto cómo el dedo de Dot subrayaba cada ingrediente y directriz conforme los leía en voz alta, dudando de su propia caligrafía apretada. Sin necesidad de pensar en lo que está haciendo, Jeanie separa la carne de conejo cocida de los huesos y la mecha igual que lo habría hecho si ella y Dot estuvieran trabajando la una al lado de la otra, hablando de cosas cotidianas y cada una consciente de los sobrios movimientos de la otra mientras echaban mano a un tazón, una cuchara o un cuchillo. Jeanie estira la masa con un rodillo, coloca la tapa sobre el pastel y recorta siluetas de conejo a partir de los restos. Mientras trabaja, piensa en otro pastel de conejo que se comió hace tiempo.

La última vez que vio a Nick tenían once años y ahora, claro, debe de tener su edad: cincuenta y uno. Mientras unta la masa con huevo batido, se ríe al imaginarlo como un hombre de mediana edad, adulto. ¿Dónde estará? Nick apareció en su clase al final del último año de primaria, sin el uniforme, con una camisa mugrienta y los nudillos

raspados. Se dejó caer encorvado y de mal humor en el asiento de al lado de ella al fondo de la clase. Jeanie no le veía sentido a aquel último mes de colegio: los maestros no se molestaban en enseñar y los alumnos se traían juegos de casa. Si no estaban sentados charlando en el aula, estaban jugando a algún deporte fuera, en el campo. Jeanie no iba mucho al colegio, pero un día, cuando ella y Nick se estaban haciendo los despistados en la retaguardia de un grupo con la esperanza de que no los eligieran para jugar al *rounders*, él dijo: «Paso, me voy a casa. ¿Te vienes?», y se fueron sin que los vieran. Nick vivía en una de las cuatro caravanas que estaban aparcadas en una antigua cantera de piedra caliza fuera del pueblo. Jeanie las conocía porque había oído a Bridget quejarse del desorden, de que desaparecían cosas de los cobertizos cuando había gitanos por ahí, de que no era normal estar siempre de acá para allá; de lo perjudicial que era para la escolarización de los niños, para empezar. Dot había respondido que los nómadas siempre habían sido chivos expiatorios, y que viajar era su forma de vida, igual que vivir en casas era la nuestra. Bridget no respondió.

Jeanie y Nick les lanzaron palos a los perros y rebuscaron en la basura que había entre las ortigas al pie del acantilado blanco. La mayoría parecía llevar allí años. La madre de Nick les acercó unos pedazos de pastel de conejo frío, la carne estaba dentro de una gelatina aromatizada; a Jeanie no la invitaron a entrar en la caravana, aunque le habría gustado ver cómo se las apañaba una familia de tres personas y cuatro perros allí dentro. Se sentaron en una roca caliza y se comieron los pedazos de pastel —mejor que el de su madre—, y luego dibujaron monigotes blancos en el lateral de un tanque oxidado. Volvió varias veces al parque de caravanas, y ella y Nick buscaban cosas entre los matorrales, pasaban el rato, se sentaban fuera a comer lo que su madre les daba, aunque nunca más hubo pastel de conejo.

La última vez que fue al colegio después de haber faltado unos días, algo había cambiado en el aula. A Nick lo habían obligado a sentarse al frente de la clase y evitaba mirarla. Una niña en el pupitre de al lado se echó hacia atrás en la silla, se apoyó en las dos patas traseras y anunció a todos los presentes que Jeanie era «la novia de Nickaco el gitanaco».

—No soy su novia —dijo Jeanie, a sabiendas de que, negándolo, en cierta forma traicionaba la amistad entre Nick y ella, aunque ella no quería tener novio, no entendía para qué servían. Al día siguiente se acabaron las clases, y cuando por fin volvió al parque de los nómadas, las caravanas y los perros habían desaparecido.

La puerta de entrada se abre de golpe antes de que Jeanie haya terminado de preparar su pastel de conejo: son Stu y Ed con el ataúd, de roble, como lo había pedido. Ed es un hombre pequeño, con

grandes bolsas debajo de los ojos y una boca sin labios que desaparece en una sonrisa lasciva. A Jeanie le parece haberlo visto por el pueblo, pero nunca ha hablado con él. «Buenas —le dice—. Aquí dentro, ¿verdad?» Stu, Ed y Julius llevan el ataúd entre los tres al salón, levantándolo e inclinándolo para que quepa por las estrechas puertas y las esquinas. Es mucho más grande de lo que Jeanie esperaba y cuando pasan maniobrando a su lado, ve cuatro agujeritos en la tapa: había una placa atornillada y la han quitado. Un pedido cancelado. Han comprado un ataúd de segunda mano.

Ed dice:

—Dejadlo en el suelo. Cuidado, cuidado.

Suena como si tuviera la lengua gorda, demasiado grande para su boca, y cecea cada palabra. Los ojos de Stu se apartan del cuerpo amortajado que yace sobre la mesa improvisada. Pero Jeanie ya se ha acostumbrado a que esté allí con ellos. Desde que Dot está en el salón, la casa parece distinta, el aire es más denso, los movimientos de su hermano y los suyos son más lentos, como si se desplazaran a través de humo, tanteando el camino con las manos extendidas por estancias que antes conocían bien. Son más silenciosos cuando están en extremos opuestos de la casa: ninguno llama al otro desde otra habitación ni deja que ninguna puerta se cierre de golpe. Sabe que Ed y Stu pensarán que son raros por tener allí a su madre, pero no le importa. Está acostumbrada a que la gente los considere raros, lo que odia es que los compadezcan. Empieza a quejarse del ataúd y les pide a Stu y a Ed que se lo lleven, pero Stu, de espaldas al cuerpo, dice:

—Bridget me ha preguntado cuándo y dónde será el servicio.

Julius, detrás de los dos hombres, le dice que no con la cabeza a Jeanie.

—El lunes —dice Julius—. Pero hemos decidido que estaremos solo nosotros dos. Mamá no habría querido montar un gran revuelo. Pero dale las gracias a Bridget. —Julius levanta las cejas y le hace un gesto con la cabeza a Jeanie, como cuando eran niños y se suponía que ella debía respaldarlo en alguna mentirijilla.

—Sí —dice Jeanie cruzándose de brazos—. Por favor, dale las gracias. Y gracias a ti también, por supuesto —esto iba dirigido a Stu; a Ed le gustaría empujarlo dentro de su puñetero ataúd, hecho para una persona el doble de grande que su madre, pero Jeanie vuelve a su pastel de conejo. Canta para sí la parte en que el enamorado de Polly Vaughn, que la ha matado, llora sobre su cadáver, pero su voz no es lo bastante fuerte para silenciar el ruido del martillo que está asegurando con clavos el ataúd en el salón contiguo.

Cuando Stu y Ed se marchan, Jeanie y Julius se quedan de pie junto al ataúd.

—No vas a ser capaz de cavar un hoyo así de grande —dice Jeanie.

—Ni siquiera vamos a poder sacarlo de aquí. No voy a permitir que cojas de un lado. No quiero que tú también te mueras.

Ella sabe que estas palabras son su disculpa por haberle gritado.

Durante el fin de semana, Julius termina de cavar el hoyo y, sin hablarlo, deciden enterrar a Dot el lunes por la mañana, como le dijeron a Stu que harían. Jeanie siente que solo cuando terminen esta tarea crucial podrán concentrarse en el dinero. Julius podrá visitar a Rawson y arreglar el malentendido, ella podrá registrar la casa a conciencia en busca del dinero que Dot pidió prestado y llamar a la compañía eléctrica para ver qué se puede hacer con la factura vencida. Por la tarde le llevará unas verduras a Max. Nada parecerá imposible una vez que su madre esté bajo tierra.

En el aparador del salón hay manteles y otra ropa de hogar que no han usado nunca. Llevan tanto tiempo ahí doblados con la humedad que están salpicados de manchas de óxido y tienen pliegues y arrugas que ninguna plancha caliente podrá quitar jamás. Con la vieja máquina de coser a pedal, Jeanie los convierte en una sábana lo suficientemente grande como para envolver a Dot varias veces, mientras Julius levanta la tapa del ataúd haciendo palanca con una pata de cabra, maldiciendo por el esfuerzo. Pero sacar el cuerpo del ataúd, con lo profundo que es y colocado como está en la puerta sobre los caballetes, es lo más difícil. Jeanie se va hacia los lados y Julius jadea y suelta tacos hasta que el cuerpo está en sus brazos. Ahora ya sí que huele. Jeanie sigue a Julius por el patio y se adelanta para abrir la puerta que da al jardín. Junto a la tumba, Julius se cae de rodillas y el cuerpo casi se le escapa rodando dentro, pero reacciona a tiempo y, casi acostado, perpendicular a la tumba, baja a su madre. Jeanie deja ramitas de flores del manzano sobre el cuerpo envuelto, pero ninguno sabe qué decir. Se hacen un lío con las palabras y, al final, Julius dice que para Dot ellos siempre fueron lo más importante, y Jeanie añade lo mucho que amaba aquel huerto y la casa. Ninguno de los dos dice que ahora está en un lugar mejor.

10

Juntos, Jeanie y Julius enganchan el pequeño remolque de madera de Dot a su vieja bicicleta. Jeanie lleva mucho tiempo sin montar; prefiere caminar con Maude. Carga una cesta en el remolque llena de cajas de huevos y de las verduras que ha recogido. No hay muchas: manojos de espárragos, cabezas de ajos frescos y un montón de rábanos y cebolletas del politúnel. Parece que los clientes de Max prefieren comprar un poco de cada cosa a lidiar con excedentes, y él paga solo por lo que vende, un acuerdo al que llegó con su madre cuando abrió el *delicatessen* por primera vez, y que Jeanie siempre ha considerado injusto.

Julius le hace prometer que irá despacio y no hará esfuerzos. Tiene un hacha en la mano, se dispone a hacer leña del ataúd. Ella no puede permitirse pensar cuánto les habrá costado esta leña; en vez de eso, disfruta de la sensación del aire en el rostro mientras pasa traqueteando por Pepperwood Farm camino abajo. Los productos que había sobre la mesa al final del camino han desaparecido y en la caja de la voluntad hay dos libras con cincuenta y uno, así como un cuarto de penique, una moneda que lleva fuera de la circulación desde antes de que ella naciera. El pueblo está desierto; la tienda de *fish and chips* abre solo por las noches y no hay nadie sentado a las mesas que hay junto a la puerta del *delicatessen*. Max está dentro con su delantal marrón, haciendo algo en su teléfono. No hay ningún cliente.

—Jeanie —dice cuando por fin levanta la vista. Sale de detrás de la vitrina refrigerada donde se exponen quesos caros, patés y tarrinas de ensalada. Detrás de él, en un estante alto, hay hogazas de distintas formas—. Me he enterado de lo de Dot. Todavía no me lo puedo creer. Lo siento muchísimo. —Max mueve mucho los brazos, alza las manos a la vez como si estuviera rezando—. ¿Hay algo que pueda hacer? —Se pone la punta de los dedos debajo de la barbilla.

—He traído espárragos y otras cosas —dice Jeanie. De esto, de traerle las verduras a Max, se ocupaba Dot; Jeanie solo ha estado en el *delicatessen* unas cuantas veces.

—¿Hoy? —dice—. No hacía falta que vinieras precisamente hoy.

Por un segundo Jeanie piensa que está al corriente de que han

enterrado a Dot en el jardín hace unas horas. Arruga el ceño.

—Bueno, ya estoy aquí. —Sostiene la cesta en los brazos y él mira dentro.

—Más rábanos —dice—. Puedo sacarlos, pero la mayor parte del último lote no se vendió. Es un poco pronto, a estas alturas la gente todavía no quiere ensalada. —Le quita la cesta y la coloca junto a la vitrina refrigerada—. Los espárragos, sin embargo, los vendo muy bien. Me quedo con todos los que me traigas.

En el huerto no quedan espárragos, pero sí muchísimos rábanos, y si no los recoge pronto, se pondrán harinosos y se secarán.

—Deja que tome nota de todo —dice Max. Cuenta los bultos de la cesta, sujeta con el pulgar una pantalla que saca de detrás del mostrador y hace como si pasara hojas, toca en distintas zonas con el dedo índice; todo demasiado rápido para Jeanie. Cuando termina, levanta la vista y sonríe—. Pues ya está. ¿Quieres un café?

Le encantaría tomar un café, pero no está segura de si se lo cobrará o será gratis, y no quiere tener que capear ese momento de confusión.

—No, gracias —responde.

—De verdad que siento muchísimo lo de tu madre. Era una mujer maravillosa.

Hay una pausa y Jeanie sabe que le toca marcharse, pero ambos siguen de pie, esperando. Por fin, aprieta los músculos del vientre y dice rápidamente:

—¿Queda algún pago, algo pendiente por la última entrega?

—Ah —dice Max, y ella nota que él también lo está pasando mal. No se miran—. No, bueno. ¿Dot no te dijo nada? Le adelanté un poco de dinero, por echarle una mano, vaya. Lo he ido apuntando, para que no hubiera líos. —Vuelve a encender la pantalla, y Jeanie ve que tiene un artilugio pegado en la parte de atrás que le permite sujetarla con una mano—. ¿Quieres echarle un vistazo?

—No hace falta —dice ella retrocediendo, dejando atrás los frascos caros de encurtidos picantes, las mostazas, las bolsas de pasta selladas con cartulina y un remache—. Volveré el jueves o el viernes con lo que tenga. —Cruza la puerta abierta, Max la sigue.

—Pero nos vemos luego —le dice mientras ella empuja la bicicleta y el remolque hasta el otro lado de la calle—. En la casa.

Ella no sabe de lo que le está hablando.

En la tienda del pueblo, Jeanie se concentra en memorizar los precios, en hacer la suma. Les queda poco de muchos productos básicos: papel higiénico, harina, jabón, pan, pasta, té. Aún le baja la regla y necesita tampones. La mantequilla se ha estropeado y no hay champú ni comida para la perra. El aceite de los candiles casi se ha

terminado, aunque ha encontrado dos cajas de velas debajo del fregadero. Se cuelga una cesta metálica del brazo y recorre los tres estrechos pasillos. Tiene cinco libras y cincuenta y cinco peniques en el monedero. Una botella de aceite básico para cocinar cuesta más que una tarrina de margarina, aunque esta le servirá tanto para freír como para los sándwiches, pero cuánto le durará sin nevera, y solo vale la pena comprarla si también puede permitirse un pan de molde. Las latas de comida para perro se le salen del presupuesto, por lo que se decide por una salsa en polvo marca Bisto; puede preparar un poco y mezclarla con verduras cocidas y un huevo para Maude. Julius y ella pueden cenar lo mismo. Reconoce el bote de Bisto, pero hay dos tipos: rojo y naranja. Pasa el dedo por debajo de la palabra del envase naranja, pronunciando despacio las letras del principio: «po». Pollo. Es probable que la de sabor a ternera le siente mejor al estómago de Maude, pero parece que la variedad de pollo trae una cantidad extra y es más barata. Jeanie mete la Bisto de pollo en la cesta. Es incapaz de decidirse entre un paquete de cuatro rollos de papel higiénico y una botella de lavavajillas que también puede hacer las veces de jabón, detergente para la ropa e incluso champú. Hay una pila de periódicos viejos en la vaquería que pueden usar como papel higiénico llegado el caso; se decanta por el lavavajillas. Un pan de molde y medio litro de leche, y ha llegado a su límite. Con deseo, pasa de largo el pasillo repleto de chocolatinas, conteniendo la respiración. En la caja reza para haber sumado correctamente el precio de los cinco artículos. El total asciende a cinco libras y treinta y cinco peniques.

Al salir, ve junto a la puerta una caja grande con un letrero encima, llena de productos variados: pasta seca, latas de judías, una caja de tampones en lo alto. También pasa de largo.

11

Bridget y Stu llegan los primeros a la casa con dos bolsas grandes de supermercado llenas de comida y una caja de cerveza. Julius trata de no pensar en cuánto le cobrará Stu por las botellas de IPA. Se ha cambiado y se ha puesto una camisa limpia y una chaqueta vieja que habían pertenecido a su padre, pero ve que tiene costras de tierra marrón debajo de las uñas. Bridget lo abraza y cuando lo suelta tiene lágrimas en los ojos.

—¿Cómo ha ido? —pregunta—. Ojalá me hubierais dejado asistir. —Se abanica la cara con la mano, se seca las mejillas y se ríe a medias.

—Ha estado bien —dice, y cuando le parece que ella espera más, añade—: Bonito.

—¿La habéis incinerado?

—No —responde, y luego, pensando que ella le preguntará dónde está enterrada Dot, dice inmediatamente—: Sí. —Baja las comisuras de la boca—. Lo siento, ha sido un día largo.

—Ya me imagino que estaréis abrumados. —Bridget deja las bolsas sobre la mesa—. Lo sé, lo sé, no querías que trajera mucho, pero… —Se encoge de hombros y saca un plato de sándwiches cubiertos con un film transparente que procede a retirar, y tres pasteles grandes de cerdo—. ¿Dónde está Jeanie? —Bridget corta los pasteles en trozos y distribuye la comida por la mesa. Stu ha vuelto a la furgoneta por más cerveza.

—Ha ido a llevarle unas verduras a Max —dice Julius.

Bridget, que está sacando una *quiche lorraine* del paquete, se detiene.

—No se lo has dicho, ¿verdad? —Él aparta la mirada—. Ay, Julius. Tanto tiempo no va a estar en el pueblo. Y cuando vuelva se va a encontrar la casa llena de gente.

¿Organizaron un velatorio para su padre? Julius no se acuerda, pero mientras Bridget saca unas rebanadas de pan dulce de malta con mantequilla, se acuerda de la tarta de cumpleaños de Frank, con aquel torpe glaseado rosa que le hizo Jeanie. Ayudándose de una manga pastelera, Julius había escrito «Feliz cumpleaños papá» en azul en la

parte de arriba con una letra apenas legible. La tarta se quedó junto al fregadero del lavadero más de tres semanas después de la muerte de su padre. Ninguno de ellos se la comió y ninguno fue capaz de tirarla. El glaseado se endureció y se resquebrajó como los charcos congelados que a Julius le gustaba romper con el talón del zapato en invierno. A la tarta le salió una erupción gris moteada y de las grietas brotó un musgo verde salvia. Al final, Bridget se llevó la tarta mientras su madre seguía sentada a la mesa de la cocina sumida en un silencio abúlico con la mirada perdida.

—Jeanie no quería que organizara un velatorio —le dice Julius a Bridget—. Se negaba en redondo.

Llegan a la vez Luke Emerson, el techador de East Grafton; Richard Letford, que a veces llama a Julius si necesita ayuda para instalar una cocina, y Jenks. Se colocan junto a la cerveza y acorralan a Julius entre el aparador y la mesa.

—Era una buena mujer, sí, señor —dice Luke como si continuara una conversación.

Botellas de cerveza pasan de mano en mano. Jenks, con un cigarro en la boca, le estrecha la mano a Julius.

—Te agradezco la invitación —dice. Julius no está seguro de haber invitado a Jenks o de que Jenks conociera a Dot—. Me acuerdo de tu madre —dice, y parece estar pensando en lo que debería decir después. Julius intenta retirar la mano, pero Jenks se la agarra con más fuerza y prolonga un poco el apretón—. Verduras —dice, y se la suelta—. Zanahorias —añade quitándose el cigarro de los labios y dándole un trago a su cerveza—. De esas pijas con las hojas. No sé por qué, es más trabajo, hay que cortarlas. Deberían ser más baratas.

—Y remolachas —dice Luke.

Jenks se vuelve rápidamente.

—Patatas llenas de barro, como si un tubérculo con tierra fuera a sentarte mejor.

—Con unas cuantas coles de Bruselas nunca fallas —dice Richard.

—Pero ¿y lo de comprarlas con el tallo? —dice Jenks—. ¿De qué va eso?

Julius se inclina hacia Richard y le pregunta:

—¿Tienes algún trabajillo por ahí? Ahora mismo me vendría bien.

—Lo siento, tío —dice Richard—. Está todo muy tranquilo. Nadie está haciendo obras grandes.

—Yo tampoco —dice Luke—. Está tranquilo de narices. Es por culpa de esos europeos del Este, que trabajan por nada.

—Cuanto antes acabemos con eso, mejor —dice Richard.

La conversación prosigue y Julius mira hacia atrás y ve que la habitación se ha llenado de una docena de personas. A través de la

masa de cuerpos divisa a Shelley Swift de perfil, junto a la puerta que da a la escalera izquierda, hablando con el hombre que monta los puestos del mercado los martes. Se ha cortado el pelo, y si bien toda la piel que ya ha visto —la cara y los hombros, el escote, los brazos, las manos y las piernas de las rodillas hacia abajo— es rojiza, su nuca es blanca como la leche. Recuerda el tacto de su lengua en los labios, el olor de su jabón de limón, aunque ya se le ha ido de los dedos.

Como si supiera que la está mirando, Shelley Swift se vuelve y le sonríe directamente, da un sorbo de su vaso y se vuelve de nuevo hacia el hombre de los puestos del mercado. De repente, Julius está muerto de sed y empina la botella para terminarse la cerveza. Jenks le pasa otra y Julius avanza poco a poco entre la gente y el bullicio creciente en dirección a Shelley Swift.

—Siento mucho lo de Dot. —Julius arruga el ceño ante la mujer que le ha puesto la mano en el brazo, tratando de recordar su nombre. Sabe que regenta el *bed and breakfast* del pueblo.

—Kate Gill —dice ella.

—Kate —dice él, avergonzado por haberlo olvidado, aunque las que le llevaban los huevos eran Dot y Jeanie. Bridget debe de haberle dicho lo del velatorio. Kate le está contando algo y él se obliga a prestarle atención.

—¿Jeanie va a ocuparse de ellas sola ahora?

—¿Ocuparse de quién? —pregunta Julius.

—De las gallinas. Será mucho trabajo, ¿no? Ese huerto tan grande… Dot me lo enseñó una vez. Supongo que podrás echarle una mano.

Julius mira fijamente su botella de cerveza y ve que ya está vacía.

—¿Le traigo algo más de beber? —pregunta, y le quita el vaso antes de que ella pueda responder. Se escabulle justo cuando aparece Stu. Julius se abre otra botella y rodea la mesa en sentido contrario a las agujas del reloj, dirigiéndose una vez más hacia Shelley Swift. Bridget lo intercepta.

—Este es el doctor Holloway —dice, presentándole a un hombre grande. Se estrechan la mano.

—¿Cómo ha ido el servicio? —pregunta el médico. Julius sabe que debería haberse preparado para esta pregunta, todos se la van a hacer.

—Bien, bien —dice. Se mira las manos, se saca una cáscara de algo de debajo de una uña—. Sencillo. Bonito. Bonito y sencillo.

—Solo vosotros dos, ¿verdad, Julius? —dice Bridget, y él se pregunta si solo le molesta que no la hayan invitado o si sospecha algo.

—Julius —dice el médico—. ¡Julius Seeder! —Suelta una carcajada grave y estridente—. Ahora lo pillo.

—¿No fue cosa de Frank? —pregunta Bridget—. Dot me contó que a él tu nombre le sonaba grandioso, importante, y ninguno de los dos se dio cuenta de lo que habían hecho hasta que cumpliste cinco años y empezaste el colegio.

A Julius ya no le importa lo de su nombre. En el recreo, en cuanto aprendió a dar puñetazos, todos dejaron de tomarle el pelo.

—Al final es imposible no convertirse en lo que los demás creen que eres —dice el doctor Holloway.

Julius solo escucha a medias, tiene un ojo y un oído puestos en el rincón de la habitación, entre el sofá y la escalera izquierda.

—Eso lo dijo precisamente Julio César. Y cuanto más viejo soy, más cierto me parece. —Hay una pausa en la conversación y luego el médico dice—: ¿Cómo está tu hermana? ¿Anda por aquí?

—Disculpe —dice Julius—. Tengo que… —Señala vagamente al otro lado de la habitación y se aleja del médico y de Bridget pasito a pasito, golpeando el plato de pan dulce de malta con la cadera.

—¡Cuidado! —dice un hombre que viene en sentido contrario, atrapando el plato antes de que se caiga. Es el tipo que monta los puestos del mercado. Julius intenta ver con quién está hablando Shelley Swift.

—¿Sabes lo que más recuerdo de tu madre? —dice el hombre.

Julius niega con la cabeza. Tampoco se acuerda de cómo se llama el hombre.

—En invierno, esas mañanas que se te hielan los cojones del frío, que si tienes los dedos mojados se te pegan a los postes de metal de la rasca que hace, Dot llegaba con un par de huevos duros en los bolsillos del abrigo. Una vez me los dio. Ardiendo estaban. Para que me calentara las manos, dijo, y que así luego tendría algo de comer. Esta mujer tiene la cabeza en su sitio, pensé. Esta mujer es sensata. Sensata y buena.

Julius se pregunta qué dirán de él cuando se haya ido. Vivió con su madre, y luego con su hermana. Trabajó mucho, pero nunca ganó suficiente dinero. Nunca hizo nada con su vida. Nunca fue a ningún sitio. Los motores lo hacían vomitar. Sus pensamientos se desvinculan de la conversación y de repente Shelley Swift está a su lado. Lleva un vestido que su madre habría considerado demasiado escotado para un velatorio, resalta las curvas de su cuerpo. Por el amor de Dios, ¿qué más da lo que habría pensado su madre? Está bajo tierra, donde el manzano. ¿Qué dirían todos si lo supieran? Por poco no se echa a reír. La cabeza le da vueltas, está emborrachándose, pero aún va por la fase de indolencia relajada. Se inclina hacia Shelley Swift, mira sus enormes pechos, que sobresalen por la parte superior de su vestido, y aspira el olor de su jabón de limón.

—Gracias por venir —dice, y ella le sonríe desde abajo—. Tienes razón. Sí que lo era —le dice al hombre que monta los puestos del mercado.

Jeanie ya ha dejado atrás la granja, pedalea más rápido de lo que sabe que debería, y el remolque traquetea a su espalda. Podría ocurrir cualquier cosa: podría salir volando por encima del manillar o que el animal de su corazón se desbocara, pero ahora mismo le importa un pito. Si Rawson o su mujer aparecieran, los atropellaría a ambos y seguiría adelante. Pasa el enorme granero, cruza las losas de hormigón y los baches de las juntas, y dobla la curva para incorporarse al camino, donde ve el primer coche aparcado, y luego otro y otro, parados en fila en el borde de la carretera. Media docena o más. La furgoneta de Stu está allí, pero no reconoce los demás: nunca se acuerda de los coches, solo de que son plateados o negros o del color que sea. Inmediatamente adivina que Julius ha invitado a gente aprovechando que ella estaba fuera. En ese punto el camino se vuelve demasiado estrecho para seguir en la bicicleta con el remolque, que traquetea detrás. Se baja y la empuja. Desde la verja ve a unas cuantas personas pululando por la cocina: los cuerpos están cortados por debajo de los muslos, y la cabeza y los hombros se han esfumado por culpa de la ventana baja. No piensa entrar; en vez de eso, se dirige a la parte de atrás hecha una furia, cruza el huerto, donde han dejado a Maude, y entra en el invernadero.

En el aire cálido y perfumado, echa abono con las manos en una docena de macetas de barro y la tierra se filtra entre sus dedos, mucho más suelta que el montón lleno de grumos junto al que ha estado apostada unas horas antes. ¿Terminaría Julius de cubrir la tumba antes de cometer la estupidez de meter a esta gente en su casa? Hace un agujero en el compost, se desmolda una tomatera joven en la palma de la mano y hunde sus raíces en la tierra. Al igual que cocinar, es algo que hizo junto a su madre durante casi cincuenta años, y ahora su falta, el espacio vacío, es tangible: cómo Dot desplazaba el peso de una cadera a la otra cuando tenía que estar de pie durante períodos largos de tiempo, su forma de sacudir la cabeza cuando el pelo le caía sobre los ojos, de atrapar una abeja en el hueco de las manos sin que le picara.

El invernadero es donde madre e hija conversaban o guardaban un silencio de satisfacción. Es donde pasaban tiempo juntas y Dot le explicaba cosas a Jeanie cuando era pequeña. Es donde Dot le enseñó a escuchar los latidos de su corazón, a tomarse el pulso con los dedos en la garganta o en la muñeca, a respirar lentamente.

Ahora Jeanie trabaja enfadada, trasplanta las tomateras empujando las delicadas raíces con demasiada fuerza en la tierra y, aunque sabe

que crecerán torcidas, no le importa. Se conduce apresuradamente, maceta tras maceta, hasta que coge una, dispuesta a lanzarla a través de uno de los cristales, pero ya tiene el brazo levantado cuando oye un clamor de voces: alguien ha abierto la puerta de atrás de la casa para ir al retrete. Deja la maceta. Levanta la cabeza y escucha, se pregunta si no puede marcharse del huerto sin más, bajar por el camino y desaparecer. Luego se limpia los dedos manchados de tierra en la falda, sale del invernadero y entra en la casa.

Atraviesa el lavadero y se dirige hacia la oscuridad del fondo de la cocina, permitiendo que Maude entre con ella. La perra mira a la gente, da media vuelta y sale sin que la vean. La habitación está más cargada de lo que Jeanie había previsto: más o menos una docena de personas apiñadas en torno a la mesa de la cocina y sentadas en el sofá, el zumbido de múltiples conversaciones, la neblina del humo de los cigarrillos, que se ha vuelto naranja por efecto de las lámparas de aceite, el aceite que no pueden permitirse malgastar. Estaba prohibido fumar dentro de casa cuando Dot vivía.

A través de los huecos que dejan los cuerpos ve botellas de cerveza sobre el aparador, así como una de oporto medio vacía, y cuando se fija en la etiqueta, se da cuenta de que alguien debe de haberla sacado de *su* aparador. En la mesa hay platos con comida: cosa de Bridget, supone. También la tetera marrón grande que nunca usan y, en el extremo más cercano a ella, los restos del pastel de conejo. Tal vez, con un poco de suerte, alguien se ponga malo: lo hizo hace tres días y no ha estado refrigerado. Quiere gritarles que se vayan, sacarlos de allí como si fueran ganado. Que queden solo el fuego, la perra y su hermano. La habitación abarrotada y la gente le agobian; le pica el cuero cabelludo por el sudor. Bridget está hablando con Kate, y Jeanie trata de oír lo que dicen, piensa que podría ser algo sobre personas de cincuenta y un años que todavía viven con su madre, hasta hace poco, claro; que nunca han tenido un trabajo como Dios manda; que nunca han aprendido a leer o a escribir tan bien como los demás. Pero están hablando de que la vida es demasiado corta y de que hay que aceptar el amor venga de donde venga, independientemente de lo que piensen los demás. Jeanie observa al médico, que está de pie junto a Max comiéndose un trozo de pastel de cerdo. Una miga le aterriza en la solapa y luego cae al suelo.

Julius está en el rincón junto a la escalera de la izquierda con un cigarrillo entre los dedos hablando con una mujer que está de espaldas a Jeanie, y ella tarda un momento en reconocer a Shelley Swift con un nuevo corte de pelo que deja a la vista su cuello grueso y sus hombros fornidos, emperifollada como si estuviera en una boda y no en un velatorio. Nadie se fija en Jeanie, que va avanzando despacio, dispuesta a huir en cualquier momento, como la perra. Coge su

guitarra y se sienta en la banqueta del piano, inclina la cabeza sobre las cuerdas para que nadie le hable y la afina. Es Julius a quien llama. Cuando levanta la mirada, él tiene la mano en el brazo de Shelley Swift. Alguien, Stu, le acerca un vaso y él da un trago, hace una mueca. En casa no suelen beber alcohol, solo en los cumpleaños y en Navidad, y en cualquier caso solo un poquitín de oporto, y aunque sabe que Julius va a al pub, nunca ha vuelto borracho a casa. Puntea más fuerte para que él la mire.

—*We roamed through the garden, down the green avenue* —canta bajito. Bridget y Kate paran de hablar y la ven, y Jeanie deja que la habitación y la gente se desenfoquen—. *Felt the ground start to harden, saw the sky turn its blue.*[4]

Los grupitos que están más próximos a ella también dejan de hablar y miran alrededor, se echan hacia atrás para que tenga espacio. Y entonces se da cuenta de que Julius está a su lado, con el *fiddle* debajo de la barbilla. Sus notas llegan más lejos que las de ella, y los que están más cerca de la puerta de entrada guardan silencio. Julius y ella cantan:

Like a morning bird's song
Or a light summer's rain
Like a place to belong
That you cannot sustain
Do you know? Where, then we'll go.[5]

Cuando terminan la canción hay un suspiro colectivo y Jeanie imagina que el aliento de las personas, algunas de las cuales sabe que solo han venido por la cerveza y la comida, se eleva por encima de las cabezas y se mezcla con el último aliento de su madre, depositándose por las vigas y en las grietas de la madera y el yeso, y que una parte de ellas, igual que una parte de Dot, se quedará allí.

Empiezan otra canción y Julius toca más suelto que de costumbre, menos controlado, y los movimientos de su cabeza son más pronunciados, como los de esos juguetes que cabecean en el salpicadero de los coches. Jeanie oye el banjo de su madre bajo la forma de un vacío en la música; faltan el jugueteo y la unión de los tres instrumentos, falta su voz. Puede que sea así como funciona: con el tiempo, después de realizar cada actividad al menos una vez sin que Dot esté presente —trasplantar las tomateras, hacer un pastel de conejo, tocar una canción—, Jeanie ya no notará que su madre se ha ido. No está segura de si eso es lo que quiere.

Julius se despega el *fiddle* y bebe de un vaso que ha dejado encima del piano. A Jeanie le llega un olor a whisky.

—¡Otra! —grita alguien.

—Tócanos otra, vida —dice un hombre con los ojos empañados y acento escocés.

Se inclina tanto hacia ella que Jeanie piensa que quizá se desplome. Mira a Julius, que se encoge de hombros y toca una nota larga y temblorosa, juguetón, para que ella no sepa de qué canción se trata hasta que, poco a poco, con elegancia, la deja convertirse en «Polly Vaughn»: una ofrenda de paz, tal vez, por haber organizado el velatorio.

—*I shall tell of a hunter whose life was undone* —canta Jeanie. Su voz es ronca y melancólica.

> *By the cruel hand of evil at the setting of the sun*
> *His arrow was loosed and it flew through the dark*
> *His true love was slain as its shaft found its mark.*

Y Julius se une a ella, sus voces fluyen juntas en armonía:

> *She'd her apron wrapped about her and he took her for a swan*
> *And it's so and alas, it was she, Polly Vaughn.*[6]

Jeanie deja su guitarra en la esquina detrás de ella y, al volverse hacia la habitación, a través de un estrecho hueco entre la gente ve a alguien junto a la ventana con la cabeza agachada casi rozando el techo, la luz opaca de la tarde reflejada en un lado de la cara, el cuerpo consumido, como si le hubieran sacado el aire de dentro. Rawson, piensa. La gente se cambia de sitio y lo pierde de vista, y cuando vuelven a moverse allí hay otro hombre, uno de los amigos de Julius, y ni rastro de Rawson. De repente, el doctor Holloway está frente a ella diciéndole:

—¿Habéis actuado en público tu hermano y tú alguna vez? —habla muy alto y un par de personas se vuelven para mirar.

—¿En público? —pregunta Jeanie.

—Sí. Una actuación.

—Nunca tocamos fuera de casa.

—Pues deberíais, deberíais. Sois buenísimos los dos. Tu madre me dijo que ella también tocaba.

Alguien golpea un cubierto contra un vaso, el volumen en la habitación baja y Jeanie ve a Julius en el extremo opuesto de la mesa, vaso y tenedor en mano. Cuando se hace el silencio, levanta la cabeza bamboleándose ligeramente y se apoya en el respaldo de una silla.

—Quería daros las gracias. —Le cuesta hablar y se esfuerza por encontrar las palabras—. En primer lugar, a Bridget y Stu por ayudarnos a organizar esta pequeña reunión. ¡Por la comida y por la cerveza! —Balancea su botella y un poco de espuma sale por el borde.

Los invitados levantan sus vasos y botellas, y beben—. Mi madre, Dot Seeder, era una mujer buena, una madre buena y cariñosa conmigo y con Jeanie, aquí presente. —La señala con su botella y Jeanie se encoge cuando la gente se vuelve para mirarla—. Siempre había comida recién hecha en la mesa y un fuego para que no pasáramos frío. Era una madre trabajadora y cariñosa. —Jeanie no puede evitar poner los ojos en blanco y cuando él se interrumpe, ella se pregunta si eso es todo, ¿es eso todo lo que se puede decir de Dot?—. Cuando mi hermana Jeanie y yo teníamos doce años, estábamos en Priest's Field…

No puedes contarles eso, piensa Jeanie. Eso les pertenece solo a ellos.

—Cuando mi hermana Jeanie y yo teníamos doce años, nuestro padre fue asesinado… —La voz de Julius se quiebra, se va apagando. Se tambalea sin moverse del sitio, le tiembla la barbilla y derrama unas lágrimas—. Asesinado, en un puñetero campo —dice, levantando apenas la cabeza.

Nunca le han contado a nadie lo que vieron y eso los ha mantenido unidos durante treinta y nueve años, y ahora, un poco bebido y con su madre muerta, Julius está dispuesto a contárselo a cualquiera que quiera escucharlo. Jeanie está indignada.

Un hombre que tal vez fuera amigo de su padre, aunque parece mucho mayor de lo que Jeanie recuerda, le da unas palmaditas en la espalda a Julius y lo guía hacia una silla. Su hermano se resiste, rota el hombro para desembarazarse de la mano del hombre.

Jeanie ve algo brillar debajo de la mesa de la cocina. Se pone a cuatro patas y, desoyendo las preguntas de Bridget y las miradas de Kate, repta por debajo. Julius sigue hablando, pero ahora otras personas están intentando que se calle. En el suelo de piedra, entre las migas y el polvo que no ha estado en disposición de barrer desde que murió su madre, encuentra el atizador perdido. Lo recoge y sale arrastrándose hacia atrás, y antes de poder oír nada más de lo que está diciendo Julius, escapa por el lavadero y cruza el jardín con Maude hasta la franja de tierra removida. Clava el atizador allí, donde se levantaría una lápida si alguna vez hubieran podido permitírsela. El sol poniente que se abre paso a través de la nube prolonga la sombra del atizador sobre la tierra, cortando la tumba en dos. «¿Dónde metiste el dinero, mamá?», dice Jeanie en voz alta, y Maude levanta la vista hacia ella. Va con la perra hasta el invernadero y ve el caos que ha sembrado con las tomateras, el compost y las macetas. Tendrá que volver a trasplantarlas. Le da la vuelta a una caja de madera para sentarse y ve que detrás de ella están los guantes de jardinería de su madre, que perdió hace meses. La piel está sucia y rígida, y los dedos rechonchos, ligeramente curvados, tienen la forma de las manos de

Dot. Jeanie mete los dedos donde habían estado los de su madre, se cubre la cara con las palmas y rompe a llorar, prorrumpe en sollozos desgarradores que hacen temblar su cuerpo, y Maude, confusa, la acaricia con el hocico. Los guantes se mojan y la suciedad se extiende por la frente de Jeanie, que llora hasta que se le tapona la nariz, se le hinchan los ojos y oye que la gente se marcha.

12

El día después del velatorio Julius se lo pasa en la cama y Jeanie no sube a su habitación: está enfadada con él por aumentar la deuda que tienen con Stu, por beber, por dejar entrar a aquellas personas en la casa y por contar lo que pasó en Priest's Field. Espera que no consiguiera terminar la historia. Cuando por fin él está en condiciones de bajar, en lugar de coger sus instrumentos y tocar como habrían hecho antes, hablan del trato. Julius dice que, por principio, no trabajará más para Rawson, aunque las pocas veces que lo ha hecho fue el administrador de la granja, Simons, quien lo llamó. Jeanie se había aferrado a la esperanza de que cualquier trabajo que Julius hiciera en la granja disminuyera la cantidad que los Rawson alegaban que debían, si es que debían algo. Otra vez, vuelven a las preguntas: ¿cómo es posible que deban dinero si no tenían que pagar alquiler? Si el dinero que Dot le pidió prestado a Stu era para pagarles a los Rawson, ¿por qué no se lo entregó? ¿Y dónde está? No tienen respuestas. Antes casi no hablaban de dinero y ahora se les hace raro, y tampoco se habían parado nunca a comentar nada del trato, solo saben que Dot y Rawson lo negociaron un año después de la muerte de su padre, acontecimiento que solo se mencionaba de pasada: siempre orbitaban el terrible incidente, incapaces de acercarse más a él.

Frank murió el día antes de cumplir treinta y dos años. Ahora, a Jeanie le sorprende lo joven que era, cuánta vida le quedaba por delante, pero cuando tenía doce años pensaba que su padre era anciano, y sabio. Todavía no había llegado a la etapa en la que podría haberlo desafiado o sentirse molesta por sus opiniones y sus modales descuidados. Todos los días de los meses previos a la cosecha de ese año —1980— estuvieron llenos de conversaciones sobre la inminente llegada del nuevo tractor de Rawson. Aquello era lo único de lo que hablaban Frank y Julius en la cena. El viejo era caprichoso, acostumbraba a pararse en mitad del campo y solo arrancaba cuando Frank ya se había pasado una hora o dos trasteando con él. El Massey Ferguson nuevo no estuvo a tiempo para la cosecha, pero llegó a la granja poco después, junto con un arado nuevo.

Jeanie no se acordaba de cuándo habían llegado el tractor y el arado, pero sí se le había quedado grabada una imagen de los dos: la parte superior de los neumáticos traseros con las bandas de rodadura más altas que su cabeza, la carrocería roja brillante, el asiento de vinilo negro con sus brazos envolventes y el elegante brillo de las cuchillas del arado. Frank y Julius se turnaron para sentarse en el asiento del tractor y Rawson lo puso en marcha para que lo admiraran. Aunque con un día de retraso, pues hubo algún problema para enganchar el arado nuevo al tractor, por fin estaba listo.

Frank, Julius y Jeanie estaban en Priest's Field arando la primera hilera de surcos. Frank dijo que arar no era un trabajo de chicas, pero dejó que Jeanie los acompañara siempre y cuando no se subiera al tractor. Ella paseaba por la hierba alta al borde del campo con los brazos cruzados, hecha una furia porque solo podía mirar, mientras Julius estaba sentado entre las piernas de su padre, con las manos en el volante, gritando de placer. Jeanie les siguió el ritmo durante un rato, caminaba en paralelo a ellos viendo cómo las cuchillas del arado cortaban y removían la tierra. El olor a tierra nueva despertaba en ella un temor placentero en aquella época: acababa el verano y daba comienzo el año escolar. Enseguida se aburrió —hacía calor en el campo aquel septiembre y odiaba el tufo del tubo de escape, el estruendo infinito del motor— y dejó que el tractor, con su padre y su hermano encima, tomara poco a poco la delantera. Se sentó y observó a una mosca cernícalo revolotear entre los cardos. El traqueteo ronco del tractor llegó al final del campo. Le había entrado sueño y estaba pensando en tumbarse cuando oyó una detonación y el estallido de una explosión recorrió el campo, seguido inmediatamente por el chillido del motor. Cuando se puso de pie y se colocó las manos sobre los ojos a modo de visera, no fue capaz de ver el tractor, pero el chillido no cesaba y cuando empezó a correr, el sonido, continuo y agudo, era peor incluso que aquella vez en que uno de los caballos de Rawson había coceado a un perro de granja y este había salido volando. El chillido ya no era de maquinaria, sino humano.

Disminuyó la velocidad cuando vio el tractor volcado de lado: el motor seguía en marcha, pero el arado de algún modo se había desenganchado y estaba debajo. Era Julius quien chillaba; había salido despedido con tanta fuerza contra el seto que se había quedado enredado en los espinos blancos.

—¿Dónde está papá? —gritó ella.

Su hermano luchaba y se retorcía; tenía las espinas enganchadas a la piel y a la ropa.

—¡No mires, no mires!

Jeanie vio la mano de su padre, el brazo estaba aprisionado debajo de una rueda. Reconoció los largos dedos de pianista, las uñas

recortadas.

—¿Papá? —lo llamó.

En el seto, Julius seguía luchando y le gritó que se alejara, que fuera a buscar a alguien. Pero Jeanie se agachó y vio la parte superior del brazo de su padre, vio el blanco de su camisa manchado del barro del campo y una flor carmesí que florecía. Volvió a llamarlo. No lograba darle sentido a ese caos de tractor, hombre y arado hasta que reparó en los botones de la parte delantera de su camisa, en los hombros y el cuello ensangrentado, pero ya no había más, era como si su padre hubiera hundido la cabeza profundamente en la tierra. Y entonces lo vio y comprendió. Se tapó los ojos con las manos y por fin Julius se quedó quieto y callado.

Para Julius aquel momento no fue más que sonido y luz: los chillidos del tractor o de Jeanie, el sol tan brillante que le hacía daño en los ojos, le quemaba la cara, grababa la imagen en su memoria. La imagen se encuentra en una caja que rara vez abre. El recuerdo que tiene más presente es de un momento posterior al accidente. Podría haber ocurrido días después, de no ser porque el trigo estaba a medio crecer y el espino otra vez lleno de pétalos, y para entonces ya debía de haber habido policías, una ambulancia, una inspección de Seguridad y Salud en la granja, un funeral pospuesto, una investigación: muerte accidental. Ese día también hacía calor, y Dot los llevó a él y a su hermana a Priest's Field, el lugar donde murió su padre. En el colegio se había ganado el respeto y la admiración de todos por usar la palabra *decapitado* sin pestañear. La decía tan a menudo que perdió su significado.

Aquella tarde estaba aburrido. Su madre y su hermana —a la que hacía poco le habían diagnosticado una afección cardíaca—, se sentaron en una manta con un termo de té y unos pedazos de bizcocho en una lata. Jeanie cogió un ramo de borbonesas para colocarlo donde había muerto Frank, pero a Julius le pareció una idea estúpida: la hierba en la que estaban sentados estaba llena de aquellas flores. No se sentó con ellas, sino que caminó pesadamente de un lado a otro entre las hileras de trigo con el sol quemándole la nuca. De vez en cuando cogía un pedernal roto y se pasaba el filo por el pulgar para ver si cortaba. Su madre le dijo que se iban y entonces vio un objeto brillar en la tierra seca. Cuando se inclinó sobre él, se dio cuenta de que era, o había sido, un gran perno de metal sin la tuerca que brillaba donde alguna fuerza descomunal lo había deformado. Imaginó que podría tratarse de un meteorito o, mejor, de una parte de una nave espacial extraterrestre que había realizado un aterrizaje de emergencia y de la que las autoridades no habían hablado. Si excavaba lo suficiente, tal vez encontrara la nave espacial enterrada en la tierra, y podría llevar a sus amigos del colegio al campo y

cobrarles cincuenta peniques a cada uno por echar un vistazo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó su madre, y él se acercó y extendió la mano hacia ella y Jeanie, orgulloso de su hallazgo. Su hermana dio un gritito al verlo, tan emocionada como él, pero su madre dijo—: Porquería. —Y le arrebató el perno.

Tiempo después, más o menos en el aniversario de la muerte de Frank, Dot les dijo a él y a Jeanie que les habían llevado el tractor y el arado sin pasadores de enganche —las piezas de metal que acoplan el tractor al arado de manera segura—, o que estos se habían perdido y les habían fabricado unos nuevos con tuercas y tornillos. Contó la historia con muchos circunloquios y se negó a responder a ninguna pregunta, así que los gemelos nunca tuvieron claros los detalles. Pero en tres ocasiones Rawson fue a la casa a altas horas de la noche cuando se suponía que Jeanie y Julius estaban dormidos. La primera noche, cuando Julius oyó la voz de Rawson, bajó sigilosamente las escaleras y trató de escuchar la conversación a través de la puerta del salón. La segunda y la tercera noche, Jeanie escuchó también, sentada en la escalera del lado izquierdo. Por la mañana, de camino al colegio, comentaron los retazos de conversación que habían captado; cada uno terminó las frases del otro, juntaron las piezas del puzle: el año anterior, Rawson, ilusionado por su nuevo tractor y su arado pero frustrado porque faltaban algunas piezas, las había fabricado con pernos; algo tan peligroso y de andar por casa que las tuercas se habían soltado con las consecuencias que ya estaban grabadas a fuego para siempre en las mentes de Jeanie y de Julius. Hablaron hasta que decidieron que Rawson sabía que era culpable —de homicidio involuntario, de asesinato—, y por vergüenza y remordimiento, o por miedo a que Dot acabara contándole a la Policía lo que había hecho, había aceptado el trato y les había permitido quedarse en la casa sin pagar alquiler. Jamás volvieron a ver a Rawson visitar a su madre.

Jeanie está en el huerto desenterrando zanahorias baby. Max dice que a sus clientes les gustan del tamaño de un dedo, y Jeanie piensa que es un desperdicio de espacio en el bancal y de tiempo de cultivo. Se pone de pie, con dolor de espalda, y ve a alguien en el lavadero. Desde que Dot murió, intenta acordarse de cerrar con llave la puerta de entrada cuando está en el huerto, pero a veces se le olvida. No es Julius: ha ido a Wheilden Farm para ayudar a desmantelar un gallinero. Se inclina para tener mejor perspectiva y ver si es Stu o, Dios no lo quiera, uno de los Rawson. Se imagina que los clava a la pared de la casa con el rastrillo y que las púas agujerean el enlucido de cal, zarzo y barro.

La figura —solo ve el torso a través de la ventana baja de la casa— parece moverse adelante y atrás como si estuviera examinando objetos

en el lavadero. Se lleva el rastrillo con ella, con los dientes hacia delante, y entra por la puerta de atrás, que está abierta. La persona ya no está en el lavadero y cuando Jeanie llega a la cocina, ve que un joven está mirando hacia arriba por la escalera izquierda.

—¿Puedo ayudarle? —dice Jeanie en un tono que pretende destilar indignación, pero no miedo. El hombre se sobresalta y da media vuelta al oír su voz, y luego da un paso atrás cuando ve el rastrillo apuntando hacia él. Es el mismo joven al que Bridget le dio un empujoncito en la sala de espera de la consulta hace más o menos una semana. Ahora lleva otra ropa: un traje barato, de tela brillante y demasiado ajustado para su complexión musculosa.

—¿Jeanie? —dice, y sonríe, y ella se da cuenta de que es el hijo de Bridget y Stu, adulto, con el pelo tirando a rubio engominado hacia un lado y hacia arriba como si un viento le soplara desde abajo a la izquierda. La forma de la cabeza, la barbilla, los pómulos, lo vuelven sorprendentemente guapo. ¿Tenía Stu este aspecto cuando era más joven? No es capaz de imaginárselo. Recuerda que empezó a meterse en líos, se iba a beber al parque del pueblo a las tantas de la noche, en casa no hacía más que dar la lata y Stu lo acabó echando. Hace años que Jeanie no lo veía.

—Nathan. —Baja el rastrillo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Está tu hermano? —Se humedece los labios carnosos.

—No —dice Jeanie, aunque en cuanto la palabra sale de su boca, piensa que debería haber fingido que Julius está enfermo en cama o en el huerto. Algo en Nathan y en su aparente seguridad la hace sentir incómoda—. ¿Puedo ayudarte?

Él duda y luego dice:

—Vengo con un aviso de desahucio.

—¿Perdona?

Nathan se apoya en el aparador.

—Os van a desahuciar. —Su sonrisa se convierte en una mueca debido al esfuerzo que hace por mantenerla.

Jeanie está a punto de echarse a reír.

—Eso es absurdo.

—Tengo que colgar el aviso en la puerta de entrada el lunes, y a partir de ahí tendréis una semana.

—¿Una semana? ¿Una semana para qué? —Jeanie está levantando la voz. Todavía sostiene el rastrillo con las dos manos y lo agarra con más fuerza.

—Para iros. —Nathan cruza un tobillo sobre el otro. Ahora que ha dicho lo que ha venido a decir, parece relajarse.

—Tenemos un trato con Rawson, podemos quedarnos. Esto es de locos. Es nuestra casa. Y si él o su mujer creen que les debemos

dinero, tienen que darnos un puñetero plazo para pagarlo. —Piensa que ella o Julius deberían haber intentado ir a ver a Rawson. Haber resuelto el problema.

Nathan se pone derecho, pasa junto a ella con un contoneo ensayado y coloca una mano sobre la tapa del estuche del banjo de Dot.

—Me han mandado para informaros del desahucio. Para avisaros. Yo no sé nada de ningún trato ni de plazos de pago.

—¿A esto te dedicas ahora, a trabajar para Rawson? ¿Sabe tu madre en qué andas metido? —Jeanie apoya el rastrillo contra la mesa, le aparta el estuche del banjo de la mano y lo abraza, el impulso de luchar la atraviesa como chispas eléctricas.

Él no responde, sino que coge una fotografía enmarcada de cuando Jeanie y Julius eran bebés, cada uno tumbado en un extremo de un cochecito. Le da la vuelta y examina el dorso y el marco como calculando su valor antes de volver a colocarla sobre el aparador.

—No es un hombre de palabra, Nathan, y más te valdría andarte con cuidado si vas a hacerle el trabajo sucio. Tengo cosas que hacer. —Está temblando por dentro, pero extiende un brazo para invitar a Nathan a irse.

—El lunes —suelta él por encima del hombro cuando está en el umbral—. El lunes volveré con el aviso.

Desde la puerta lo observa bajar por el sendero, pasea tranquilo y despreocupado, consciente, piensa ella, de que lo está mirando. Cuando llega a la verja, Jeanie le grita:

—Es nuestra casa. Será nuestra casa hasta que nos saquen de aquí a cada uno en su ataúd. Puedes decírselo a Rawson. —Da un portazo y apoya la palma de la mano contra la puerta controlando la respiración, ralentizando el pulso.

Cuando le habla a Julius de la visita de Nathan, él va de un lado a otro por la cocina hecho un basilisco, igual que cuando le contó que Caroline Rawson había ido a verla. Grita que irá adonde Bridget y le exigirá que ella y Stu controlen a su hijo, o que irá a ver a Rawson y le dirá cuatro cosas. Ella deja que la ira de su hermano le pase por encima, asiente, se compadece, lo calma. No ve que ninguno de esos planes vaya a servir de nada teniendo en cuenta el estado de Julius. Y el dinero que los Rawson dicen que les deben —semejante cantidad de dinero— está tan lejos de los peniques y las libras a los que Jeanie está acostumbrada que parece rocambolesca, inventada. Podrían deber dos millones y sería lo mismo. Pero no hay día que consiga dormir, y esta noche, durante la cena —espaguetis mezclados con una lata de sopa de champiñones concentrada y las verduras que hay a mano—, Jeanie enrolla la pasta en el tenedor y ni siquiera se la lleva a la boca.

A Jeanie le quedan veinte peniques del dinero que se gastó en la tienda. Julius añade las monedas que tiene en los bolsillos y las treinta libras de su cartera que le dieron por lo del gallinero. Del monedero de Dot no pueden añadir nada, ya han buscado el dinero desaparecido allí y en su bolso.

—Me han dicho que hay un banco de alimentos en Devizes —dice Julius sin mirarla.

—No vamos a ir a un banco de alimentos, Julius. Tenemos un huerto entero lleno de comida. —Señala fuera y no le dice nada de la caja que vio en la tienda.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no hay nada de malo en pedir ayuda, o en aceptarla cuando te la dan? Como todos esos niños de clase media que le piden dinero al banco de mamá y papá cuando lo necesitan. Esto es lo mismo.

—Pero ya no somos niños.

—No, tenemos cincuenta y un años y necesitamos que nos echen una mano. No tiene nada de malo.

—En todo caso —dice Jeanie—, ¿a quién le has estado diciendo que andamos faltos de comida?

Julius menea la cabeza, no responde.

—Le he preguntado a Wheilden si tiene más trabajo, pero no tiene.

—Estoy segura de que no todos te han pagado lo que deben. —Jeanie se refiere a Shelley Swift, pero no piensa pronunciar su nombre —. Tienes que pedirlo.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Cuando dejes de comportarte como si fueras mi madre y de decirme lo que tengo que hacer.

—¿Y el dinero del tabaco? Supongo que te has guardado algo para cigarrillos y para las pintas que te tomas con tus amiguetes en The Plough.

—¿Y tú no vas a gastarte nada en la puñetera perra?

Maude, en el sofá, levanta la cabeza como si supiera que están hablando de ella.

—Creo que no entiendes. Vamos a perder la casa. —Jeanie pone las palmas de las manos sobre la mesa. La criatura está en su garganta. Si abre la boca lo suficiente y chilla, saldrá deslizándose, recién nacida y resbaladiza, dispuesta a pelear.

—¡Sí entiendo! Joder, claro que entiendo. —Agarra la mesa por el borde y la empuja en dirección a Jeanie, que se echa hacia atrás—. No le debemos dinero a Rawson y no puede desahuciarnos. Voy a ir a verlo. Voy a ir a verlo ahora mismo.

—¿Ahora? Son más de las diez. —En el estado en que se encuentra

Julius, le preocupa que pueda empeorar la situación.

—Ahora. —Descuelga el abrigo y la gorra del perchero, mete con fuerza los pies en las botas y coge las treinta libras de la mesa. Por un segundo mira el dinero, luego deja de un golpe un billete de diez libras y sale antes de que Maude se baje siquiera del sofá.

Durante cinco minutos, Jeanie se queda sentada a la mesa y luego, en un arrebato de ahorro que le da un breve impulso de energía, apaga los tres candiles y, tras encender una vela, reanuda el registro de la casa en busca del dinero desaparecido.

A la media hora Julius regresa. Jeanie está de rodillas, recolocando la vajilla que rara vez usan en un aparador.

—¿Y? —pregunta.

—No estaban. —Se sienta pesadamente en el sofá junto a la perra —. No había ninguna luz encendida, nada. He ido a despertar a Simons. No le ha hecho mucha gracia. Me ha dicho que se han ido. Diez días, dos semanas, no estaba seguro. A Grecia o algo así. Ni siquiera necesitan nuestro dinero.

Por la mañana Jeanie se gasta nueve libras con cincuenta y siete en la tienda, compra la mayoría de las cosas básicas que no pudo permitirse el lunes: más pasta, rollos de papel higiénico, latas de alubias en salsa de tomate, pasta de dientes. Fuera, se queda mirando los pocos anuncios escritos a mano y metidos en fundas de plástico que cuelgan en el interior de la ventana, tratando de descifrarlos. En la tienda, un joven con la frente salpicada de acné está colocando unas revistas de papel satinado en los estantes.

—Me han dicho que había un anuncio en la ventana solicitando una limpiadora —le dice Jeanie señalando vagamente con la mano hacia la fachada de la tienda—. Pero no lo he visto.

—Es probable que ya esté en la basura —dice sin dejar de hacer lo que estaba haciendo—. Solo duran un par de semanas.

—Mi amiga me ha asegurado que había uno para un trabajo de limpieza.

El hombre resopla y, apretando un montón de revistas contra su pecho, sale, y Jeanie lo sigue. Echa un vistazo a las tarjetas.

—Pues no, deben de haberlo tirado. —Enfila hacia dentro.

—¿Hay alguno para jardinería? —Jeanie se inclina y entorna los ojos—. ¿Los has escrito tú? La letra es nefasta.

El joven vuelve y los repasa de nuevo, da un golpecito en el cristal.

—Aquí. —Lee sin entusiasmo—: «Mujer busca jardinera para cortar el césped y otras labores básicas de jardinería. Una o dos tardes a la semana».

—¿Tienes un boli? —Busca a tientas en su bolso.

—Hazle una foto con el móvil —dice él.

—¿Podrías escribirme el número de teléfono? —Sabe que no lleva bolígrafo en el bolso, para qué, y además los números no paran de bailar. El joven ya ha vuelto adentro. Después de un momento, ella lo sigue y finge hojear los periódicos que hay junto a la ventana. Cuando él está de espaldas, alarga el brazo, saca la tarjeta de la funda de plástico y se la mete en el bolso.

13

De camino a casa, Jeanie toma un desvío por Cutter Hill. Se baja de la bicicleta y la empuja lentamente, consciente de lo rápido que le late el corazón; no puede dejar de hacer una pausa cuando cree que lo necesita. Tiene que desviarse un par de kilómetros de su camino pero, tal y como recuerda, la cabina telefónica roja se encuentra junto a la posada The Rising Sun, que cerró sus puertas por última vez hace dos años. De niña, cuando faltaba al colegio, tenía que venir con su madre a esta cabina telefónica que olía a pis y a humo de tabaco rancio. Dot traía una bolsita con monedas de dos peniques para hacer aburridas llamadas telefónicas sobre facturas y citas, y a veces levantaba a Jeanie para que pudiera meter las monedas en la ranura. Las llamadas parecían durar una eternidad y la mayor parte del tiempo Jeanie estaba en cuclillas junto a las piernas de su madre, soplando en el cristal y dibujando animales en la condensación. Cuando su madre terminaba estas llamadas, por lo general tenía una conversación con alguien llamado Sissy, que a Jeanie le parecía un nombre gracioso. Incluso ahora se acuerda de una conversación con Sissy durante la que su madre dijo «no puedo» una y otra vez, y Jeanie dibujó su propio «no puedo, no puedo» en el cristal en forma de pequeñas cruces. «Por los niños, porque ¿adónde iríamos?, ¿cómo nos las apañaríamos? Porque es un buen hombre, porque hice una promesa. Y eso implica algo, ¿no?» Su madre sonaba como si estuviera a punto de echarse a llorar, y las madres no lloraban. «No hay nada que contar —dijo—. No ha pasado nada.» Su madre escuchó la respuesta de Sissy y sacó el pañuelo. «Estoy bien. Llamaré otro día. Jeanie está aquí, tengo que irme.» Jeanie se levantó. Dot le tendió el teléfono. «Dile adiós a Sissy.»

«Adiós, Sissy», susurró Jeanie por el auricular maloliente, pero ya estaba sonando la señal.

Cuando Jeanie empuja la bicicleta hasta la cabina telefónica, con las bolsas de la compra que cuelgan del manillar, nota que algo ha cambiado dentro y al abrir la puerta descubre que el teléfono ha desaparecido y que la pared trasera donde estaba colgado ahora está llena de libros. Libros de tapa blanda gruesos y llamativos con el lomo arrugado. Hay más apilados en el suelo de cemento, con las páginas

abultadas donde ha entrado la humedad.

En casa, saca el teléfono móvil de Julius del bolsillo de su abrigo cuando él no está mirando y se lo lleva al fondo del jardín. Está cargado, así que sabe que debe de haber estado en el pub. Siguiendo dígito a dígito el número de la tarjeta que ha cogido del escaparate de la tienda, pulsa los botones. No quiere decirle a Julius lo que está haciendo, no hasta que pueda decirle que tiene un trabajo de verdad.

Al día siguiente, Jeanie se encuentra frente a una cancela de cinco barras abierta, al otro lado de la cual hay un coche viejo y un césped descuidado con un camino empedrado que serpentea hasta la puerta de entrada de un bungaló. La pintura se está despegando de la madera y las hojas del año anterior se curvan en la esquina del porche de baldosas marrones. El timbre de la puerta suena como el principio de «Estrellita, ¿donde estás?». La mujer que le abre lleva un vestido floreado que le llega hasta los tobillos y unas sandalias planas con tiras de cuero que le sujetan los dedos gordos. Es más joven de lo que Jeanie esperaba, treinta años, tal vez, y lleva un pendiente en un lado de la nariz que refleja el sol, como si estuviera haciendo señales.

—Yo a ti te conozco —dice cuando ve a Jeanie en el extremo del porche—. Eres una de las mujeres que cultivan verduras. Trabajo algunas mañanas en el *delicatessen*. —Su vestido se mueve como si una corriente de aire saliera de la casa, y una niña pequeña emerge por detrás de su falda. La mujer le tiende la mano a Jeanie y sus pulseras tintinean—. Soy Saffron —dice, y Jeanie se la estrecha—. Y esta es Angel.

Coge a la niña y, al apoyársela en la cadera, le frunce la enorme camisola dejando a la vista unas pantorrillas y unos muslos rechonchos. Angel tiene pintura amarilla en el pelo y en los dedos, y se la unta a Saffron por el cuello, pálido en contraste con la piel avellana de la niña. La mujer guía a Jeanie por la casa y le explica que la compró hace seis meses con un dinero que le dejó su padre, que, por cierto, era un auténtico capullo, y que al principio pensó en derribarla y construir algo nuevo, pero que en el par de meses que lleva allí le ha cogido cariño. Jeanie recuerda lo que dijo Julius de que otras personas podían contar con el banco de mamá y papá. Saffron sigue hablando, le explica que a Angel le encanta correr en círculos de una habitación a otra porque están conectadas, y entonces llegan al patio central, que está pensando acristalar. Sin ninguna vergüenza le cuenta que quiere rodear a Angel de mujeres positivas, por eso busca a una jardinera. Jeanie no está segura de si debería confesarle que ella no siempre se siente positiva. Pasan por la cocina, la mesa está abarrotada de pinturas y papeles.

A través de las ventanas francesas, Saffron baja a Angel —¡vaya

nombres!, piensa Jeanie— y le dice que el jardín se le hace bola, que no sabría por dónde empezar. Antes de Inkbourne vivía en Oxford y todavía no sabe si le convence el campo, pero quería estar más cerca de su madre, sobre todo por Angel. «Bueno, para que haga de niñera, la verdad —añade—. Estoy estudiando un posgrado de Asesoramiento Psicodinámico en Oxford.» Jeanie no pregunta qué es eso; tiene miedo de entender la explicación aún menos que el nombre. «Es mucho trabajo, mucho más de lo que esperaba, y es difícil no perderse con esta correteando de acá para allá. Vivimos solas las dos. Con su padre no fue nada serio, en fin. No volví a verlo.» Saffron se ríe. Toda la información sobre su vida le sale tan fácilmente que Jeanie siente vergüenza y envidia de su desinhibición. Están paradas en un patio de baldosas de hormigón y miran el césped que tienen delante. La hierba ha crecido hasta su altura máxima, el baño de piedra para pájaros que hay en el centro casi ha desaparecido y a ambos lados crecen macizos de flores invadidos por la maleza. La mirada de Jeanie recorre el paisaje más allá de un árbol maduro hasta el límite del jardín y los campos de detrás, y luego hacia arriba, hasta una hilera de robles en una cresta baja a lo lejos. Las sombras de las nubes se desplazan por la ladera y no hay ninguna otra casa a la vista. Todo es verde y dorado.

—Es bonito, ¿verdad? —dice Saffron—. ¿Pero qué hago? ¿Corto la hierba? Voy a tardar una eternidad.

—No —dice Jeanie—. No la cortes toda. Abre un sendero serpenteante en la hierba, planta flores silvestres, crea espacios alrededor de los árboles para que tu hija juegue. Un prado.

—Prado —dice Saffron, y agarra el brazo de Jeanie con un tintineo metálico—. Así es como iba a llamarse esta de aquí, ¿verdad, Angel?

La niña les sonríe.

—Me he comido un plátano —le dice a Jeanie, y espera.

—¿Era azul? —dice Jeanie.

—Amarillo, tonta —dice Ángel, y echa a correr por la hierba gritando—: Plátano, plátano.

Saffron y Jeanie van hasta el árbol, que Jeanie dice que es un castaño de Indias, y consigue el trabajo. Así de fácil, y se pregunta por qué nunca se había planteado hacerlo. Acuerdan diez libras la hora, dos tardes a la semana para empezar. Los días que le vengan bien a Jeanie. Hay un cobertizo lleno de herramientas que eran del padre de Saffron, así como un cortacésped y una lata que deciden que contiene gasolina cuando meten la nariz dentro. Jeanie pregunta si puede traer a Maude, pero siente tal alivio por haber conseguido el trabajo que no se atrever a mencionar que le gustaría que le pagaran en efectivo y a la semana. De vuelta en la cocina, Saffron prepara té y Jeanie se sienta con Angel y la observa pintar una forma marrón que parece un hueso de albaricoque con líneas que salen de ella y unas manchas negras en

un lado que están demasiado aguadas y chorrean cuando la niña levanta la hoja para enseñársela.

—¿Es una semilla gigante? —pregunta—. ¿Un ojo marrón grande con pestañas?

—Maur —dice Angel, y empuja el dibujo hacia ella.

—Creo que es tu perra —responde Saffron echando un vistazo.

Cuando Jeanie llega a casa, pega el cuadro de Angel en la pared de la cocina y le dice a Julius que tiene un trabajo.

Está ilusionada, sorprendida por lo fácil que ha sido, y aunque sabe que lo que va a ganar no alcanzará para pagar las deudas, la idea de dedicarse a algo que no sea cuidar de su casa y de su huerto hace que sienta como si algo dentro de ella —diminuto como una semilla de cebolla— se estuviera abriendo, a punto de germinar. Pero Julius levanta la vista de su plato de huevos fritos con espinacas y dice: «Genial». Está distraído, por culpa de las deudas, del dinero desaparecido, imagina, y cuando no le pregunta de qué es el trabajo o dónde, la semilla se marchita y Jeanie piensa que ya es demasiado tarde para ellos y para la casa.

Aun así, la tarde siguiente, que es seca y ventosa, pedalea despacio hasta el bungaló y Maude va corriendo a su lado. En la casa, Jeanie le presenta a Angel a la perra y la niña le da unas palmaditas en el lomo tan fuerte que Saffron levanta a Angel diciéndole que debe ser más delicada, y la niña llora y patalea. A Maude no parece importarle que unas manitas la golpeen, pero Jeanie lleva a la perra fuera y esta, enfurruñada, se tiende en el patio con la cabeza entre las patas. Jeanie saca el cortacésped del cobertizo, con cuidado de no esforzarse demasiado, y se sorprende al ver que es bastante nuevo; se pone en marcha a la primera. El cobertizo está lleno de todas las herramientas que pueda necesitar, y revisarlas, así como estar lejos de la casa y de Julius, la distraen de sus otros pensamientos: si Nathan se estaba marcando un farol con lo del desahucio, cuándo les pedirá Stu que le devuelvan el préstamo, dónde podría haber guardado su madre el dinero. Jeanie marca el sendero con trocitos de madera que corta con una sierra del cobertizo y se emociona al ver cómo serpentea por el jardín, cómo lleva al visitante de un macizo de flores a otro, a un árbol, a una vasija de cemento que ha encontrado entre los matorrales.

Jeanie regresa el domingo por la tarde y, cuando termina de trabajar, Saffron sale con vasos de agua, tazas de té y un paquete de galletas de chocolate. Se sientan en el patio —no hay mesa ni sillas— y Angel vuelve a acercarse a Maude.

—Deja que te huela primero la mano —dice Saffron—. Extiéndela. Con delicadeza.

—Es muy tranquila, la perra —dice Jeanie—. Un poco cobardica, en realidad. Maude le lame la mano a Angel, luego la cara, y la niña se deja caer pesadamente sobre el trasero, con la barbilla arrugada y el labio inferior desplegado. Antes de que empiece a llorar, Saffron se arrastra a cuatro patas y sus pulseras tintinean, y le acaricia con la nariz el cuello a Angel y luego también le lame la cara, y Jeanie se acuerda de cuando ella y Julius jugaban a pelearse con su padre, cómo se le agarraban del cuello mientras él rugía fingiendo ira. Angel se ríe y la perra baja por el jardín dando brincos.

Cuando vuelven a estar sentadas y Angel se ha concentrado en su galleta de chocolate, que se le derrite en las manos llenas de hoyuelos, Jeanie dice:

—Primero tendré que segar el camino. La hierba está demasiado alta para cortarla directamente.

—¿Es un problema?

—Solo un poco más de trabajo. —Piensa en la cantidad de esfuerzo físico que le supondrá y en las posibles consecuencias, y decide que le da igual.

—Vale —dice Saffron—. Supongo que habría que segarlo todo si quisiera que cortaras todo el césped.

—He pensado en despejarlo un poco más abajo, hacer un círculo que puedas ver desde aquí para que Angel tenga un sitio para jugar.

—Eso sería genial. —Saffron agarra a Angel por la muñeca justo antes de que esta ponga la mano en el suelo y se chupe el chocolate de los dedos rechonchos.

—Perrito —dice Angel.

—Tu dinero. —Saffron saca algo del bolsillo de su vestido, el mismo vestido que llevaba puesto el día anterior y el anterior a ese—. No acordamos con qué frecuencia te pagaría, pero ¿te parece bien semanalmente? Diez horas esta semana, ¿verdad? ¿Las mismas la que viene?

—Sí, aunque no estoy segura de qué días —dice Jeanie.

—No hay problema. Cuando quieras. —Le alcanza el trozo de papel que ha sacado del bolsillo, un papel, no dinero en efectivo, y Jeanie lo coge y cuando lo abre, ve que es un cheque. La piel de la garganta le arde por el calor, y su corazón golpea el interior del pecho. Puede que se le note en la cara, porque Saffron dice:

—La próxima vez puedo hacerte una transferencia. Envíame un correo electrónico con tus datos bancarios y te mando el dinero.

—No —dice Jeanie—. Gracias, un cheque está bien.

Después del velatorio, pasan cuatro días sin que Shelley Swift le envíe un mensaje a Julius o lo llame. Él ha cogido el teléfono varias

veces y ha intentado escribir un mensaje, pero al final los ha borrado todos y ha guardado el móvil, no se siente a la altura, no está seguro de que a ella le interese. Ha habido otras mujeres, pero hace mucho que no. Cuando Julius tenía veintitantos años, el Ayuntamiento organizaba conciertos para bandas locales, y aunque no era su tipo de música, siempre iba. Durante tres veranos seguidos, Julius se acostó con tres mujeres diferentes cuando terminaban los conciertos. Una vez en el asiento de atrás de un cochazo, otra vez sobre un colchón en la parte de atrás de una furgoneta y una tercera contra la pared trasera de los baños públicos. Le habría gustado darles su número a todas, cada una era interesante a su manera, pero no tenía número que darles, y ellas nunca le ofrecieron el suyo. Los vecinos de más edad del pueblo se quejaron de los conciertos —debido al barullo y el trasiego —, y después del tercer verano no hubo más bandas ni más mujeres. Luego, cuando estaba a punto de cumplir treinta y cinco años, conoció a Amy. Le gustaba, podría haberse enamorado, y no le importó que Jeanie le tomara el pelo con lo de sentar la cabeza, con lo de mudarse, que ya era hora de que uno de ellos lo hiciera, pero aunque eran bromas entre hermanos, él sabía sin que ella lo dijera que, si bien quería que se fuera, tenía miedo de quedarse sola con Dot, miedo de no poder marcharse cuando él se hubiera ido. No le dijo a su madre nada de Amy, pero fue Dot quien casualmente comentó un día que la había visto besándose con un hombre en la puerta de The Plough. Julius no volvió a ver a Amy después de eso.

El viernes, otro día sin trabajo, sale en su bicicleta hacia Little Bedwyn diciéndose a sí mismo que irá puerta por puerta a ver si alguien para quien ya haya trabajado alguna vez necesita algo. Odia pedir trabajo de esta forma, la desconfianza en el rostro de la gente, la idea de parecer desesperado, como un mendigo. Va a una granja en la que trabajó el año anterior, pero la casa tiene un letrero de «Se vende» fuera, así que opta por subir con la bicicleta por el camino de grava de una casa de campo donde trabajó una vez ayudando a echar suelos de cemento en los garajes. Estaban en mitad de la tarea cuando apareció el dueño de la casa, un anciano con un bastón y un labrador amarillo, y dijo que había una llamada para él. Todos se interrumpieron: Julius y los dos hombres con los que estaba trabajando. «¿Para mí?», dijo, y su jefe frunció el ceño, pero el anciano ya había empezado a renquear de regreso a la casa y Julius lo siguió. Alguien debe de haber muerto, pensó, su madre o su hermana, y deseó que el anciano caminara más deprisa. Ahora no recuerda gran cosa del interior de la casa, salvo que el salón era enorme y había un candelabro inmenso y reluciente. Cuando cogió el teléfono, oyó los pitidos y el tintineo de las monedas al caer en la ranura, y a su madre al otro lado.

—Es Jeanie —dijo con voz temblorosa.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué ha pasado?

—Estoy preocupada. Es lo del corazón.

—¿Por qué me llamas a mí? —gritó—. Llama a una ambulancia, por el amor de Dios.

—Solo necesito que vengas a casa.

Cuando volvió, Jeanie estaba bien, por supuesto, o tan bien como siempre. Entonces quien le preocupó fue su madre.

Antes de llegar a la puerta de entrada de la casa, Julius traza un gran círculo y vuelve pedaleando por donde ha venido. Después de eso, pasa por otro par de granjas con posibilidades, pero no consigue ningún trabajo. Cuando dan las cinco y media, recorre con parsimonia una ruta que pasa frente a la fábrica de ladrillos. No tiene muchas esperanzas de toparse con Shelley Swift y cuando ve un Nissan rojo que viene hacia él, ni siquiera se le ocurre que pueda ser ella. Levanta la mano, incapaz de ver nítidamente a través del parabrisas. Se para en cuanto el coche pasa y cuando mira hacia atrás, el coche también ha parado y está dando marcha atrás rápidamente por el camino hacia él con un chirrido. Shelley Swift baja la ventanilla y, aunque el momento no podría ser más oportuno, Julius no ha pensado en nada más allá de poder verla de nuevo y lo único que hace es quedarse mirando su rostro y su brazo apoyado en la puerta, ambos cubiertos por una fina película de polvo de ladrillo.

—¿Te funciona bien el calentador? —dice por fin, y en cuanto salen, las palabras suenan como una broma que haría Jenks.

Ella se ríe y contesta:

—Muy bien, gracias. ¿Y a ti?

Él se sonroja y logra articular una especie de respuesta.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta ella, y como Julius no es capaz de encontrar una respuesta, habla por él—. ¿Has salido a tomar el aire? Hace una tarde estupenda. —Le guiña un ojo—. Estaba pensando en dar un paseo. ¿Quieres venir?

Ella aparca el coche en el borde de la carretera y él le pone el candado a la bicicleta, y caminan juntos por Two Hares Field. La ropa de ella no es muy adecuada para dar un paseo: falda ceñida y blusa, y él se da cuenta de que los tacones se le hunden en la hierba húmeda. La ayuda con unos escalones para pasar una cerca en Foxbury Wood.

—Me acuerdo de ti en el colegio —dice—. Estabas un curso por debajo del mío, siempre te metías en peleas y te sangraba la nariz. Ya me gustabas por aquel entonces.

Él no sabe qué decir. No se acuerda de ella para nada.

Esta vez él la besa primero y cuando ella se aprieta contra su torso, nota sus grandes pechos dentro de la blusa de seda, suaves. Ella le pone las manos en las mejillas y le devuelve el beso. Se aparta y,

sujetándolo de nuevo con la mirada, tira del lazo de seda de la garganta, que de algún modo forma parte de la blusa, la desabotona de arriba abajo y se saca un pecho del sostén. Es tan pálido como su cuello, con una vena azul que serpentea hacia abajo. Debido a su tamaño y a su peso el pezón marrón se estira hasta ovalarse. Él pone la mano debajo, excitado por su calor y su maravillosa consistencia, y se lo acerca a la boca al tiempo que agacha la cabeza.

—¿Te tumbas aquí conmigo? —le dice después de un rato, pensando que ojalá hubiera traído una manta o llevara un abrigo más grande.

—¿Aquí? —dice Shelley Swift—. ¿En el bosque? —Y se ríe tanto que él piensa que tal vez esté enferma.

Cuando se despiden en el coche, él se siente cohibido, pero ella simplemente se ríe un poco más. Quiere quedar con ella, pero no sabe cómo pedírselo o qué le responderá. Solo cuando se aleja en la bicicleta recuerda que Shelley no le ha pagado por los dos trabajos, y que bajo ningún concepto podrá pedirle el dinero ahora.

14

Jeanie y Julius cierran la casa con llave y recorren el camino en dirección contraria a la granja, por el sendero que serpentea hasta la cima de Rivar Down. La pendiente es inclinada y les cuesta, los muslos les arden. Jeanie está molesta porque Julius insiste en que descansen cada cinco pasos para que ella recupere el aliento, pero obedece. En el punto donde se cruzan con la ruta de los excursionistas, giran a la izquierda, continúan a lo largo de la cresta y atraviesan un grupo de robles donde el sendero está cercado con alambre de púas y las ovejas han recortado la hierba al otro lado. Jeanie ya nota como el sol le golpea la frente y sabe que deberían haber traído sombreros. ¿Cómo es posible que hace solo dos semanas nevara? ¿Cómo es posible que su madre esté muerta? La conciencia de que Dot no está en casa limpiando huevos en el lavadero o mezclando abono en el invernadero todavía la pilla por sorpresa a veces. Hay charcos en el camino y cuando Maude pasa corriendo se alzan nubes de moscas. Julius no tiene trabajo, pero los dos podrían —deberían— pasar el día en el huerto. Hoy es el día en que Nathan dijo que entregaría el aviso de desahucio y, aunque su decisión de no estar en la casa no ha sido meditada, aquí están con la mochila de Julius, que contiene una botella de agua, un termo de té y sándwiches hechos con pan de molde barato, margarina y mermelada de frambuesa del otoño anterior. ¿Cuándo fue la última vez que caminaron juntos sin ir a ningún sitio en concreto? Jeanie no se acuerda. Se comportan como si fuera algo normal: otro paseo, otro picnic. El té del termo es negro y amargo. No tienen ni leche ni azúcar.

En Ham Hill se detienen para contemplar la abrupta pendiente que se desploma a sus pies, atravesada por las huellas de las ovejas, y más allá la tierra que se aplana hasta convertirse en un mosaico de campos adornados con setos, parches de bosques y casas aisladas y, entre ellos, el hilo oscuro del Ink. Berkshire a su derecha; Inkbourne y Wiltshire a su izquierda. Divisan el granero con el techo negro y parte de la granja de los Rawson, pero los árboles ocultan la casa y el jardín. Siguen caminando hasta el terreno comunal y se cruzan con una pareja ataviada con impermeable, botas de montaña y los calcetines doblados sobre la parte superior de las mismas; el hombre lleva un

mapa en una funda de plástico colgada del cuello. Se cruzan con un grupo de adolescentes extranjeros, aburridos y cansados, a los que un guía exasperado anda metiendo prisa. A los pies de la horca —un poste de casi ocho metros de altura sobre el hacho—, algún idiota ha colocado un manojo de cardos, con las raíces y la tierra adherida, como ofrenda para los criminales a los que colgaron allí. Jeanie y Julius caminan con las botas de lado, bajan por el empinado terreno y se sientan en una ladera de la colina, fuera de la vista de los caminantes.

Julius le lanza una esquina de su sándwich a Maude. Ella lo atrapa con la boca y lo hace desaparecer con un chasquido de dientes.

—Vas a malacostumbrarla —dice Jeanie—. Cuando se te plante en el regazo cada vez que te sientes a la mesa, ya no tendrás tantas ganas de darle de comer. —En realidad, no lo está regañando, le gusta que le dé de comer a la perra. Sirve una taza de té.

—¿Te acuerdas de cuando veníamos con papá? —dice Julius.

—Íbamos a Ham Hill, no aquí —dice Jeanie.

—No, era aquí seguro. Por nuestro octavo cumpleaños. Aquí fue donde me dio mi navaja.

—Fue en Ham Hill. Te dejó solo con ella y te sajaste la pierna.

—Eso fue más tarde. No fue aquí, no fue en nuestro cumpleaños.

—Dios, había tanta sangre. —Jeanie sopla en el té y da un sorbo—. Vaya padre irresponsable teníamos. —Se ríe—. ¿Todavía tienes la cicatriz?

Julius se levanta la parte de abajo de los vaqueros y le muestra la espinilla atravesada por un tajo blanco.

—Au —dice ella pasándole la taza—. Es todavía peor de lo que recordaba.

Julius bebe, se baja la pernera de los vaqueros.

—Pero era un buen músico.

Jeanie se recuesta del todo sobre la hierba y Maude corre a olfatearle la cara como para comprobar que no está muerta, y cuando Jeanie abre los ojos, lo único que ve es cielo: azul del color de una bata que tenía de niña, y nubes blancas, de encaje por los bordes, moviéndose de un lado al otro de su campo de visión.

—¿Piensas alguna vez en lo que pasará con nuestra música cuando ya no estemos?

Julius tarda tanto en moverse y en responder que Jeanie piensa que tal vez no la haya oído, pero se recuesta también, con las manos detrás de la cabeza.

—No —dice.

—Mamá y papá nos enseñaron un montón de canciones, y ahí se acaba todo. No hay nadie a quien podamos legárselas.

—No dejo de decirte que deberíamos tocar en The Plough.

—No lo voy a hacer, así que deja de repetírmelo. Todo el mundo mirando, juzgando, cotilleando. Ya tengo bastante cada vez que voy al pueblo.

—Nadie te mira, Jeanie. Todo el mundo está demasiado ocupado pensando en sí mismo. Hazme caso. Deberíamos probar. Estoy seguro de que te encantaría. Nos pagarían. Holloway dice que podría llamar a alguien para que viniera a escucharnos. Un tipo al que le interesa la música folk regional o algo así.

Ella lo interrumpe: no piensa tocar en The Plough ni en ningún otro sitio público. Con el velatorio tuvo suficiente.

—¿No quieres legar tu música, enseñársela a alguien? —le pregunta a Julius.

—¿A qué te refieres? ¿A dar clases?

No está segura de si él se lo está poniendo difícil a propósito. Pero no piensa decirle a qué se refiere, no directamente.

—No a cualquier niño.

—Ahh —dice, arrastrando la palabra. Comprende exactamente a qué se refiere—. A mi propio hijo. No. Nunca he pensado en eso.

—Debes de haberlo pensado. Casarte, tener niños.

—¿Y quién dice que no tengo hijos ya repartidos por todo el condado?

Cuando Julius era joven, a veces se pasaba fuera toda la noche, entraba en casa a escondidas temprano por la mañana y le pedía a Jeanie que no dijera nada. Una vez, a última hora de una calurosa mañana de domingo, después de unas pocas horas de sueño, sacó la bañera de hojalata al patio y la llenó de agua tibia. Jeanie estaba pelando verduras para el almuerzo y lo observaba desde la ventana abierta del lavadero, sentado en la bañera con la espalda ancha y las rodillas huesudas fuera del agua. Él se volvió y le guiñó un ojo y ella le arrojó un trozo de patata cruda. Se agachó demasiado tarde y le rebotó en la cabeza. Luego le tiró el extremo duro de una chirivía con una ira tan inesperada que él soltó un grito cuando le dio en el hombro. A ese le siguió otro, y otro más, hasta que Julius se levantó y salió del agua, agarró la toalla y se retiró mientras ella aullaba con una ferocidad que la impresionó. No era que Jeanie quisiera lo que él tenía —sexo o una relación—; esas cosas le resultaban indiferentes, pero sabía que sería una mujer quien lo alejaría de la casa, de ella.

Jeanie se incorpora en la hierba.

—Olvídalo —dice mirando a su izquierda, apartando los ojos de él —. Ni siquiera podemos tener una conversación como Dios manda.

—Lo siento —dice, y le tira de la camisa—. Túmbate. —Ella se recuesta una vez más y él dice—: No tengo pensado casarme con

nadie.

—No necesitas casarte con nadie para estar con alguien, tener hijos. Ahora que no está mamá, puedes hacer lo que quieras.

—Siempre he hecho lo que he querido.

—¿Seguro?

—Esto es de locos. —Ahora es él quien se incorpora—. Es como si estuvieras buscando pelea desde que la enterramos.

Cuando lo mira, él es una sombra que bloquea la luz, con las rodillas dobladas y los brazos apoyados sobre ellas, y por primera vez desde que es capaz de recordar, no tiene ni idea de lo que está pensando.

—He visto que cogiste el anillo —dice. Observa una cometa roja que gira en círculos en lo alto. Él no habla, aunque ella espera que le dé una explicación que no tenga que ver con una mujer, que no incluya a Shelley Swift—. Me he acordado, ¿sabes? —continúa Jeanie.

—¿De qué? —Él la mira por encima de su hombro.

—De que mamá ponía su anillo de bodas en el alféizar de la ventana del lavadero. Recuerdo haberlo visto ahí, y no porque estuviera trabajando en el huerto o haciendo un pastel. Le he estado dando vueltas a por qué se lo quitaría, pero no se me ocurre nada.

—Lo ponía allí cuando iba a ver a Bridget por la tarde y, a veces, por la mañana.

—¿Bridget? —dice Jeanie, sentándose de nuevo. No es lo que esperaba.

—Yo antes pensaba que mamá se estaba tirando a Stu.

—¿Una aventura? —Jeanie tose por la sorpresa—. ¿Con Stu?

—O un polvo sin más. Pero sí. No parece muy probable.

—De ninguna manera. Se tomaba el matrimonio demasiado en serio, el suyo y el de los demás. Los votos y esas cosas. Jamás habría tenido una historia con Stu Clements.

—¿Te acuerdas de la segunda Navidad después de que papá muriera? —dice Julius—. No la primera; esa fue macabra. Pero la segunda… Me envió a serrar un abeto. «El más pequeño que encuentres», dijo. Pero no había ninguno pequeño y tuve que cortar el puñetero árbol en dos para meterlo en la cocina. Al final, era solo un tocón del que sobresalían un montón de ramas.

—Y para ir a la cama había que salir por la puerta de atrás y entrar por la de delante —dice Jeanie.

—Esa Navidad mamá estaba feliz. Se reía todo el rato. Bailaba por la cocina. ¿Te acuerdas? Ahí fue cuando vi por primera vez su anillo de bodas en el alféizar de la ventana.

Permanecen un rato en silencio.

—Pero a veces —dice Julius—, ¿no piensas que ojalá hubiera

tenido algo con alguien después de que papá muriera?

—¿Un lío con Stu? No.

—Vale, no con Stu, y ni siquiera un lío, pero tal vez podría haber hecho algo extraordinario, por su propio bien. Siempre es la misma historia, ¿no? Subes la colina, la bajas. Te amargas con el dinero. A veces, creo que necesitamos tropezarnos con algo cuando no nos lo esperamos. Si no, un día somos niños jugando con la manguera y el siguiente nuestro cuerpo descansa sobre una puerta vieja en el salón.

Jeanie trata de pensar con qué podría tropezarse ella ahora, a los cincuenta y un años. No será el desahucio; no permitirá que eso suceda. Tal vez, si no hubiera estado enferma, podría haber subido colinas más altas, montañas, podría haber caminado los tres mil kilómetros del sendero de los Apalaches.

—No va a pasar. —Jeanie sirve más té. Le alcanza la taza a sabiendas de que Julius sabe de qué le habla—. Es un farol de los Rawson. Han enviado a Nathan para asustarnos.

—Tengo que hablar con Stu.

—Podemos resolver esto nosotros solos. —Se recuesta sobre los codos con las piernas estiradas—. Es un malentendido. La casa es nuestra. Es solo una amenaza absurda de los Rawson para que les paguemos.

—Pero no hemos pagado.

—Porque no les debemos nada.

Jeanie y Julius llegan a casa al caer la tarde. No hablan del desahucio, se retroalimentan en su convicción de que nada habrá pasado, de modo que cuando Jeanie ve el papel pegado en la cerradura de la puerta de entrada, no se lo cree hasta que Julius dice «joder» y la aparta de un empujón. Hasta ella es capaz de descifrar el comienzo de la palabra en letras rojas. Entonces vuelven las náuseas, las ganas de acostarse y dormir para olvidar las deudas, las elucubraciones sobre de qué pueden prescindir, cómo se las apañarán. Solo el sueño se lleva estos pensamientos circulares, aunque cada vez es más difícil, y ahora ni siquiera trabajar en el jardín de Saffron pondrá freno al sudor que humedece sus palmas o evitará que su corazón se agite.

—Esto es una puta estupidez —dice Julius, leyendo mientras entra —. Una semana. Tenemos una semana.

—¿Solo? —dice Jeanie, aunque ya lo sabía.

—A lo mejor podemos ir a un abogado. —Julius se pasa una mano por el pelo, que se le queda de punta por un lado.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero para un abogado?

Él se vuelve hacia ella con violencia.

—No lo sé. ¿Vendiendo el piano?

—O el anillo de bodas de mamá —grita ella.

—Ninguno de los dos vale nada.

—Esto es de locos. No les debemos ningún dinero. —Jeanie siente auténticas ganas de vomitar—. ¿Y el Ayuntamiento? —Se sienta en una silla de la cocina. Maude se mete debajo de la mesa—. Tienen que ayudar a las personas que se quedan sin hogar, ¿no? Darles una vivienda social o algo así. —No puede creer que hayan llegado a este punto.

—Ya he hablado de eso con alguien —dice Julius, ahora más tranquilo.

—¿Qué?

—El tipo este que lleva el mercado, el que vino al velatorio. Antes trabajaba en el Departamento de Vivienda. No tenemos la más mínima posibilidad. Somos demasiado viejos, o no lo bastante viejos. Tendríamos que estar casados o tener hijos, o algo.

El domingo por la mañana Jeanie oye que Julius se marcha a ordeñar vacas, una sustitución de un par de días que le ha salido, y baja las escaleras en camisón y bata. Apenas ha dormido pensando en lo que puede pasar al día siguiente. Cada vez que ha intentado hablar con su hermano sobre el inminente desahucio, han discutido. De madrugada ha decidido recoger unas cuantas cosas; solo un par de cajas en caso de que de verdad se tengan que ir al día siguiente. Se dice a sí misma que eso no es rendirse, es prepararse. Pero ¿qué te llevas cuando no sabes adónde vas ni durante cuánto tiempo?

En ese período largo y febril en el que tenía más o menos seis años y no iba al colegio, hubo un día en que se despertó en el sofá y vio a un hombre de pie frente a la mesa de la cocina metiéndose una rebanada de pan con mantequilla en la boca. Llevaba un abrigo cerrado con un trozo de cuerda y le habían caído migas en la barba gris, que era lo bastante larga como para extenderse sobre su pecho. Su olor agrio le llegó desde el otro lado de la habitación y cuando Jeanie gritó, el hombre engulló la comida —pedazos de jamón y luego un huevo duro entero que no se paró a pelar— con la mirada nerviosa y los carrillos a reventar. Otro huevo fue directo al bolsillo de su abrigo seguido de una manzana. Al grito de Jeanie, su madre entró corriendo desde el lavadero y el vagabundo, quizás acostumbrado a que lo echaran, dio unos cuantos pasos hacia la puerta de entrada.

—Señor Jackson —dijo Dot con calma—. ¿No quiere sentarse a comer? —Sacó una silla y, tímidamente, el hombre se sentó—. El señor Jackson es nuestro invitado, Jeanette. Ha venido a merendar. —Su madre volvió al lavadero a por más comida y el señor Jackson se

relajó y se sacó de la boca el huevo duro entero, con la cáscara intacta. Se lo metió por una oreja y se lo sacó por la otra, y acto seguido le dio unos golpecitos sobre la mesa y lo peló.

Recuerda la bolsa de lona tirada junto a la pata de la mesa, las únicas pertenencias de aquel hombre aparte de la ropa que llevaba puesta. Jeanie se pregunta ahora qué llevaría consigo.

En el lavadero, Jeanie se queda un buen rato mirando cómo un rayo de sol se desliza por la pila. Si los desahucian mañana, ¿qué harán con el cadáver de su madre? No pueden dejarlo allí y arriesgarse a que lo descubran, pero está claro que tampoco pueden llevárselo. Jeanie no tiene una solución. Toma una bocanada de aire y en un arranque de energía entra en la antigua vaquería, donde hay media docena de cajas de cartón plegadas en un rincón. El cartón está húmedo y tarda una eternidad en encontrar un rollo de cinta adhesiva, pero las monta y las llena con platos y otras piezas de vajilla básicas, que primero envuelve en toallas. Mete la radio portátil, la linterna, cubiertos, dos cacerolas y una sartén, así como toda la comida que hay en los armarios. Sujeta con una goma el dibujo que Angel hizo de Maude y lo pone encima. El martes, se dice, estará desempacando todo y volviendo a colocarlo en los estantes, riéndose de tanta precaución. Llena otra caja con dos sacos de dormir, almohadas y mantas extra, y lo deja todo en la antigua vaquería. Solo se está preparando porque no soporta no estar preparada.

15

Jeanie está sentada en la cocina, todavía en camisón, punteando el mismo fraseo a la guitarra una y otra vez. La necesidad de tocarlo tres veces seguidas con el mismo tempo y con el mismo énfasis en la cuerda superior la tiene pegada a la silla desde hace una hora. Oye la puerta de atrás abrirse y la voz de Bridget:

—¿Jeanie? Soy yo.

Se pone rígida y mantiene la guitarra sobre las rodillas, espera ver a Nathan detrás. Pero Bridget está sola e inmediatamente comenta lo larga que es la subida por el camino hasta la casa y que su pobre coche es incapaz de hacerles frente a esos baches, qué calor hace en la cocina, por el amor de Dios, por qué no están las luces encendidas y qué hace Jeanie en camisón a estas horas, y en general se muestra tan alegre y parlanchina que Jeanie asume que no sabe nada del nuevo trabajo de Nathan ni de la amenaza de desahucio.

Bridget deja una caja grande y plana sobre la mesa.

—Os he traído una buena pizza para cenar y he comprado un par de panecillos para el almuerzo. —Saca dos chapatitas de su bolso envueltas en film transparente—. En ese *deli* ahora tienen de todo —dice—. Pasteles y macarrones. Me he sentado en una de las mesas de fuera y me he tomado un capuchino delicioso con un cisne de leche encima. Deberías ir alguna vez, salir de aquí. —Mira a su alrededor—. Últimamente no has comido mucho, ¿verdad?

—No tengo hambre. —Jeanie apoya la guitarra contra la pared. Está claro que Bridget va a quedarse.

—Eso es lo que te dice el corazón, pero el cuerpo necesita sustento. Energía. —Bridget coge dos platos del aparador y los limpia con la mano rápidamente. Si ha notado que hay menos de lo habitual, no dice nada. Desenvuelve la comida y levanta la tapa de cada panecillo —. ¿Paté y rúcula o brie y arándanos? —Se sienta a la mesa—. He pensado que a lo mejor te venía bien un poco de ayuda para clasificar la ropa de Dot. No es plato de gusto, pero hay que hacerlo, ¿no? Eso sí, no me imagino a Stu o a Nath revisando la mía cuando me haya ido. Probablemente hagan una hoguera en el jardín y lo tiren todo dentro. A mí incluida.

Jeanie piensa en Dot bajo tierra junto al manzano. Coge uno de los platos, de repente está muerta de hambre.

—Puede que Stu muera primero —dice con la boca llena.

—No, seré yo —dice Bridget—. Consumida por mi marido y por mi hijo. Tenía cuarenta años cuando nació Nath, ¿sabes…?

—¿Lo has visto últimamente?

—¿A Nathan? Vive con un amigo en Newbury. Viene cuando quiere comer caliente o pedirnos dinero prestado. Dios sabe lo que estará tramando. Me imagino que nada bueno. —Se ríe y a Jeanie se le quita el hambre. Piensa en contarle a Bridget que Nathan fue a la casa hace poco más de una semana y que es posible que lo vea al día siguiente, pero no dice nada. Si no lo dice, puede que no suceda. Cuando Bridget termina de comer, suben por la escalera izquierda hasta el dormitorio. Bridget va en cabeza, agarrándose a la barandilla y sin resuello, y Maude intenta llegar primero metiéndose entre las piernas de ambas; luego, cuando decide que allí no hay nada que ver, se hace un ovillo en su sitio en el rellano.

—La bombilla debe de haberse fundido. —Bridget pulsa varias veces el interruptor de la luz del dormitorio—. ¿Aquí? —pregunta abriendo el armario. Jeanie no tiene ganas de hacer esto ahora. Tiene la esperanza de ir a casa de Saffron más tarde, de ponerse a cortar el césped para ver si el volumen del motor es capaz de ahogar sus pensamientos.

—La suya está a la derecha —dice Jeanie extendiendo la mano, pero sin tocar.

Cuando subió las escaleras para buscar algo con lo que vestir el cuerpo de su madre, Jeanie no pudo resistirse a meter la cara en uno de los vestidos de Dot para inhalar su aroma. Aunque olía sobre todo a las escamas del jabón que utilizaban. Todos los lunes, Dot y Jeanie sacaban a rastras la lavadora de dos tambores de la antigua vaquería, metían la ropa sucia en un lado y la volcaban en la centrifugadora del otro. La máquina era tan violenta que, si se iban durante unos minutos, cuando regresaban había cruzado la habitación renqueando hasta donde el cable se lo permitía, como si tratara de escapar. Jeanie no ha hecho la colada como tal desde que Dot murió, solo ha lavado a mano su ropa interior y la de Julius en el fregadero de la cocina y la ha colgado en la cuerda del patio.

—En la cómoda están los jerséis de mamá y algunas cosas más —dice Jeanie.

—Habrá prendas que quieras conservar, ¿no? —Bridget baja una percha con una falda y la sostiene en alto—. Tu madre se puso esto para la verbena del pueblo el año pasado.

—No me acuerdo —dice Jeanie. Ella no fue. Nunca va a los

eventos del pueblo. Demasiada gente, demasiado ruido y alboroto—. No quiero nada. Puedes llevártelo todo. A la tienda benéfica más próxima. —Siente la necesidad de deshacerse de todo. Si la casa estuviera vacía, no tendría que decidir qué dejar y qué llevarse.

—¿Estás segura? ¿Nada?

—Llévatelo todo, hoy. —Jeanie siente la misma oleada de energía que cuando sacó las cajas de la vaquería. Con las dos manos levanta media docena de perchas llenas del lado del armario de su madre y las arroja sobre la cama. Una falda floreada cae al suelo y Bridget la recoge.

—Esto es muy bonito. ¿No es de marca? —Bridget está mirando la etiqueta de la cintura en el interior. Jeanie no ha visto la falda antes y sí parece cara.

—No creo —dice—. ¿Te cabe todo en el coche? —Jeanie nunca ha entendido la importancia que la gente, las mujeres, les dan al pelo, el maquillaje y la ropa. La ropa sirve para abrigarse y para no mojarse. Se acerca a la cómoda—. ¿Y esto? —Tira de un cajón de tal modo que sale solo de un lado, y ni sale más ni puede volver a cerrarse, así que Jeanie agacha la cabeza avergonzada y hace una pausa para recomponerse sin que Bridget la vea.

—¿Y este abrigo de invierno? —pregunta Bridget—. A lo mejor te está. Aunque eres un poco más menuda que tu madre.

—El abrigo también —responde Jeanie sin volverse.

—Es de los buenos.

Cuando Jeanie mira, Bridget está acariciando la lana con los dedos. Jeanie resopla y, con lo que sabe que son malos modales, le quita el abrigo a Bridget, lo arranca de la percha y mete los brazos.

—Es demasiado grande, ¿ves? —Solo las yemas de sus dedos asoman por debajo de las mangas—. Te lo puedes llevar todo. —Jeanie mete las manos en los bolsillos del abrigo—. Bridget, te tengo que decir una cosa; pedir, en realidad.

—Te queda precioso —dice Bridget interrumpiéndola—. Podrías cogerle un poco de las mangas. No te vendría mal ganar un par de kilos.

Los dedos de Jeanie dan con un trozo de papel doblado al fondo del bolsillo. Lo saca: un billete de veinte libras.

—Mira tú —dice Bridget sonriendo.

Jeanie se ríe. Encantada y sorprendida, lo despliega y lo sostiene frente a la ventana.

—A lo mejor sí deberías quedártelo. Es un abrigo de la suerte.

Jeanie se mete el dinero en el bolsillo de la bata. Con él podrá hacer otra compra. Se quita el abrigo y lo tira sobre la cama con el resto de la ropa.

—No, no puedo quedarme con nada. —Se sienta en el borde de la cama—. Estoy haciendo limpieza.

—¿Limpieza?

—Estoy decidiendo qué conservar y qué tirar. Hay demasiadas cosas en esta casa.

—Limpieza de primavera.

—Algo así.

—Pero tanto cambio de golpe no es bueno. Lleva un tiempo adaptarse después de algo tan gordo. Cuando tuve que vaciar la casa de papá…

—No tenemos otra opción.

—¿Y eso por qué? —Bridget saca las perchas que quedan en el lado del armario de Dot.

—Puede que Julius y yo nos mudemos —dice Jeanie con furia y la barbilla levantada, como retando a Bridget a desafiarla.

—¿Mudaros? —dice Bridget. Su sorpresa no suena muy sincera—. Qué pena que tengáis que mudaros ahora.

—Creía que habías dicho que aquí no se puede vivir. Que hay que poner cubos en las esquinas cada vez que llueve. Helado en invierno, húmedo el resto del año.

—No creo que yo dijera todo eso. Es posible que comentara que Rawson debería ponerse las pilas y dejar la casa en condiciones.

—Se ha puesto las pilas a base de bien.

—Tu madre se pondría muy triste. Para ella era importante conservar esta casa, que estuvierais bien cuidados.

—Ay, Bridget. —Jeanie se desploma, derrotada—. Rawson nos va a desahuciar mañana. ¡Mañana! Si es que va en serio. Dios sabe adónde iremos. Julius no quiere hablar del tema. No sé si es que no se lo cree o si simplemente está mirando para otro lado, pero…

—Qué horror —interrumpe Bridget, y su tono es lo suficientemente extraño como para que Jeanie levante la vista. Bridget, todavía frente al armario y trasteando con la ropa que cuelga de su brazo, dice—: Julius y tú no podéis quedaros en la calle. Os conozco casi desde que nacisteis, no querría veros en esa situación. Escucha, si la cosa va en serio, ¿por qué no venís y os quedáis una temporada conmigo y con Stu? Una o dos semanas, hasta que encontréis algo.

—Creo que mejor no. Pero gracias.

Bridget se vuelve por fin, con una sonrisa demasiado amplia.

—Por supuesto que sí. Tú puedes quedarte en la antigua habitación de Nath, y Julius puede dormir en el sofá. Nos apañaremos una temporadita.

El momento de decirle a Bridget lo de Nathan parece haber pasado. Sería como revelarle a una mujer que su marido está teniendo

una aventura, o que alguien ha visto a su hijo fumando marihuana en el parque del pueblo; a nadie le importa y roza el cotilleo. Puede que sea mejor dejar que lo descubra por sí misma, o no.

—Y Stu, ¿qué?

—A Stu no le importará.

Más tarde, cuando Bridget ya se ha marchado con la ropa de Dot, Jeanie reposa en la cama con el camisón y la bata, que no se ha quitado en todo el día. No ha llegado a ir a casa de Saffron. Debajo de las mantas, mete la mano en el bolsillo de la bata y encuentra, de nuevo, el billete de veinte. Antes de que Bridget se llevara la ropa, ha buscado en los demás bolsillos por si Dot se había dejado algún billete en otro, pero no ha encontrado más. Jeanie rememora su conversación y recuerda lo incómoda que estaba Bridget. Despliega el billete y lo sostiene frente a ella. ¿Es posible que Dot doblara un único billete y lo olvidara dentro de un bolsillo? En la oscuridad, a Jeanie le arde la cara de vergüenza por lo ingenua que ha sido: se da cuenta de que Bridget metió el dinero en el bolsillo del abrigo, y esto solo puede significar que Julius le ha contado lo apremiantes que se han vuelto sus problemas de dinero. También debe de haberle hablado del desahucio y haberle comentado la idea de que se muden con ella y Stu. ¿Intentó aludir también al rol de Nathan? Esa noche, comiéndose la pizza, Julius se mostró sorprendido por la oferta de Bridget y mantuvo que no debían aceptarla; pasara lo que pasara, no se mudarían al día siguiente. Es posible que lo de ofrecerles que se quedaran en su casa ni siquiera saliera de Bridget; puede que él hubiera ido a suplicarle.

16

El olor a tabaco despierta a Jeanie. La peste a humo y a cerveza ha tardado días en disiparse después del velatorio de Dot, y ahora el olor le provoca las mismas palpitaciones. ¿Por qué esta noche, precisamente, sí ha podido dormir? Oye voces fuertes en la cocina —la de Julius y otras distintas—, y se viste apresuradamente mientras Maude la atosiga y se queja, consciente de que pasa algo. Abajo, Nathan merodea por la puerta que separa el lavadero de la cocina. Parece más relajado que en su última visita y lleva el mismo traje, aunque ya le queda holgado por las rodillas y los bolsillos han cogido la forma del móvil y un juego de llaves. Otro joven está sepultado en un rincón del sofá con los ojos cerrados y la boca abierta. Se despierta sobresaltado y mira a su alrededor con ojos de demente. Un tercer hombre, más flaco que los otros, con las mejillas enterradas y los ojos hundidos y enrojecidos, está fumando de pie junto a la puerta de entrada mientras Julius le suelta un rollo sobre derechos de entrada y violación de la propiedad privada. El hombre no dice nada, solo sonríe con unos dientes demasiado pequeños para su boca.

Tres, piensa Jeanie. ¿Por qué ha enviado Rawson a tres personas?

—¿Qué puñetas está pasando? —dice, y todos se vuelven para mirarla. Intenta cerrarle el paso a Maude en las escaleras, pero la perra se cuela entre sus piernas y gruñe enseñando los dientes. El hombre con el que Julius está discutiendo da un pisotón con la bota en su dirección y Maude se escabulle debajo de la mesa.

—Jeanie —dice Nathan, enderezando la espalda—. Señorita Seeder. No sabía que estaba usted en casa.

—¿Dónde voy a estar a las nueve de la mañana, Nathan?

Él mete las manos en los bolsillos de los pantalones y ella distingue la forma de sus nudillos a través de la tela.

Un cuarto hombre aparece junto a la puerta de entrada con una caja de herramientas.

—Todo listo, Tom —dice entregándole un juego de llaves.

—Por el amor de Dios —dice Julius—. Es nuestra casa. —Solo lleva puestos los pantalones del pijama. Su uniforme de emergencias, piensa Jeanie.

—¿Por qué los has dejado entrar? —pregunta ella.

—¿No los has oído? Estaban tirando la puerta abajo.

Tom le da una palmada en la espalda al operario.

—Gracias, tío. Luego arreglamos cuentas, ¿eh?

A través de la ventana de la cocina, Jeanie ve al cerrajero bajando por el sendero como si este fuera un trabajo más. El viento le levanta largos mechones de pelo y los mueve de acá para allá. Tom le da una calada a su cigarrillo, lanza con un capirotazo la colilla al jardín y le da una patada en el pie al hombre del sofá, que se despierta de nuevo con una sacudida.

—Venga, Lewis. No puedes pasarte todo el puto día durmiendo. Tenemos cosas que hacer.

—Fuera de mi casa —dice Julius en la puerta de entrada y con la mano en el pestillo.

Jeanie está de pie frente a la estufa, un calor tenue se propaga a través de su falda y piensa que debería encender el fuego —necesitarán agua tibia y calentar la plancha para el desayuno— hasta que se da cuenta de que esta mañana probablemente no vayan a desayunar. Es posible que los huevos revueltos que hizo hace unos días y que no se comió fueran los últimos que haga en esta casa. Piensa entonces en las gallinas; ¿qué harán con las gallinas? Nathan se acerca para estar a su lado.

—Creía que ya os habríais mudado —dice en voz baja, como disculpándose.

—Pues ya ves que no. ¿Por qué no paramos todo esto? —responde ella—. No debemos ningún dinero. No tenemos que pagar alquiler. Hablaremos con Rawson y lo solucionaremos.

Lewis mira a su alrededor, aturdido por el sueño. Se pone de pie y, adormilado, agarra una silla de la cocina; Tom coge otra.

—Toma —dice Tom, y le lanza la silla a Nathan por encima de la mesa. Nathan reacciona despacio, pero la atrapa.

—Espera —dice Julius—. ¿Adónde vais con eso?

—Tendríais que haberos deshecho de toda esta mierda antes —dice Tom.

—Tu padre va a venir a ayudarnos con la mudanza hoy —le dice Jeanie a Nathan, aunque no han acordado nada. Cuando Jeanie se coloca entre él y la puerta de entrada, oye que Maude se alborota debajo de la mesa. Nathan titubea—. Vamos a quedarnos con él y con tu madre una temporada. —Espera que todavía sea posible.

—¿Vas a ocuparte de este desahucio geriátrico, Nath? —Tom coge otra silla—. ¿O me ocupo yo? —Maniobra para esquivar a Julius.

Nathan echa los hombros hacia atrás, endurece la expresión.

—Vosotros sabréis —le dice a Jeanie.

Ella quiere quitarle la silla y aplastársela en la cabeza.

—¿No puedes esperar hasta que llegue con la furgoneta? —dice ella.

—No quiero tener nada que ver con ese viejo imbécil nunca más. Trabajo para quien quiero, cuando quiero.

—Dejadlas ahí mismo en el camino —dice Tom, y los hombres levantan las sillas por encima de las cabezas y Jeanie se pega sin querer a la estufa para que Nathan pueda pasar.

—¿Entonces ha hablado contigo? —le dice Jeanie—. ¿Te ha dicho que no vinieras? —Él la ignora.

Julius, que está junto a la puerta, entra y agarra la silla de Lewis con intención de arrebatársela. Hay un forcejeo e insultos, y uno de los travesaños de la silla se suelta.

—Venga, venga —dice Tom desde en el umbral—. Solo estamos haciendo nuestro trabajo, señor Seeder. —Habla con guasa, como si le estuviera tomando el pelo y enseguida fuera a dejar la silla en su sitio y decirle: «Es broma, hombre».

De repente, Julius suelta la silla y Lewis sale despedido contra la puerta del salón, que se abre a su paso, y cae de culo formando un alboroto. Hombre y silla se enredan, y Julius pasa por encima de Lewis y entra en el salón. Jeanie le silba a Maude y sigue a su hermano. Justo cuando les está cerrando la puerta del salón a los hombres en las narices, Tom le sonríe, tiene los dientecitos cuadrados manchados y con el dedo índice dibuja con parsimonia una línea de un lado a otro de su cuello.

—Llama a Stu —le dice Jeanie a Julius—. Dile que venga ahora mismo. —Por la ventana del salón ven a los hombres arrojar las sillas por encima de la verja y desandar el sendero.

—No me queda ni una raya de batería —dice Julius.

—Dios santo, ¿por qué no?

—Porque no hemos pagado la factura de la electricidad, ¿te acuerdas? —le grita—. Porque no pude cargar el teléfono cuando estaba ordeñando porque no me quitaron los ojos de encima ni un puñetero momento. Y después del trabajo no fui al puto pub para que luego no me dieras la murga. ¿Vale?

—Vale —dice ella en voz baja—. Vale. Lo siento. —Está temblando y se sienta en el sillón para hacer presión sobre sus muslos—. Ayer preparé algunas cosas. Solo tengo que recoger nuestra ropa. Nos las arreglaremos. Todo irá bien. —Habla por hablar, para hacer que todo parezca normal, solucionable.

Julius se agacha, la agarra por la parte superior de los brazos y la mira a los ojos.

—Voy a vestirme y luego voy a ir a buscar a Stu para decirle que

tiene que venir ahora mismo. A lo mejor puede volver a intentar convencer a Nathan. —Así que Julius le dijo a Bridget lo de Nathan, piensa Jeanie. No cree que funcione por segunda vez, no ahora que ha visto a Tom, pero asiente—. Quédate aquí dentro con Maude y estarás bien.

Mientras Julius está arriba, Jeanie se acerca a la ventana y ve a los hombres mover sin cuidado sus pertenencias por el sendero y arrojarlas al camino: la mesa de la cocina, a la que le han quitado las patas, la banqueta del piano, los cojines del sofá, uno de los cajones de la cómoda y luego el sofá en sí. Ha empezado a soplar viento, que levanta telas y trozos de papel. Del aparador del salón, que está a su lado, coge la fotografía enmarcada de sus padres y se la guarda en el bolsillo de la rebeca. También coge la jarra Toby y la mete a presión en un bolsillo de la falda, rompiendo la costura. En un tercer bolsillo guarda un cenicero sin usar que un oso de madera tallada con cuentas por ojos sostiene entre las patas, y luego mira por la ventana una vez más.

Antes de irse, Julius la abraza fuerte.

—Volveré lo más rápido que pueda.

Lo ve pasar junto a los hombres en el sendero y hay más gritos y empujones, y luego Julius se sube a su bicicleta y se va. Cuando ha desaparecido, Maude y ella suben las escaleras del lado derecho hasta el dormitorio de Julius. Sobre la tarima inclinada todavía están las dos camas individuales de la infancia de Jeanie. Ella dormía en la de la izquierda hasta que murió su padre, cuando se trasladó a la cama de matrimonio con su madre porque Dot dijo que era demasiado mayor para compartir habitación con su hermano. Jeanie sabía que era porque Dot tenía miedo de estar sola. ¿Dónde habría dormido Jeanie si su padre hubiera vivido? ¿Y por qué no se trasladó Julius solo a la cama de matrimonio? De estas cosas, como del asesinato de su padre, nunca hablaron. Mira por la ventana y recuerda la fila de cráneos de pájaros que Julius solía tener allí y que siempre se caían del alféizar cuando ella corría las cortinas. Los hombres han cogido el sillón del salón y, siguiendo las instrucciones de Tom, Nathan y Lewis lo llevan sendero abajo. El cojín del asiento se cae y Lewis lo pisa tambaleándose con sus botas embarradas.

Debajo de la que antes era su cama, Jeanie encuentra una vieja maleta que llena con la ropa de los cajones y el armario de Julius: vaqueros y camisas descoloridas por los lavados, calcetines, calzoncillos y camisetas zurcidos, su pijama, que ha dejado en el suelo. Entre todas esas cosas blandas, encaja el arma descargada de Julius. A continuación, vacía el cajón de su mesita de noche sin reparar en los trastos que contiene. Algo cae con un tintineo y se aleja rodando. Cuando Jeanie busca a tientas debajo de la cama, solo

encuentra pelusas y otras porquerías. Encima de la ropa coloca la fotografía, el cenicero del oso y la jarra Toby, y cierra la tapa de la maleta.

Cuando Julius vuelve, tiene otra pelea fuera con Lewis, que es estúpido, pero más joven y más ágil. Cada uno coge la bañera de estaño por un extremo y empujan y tiran a uno y otro lado hasta que Julius se cae de espaldas en el macizo de flores. Riéndose, Lewis lanza la bañera por encima de la cerca del jardín y esta aterriza de pie en el sendero. Julius se incorpora con esfuerzo y Jeanie sale de la casa. Le sacude la ropa y él se avergüenza de su hermana, mal vestida y preocupada por pequeñeces incluso con estos hombres aquí desmantelando su hogar. No recuerda haber sentido vergüenza de ella antes, solo haber querido protegerla, y con una mezcla de culpa y humillación le aparta las manos. En el sendero, Lewis se mete a gatas en la bañera y simula frotarse la espalda con una escoba que hay por ahí tirada mientras Nathan los observa y Tom brinca con los brazos al viento como un mono.

Julius le dice a Jeanie que Stu vendrá en cuanto pueda y no le cuenta que solo pudo dejarle el mensaje a Bridget, que le dijo que Stu estaba fuera trabajando todo el día y que no creía que Nathan fuera a hacerle ningún caso a su padre. Julius, con las mejillas encendidas y en silencio, rodea a su hermana con el brazo y la lleva al final del jardín, dejando atrás el gallinero con sus gallinas, para no ser testigos de la mudanza, mientras los árboles se doblan a su alrededor.

—¿Y si lo guardamos todo en la antigua vaquería? —pregunta Julius, a quien la idea se le ha ocurrido de repente—. Cabría casi todo.

—Seguiría estando en tierra de los Rawson —dice Jeanie con voz apagada—. Dirán que es suyo.

—El camino también les pertenece.

Jeanie se encoge de hombros, no lo mira.

Por fin, cuando oyen el ruido de los motores, se ponen de pie y bajan por el jardín, cojeando y rígidos, como si el ajetreo del día les hubiera provocado heridas físicas.

Julius se detiene al pie de la tumba de su madre.

—Voy a solucionarlo.

Sabe que son palabras vacías y que Jeanie cree que no ha hecho lo que tiene que hacer: protegerla.

—A tomar por culo —dice Jeanie, y Julius, sorprendido al oírla decir estas palabras, la observa mientras se dirige a la cabecera del montículo de tierra y saca el atizador que está clavado en el suelo. No lo ha visto desde antes de que muriera su madre y siente un cosquilleo en la nuca cuando se da cuenta de que está aquí, hundido en la tierra para marcar el lugar de su sepultura, como si Dot lo hubiera cogido y

colocado allí ella misma.

En el patio, espera a que Jeanie dé de comer a las gallinas. Y luego él y su hermana rodean la casa y bajan por el sendero sin mirar al interior.

Stu llega a última hora de la tarde. Baja la ventanilla de la furgoneta y se queda mirando el contenido de la casa apilado en mitad del camino. Todo lo que Nathan y los otros consiguieron acarrear o se molestaron en transportar está amontonado fuera: sartenes, tazones y platos desparejados, tres colchones con las manchas de sus fundas a la vista, los fogones desensamblados, la nevera que no han usado en tres semanas, cuatro mesitas de noche, candelabros, teteras, jarras y frascos, alfombras raídas y otras cosas cuyo deterioro pueden disimular los rincones mal iluminados de una casa. El aparador del salón está de costado y el contenido se ha salido: lo que queda de la ropa blanca está cubierto de barro, y los papeles y documentos familiares que guardaban en la parte de abajo están desparramados. El viento ha atrapado muchos pedazos de papel y los ha distribuido por los setos y los campos circundantes. Una siembra de palabras. Jeanie y Julius están sentados con el abrigo puesto cada uno en una silla de la cocina, con las piernas hundidas en el barro.

—La madre que me parió —dice Stu—. Bridget me ha dicho que eran dos maletas. No creo que todo esto quepa en la parte de atrás y desde luego no va a caber en casa. —Sale y se queda de pie con los brazos en jarras. Lleva sus pantalones cortos de siempre y botas; en medio, un tramo de pantorrillas peludas.

Julius coge las maletas que preparó Jeanie, una para él y otra para ella.

—Vámonos —dice malhumorado. No le queda rabia, solo humillación. Cargan en la furgoneta las cajas con la vajilla y la comida, y otra con ropa de cama. Meten la mochila de herramientas de Julius, así como los tres estuches de los instrumentos. Julius carga la bicicleta de Dot, ahora de Jeanie, en la furgoneta. El remolque no cabe, así que lo engancha a la parte trasera de su bici. Jeanie le silba a Maude, que ha estado corriendo entre las pilas de objetos y olfateándolos emocionada.

—¿Y el resto? —dice Stu—. No iréis a dejarlo aquí, ¿verdad?

—Vámonos —repite Julius. Todo lo que hace le parece un esfuerzo, como si hubiera envejecido veinte años en un solo día. Jeanie se sienta en el asiento del copiloto de la furgoneta y mete a Maude en el espacio para los pies arrastrándola por el collar. Julius intenta llamar la atención de su hermana para sonreírle; es una sonrisa falsa, quiere que crea que confía en sí mismo y que tiene un plan, pero ella mira fijamente hacia delante con los labios apretados,

como si hubiera dicho sus últimas palabras cuando estaban en el jardín. Él ve que ella todavía tiene el atizador en la mano, y se imagina que le gustaría usarlo contra él.

A tomar por culo tú también, piensa, ya incapaz de esforzarse por mantener una actitud positiva.

—Nos vemos allí —dice, y cierra de un portazo la puerta del pasajero.

17

El dormitorio de Nathan está pintado de azul con un patrón repetido de un velero blanco estarcido en las paredes, en el cabecero de la cama individual y en la puerta abierta del armario. Algunas prendas de cuando era niño están colgadas dentro, y encima hay cajas de juguetes y media docena de rompecabezas. En la pared hay un diploma enmarcado de lo que Jeanie cree que dice *hockey*, con un pedazo de espumillón navideño en la parte superior. Hay un escritorio con un monitor y un teclado de ordenador, y ambos tienen ropa amontonada encima. Pilas de deuvedés y cedés abarrotan el alféizar de la ventana. Una bola de plástico naranja gigante está encajada en el rincón junto con lo que parece una pequeña cama elástica.

Bridget abraza a Jeanie, y Stu hace otro viaje a la furgoneta para coger las cajas y los estuches. La casa, una antigua vivienda de protección oficial entre otras dos con fachada de guijarros de la década de los cincuenta, ha sido engullida por la nueva urbanización construida en las afueras de Inkbourne. Antiguamente, la vista desde las ventanas era de campos, pero ahora, desde la ventana del dormitorio de Nathan, Jeanie ve los jardines arreglados de otras personas y la misma casa moderna repetida una y otra vez, y solo el color de la puerta distingue una de otra.

—Intenté razonar con él —dice Bridget. Jeanie aparta la mirada—. No me hizo ni puñetero caso. —Bridget menea la cabeza—. Y luego, cuando Stu intentó cantarle las cuarenta, Nathan se puso aún más terco. Dijo que nunca más haría lo que su padre le dijera que hiciese. ¿Por qué no me sorprende que ande metido en esto? ¿Ahora trabaja para los Rawson? —Jeanie mira la alfombra, que también es azul y necesita un buen aspirado—. De niño era tan bueno…

Arriba, en casa de Bridget, hay dos dormitorios y un baño con azulejos verdes.

—Cuidado con el agua caliente —dice Bridget mientras le enseña todo a Jeanie—. No dura mucho.

Abajo hay una sala de estar con un sofá y dos sillones de color melocotón con enormes cojines acolchados sujetos a los brazos, todo apiñado alrededor de un televisor gigante de pantalla plana. Al otro

lado de esta habitación, en la parte de atrás de la casa, están la cocina y una zona que Bridget llama la terraza acristalada. Cuesta identificar los muebles y alfombras que hay aquí y en el resto de la casa porque todas las superficies, excepto los sillones del salón, están cubiertas con revistas del corazón, pilas del periódico local, cartas sin abrir, tarros de mermelada de los que sobresalen pinceles, cajas de almacenamiento de plástico llenas de cosas irreconocibles, ventiladores eléctricos y radiadores portátiles, un tendedero que se derrumba bajo el peso de la ropa de cama apilada sobre él, una tabla de planchar con un cesto de plástico para la ropa sucia y, en su interior, lo que parece una motosierra desmantelada.

—Pues esto es —dice Bridget encendiendo un cigarrillo cuando llegan a la cocina, la única habitación en la que Jeanie ha estado antes —. Stu opina que debería jubilarme este año, pero ¿para qué? ¿Limpiar y planchar? No, gracias. —Están juntas frente al fregadero de la cocina; en el barreño hay una sartén y platos manchados de huevo. Observan a Maude en el exterior, excavando en lo que alguna vez tal vez fueran macizos de flores, ahora invadidos de malas hierbas. Bridget se lleva el cigarrillo a la boca y da un golpe fuerte en la ventana—. ¡Ey! —grita, y Maude se para, las mira y luego sigue excavando—. Mejor que se quede fuera —dice Bridget.

Cuando Stu termina de descargar la furgoneta, entra en la cocina y dice:

—¿Quieres un té, tesoro? —Le pasa el brazo a Bridget por los hombros y aprieta cariñosamente uno de sus pechos con un sonoro bocinazo.

Ella se ríe y le da un empujón.

—Mataría por un té, Stú-pido —dice ella.

Jeanie se hace a un lado y Stu llena de agua el hervidor.

A las siete, Julius todavía no ha llegado en su bicicleta. Bridget y Stu hablan de qué cenar, y Bridget saca cuatro filetes de pollo Kiev del congelador y los mete en el horno con una bandeja de patatas fritas. Jeanie baja la comida que cogió de la casa: los restos de un tarro de mermelada casera, la Bisto de pollo, lo que quedaba de pan, huevos, verduras del huerto y el tarro de margarina a medias.

Mientras Bridget le da vuelta a la comida en el horno y pone unos guisantes en el microondas, Jeanie carga el lavavajillas con lo que hay en el fregadero, tratando de adivinar dónde va cada cosa, y procura no ser una molestia. Piensa en dónde puede estar Julius: en el pub o en casa de Shelley Swift. Puede hacer lo que quiera, por supuesto, igual que ella. Sirven la comida y guardan un poco para Julius, ponen los platos en bandejas y Stu y Bridget llevan las suyas a la sala de estar. Antes de unirse a ellos, Jeanie saca el monedero de Bridget de su bolso, que cuelga de una silla. En la parte de los billetes hay

demasiados para poder contarlos. El billete de veinte libras que encontró en el abrigo de Dot está en el fondo del bolsillo de su rebeca. Lo saca, lo mete con el resto del dinero de Bridget y vuelve a guardar el monedero en el bolso.

—Venga —grita Bridget desde el salón—. Que empieza. —Jeanie llega con su bandeja de comida. Bridget y Stu están repantingados cada uno en un sillón con su bandeja en el regazo. La televisión está encendida y la secuencia de apertura de un programa aparece en la pantalla—. Hazte un hueco ahí en el sofá —dice Bridget, y Jeanie pone su bandeja en el suelo, mueve lo que parece un juego de cortinas al respaldo del sofá y se sienta. Ven una serie policíaca que va de dos detectives en un pueblo costero inglés y un niño que ha sido asesinado en una playa.

La familia del niño se pasa el episodio sin mirarse, sin tocarse.

—¿No se parece a Jeanie? —dice Bridget mirando la tele.

—¿Quién? —pregunta Stu.

—La agente de policía.

—Detective —corrige Stu.

—Sin tantas canas, claro, pero un poco dentona. Aunque le queda bien. —Bridget se gira para mirar a Jeanie—. Y la detective es más joven.

Stu se inclina hacia delante en su sillón y se estira para echar un vistazo esquivando a Bridget. Jeanie le devuelve la mirada sin hablar.

—Y más delgada —dice Stu.

Una cinta azul y blanca delimita la escena del crimen, custodiada por un policía cuyo único trabajo parece ser levantarla lo suficiente para que los detectives pasen por debajo agachándose. Bridget y Stu van por el tercer o cuarto episodio y Jeanie tarda media hora en entender lo que está pasando. Los detectives detienen a un hombre, le piden que se desnude y guardan sus pertenencias en una bolsa de plástico. Le frotan el interior de la boca con un bastoncillo de algodón gigante y le toman las huellas dactilares.

—No es el asesino —dice Stu.

—Es demasiado pronto para que sea él —dice Bridget—. Nunca pillan a nadie tan rápido.

Comen sin apartar los ojos de la pantalla. De vez en cuando pasa algo sorprendente y uno de los dos se vuelve hacia el otro y exclama: «¡Madre mía!» Cuando el programa se acaba y suena la música, Stu dice:

—¿Vemos otro episodio, Bridgey?

Ella sonríe.

—Venga.

Bridget selecciona el siguiente episodio con el mando a distancia

mientras Stu se para frente a Jeanie, y por un momento ella no entiende lo que quiere, pero entonces él se agacha, le quita la bandeja del regazo y la lleva a la cocina.

—¿Té? —pregunta.

—Venga —responde Bridget.

Jeanie le prepara la cena a Maude: verduras hervidas con salsa de pollo y un huevo crudo, y la cáscara machacada encima. Parece que se ha acostumbrado. Jeanie encuentra una palita, recoge los excrementos de la perra y los entierra detrás del garaje de Stu. Cuando mira hacia la casa, Bridget está en la ventana de la cocina, fumando y observando. En el invernadero en desuso, Jeanie hace una cama con algo de arpillera y la perra gimotea cuando Jeanie la empuja por el hocico para cerrar la puerta. De vuelta en la casa, Jeanie abre el lavavajillas para vaciarlo y las tazas y los tazones están llenos de agua fangosa y arena. Vuelca en el fregadero las cosas que están sucias y las vuelve a lavar a mano. Bridget se sienta en un taburete alto contra la encimera de la cocina y señala con el extremo encendido de su cigarrillo un armario u otro para indicarle dónde va todo. El fondo del lavavajillas está viscoso de algo que Jeanie prefiere no mirar muy de cerca. A lo mejor, piensa en un arrebato de locura, ella podría limpiar la casa, Julius podría ocuparse del jardín y todos podrían vivir aquí juntos. Le gustaría vivir en una casa con baño, retrete y calefacción central, una nevera que funcionara, tal vez incluso un televisor, pero ya sabe que no podrán quedarse mucho tiempo con Bridget y Stu. No sabe cómo, pero conseguirá que su hermano y ella vuelvan a casa.

—Estaba pensando —dice Jeanie mientras seca los vasos, que por alguna razón han salido empañados como si los hubieran lavado con arena— en lo del trato. El que teníamos con Rawson para la casa. —Mira a Bridget, cuyo cigarrillo indica un estante en el rincón junto a la ventana.

—Me parece increíble que Nath se metiera en lo de esta mañana —dice Bridget—. En fin, podría haber hecho lo que hubiera querido cuando dejó el colegio. Bombero, electricista, lo que hubiera querido. Si se lo hubiera propuesto.

—¿Estaba por escrito? —Jeanie coloca los vasos en el estante.

De la sala de estar llegan risas: las del público de la televisión y, por encima, la de Stu. Jeanie piensa en los documentos que había en la cómoda volando por el camino y por encima de los setos.

—Se deja influenciar con demasiada facilidad por los demás, ese es su problema. ¿Quién has dicho que estaba allí con él?

—Un tal Lewis y otro chico.

—¿Con la cabeza afeitada? ¿Delgado? —Bridget se chupa las mejillas.

Jeanie asiente.

—Tom, se llamaba.

—Viven juntos, Nath y Tom. Tom siempre anda metido en problemas, desde que era pequeño. En el colegio era un peligro, y empeoró cuando creció. Su madre murió cuando él tenía cinco años, ¿sabes?, cáncer de mama. Visto y no visto. —Bridget chasquea los dedos—. Se fue en un suspiro, de sopetón. —Jeanie se pregunta si Bridget chasquea los dedos cuando le cuenta a la gente la historia de la muerte de Frank—. Pobre criatura. Su padre era un completo inútil, dejó que el niño se volviera un salvaje. Al parecer, cuando tenía unos diez años, alguien lo vio recoger un animal atropellado y llevárselo a casa para comérselo. Pero siento que haya acabado así. Tu madre se estará revolviendo en su tumba.

Jeanie aparta rápidamente la mirada y coge un tenedor.

—No hace falta que los cojas uno por uno, ¿sabes? Puedes sacar el cesto de los cubiertos. —Bridget apaga el cigarrillo en un cenicero a rebosar.

—Entonces, ¿alguna vez hubo algo por escrito? —prueba otra vez Jeanie.

—Ah, no creo. Tu madre no era muy de hacer las cosas oficialmente, ¿no?

Oyen reírse a Stu.

—Tengo un trabajo. —Jeanie vacía los cubiertos de la cesta en un cajón donde nada parece seguir ningún orden y las migas taponan las esquinas.

—¿En serio? —Bridget lo dice como si no pensara que Jeanie hubiera podido conseguirlo.

—Con una mujer que vive en Cutter Hill. Quería una jardinera. Solo para cortar el césped y cosas así.

—¿Cutter Hill? —dice Bridget—. ¿Cerca de la antigua cabina telefónica que ahora es una biblioteca?

—Eso lo ha hecho Saffron.

—¿Saffron? ¿Se llama así? —Bridget se muestra incrédula y Jeanie quiere defender a su nueva empleadora, su amiga. Todavía tiene el cheque que le dio Saffron, doblado por la mitad, en el bolsillo del abrigo. No tiene donde cobrarlo en el pueblo y no está segura de poder hacerlo incluso si coge el autobús a Devizes o a Hungerford.

—Y su hija se llama Angel.

—¡Saffron y Angel! —Bridget resopla con desdén.

Stu grita desde la sala de estar y Bridget parece agradecer la distracción.

—¿Qué? —grita de vuelta.

Él se ríe.

—¡Es genial!

Bridget se lanza desde el taburete y va a ver. Jeanie cierra el lavavajillas y oye que Bridget también se está riendo.

Llega la hora de acostarse y ni rastro de Julius. Bridget le da a Jeanie una sábana, una almohada y un edredón para que le prepare el sofá y, cuando termina, se sienta en el borde de la cama individual de Nathan y espera hasta que oye que Bridget y luego Stu han terminado en el baño. Pasa de sentir rabia hacia Julius por haberla dejado aquí sola a terror por que le haya ocurrido algo en el trayecto de la casa hasta allí, se lo imagina en una zanja con la bicicleta retorcida. Puede que no vuelva jamás, y ¿qué haría ella entonces? ¿Cómo se las arreglaría? Por fin, después de una hora de mirar fijamente a la pared, oye un ruido en el piso de abajo —algo que se hace añicos—, se levanta de un salto y corre a ver. Julius está en la cocina, agarrado a la encimera y tambaleándose en la oscuridad. La luz del pasillo se enciende detrás de ella y aparece Stu.

—¿Cómo narices has entrado? —dice Stu encendiendo la luz de la cocina y cegándolos. Lleva una camiseta y unos pantalones cortos de algodón a cuadros. Jeanie cae en la cuenta de que debe de haberse dejado la puerta de atrás abierta. No dice nada—. ¿Apareces en mitad de la noche? —continúa Stu—. Borracho, el tío está borracho.

Bridget también está allí, en camisón, anudándose el cinturón de la bata. Jeanie los ve a todos reflejados en la ventana de la cocina, iluminados como la familia de la tele.

—Lo siento, lo siento. —Julius arrastra las palabras.

En torno a sus pies, los fragmentos de un frutero de porcelana. Tres manzanas viejas forman una fila contra el rodapié. Jeanie pasa junto a Bridget y Stu y empieza a recoger los pedazos más grandes de porcelana.

—Estás aquí solo porque Dot era amiga de Bridget —le dice Stu a Julius—. Que no se te olvide. Si puedes permitirte el lujo de emborracharte, puedes permitirte el lujo de encontrar casa.

—Stu —dice Bridget tirándole de la manga de la camiseta—. Su madre acaba de morir, y nuestro hijo está metido en todo esto, acuérdate.

—Llegas borracho en mitad de la noche y destrozas la cocina. Nos despiertas a todos. Es hora de que cuides un poco más el sitio en el que vives.

Apoyada en las manos y las rodillas, Jeanie siente una oleada de nostalgia por la casa, por su cama, por sus cosas. Se pone de pie y tira los pedazos de porcelana a la basura.

—Cuidado con los pies —dice Bridget.

—Voy a acostarlo y luego barro. —Jeanie coge a Julius por la cintura—. Iros —les dice a Bridget y Stu—. Yo me encargo.

Le da a Julius medio litro de agua, lo acuesta en la habitación de Nathan y luego se mete debajo del edredón que había preparado para su hermano en el sofá. Intenta dormir —es la primera vez en su vida que duerme en un lugar que no sea la casa—, pero se limita a quedarse tumbada con los ojos abiertos, rodeada por el desorden de la sala, preguntándose qué van a hacer ahora Julius y ella.

Por la mañana, Jeanie se levanta y dobla la ropa de cama antes de que Bridget y Stu se despierten. Tiene preparado el sermón que le echará a Julius cuando vaya a despertarlo, pero él entra primero en la sala, vestido con la ropa del día anterior y oliendo a tabaco y a cerveza rancia. Tiene los ojos inyectados en sangre y la piel cetrina. Le gustaría preguntarle si se ha gastado el dinero que ganó ordeñando, pero no quiere sonar como Stu. Julius la abraza y ella se queda rígida un momento, pero luego se relaja, la alivia que él esté ahí.

—Estoy buscando un sitio para mudarnos —dice.

—No puedo quedarme aquí —dice Jeanie—. No puedo. Acamparé en el bosque si hace falta.

Él la estrecha más fuerte entre sus brazos.

—Lo sé, lo sé. Una o dos noches más y ya está.

18

Evitar el centro de Inkbourne suma dos o tres kilómetros al viaje en bicicleta desde donde Bridget hasta la casa, pero Jeanie lo prefiere a encontrarse con alguien que tal vez se haya enterado del desahucio. ¿Cómo explicaría que Julius y ella están sin hogar? ¿Qué respondería si alguien le preguntara dónde van a vivir ahora? Traslada el remolque de la bicicleta de Julius a la suya y ordena a Maude que trepe dentro para practicar lentamente la subida y la bajada por la calle de Bridget antes de salir. Cuando se ponen en marcha, Jeanie se da la vuelta y Maude está de cara al viento; tiene la boca abierta y sus mofletes aletean.

Jeanie pasa en bicicleta por delante del corral y sube por el camino: vuelve a impactarla ver sus pertenencias desperdigadas a los lados. Piezas y objetos que no había valorado cuando estaban en la casa —el armario azul que siempre estuvo en el rellano de la derecha, un lavabo de porcelana con una mella en el borde, un vergonzoso orinal de costado, una caja de gorros y guantes de lana variados— se encuentran en extrañas yuxtaposiciones, como si una mano enorme hubiera levantado la casa y la hubiera sacudido por diversión, dejando que el contenido se desparramara para después volver a colocar el edificio sobre sus cimientos. No ha llovido durante la noche, pero el rocío de la mañana ha dejado gotas de humedad en la madera pulida de los muebles y ha empapado las telas. Maude salta del remolque y brinca de acá para allá, corre por el camino, feliz de estar en casa.

Aunque solo han transcurrido una noche y una mañana desde que ella y Julius se fueron, Jeanie espera que algo sea distinto; sin ellos aquí, algo debería haber cambiado: bien deberían haber llegado nuevos inquilinos, bien debería haber obreros para empezar la reforma de la casa. Pero no hay vehículos en el camino y cuando mira por las ventanas de la fachada, el caos en el salón es el mismo que antes, mientras que en la cocina el aparador sigue contra la pared y el piano en medio de la habitación, donde Nathan, Lewis y Tom lo dejaron porque pesaba demasiado. Sacude la puerta de entrada, aunque sabe que estará cerrada con llave, y cuando rodea la casa, la puerta de atrás, por supuesto, tiene echado el pestillo por dentro. Deja

salir a las gallinas y les da comida y agua fresca. Están contrariadas porque es muy tarde y la marroncita tiene menos plumas en el lomo, pero puede llevarse unos huevos para Bridget. Atraviesa el huerto evitando la tumba y se plantea reunir todo lo que pueda arder y hacer una hoguera para que Rawson, o quienquiera que viva en la casa después, no pueda aprovecharlo. Pero han sido demasiados años de doble excavación, de romperse la espalda, quitar piedras y cuidar de las plantas para destruir el huerto y, además, ¿qué hay que pudiera arder? ¿La tosca valla, los contenedores de compost? Jeanie llena la regadera en el grifo exterior y riega las tomateras mustias del invernadero.

Cuando termina los trabajos urgentes, vuelve a acercarse a la casa. Se pone las manos a modo de visera y mira por la ventana del lavadero: el desorden es similar al de las habitaciones delanteras. En la antigua vaquería, baja una escalera de madera que cuelga de unos soportes en la pared y, con cierta dificultad, la saca y la lleva hasta la fachada. A Julius no le haría gracia, pero no está allí. Apoya la escalera contra la ventana de su dormitorio, clavando las patas en la tierra para asegurarla, y sube. Maude, abajo, suelta unos pequeños ladridos. La ventana del dormitorio de Jeanie nunca ha cerrado bien y, en invierno, ella y Dot rellenaban las rendijas con trapos y bolas de periódico. Ahora mete el dedo en el hueco, tira de la ventana para abrirla y trepa hacia dentro.

Incluso si solo ha estado una noche deshabitada, la casa huele a abandono. El armario y la estructura de metal de la cama de matrimonio que compartía con Dot siguen en la habitación —parece que los hombres no encontraron una llave inglesa del tamaño adecuado para desarmar la cama—, pero la base, el colchón y la ropa de cama están fuera. Ve con nuevos ojos las cosas que eran intrascendentes cuando aquel era su dormitorio: la zona alrededor de la ventana donde saltó la escayola, las manchas florecientes en las paredes como grandes redondeles de tiña y el agujero en la esquina del techo por el que entraban los ratones y por el que recogían el agua en un balde cuando llovía. Abajo, los pasos de Jeanie resuenan y la casa parece una caverna. Sabe que, después de una semana o quince días, un mes, sin que nadie viva allí, la casa seguirá deteriorándose. Las baldosas de la cocina se soltarán aún más, el hollín caerá por las chimeneas, las ratas vendrán a roer y arañar, y, con el tiempo, la casa retrocederá a sus elementos constituyentes, se convertirá en tierra, hierba, piedra y madera.

Se para frente a la estufa de hierro, que irradia su frialdad hacia la parte de atrás de sus piernas. Nunca antes habían dejado que el fuego se apagara por completo. A menudo, cuando las llamas volvían a levantarse, Dot decía que era el mismo fuego que había encendido, a

los dieciocho años, el día en que Frank había cruzado con ella en brazos el umbral. Se pregunta dónde estará la alianza de su madre; ¿la guardó Julius en un lugar seguro? En el suelo hay una colección de candiles repartidos con las pantallas de cristal hechas añicos y Jeanie pasa por encima de ellos, descorre el cerrojo de la puerta de atrás y le silba a Maude, que sigue ladrando en la parte delantera. De vuelta en la cocina, arrastra con cuidado el cesto lleno de leña por la habitación, se apoya en el borde, abre la tapa del piano y toca un acorde menor. Aprendió a tocar el piano copiando a su padre, aunque siempre ha preferido la guitarra. El piano está aún más desafinado que antes, pero toca una introducción y canta:

> *It was on one fine March morning when I bid my home adieu*
> *And took the road to London town my fortune to renew*
> *I cursed all foreign money, no credit could I gain*
> *Which filled my heart with longing for the trees of Hadlington.*[7]

El piano suena fuerte, su desafinación se amplifica. Jeanie tararea mientras intenta tocar bien la parte del piano. Es una canción que solo ha tocado a la guitarra.

Canta otro verso sin mucha convicción, pero disfruta de la reverberación del piano por la habitación vacía. Cierra los ojos para recrear el fuego encendido a su espalda, a Julius comiendo a la mesa, a Maude agitándose en sueños en el sofá.

> *If it weren't for the wolves and the bears, I'd sleep out in the woods…*[8]

Otra voz se incorpora a la suya y ella se levanta con un respingo del cesto de la leña, la tapa del piano cae y por poco no le pilla los dedos. Julius está apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa en la cara.

—Sabía que estarías aquí —dice.

—¿Tú no ibas a poner una valla no sé dónde? —Vuelve a sentarse.

—Ya no parece nuestra, ¿verdad? —Mira a su alrededor—. No sé cómo, pero ha dejado de ser un hogar. Ya solo es una casa horrible y mohosa.

Su descripción la ofende.

—Vuelve al trabajo, Julius. Tenemos que darle a Bridget algo de dinero para la comida. Tenemos que pagarle a Stu. —No dice «y a Rawson».

—Resulta que el trabajo era a treinta kilómetros de distancia. Habría tenido que ir en la furgoneta.

—Ay, Julius. —Hace ademán de levantarse para acercarse a él,

pero él rota los hombros, no quiere su compasión.

Parece darse cuenta y procura compensarlo mostrándose preocupado:

—No sé si deberías haber levantado esa escalera tú sola.

—No ha sido para tanto. Me las he apañado.

—Antes he llamado a Richard Letford. El que monta cocinas.

—¿Por otro trabajo?

—No exactamente. —Sonríe—. Quería comprobar algo que mencionó en el velatorio de mamá. —Julius se acerca al cesto de leña, le da un empujoncito a Jeanie con la cadera y ella se hace a un lado. Abre el piano y toca unas cuantas notas alegres con la mano izquierda.

—Tengo novedades —dice por encima del piano, e incorpora la mano derecha para hacer que la música dé un giro.

—¿Qué novedades? —Ella está impaciente, no tiene tiempo para sus bromas ni para que la tenga en vilo.

Sigue tocando la tonadilla y canta:

> *When I was a little girl, I wished I was a boy*
> *I tagged along behind the gang and wore my corduroys*
> *Everybody said I only did it to annoy*
> *But I was gonna be an engineer.*[9]

—Julius. —Ella lo empuja con el cuerpo y él se balancea hacia un lado hasta que casi queda horizontal y luego vuelve a erguirse, todavía tocando y cantando—. Julius, ¿qué novedades? —dice, ahora riéndose. Ya lo ha oído tocar esta canción antes.

> *Mamma said, «Why can't you be a lady*?
> *Your duty is to make me the mother of a pearl*
> *Wait until you're older, dear*
> *And maybe you'll be glad that you're a girl».*[10]

—Dime. —Ella le cierra el piano y él no tiene más remedio que parar.

—Creo que he encontrado un sitio donde podemos vivir.

—¿En serio? —Quiere creer con todas sus fuerzas que es cierto.

—Todavía no lo he visto, pero creo que valdrá. Haremos que valga. Mejor que vivir con Bridget y Stu. —Se pone de pie.

—Cualquier cosa será mejor que eso. ¿Dónde está? ¿Qué es? ¿Otro *cottage*?

—Richard me va a acercar esta tarde. Déjame ir a verlo primero, y luego te llevo.

—¿En coche? ¿Vas a poder?

—No está lejos. Son diez minutos.

—¿Por qué no voy yo también? Si podemos mudarnos hoy, podríamos sacar las cosas del camino antes de que llueva.

—Tengo que irme. —Enciende su teléfono para comprobar la hora —. Richard va a recogerme en el pueblo. —Entra en el lavadero, y Maude y Jeanie lo siguen.

—Pero no me has contado nada.

—También quería decirte que me he encontrado con el doctor Holloway. Nos ha conseguido un bolo.

—¿Un bolo? No, Julius.

—En The Plough. Me ha dicho que le habló bien de nosotros a Chris, el dueño.

—No. No puedo tocar delante de gente.

—Tocaste delante de todos cuando enterramos a mamá.

—Eso fue distinto.

—Pues tocas de espaldas al público. De todos modos, a lo mejor no hay público. —Le da un abrazo rápido y sale. Vuelve a asomar la cabeza—. Voy a guardar la escalera.

Julius pedalea hasta el pueblo con su *fiddle* en el estuche sujeto con una correa a la parte de atrás de la bicicleta. Tiene hambre y calor, pero no puede ir a casa de Bridget y Stu porque no le han dado una llave; además, ¿qué haría allí? Ahora mismo, se bajaría una pinta de bitter sin problema, y uno de los pasteles de bistec con cerveza de The Plough. No tiene suficiente dinero para eso, aunque mañana empieza otra sustitución para ordeñar que durará una semana. Se pregunta si Chris le serviría un pastel y una pinta y se los apuntaría, pero al final compra una botella de Coca-Cola, un sándwich y una bolsa de patatas fritas en la tienda y se los come de pie en la acera mientras lee los anuncios en la ventana. Alguien anuncia un piano vertical: gratis si van a recogerlo; el viejo de Frank que hay en la casa tampoco valdrá nada.

Julius espera a Richard delante de la tienda de *fish and chips* y echa un vistazo a las ventanas de Shelley Swift. Ahora estará en el trabajo, pero ha quedado con ella más tarde y se le ocurre que podría tocarle algo al *fiddle*. No piensa decirle nada del bolo en el pub; se niega a admitirlo, pero no quiere que ella vuelva a verlo con su hermana: la ropa, el pelo, la cara sin maquillar. Holloway le ha hablado a un tipo de su música (un periodista o un coleccionista de canciones regionales folk, Julius no se enteró bien) y el hombre ha dicho que tal vez se pase. Mientras espera a Richard, Julius decide que no le tocará a Shelley Swift las canciones folk de siempre, sino algo distinto. Algo clásico.

Los domingos, cuando era joven, mientras su madre y su hermana estaban en la casa haciendo un asado, él y su padre se sentaban en la antigua vaquería y colocaban todo lo que se suponía que Frank tenía que hacer en el banco de trabajo: un cesto con el asa rota, la suela de un zapato que se había soltado de la parte superior de cuero, unas herramientas viejas que afilar. En el alféizar de la ventana había una radio diminuta del color de la mostaza inglesa, lo suficientemente pequeña como para caber en un bolsillo, sintonizada en Radio 3. «El Tercer Programa», decía su padre. A Frank le gustaban Beethoven, Chopin y Bach; Mozart había quedado descartado por ser demasiado dulce, música de señoritas. Su padre hablaba sobre las piezas que conocía bien, decía: «Escucha este pedazo, escucha esto», y meneaba un zapato o un escoplo en el aire. A veces cantaba —sonidos, no palabras— y, aunque Julius no podía oír la música por encima de los comentarios de su padre, se dejaba arrastrar por el entusiasmo de Frank. Cuando Dot y Jeanie no estaban en casa, él y su padre intentaban tocar algunas de las piezas que habían oído: su padre al piano y Julius al *fiddle*, aunque aprendió a llamarlo violín cuando tocaban música clásica. «Eso es —lo animaba Frank—. Ya lo tienes.» Más o menos un mes antes de que su padre muriera, Julius lo oyó hablar por casualidad con uno de sus amigos del club social. «Toca como los ángeles —dijo Frank—. Como los puñeteros ángeles.» Julius puso la oreja. «La cría ha salido a su madre, está claro, las dos lo llevan en la sangre.»

Jeanie recoge temprano a las gallinas y se sienta junto a la tumba de Dot para comerse un sándwich que se preparó en casa de Bridget. El montículo de tierra ya es un bosque verde de malas hierbas y solo se distingue si sabes que está ahí. Siente que debería disculparse con Dot por haberlo echado todo a perder en tan poco tiempo, cuando su madre consiguió mantenerlos a todos unidos en la casa durante más de cincuenta años. Se han ido al garete en un par de semanas. Tal vez su madre debería compartir parte de la culpa, aunque eso es algo que aún no es capaz de desentrañar; hasta que Julius y ella no estén instalados, no tendrá energía para hacerlo. Está ilusionada porque ha encontrado un sitio, esperanzada —como siempre—, e intenta no acordarse de los proyectos y los planes que han salido mal en el pasado. En vez de eso, recoge algunas espinacas, ajo y el último repollo de invierno y va en bicicleta con Maude en el remolque hasta Cutter Hill para trabajar en el jardín de Saffron. Saffron y Angel no están en casa, pero hay un sobre pegado al manillar del cortacésped con otro cheque dentro. Jeanie se pregunta si será fácil saber que un cheque no se ha ingresado en una cuenta: ha oído hablar de la banca *online*, pero es incapaz de imaginar cómo funciona. Se mete el sobre

en el bolsillo sabiendo que, igual que Julius con Shelley Swift, está trabajando sin que le paguen.

Para llegar a casa de Bridget desde la de Saffron, Jeanie no tiene más remedio que atravesar el pueblo en bicicleta. Al otro lado del parque está la tienda de *fish and chips*, ya abierta, y Doug atiende a una mujer en el mostrador mientras cinco niños se suben al banco que hay dentro y pegan las manos y la cara contra el cristal. Jeanie pensaba pasar de largo, pero está cansada, reduce la velocidad y se detiene, preguntándose si tiene suficiente dinero para comprar unas patatas fritas. Un niño, al verla mirar, coloca la boca abierta en la ventana e infla los carrillos como una extraña criatura marina: su boca es un agujero rosado. Encima de la tienda de *fish and chips*, las ventanas sucias del primer piso dan la impresión de estar demasiado juntas, lo que le otorga a la fachada un aspecto bizco y turbio. Ignora al niño del cristal, a quien su hermano está apartando; oye las notas de un violín procedentes de las ventanas de arriba, y la criatura de su pecho se mueve y patalea. Se baja de la bicicleta y, sujetando a Maude por la correa, merodea por la entrada del salón municipal que hay al lado y finge leer los folletos del tablón de anuncios. Tras un par de comienzos en falso, el violinista se lanza, y no es ninguna de las melodías que ella ha tocado con su hermano, pero sabe que es Julius y sabe que ahí es donde vive Shelley Swift. La pieza es clásica, algo que tocó con su padre, acompañándolo al piano. Bach, quizá. Su madre despreciaba la música clásica: «Música de gente rica», decía, y Jeanie no ha oído esta pieza en años, tal vez desde que murió su padre. La música mana temblorosa de las ventanas, una nota y luego otra, y es dolorosamente dulce, como un caramelito que se le queda pegado en la garganta. Cuando termina la interpretación, oye a Shelley Swift y a Julius reírse, y sabe que lo ha perdido.

19

En el antiguo dormitorio de Nathan, Jeanie rebusca entre las cosas que Stu trajo de la casa. No es que necesite confirmar que el *fiddle* de Julius ha desaparecido, sino que quiere ver si se ha llevado algo más, algo que pueda significar que él también ha desaparecido. Encuentra primero el estuche del banjo de su madre detrás de la pila de cajas. Nadie lo ha abierto desde que murió Dot. Se sienta en la cama y se lo coloca en el regazo. El olor del interior es tal y como lo recordaba. Polvo en las grietas de los entresijos de terciopelo verde, el reconfortante tufo a autobús viejo: a tapicería desgastada y aceite de motor.

Saca el banjo del estuche y puntea con las cinco cuerdas; por supuesto, no está afinado. Lo deja a un lado y abre el compartimento superior del estuche: una gamuza amarilla y una púa de pulgar que Dot nunca usaba. El segundo compartimento, debajo de donde quedaría el mástil del banjo, es más pequeño y dentro hay un abultado sobre marrón encajado. Cuando Jeanie lo saca, ve una sola palabra escrita en el anverso con la mala letra de su madre y, aunque intenta descifrarla, no pasa de lo que podría ser la letra S. Pero dentro hay dieciséis billetes de cincuenta libras.

Una vez más, al caer la noche, Jeanie y Bridget están de pie junto al fregadero de la cocina mirando el jardín descuidado e ignorando los ruidos que está haciendo Maude. El único modo que ha encontrado Jeanie de persuadir a la perra para que entre en el invernadero ha sido tentándola con salsa y un huevo crudo, aunque Maude ya había cenado. La comida ha desaparecido en menos de un minuto y Maude, dándose cuenta de que estaba encerrada, se ha puesto a ladrar.

Bridget fríe dados de pollo congelado y echa en la sartén un frasco de salsa blanca que según ella es Chicken Tonight. Hace un extraño baile por la cocina, moviendo los codos, doblando las rodillas y cantando algo sobre la salsa, pero Jeanie no sabe qué narices está haciendo, y Bridget, meneando la cabeza y riéndose, vuelve a la sartén, que está en el fuego. Jeanie sugiere añadir algunas espinacas y un poco del ajo fresco que ha traído, pero Bridget le dice que Stu no

soporta el ajo, y cuando lee los ingredientes en la parte posterior del frasco comprueba que la salsa ya lleva zanahorias, así que no necesitan más verduras.

—Siento lo de anoche —dice Jeanie—. Lo de la borrachera de Julius.

Bridget suelta un gruñido que no implica ni comprensión ni perdón.

—Y lo del bol roto. Te compraré otro.

—Bueno. —Bridget se inclina como para hacerle una confidencia —. Tengo que admitir que Stu tiene un poco de mal genio cuando algo le molesta.

—Sí, tiene la mecha muy corta —dice Jeanie, y Bridget se pone rígida, como si ella tuviera permitido decir que su marido se enfada pero Jeanie no pudiera estar de acuerdo.

—¿Va a cenar Julius con nosotros esta noche? —El tono de Bridget es mordaz. Echa arroz blanco en una cacerola y enciende el hervidor de agua. A Jeanie le molesta que Bridget no enjuague el arroz primero; estará lleno de almidón y será pesado cuando lo hierva.

—Lo he visto antes, pero no me ha dicho nada. —No piensa contarle a Bridget que Julius ha encontrado una casa. Bridget le preguntará, y cuando Jeanie reconozca que no sabe nada más, Bridget pondrá los ojos en blanco y dirá que es otra de las fantasías de Julius. Casi puede oír el «fu» de Bridget y verla menear la mano. Luego empezará con la retahíla de que Julius empieza muchas cosas y no termina ninguna, y Jeanie se verá en el conflicto entre tener que defenderlo y estar de acuerdo. Y además, ahora que ha encontrado el dinero, tal vez puedan arreglar las cosas con Rawson y volver a la casa.

—Probablemente esté con Shelley Swift —dice Bridget con una voz pensada para hacer daño—. He oído que anda olisqueando por la tienda de *fish and chips*. —Se ríe como si fuera un chiste buenísimo.

Si Bridget y ella quieren seguir siendo algo parecido a amigas, piensa Jeanie, no le quedará más remedio que irse de esta casa muy pronto. Bridget pasa a la historia de cómo conoció a Stu, cuando Ed y él fueron a llevarse el contenido de una casa que pertenecía a no sé qué pariente muerto. Fue amor a primera vista y cuando Stu la besó no hacía ni una hora que se habían conocido. Jeanie ya ha oído la historia antes y no es capaz de entender la atracción, no solo entre Stu y Bridget, sino entre dos personas cualesquiera. Ella nunca ha sentido ningún anhelo, ningún deseo, y no se da cuenta de que los demás sí, salvo cuando es muy evidente. Mientras Bridget habla, piensa en un momento determinado, en la cocina de la casa, cuando ella tenía trece años y Bridget había ido a verlos. Debía de ser finales de mayo, nueve

meses después de que muriera su padre, porque era el momento de sacar las tomateras. Jeanie estaba a la mesa recortando imágenes de una revista. Bridget y Dot estaban sentadas en el sofá hablando de un granjero de la zona.

—Al parecer, murió en plena faena —dijo Bridget. La cabeza de Dot hizo un gesto hacia un lado y Jeanie empezó a prestar atención a la conversación de las mujeres. Bridget no reparó en la advertencia de Dot y siguió con su historia—: ¿Te acuerdas de lo grandote que era? La barriga le llegaba hasta aquí, pesaba como él solo. —Bajó la voz, pero no tanto como para que Jeanie no pudiera oírla—. Murió mientras la tenía dentro y ella atrapada ahí debajo tres horas, hasta que alguien la oyó gritar.

—Pobre mujer —dijo Dot en voz baja. Era una de sus épocas desgraciadas.

—Pobre hombre, más bien. ¡El corazón se le paró tal que así! —Bridget chasqueó los dedos y Dot se abalanzó sobre la mano de su amiga, tiró de ella hacia abajo y la hizo callar.

Más tarde, Jeanie estaba en el invernadero metiendo macetas de tomateras en la carretilla para llevarlas a los viveros. Dot, sentada en una caja colocada bocabajo, empezó a hablar a toda prisa, como para quitarse las palabras de en medio.

—¿Sabes que cuando una mujer y un hombre se enamoran, pueden irse a la cama juntos?

Jeanie, incapaz de creer que su madre le estuviera hablando de eso en aquel momento, mantuvo la cabeza gacha.

—Duermen juntos, hacen el amor —dijo Dot. Se mostró vacilante y Jeanie esperó que su madre no estuviera pensando en las veces en que seguramente lo había hecho con su padre.

—Ya sé todo eso —dijo Jeanie con la esperanza que su madre se callara. Jeanie se había perdido las clases de educación sexual en el colegio y había tratado de juntar los retazos de conversaciones de otras chicas, que contaban que habían tenido que ponerles condones a plátanos después de que los chicos salieran de clase y que las habían obligado a ver una película horrible de un parto. Pero tenía lagunas sobre cómo se desarrollaba todo y había términos que no le decían nada.

—Puede ser bastante extenuante —dijo Dot.

Jeanie pensó en el semental que había visto una vez montando una burra, todo dientes y pezuñas.

—Ya me lo contaron en el colegio, mamá, el año pasado.

—Sí, pero escucha. Si el hombre o la mujer sufren del corazón, como ese granjero, puede ser peligroso. Y si el esperma llega al óvulo, es posible que hagan un bebé. —Hasta Jeanie sabía que Dot estaba

esquivando los detalles. Jeanie mezcló lo que le habían contado de la película del parto con lo poco que sabía, y se imaginó un diminuto burdégano, el fruto de un semental y una borrica, chapoteando entre las piernas de una mujer—. Y si lo hacen, me refiero a hacer un bebé, siempre resulta difícil para la mujer, difícil para su corazón, llevar un bebé dentro durante nueve meses. Y ya sabes, Jeanie, que tú tienes un corazón muy especial. —Aquí su madre hizo una pausa con la mano sobre su corazón, tal vez con lágrimas en los ojos. Jeanie apartó la mirada, avergonzada—. Sería peligroso para ti tener un bebé. No sería bueno para tu corazón, Jeanie. ¿Lo entiendes?

A Jeanie le gustaba bastante la idea de tener un burdégano, pero lo del sexo y los novios le daba completamente igual.

—Lo entiendo —le dijo a su madre.

Jeanie, Bridget y Stu ven dos episodios más del drama policial otra vez con la cena en el regazo, y luego las dos mujeres van a la cocina: Bridget para fumar y Jeanie para vaciar y volver a poner el lavavajillas; necesita sentir que se está ganando el sustento. Bridget le cuenta su día en el centro de salud y quién llegó con qué, un largo flujo de información sobre enfermedades y pronósticos. Jeanie la interrumpe para decir:

—Stu me dijo que mamá le había pedido prestado algo de dinero.

Bridget deja de hablar y lanza humo hacia el techo.

—No te preocupes por eso ahora. Ya lo resolverás cuando estéis instalados.

—Los Rawson dicen que les debemos el alquiler. Dicen que mamá se atrasó con los pagos. ¿Te lo ha dicho Julius? —Jeanie cierra el grifo donde ha estado enjuagando los platos sucios.

Bridget apaga su cigarrillo y se mete un Polo en la boca.

—Escucha, ¿te apetece una buena taza de chocolate caliente? —Se levanta, abre la nevera y saca la leche. La luz del interior hace que parezca enferma.

—Stu me dijo que le pidió prestadas ochocientas libras.

—Algo así sería. Él se ocupa de esas cosas.

—¿Fue para pagarle a Rawson?

—Creo que tu madre sí se atrasó un poco con los pagos.

—Entonces, ¿estuvo pagando alquiler todos estos años?

—Llegaron a una especie de acuerdo, ya lo sabes.

La forma en que Bridget habla hace que parezca desesperada por no tener que responder claramente. Echa cucharadas de chocolate en polvo de un frasco en tres tazas, añade leche y abre el microondas.

—¿Cuándo le prestó Stu el dinero? —Jeanie siente que está atravesando aguas profundas y que Bridget no la va a ayudar a salir.

El interior del microondas está salpicado con restos de comida.

Bridget aprieta unos botones.

—¿Qué importa eso ahora?

—Por favor.

Bridget suspira.

—Supongo que fue hace un mes, o un poco más. —Jeanie golpea la encimera con las palmas y Bridget se sobresalta—. No te alteres —dice —. Sabes que no te conviene.

Con los dedos en las costillas, encima del corazón, Jeanie cierra los ojos.

—Estoy intentando comprender. El trato era que podíamos quedarnos en la casa. Que la casa era nuestra hasta que muriéramos. Y gratis. Nunca tuvimos que pagar alquiler, nunca. Y ahora nos enteramos de que todo este tiempo mamá ha estado pagando a los Rawson. Pide dinero prestado, pero no lo utiliza para pagar la deuda, una deuda que para empezar ni siquiera tenemos. No le encuentro sentido.

—A lo mejor lo perdió —dice Bridget esperanzada.

Jeanie hace un gesto negativo con la cabeza.

—Estaba en el estuche de su banjo. Lo he encontrado hoy. Ella no se lo habría olvidado allí. —Jeanie espera a ver si Bridget le sugiere que le devuelva el dinero a Stu.

Suena el microondas y Bridget abre la puerta, remueve el chocolate caliente y vuelve a darle a los botones.

—Déjalo estar. Tal vez sea mejor que no viváis en la casa, es húmeda y se está cayendo a pedazos. Quédate con el dinero, úsalo como fianza para otra casa. No le diré a Stu que lo has encontrado. Ya se lo devolverás cuando puedas.

—Lo que no entiendo es por qué no nos contó nada. Del alquiler, de que se había retrasado con los pagos, del dinero que le pidió prestado a Stu. Ni siquiera de su enfermedad. Somos adultos. Podríamos haberla ayudado.

—Julius y tú tenéis que seguir adelante, y os irá bien. Cómprate algo bonito. Te lo mereces. —El microondas suena por segunda vez. Bridget pone una taza frente a Jeanie—. Tráetela al salón —dice saliendo de la cocina con las otras dos tazas.

Pero Jeanie no la sigue, se queda junto a la encimera y rememora cómo hacía chocolate caliente su madre con cacao en polvo y azúcar: calentaba la leche en una cacerola con un disco de vidrio en el fondo para saber por el traqueteo cuándo estaba hirviendo la leche. ¿Dónde está ese disco de vidrio ahora? Probablemente agrietado y enterrado en el barro fuera de la casa.

Más tarde, cuando Bridget está en el baño y Stu todavía está viendo la televisión, Jeanie separa quinientas libras del efectivo, deja

trescientas en el sobre y entra en la sala de estar.

—Toma —le dice a Stu. Él tarda un momento en apartar los ojos de la televisión: otra serie de detectives.

—¿Qué es eso? —dice.

—Quinientas libras. Parte del dinero que mamá te pidió prestado.

Stu apaga el televisor y se pone de pie.

—Eso significa, para que no haya malentendidos —dice Jeanie—, que te debemos otras quinientas, trescientas por el resto de la deuda y otras doscientas por el ataúd. Además de lo que costara la cerveza para el velatorio. —Todavía se pone enferma cuando piensa en el ataúd; todo ese dinero hecho astillas por obra del hacha de Julius y almacenado en la antigua vaquería para acabar en el fuego, el fuego que ya no volverán a encender en la casa—. Toma. —Le entrega el dinero decidida, y él lo coge.

—¿Estás segura? Puedes devolvérmelo más tarde, cuando os vayan mejor las cosas.

—Estoy segura —dice Jeanie.

Él se mete el dinero en un ancho bolsillo lateral de los pantalones cortos. Cuando Jeanie está saliendo de la habitación, le dice:

—Me he enterado de que Julius y tú vais a tocar en The Plough.

Vuelve hacia donde está él.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta.

—Han colgado un cartel. Dentro de una semana, dice.

—Pues mejor que lo quiten. No vamos a tocar.

Está a punto de dar media vuelta para irse cuando Stu coge el mando y dice:

—Recuerdo a mi madre tocando el piano. Música clásica, pero sin las partes aburridas. Murió cuando yo tenía cuatro años, y eso es lo único que siempre recordé de ella. En realidad, ni siquiera me acordaba de ella, solo de la música y de sus zapatos. Unos zapatos marrones de cordones sobre unos pedales de latón.

—Qué bonito recuerdo —dice Jeanie, ansiosa por irse.

—Sí —dice Stu, sentándose de nuevo y con los ojos en la tele—. El caso es que vi a mi tía hace unos meses. En otro puñetero funeral. Llevaba años sin verla. Total, que le hablé de mamá y del piano, y de los zapatos. Me dijo que mi madre nunca había tocado el piano. Que nunca habíamos tenido uno. Era de mi tía de quien me acordaba.

20

Pepperwood Farmhouse está construida frente al camino y tiene un gran jardín delantero lleno de laureles y bojes recortados que un jardinero arregla una vez a la semana. La casa es simétrica y un sendero central llega hasta la puerta. Jeanie ata a Maude a la verja de hierro forjado, sube por el sendero y deja caer la aldaba. El golpe seco resuena en las profundidades de la casa.

La noche anterior, Stu mencionó que los Rawson habían regresado de dondequiera que estuvieran. Stu había ido con Ed a The Plough, donde a Jeanie le parecía que se intercambiaba y se oía todo tipo de información. Quería preguntarle a Stu si Julius había estado allí —su hermano había llegado sobrio y sin hacer ruido a casa de Bridget y Stu después de que se hubieran acostado—, pero no quería desatar la ira de Stu, y tampoco quería saber la respuesta.

Jeanie espera que una empleada abra la puerta de los Rawson, había planeado presentarse y preguntar por el señor Rawson. Si la interrogaban sobre la naturaleza de su visita, había pensado decir que se trataba de un asunto personal. Ahora está de pie en el umbral con el corazón en carne viva, la criatura no deja de revolverse en su diminuta jaula. Pero es Caroline Rawson quien abre la puerta con sus ajustados vaqueros blancos y una chaqueta de cuero que no la protegería demasiado si se cayera de una moto. Debajo, una camisa que solo lleva metida por delante. Debe de tener un par de años menos que Bridget, pero no aparenta más de cuarenta.

—Ah —dice la señora Rawson, a quien ha pillado hurgando en su bolso extragrande, que le cuelga de un brazo—, Jeanie.

De repente, Jeanie toma conciencia de la chaqueta de punto que lleva puesta desde hace por lo menos dos semanas, de la falda larga y gruesa, el abrigo raído y las botas de goma. Busca su voz.

—Me gustaría hablar con su marido.

La señora Rawson encuentra el teléfono en el bolso y aprieta un botón.

—Me temo que no está. —Suena formal, seria, pero tal vez no tan dura e insensible como cuando fue a la casa. Mira hacia fuera, camino abajo, por encima del hombro de Jeanie.

—Bueno, ¿puedo hablar con usted?

—En realidad, voy a salir. Mi hermana llegará en cualquier momento.

—No tardaré mucho.

La señora Rawson vuelve a mirar hacia el camino, después parece que los buenos modales se apoderan de ella y deja entrar a Jeanie. La guía hacia el fondo del vestíbulo y entran en una cocina tan luminosa y deslumbrante que hace daño a la vista. Una mesa de comedor transparente y ocho sillas transparentes resplandecen bajo el techo de cristal frente a una pared de ventanas que dan a un patio y una piscina. Nada de esto es como cuando Jeanie era pequeña. Los armarios blancos de la cocina llegan hasta el techo y no tienen tiradores, y frente a ellos hay una larga isla central de granito blanco con dos fregaderos, cada uno con un grifo plateado en forma de arco. La señora Rawson deja su bolso en la isla y se queda de pie al lado.

—Si estás aquí por la casa, es asunto de mi marido. No tengo nada que ver con eso.

—Pero usted vino a verme —dice Jeanie—. Para decirme que les debíamos dos mil libras. —Suena tan absurdo que le entran ganas de reírse.

La señora Rawson suelta el teléfono dentro de su bolso con un gesto de resignación.

—Bueno, sí —dice, y por un momento Jeanie piensa que la mujer va a decirle que todo ha sido un error, lo del dinero, lo del desahucio, pero luego parece recomponerse, echa los hombros hacia atrás—. Pero como te dije, de las deudas de Dot se ocupa mi marido. Siento mucho que perdieras a tu madre y tan de repente, pero…

—¿Sabe que nos han desahuciado? ¿Que nos han echado de nuestra propia casa?

—Sí, algo he oído. —La señora Rawson parpadea y sus ojos permanecen cerrados un segundo de más.

—Supongo que Nathan les dio a usted y a su marido un informe completo. Le pagarían bien al muchacho por hacerles el trabajo sucio, ¿no?

Jeanie menea la cabeza asqueada, pensando que el silencio de su madre a cambio de la casa no ha valido la pena. Dot debería haber ido a la policía y haberles contado que Rawson era responsable de la muerte de Frank. Debería haberles enseñado el perno que Julius había encontrado en Priest's Field. Debería haber dejado que Rawson fuera a la cárcel. Puede que hubieran perdido la casa entonces, pero qué más daba: la habían perdido ahora.

—Nathan Clements cobra por hacer un trabajo —dice la señora Rawson con cautela—. Es decisión suya aceptarlo o no.

—Dios santo, qué gentuza.

La sonrisa de la señora Rawson es dura.

—Bueno, le diré a mi marido que has venido. Estoy segura de que le interesará lo que tengas que decirle.

Jeanie no se mueve. Deja que su ira se atempere. No ha venido para pelearse con Caroline Rawson ni con nadie más.

—Dos mil libras dijo, ¿no?

La señora Rawson tiende el brazo para guiar a Jeanie hacia la puerta.

Jeanie se queda junto a la encimera de la cocina.

—Lo tengo aquí. Una parte. No todo, pero algo. —Saca el sobre con la letra de su madre en el anverso de uno de los profundos bolsillos de su abrigo. No ha sido capaz de encontrar su bolso, aunque tampoco es que hubiera gran cosa dentro. No está en ninguna de las cajas de la antigua habitación de Nathan y tampoco lo ha encontrado entre las cosas que siguen en el camino—. Le agradecería que le diera el dinero a su marido, que hablara con él para que mi hermano y yo pudiéramos volver. A la casa. —La señora Rawson la mira fijamente —. Mi hermano y yo estamos viviendo con unos amigos, bueno, con una amiga de mi madre, pero no es…, no es… lo ideal. Y la casa, en fin, es nuestro hogar. —Jeanie se siente mortificada por cómo le tiembla la voz, pero continúa—: Julius y yo nacimos en esa casa, allí es donde hemos vivido toda la vida, es donde murió nuestra madre y donde… —Jeanie se interrumpe antes de confesar que también es donde está enterrada. Tiene la mano extendida, el sobre vibra sobre la superficie pulida.

Caroline Rawson entrelaza las manos.

—Por favor —dice Jeanie.

La señora Rawson sigue mirándola. Su expresión no se ha dulcificado.

—No —dice ella.

—¿No? No, ¿qué? —Jeanie retira la mano y con ella, el sobre.

—No, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque al parecer tu madre ya intentó darle el dinero a mi marido. Vino aquí como tú con un sobre con dinero y él no lo aceptó. —Suelta una risa extraña que Jeanie no comprende.

—¿Por qué no?

La bocina de un coche suena fuera.

—Lo siento, pero debe de ser mi hermana.

—¿Por qué no lo aceptó si creen que les debemos parte del alquiler?

La señora Rawson renuncia a esperar a que Jeanie se mueva y coge

su bolso.

—Es con mi marido con quien tienes que hablar de esto, no conmigo. —Camina hacia el vestíbulo—. Alexa, apaga las luces de la cocina —dice, y la habitación se oscurece. Antes de que Jeanie entienda lo que ha pasado, oye que se abre la puerta de entrada y echa a correr tras la señora Rawson. Cuando las dos salen, Maude, que sigue atada, se pone de pie, expectante. En el umbral, mientras la señora Rawson cierra la puerta, dice:

—Mira, quédate con el dinero, ¿vale? Úsalo para pagar la fianza de otra casa. Lo siento.

Agita la mano que tiene libre delante de la cara y corre hacia el coche que la está esperando, un deportivo verde, bajo, con un capó largo, y se sienta en el asiento del pasajero. A través del parabrisas, Jeanie ve que la señora Rawson y su hermana se abrazan fuerte, y no se sueltan durante dos largos minutos. La hermana da la vuelta con tres maniobras y el coche se aleja.

21

—Los hombres y la gripe —dice Bridget en voz baja, arrugando la nariz. Ella y Jeanie están de pie en el rellano junto al dormitorio de Bridget, donde Stu descansa en la cama con una caja de pañuelos y una taza de Lemsip en la mesita de noche—. Pero no te preocupes; Stu ya ha llamado a Ed y está de camino. —Mira el reloj—. Y yo tengo que irme a trabajar.

Ed no, piensa Jeanie. Cualquiera menos Ed.

—¿Por qué no lo posponemos hasta que Julius tenga un día libre o esperamos a que Stu se mejore? —pregunta. Julius sigue con lo del ordeño, pero dice que el sitio está demasiado lejos para ir a casa en bicicleta entre turnos, así que no le queda más remedio que quedarse en la vaquería varias horas al día. Habló de rechazar el trabajo, pero Jeanie le contestó que no aguantaba en casa de Bridget y Stu ni una noche más, e insistió en que necesitaban su sueldo.

—Dios, podrían ser días, una semana o más. —Bridget ya está al pie de las escaleras poniéndose el abrigo y Jeanie la sigue—. Ed le debe un favor a Stu por vete a saber qué. Eso sí, no dejes que te líe; ese hombre es capaz de cualquier cosa por dinero.

Ed agarra las cajas y las maletas de la habitación de Nathan a la carrera, sube y baja las escaleras y de ahí a la camioneta, mientras que Jeanie consigue mover cuatro maletas en dos viajes. Es fuerte para ser un hombre tan pequeño.

—Es más del doble de lo que Stu me dijo —dice Ed.

Durante todo el tiempo que Jeanie ha pasado en casa de Bridget y Stu —tres días y cuatro noches—, ha ido a pie a la casa por la mañana para ver a las gallinas, recoger los huevos, cuidar del huerto y hablar con su madre. El lugar la llama, le pide que vuelva. Una tarde que tenía que ir en bicicleta a casa de Saffron empezó a llover a cántaros e hizo todo lo que pudo para tapar las cosas que había en el camino con la ropa de cama que quedaba en el aparador y una lona impermeable que sacó a rastras de la antigua vaquería. Pero al día siguiente de ir a ver a la señora Rawson, Jeanie se dio cuenta de que habían desaparecido una cómoda y una mesita de noche, así como la bañera

de estaño. Pensó en preguntarle a Bridget si podían almacenar las cosas en el garaje de Stu, pero ¿qué haría él con la toda la porquería que ya tenía allí metida? Cada vez que Jeanie se iba de la casa llenaba un par de bolsas de la compra con cosillas: una lata de tiritas, carretes de hilo y agujas, un reloj despertador que a lo mejor funcionaba o a lo mejor no, algunos recortes de tela. Mientras lo revisaba todo, tenía la esperanza de dar con la alianza de Dot, pero no llegó a encontrarla. Jeanie almacenó las bolsas en el antiguo dormitorio de Nathan.

—¿Qué has metido aquí, ladrillos? —Ed empuja otra caja en la parte trasera de su camioneta.

—Un poco de todo. —Jeanie fuerza una sonrisa.

—¿Tú sabes adónde hay que llevar estos bártulos?

Jeanie odia la palabra *bártulos*. Aprieta la mandíbula, respira.

—A una casita en el bosque —responde. Eso es lo único que le ha dicho Julius.

—Sí, claro —dice Ed, riéndose y meneando la cabeza mientras levanta la bicicleta de Jeanie.

Cuando están sentados en la cabina con Maude —tanto el espacio para los pies como el que hay entre el parabrisas y el salpicadero están llenos de vasos de café desechables, latas, cartones de hamburguesas y pedazos de papel— y Ed está a punto de girar la llave en el contacto, Jeanie dice:

—Cuando hayas descargado todo esto, me gustaría que también recogieras algunas cosas que hay fuera de la casa. Cosas que dejaron fuera cuando nos desahuciaron. —Y antes de que él pueda decir que no, ella añade—: Te pagaré. —Todavía no le ha dicho a Julius que encontró el dinero ni que fue a ver a la señora Rawson. Julius tendrá otra opinión sobre cómo gastar el dinero que les queda: algún plan de negocio idiota para abrir un bar de cócteles en el pueblo o para desviar el Ink y cultivar berros, pero si no puede vivir en la casa, Jeanie quiere tener sus cosas cerca.

Ed saca la llave y se recuesta, pero no dice nada. Como ninguno de los dos habla, a ella le preocupa que él diga que no, que está demasiado ocupado.

—Tengo el dinero —suelta ella—. Calculo que serán tres viajes.

—¿Fuera de la casa?

—En el camino. Las cosas que nos faltan.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas de cocina, ropa, algunos muebles.

—¿Muebles?

—Un sofá y algunas sillas, no mucho.

—Pero, escucha, necesitaré que alguien me ayude. A cargar, si hay un sofá. —Sonríe y ella ve que le faltan algunos dientes posteriores.

Tiene la voz pastosa, Jeanie nota que la lengua le ocupa la boca entera.

—Tenía pensado cien —dice Jeanie, y Ed parece sopesarlo.

—Stu no podrá ayudarme, no encamado como está, vaya. Tendré que buscar a alguien más que esté libre hoy, y el que sea querrá cobrar, claro.

—Ciento cincuenta, entonces. —Quiere guardar parte de los trescientos que le quedan para una emergencia, para comida, para la electricidad y el gas y el impuesto municipal de la casa nueva. Hablar de dinero hace que le suden las palmas de las manos, el corazón le late demasiado rápido. Necesita que Ed le diga que sí.

Él la observa.

—Doscientos —dice ella—. Y quiero que traigas el piano que hay dentro de la casa —añade rápidamente, como si dejarlo caer en el último momento hiciera que la tarea fuera insignificante, un simple extra. Si se llevan el banjo de Dot, también quiere el piano de Frank—. La puerta de atrás debería de estar abierta.

—¿Transportar un piano por doscientas libras? —se burla Ed—. ¿Sabes lo que pesan esas cosas? No creo que me dé tiempo a recoger nada de eso. Solo estoy haciendo este viaje porque Stu me hizo un favor hace tiempo. Me esperan para otro trabajo después y tendré que alquilar una plataforma rodante para mover el piano.

—Doscientos cincuenta —dice Jeanie, y de repente le preocupa que no haga nada y añade precipitadamente—: Y las gallinas. Diez gallinas, y el gallinero. —Odia la idea de que sus gallinas viajen con este hombre, pero cuidar de Maude y estar pendiente de Julius ya es demasiado.

Él considera su oferta.

—Supongo que a quien consiga para que me ayude aceptará un cheque por parte del pago, pero igual querrá algo en efectivo. Tendrán que ser trescientos.

—Hecho —dice Jeanie. Es todo lo que queda del dinero.

—Hecho —dice Ed con una sonrisa, y ella sabe que ha hecho un mal negocio—. Necesito el dinero ahora —añade.

Ella saca el sobre del bolsillo de su abrigo y se vuelve para contar el dinero. Sabe que los trescientos que le quedan están allí, pero los cuenta para asegurarse. Los saca, el sobre ahora está vacío, y se los entrega. Cuando vuelve a meter el sobre en el bolsillo, tiene ganas de llorar. Julius ya no puede saber nada de aquello. Ed lo cuenta, se mete los billetes doblados en el bolsillo superior de la camisa y arranca la camioneta.

Maude apoya la cabeza en la rodilla de Jeanie cuando salen de la urbanización y atraviesan Inkbourne, donde dejan atrás el parque del

pueblo. Van hacia el norte por la carretera principal unos seis kilómetros y toman un camino por el que Jeanie nunca ha pasado antes.

—Aquí es —dice Ed.

Para en un área de descanso y Jeanie mira por la ventanilla del pasajero. Por entre las grietas del suelo de hormigón emergen plátanos comunes y el perímetro está invadido de ortigas y cardos. A través de ellos se abre paso una clemátide.

—¿Aquí? —dice Jeanie. No hay ninguna casa.

Ed da marcha atrás con la camioneta por un camino lleno de baches entre alisos desgreñados y pasa junto a montones dispersos de basura. Jeanie divisa los colores desvaídos de una piscina hinchable, una caja de plástico para pan rota, placas en descomposición de lo que tal vez fuera escayola apiladas sobre un sillón destripado. Más allá, asomando entre la hierba de san Gerardo, hay una carretilla con un neumático desinflado y el manillar de una bicicleta infantil.

—No puede ser aquí —dice, pensando que Ed debe de haber venido a tirar algo, escombros, aunque sabe que todo lo que hay en la parte de atrás es suyo. Él sale y baja la plataforma trasera mientras ella se queda delante, esperando. Hay un cojín apoyado contra el respaldo del asiento del conductor para que Ed alcance los pedales y el volante. Cuando mira hacia atrás, él se está adentrando en el bosque cubierto de maleza con varias bolsas en los brazos.

Jeanie deja salir a Maude y la perra se aleja corriendo con el hocico hacia la tierra; después, sale ella. El estrecho sendero de malas hierbas pisoteadas por el que ha bajado Ed se adentra aún más en la espesura, cubierta de acebos y más alisos y ortigas. Se oye el canto de los pájaros: mirlos y petirrojos, y la matraca de una urraca. A lo lejos, Jeanie alcanza a oír el zumbido intermitente de las ruedas sobre el asfalto de la carretera principal. Pasa junto a un círculo chamuscado con un par de troncos a modo de asientos y unas cuantas latas ennegrecidas. Aquí viene gente, piensa. Borrachos, indigentes, drogadictos, sintechos. Por encima de más arbustos cubiertos de maleza ve un techo blanco verdoso.

—Aquí es —grita Ed desde un poco más allá.

Cuando llega, piensa otra vez que debe de tratarse de un error. Esta no puede ser la casa. Ed deja las bolsas y sonríe con suficiencia, como esperando su reacción para poder contar la historia en el pub más tarde. La historia de cómo llevó a ese bicho raro, Jeanie Seeder, a vivir en una tierra de nadie llena de porquería. No piensa darle esa satisfacción; no va a llorar. Espera hasta que él se da la vuelta para ir a por más cosas.

La caravana alguna vez debió de haber sido blanca, pero ahora es

más de un verde moteado, más oscuro en el techo, cubierto de hojas que han caído y se han descompuesto en limo. De unos tres metros de largo, tiene una ventana —también verde— en el lado que da adonde está Jeanie, junto a la puerta abierta. Ambos extremos están apoyados sobre ladrillos y hay otra pequeña pila de ladrillos frente a la puerta, a modo de escalón. A su lado se encuentran los restos de un toldo sobre una estructura de madera medio destruida por una enredadera. Recuerda la caravana de la madre de Nick: blanca y limpia. No se siente con fuerzas para dar un paso al frente, y mira entre los árboles por si Ed se ha equivocado y hay un *cottage* más adelante.

—Stu me ha dicho que tu hermano lo ha limpiado —oye decir a Ed.

Jeanie se acerca al escalón y mira dentro. El olor la embiste: huele a hongos, a madera húmeda y apesta a pis de animal, tal vez incluso de humano. A través de la turbia luz submarina, ve un contrachapado sucio, un techo curvo, linóleo ondulado en los bordes del suelo, moho verde en las esquinas. Esta no puede ser la casa. Se dispone a subir, y antes de que pueda detenerla, Maude salta dentro y recorre los pocos metros que hay entre una mesa con bancos en un extremo y un único sofá de pared a pared en el otro.

Cuando Jeanie entra detrás de ella, la caravana se balancea. Los asientos del banco tienen unos cojines a medida, manchados y rotos —con sus entrañas de espuma a la vista—, y en la mesa están el recogedor de metal abollado y el cepillo pelado de la casa. Sobre el sofá que va de pared a pared hay otra ventana del ancho de la habitación, también con un tinte verdoso. Maude salta sobre el sofá, olfatea y rasca el cojín, las uñas desgarran la tela ya descompuesta, y por el olor y las partículas de relleno no cabe duda de que algo ha anidado ahí. «¡Abajo!, ¡Abajo!» Jeanie chasquea los dedos hacia Maude y la perra se baja de un salto, aunque mete el hocico en el cojín. Jeanie se inclina junto a ella para descorrer la cortina —la tela ha amarilleado, pero se distingue el patrón repetitivo de los años setenta de un niño en un tractor—, le llega un olor nauseabundo y una esquina andrajosa de tela se le queda entre los dedos. Se la sacude de la mano con repugnancia. Por la ventana, un Ed de color musgo ya va por su tercer viaje.

Ella mira a su espalda. No pueden vivir aquí. En el lado opuesto a la puerta hay una encimera laminada, levanta la mitad y encuentra una cocina de dos fuegos pringosa. Con cuidado, levanta la solapa contigua y grita. Dentro, tirada en un fregadero de plástico, hay una mano quemada, cortada a la altura de la muñeca y doblada sobre sí misma. Deja caer la solapa, se tambalea hacia atrás y se encuentra con Maude, que ladra y baila a su alrededor, y entonces Jeanie se dobla, con las manos en las rodillas, y respira más lentamente. Se obliga a

levantar de nuevo la tapa del fregadero y, al mirar más de cerca, ve que se trata de un guante de obrero, manchado y vacío.

Ed vuelve y ella se queda en la caravana para evitarlo. ¿Es demasiado tarde para decirle que no quiere que recoja el resto de sus pertenencias de fuera de la casa y que, por supuesto, no quiere que vaya a buscar el piano? Recuerda su sonrisa y la forma en que dijo «Hecho», arrastrando las palabras. No piensa decirle que ha cambiado de opinión; hará que le traiga todo, hasta el piano.

Pero ¿cómo van a quedarse Julius y ella aquí, aunque sea unos pocos días? El grueso de sus pertenencias, los muebles desde luego, no caben, y solo hay una cama. ¿De dónde van a sacar agua? ¿Qué van a hacer para ir al baño? Cuando Ed va a por lo que debe de ser la última caja, Jeanie sale de la caravana y se aleja, toma un camino que tal vez usen los tejones, se agacha para evitar las ramas y se abre paso entre los arbustos hasta que se topa con una alambrada. Al otro lado hay un jardín trasero con un cobertizo, y una carretilla nueva apoyada contra la pared. Hay una pila de compost con lo que tal vez sean los primeros cortes de hierba del año encima, y más allá un césped y, al fondo, una casa de ladrillo. Una mujer entra en una habitación de la planta baja con un gato en el hombro. Jeanie se agarra al alambre con los dedos, se sujeta tan fuerte que nota cómo se le clava en la piel. La mujer baila con el gato, gira hacia un lado y luego hacia el otro al ritmo de una música inaudible, hasta que, juntos, salen bailando de la habitación.

22

Durante una hora o más, Jeanie permanece sentada en una pared rota que en algún momento debió de formar parte de un pequeño edificio: una subestación eléctrica o una construcción anexa. Maude corretea, con el hocico hacia la tierra, siguiendo olores y crujidos en la maleza, y regresa cada pocos minutos para comprobar que Jeanie no se ha movido. Hay un runrún de coches casi constante en la carretera principal y, cuando Jeanie cierra los ojos, le parece que el sonido podría ser el de olas sobre una playa de guijarros. Una vez fue a la costa en una excursión de un día organizada por el club social al que había pertenecido su padre. Un acto de caridad, piensa ahora, pues Frank había muerto el año anterior. Tuvo la sensación de que tardaron un día entero en llegar hasta allí en el autobús, y aunque estaba decepcionada porque la playa era de guijarros en lugar de arena dorada como había imaginado, ella y Julius se acurrucaron debajo de las toallas para ponerse el bañador en el viento cortante. Mientras que su hermano fue renqueando lo más rápido que pudo hacia el agua y se zambulló de golpe, Dot insistió en que Jeanie se quedara cerca y solo chapoteara en la orilla.

Cuando por fin oye voces de hombres —las de Ed y su amigote con el resto de las cosas, supone—, Jeanie se sacude el polvo de la falda y regresa a la caravana con Maude, que va delante de ella dando botes. En el interior tararea una melodía, lo suficientemente alto para que los hombres la oigan, mientras barre a conciencia. Abre el fregadero y arroja el guante por la puerta, y luego levanta el cojín a medida del sofá para cepillarlo por detrás. Cuando lo aprieta, el cojín se desgarra y por la abertura salen rodando cuatro diminutas criaturas rosadas. Maude se las come en un instante y Jeanie chilla por la impresión y lanza el cojín hacia fuera de una patada.

Ed está allí, junto al escalón.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí. —Jeanie se abraza a sí misma—. Solo estoy ordenando un poco.

—El maldito piano ha llegado hasta ahí, y de ahí no pasa. Ni con la plataforma rodante y los tablones va a haber manera de moverlo.

—¿Dónde está?

Ed señala hacia el área de descanso.

—A mitad de camino, más o menos. Al lado de una hoguera que han hecho unos chavales.

Qué más da, a mitad de camino o donde la caravana, iba a ser imposible meterlo.

—¿Vas a volver a por lo demás?

—No hay nada más.

—Lo que hay fuera de la casa, en el camino, como acordamos.

—Es lo que te estoy diciendo, ahí no hay nada.

—¿Y dónde está?

—¿Y yo qué sé? —pregunta Ed—. Haber tenido más cuidado.

—¿No hay nada? ¿Estás seguro?

—Unos pedacitos de papel, una caja con unos zapatos viejos. No pensé que los quisieras.

—Pero ¿y los muebles? ¿La mesa y las sillas?

—Alguien debe de habérselas llevado.

—¿Quién? ¿Quién va a habérselas llevado? —Con un pánico creciente, Jeanie ve sus posesiones: el cubo que arregló su padre, los prismáticos con los que observaban pájaros juntos, la alfombra de retales que su madre hizo con ropa vieja. Se trata de personas y recuerdos, no solo de objetos.

Ed se encoge de hombros, le echa una mirada como diciendo que a quién se le ocurre pensar que todavía estarían allí.

—Bueno, pues nosotros nos vamos —dice—. Dejamos que te instales. —Ahí está otra vez esa sonrisa suficiente y Jeanie piensa en darle un puñetazo, en pedirle que le devuelva el dinero, pero hay algo en Ed que le da miedo, y deja que se vaya.

Se sienta en el escalón y se sujeta la cabeza con las manos, y Maude, preocupada, se acerca y le acaricia la pierna con la pata. Jeanie se abraza a la perra.

—Lo hemos perdido todo —dice. Tal vez debería volver a llamar a Ed para asegurarse de que no se ha equivocado, de que fue al lugar correcto, de que buscó lo suficiente.

Julius empuja su bicicleta con el remolque cargado y pasa junto a los arbustos que hay a la entrada del pequeño erial. Todo resplandece con una frescura verde y una claridad que no había percibido antes: los contornos de las hojas nuevas de un haya magnífica, la inflorescencia plumosa que se levanta de las matas de tusilago por obra de la brisa ligera. La idea de que su madre está muerta y han perdido la casa sigue sacudiéndolo en raras ocasiones, pero no puede reprimir este sentimiento de alegría. Y entonces, entre la hierba

larguirucha, cerca de un claro donde alguien ha hecho una hoguera y la luz cae sobre la tierra formando charcos amarillos, hay un piano. Un piano vertical. Deja la bici y se acerca por delante y ve que es el piano de la casa, con su panel frontal decorado y sus candeleros. Aquí, torcido, con dos ruedas hundidas en la tierra blanda, parece rocambolesco, parte de un cuento de hadas, y se ríe. Levanta la tapa del teclado, se inclina y toca el principio del preludio de Bach que le tocó a Shelley Swift al *fiddle*. Las notas se elevan y se alejan como nunca lo hicieron en la casa o en el piso de ella, rebotan en los árboles y se expanden hacia el cielo. Se siente tentado de coger el *fiddle* para comprobar cómo suena. Lleva tres día tarareando la melodía y ahora está aquí, en un bosque, tocándola al piano familiar.

Cuando le tocó Bach a Shelley Swift, ella dijo que era lo más romántico que alguien había hecho por ella. Él la besó mientras estaban sentados en el sofá y luego, con un movimiento rápido, ella se sentó a horcajadas sobre su regazo para mirarlo, con una pierna a cada lado de sus muslos. Se apretó contra su torso, contra su erección dentro de los vaqueros, y luego le cogió las manos y se las colocó sobre los pechos. Cuando dejaron de besarse, él dijo:

—Hoy he encontrado otra casa.

—¿Qué?

—Una caravana en una especie de bosque. En un desvío de la carretera principal. Deberías venir de visita alguna vez. Creo que te gustaría.

—¿Una caravana?

Ella se apartó y se ajustó la falda.

—No soy muy de acampar. Insectos, polillas. Estar en cuclillas entre los arbustos. —Se rio.

—No es acampar, no exactamente.

Ella tenía una mano dentro del sujetador, se lo estaba recolocando.

—¿Qué es, para tu hermana también? ¿La caravana? —La risa de Shelley Swift había vuelto a desatarse.

Ahora, en el bosquecillo, Jeanie dice a su espalda: «Lo quería», y Julius deja de tocar el piano como si lo hubieran sorprendido haciendo algo que no debe, algo placentero que es solo suyo. Pero no puede quitar los dedos de las teclas, todavía no puede dejar que esa risa se le escape.

—Lo ha traído Ed. Stu sigue en cama.

Toca bajito y el preludio se convierte en algo sincopado, sus dedos recorren las teclas de formas inesperadas.

—No podemos vivir aquí, Julius —dice su hermana, y él sabe que debería dejar de tocar y escucharla, pero separarse de la música le supone un esfuerzo. Después de unas cuantas notas más, se pone

derecho y la mira.

—Es pequeño, pero haremos que sea acogedor. —Cree lo que está diciendo: Jeanie es una buena ama de casa y él cuidará de ella—. ¿Ha ido bien la mudanza?

—Todo ha desaparecido —dice Jeanie. Sabe que está siendo deliberadamente obtusa, quiere que él sea consciente de que es culpa suya. Necesita echarle la culpa a alguien.

—¿Qué ha desaparecido?

—Todo —habla con mal humor, como una niña, y luego se enfada —. Alguien se lo ha llevado todo. —Y ve que esa alegría frágil que había en el rostro de su hermano mientras tocaba se ha esfumado—. Le he pedido a Ed que lo trajera, pero ya no estaba.

—No lo entiendo. ¿Las cosas que había en casa de Bridget?

—Las cosas que había en el camino, fuera de la casa —le grita para que se sienta estúpido por no entender lo bastante rápido, o culpable por haber sido feliz.

—¿Todo? ¿Quién narices se las puede haber llevado? —Cierra la tapa del teclado.

—No lo sé, Julius. ¿Quién crees tú? ¿Nathan o sus amigotes? ¿Rawson, o tal vez Ed? Dímelo tú. ¿Quién crees?

Julius se pasa la mano por el pelo, las arrugas de su rostro se vuelven más profundas y luego desaparecen de golpe.

—Son solo objetos. Cosas. —Extiende un brazo y al principio ella se resiste, se aparta de él, pero no tanto como para que él no pueda alcanzarla, y entonces se deja arropar por él y su cuerpo se relaja.

—Es prácticamente todo lo que tenemos. —Está a punto de llorar.

—Venga, venga —dice Julius—. He traído un poco de agua y una bombona de gas. Vamos a hacer una taza de té. Estoy hecho polvo.

Ella se aparta cuando ve que en el remolque que está enganchado a la parte trasera de su bicicleta hay un gran contenedor de agua y un cilindro de gas naranja, ambos sujetos con una cuerda elástica.

—Me han pagado hoy —dice él.

Jeanie sabe que quiere que le dé las gracias, pero no es capaz de hacerlo.

—Había un nido de ratones en un cojín y solo hay una cama individual, y no hay retrete. No podemos vivir aquí, Julius. Es imposible. —El pulso le late en la garganta.

—Es temporal, hasta que se me ocurra algo. Es mejor que vivir con Bridget y Stu, ¿no? —su voz es lisonjera, trata de persuadirla.

—Siempre se te está ocurriendo algo y mira dónde narices hemos acabado.

—Lo estoy intentando. Por el amor de Dios, estoy haciendo lo que puedo.

La rabia de su corazón la obliga a doblarse con una punzada, otra vez tiene las palmas de las manos sobre las rodillas, la respiración acelerada.

—Lo siento. —Él le frota la espalda—. Respira, respira. Despacio.

Cuando logra ponerse derecha, él dice:

—Ven, mira. —Julius empuja la bicicleta y el remolque hacia la caravana y Jeanie no puede evitar seguirlo. Se queda de pie en la puerta, procurando no respirar el aire pestilente, mientras Julius trajina con la mesa y los bancos—. ¿Ves? —dice cuando termina—. Otra cama. Tendremos que hacer algo con los cojines, volver a tapizarlos. Y aquí está el fregadero. —Levanta la encimera para enseñarle el fregadero que ella ya había encontrado—. Enseguida conecto el agua.

Es como un niño al que dejan ir de acampada una noche y está emocionado con el equipamiento: las cacerolas que encajan una dentro de la otra, los tenedores-cuchara y el abrelatas que funciona haciendo palanca con la mano. Pero no ha pensado en lo fatigoso que es usar esas cosas durante más de un fin de semana, ni tampoco en que en mitad de la noche tendrá miedo y querrá volver a su cama de verdad.

—Conecto el gas y nos tomamos una taza de té. Y tengo otra sorpresa para ti: un regalo.

—¿Qué pasará cuando el dueño de este cuchitril nos encuentre viviendo aquí y nos eche? —dice Jeanie desde fuera—. ¿Eh?

—Esto no es de nadie.

—Todo es de alguien.

—Está abandonada, se han olvidado de ella. ¿Por qué si no crees que sigue aquí esta preciosidad? —Golpea el costado de un armario—. Es solo hasta que mejore la cosa. Hasta que ahorremos algo de dinero y podamos alquilar una casa como Dios manda. Será divertido vivir en el bosque. Mira a Maude, le encanta. —Detrás de Jeanie, la perra corre, se detiene para escarbar entre las hojas secas y echa a correr otra vez. Julius sale, va al remolque y coge una bolsa de plástico—. Pon a hervir agua para el té, que tengo aquí tu sorpresa. —Abre la bolsa y se la pasa por debajo de la nariz a Jeanie—. *Fish and chips* —dice con un sonsonete.

Jeanie piensa en Shelley Swift, que vive encima de la tienda de *fish and chips*, y se pregunta si también le compró a ella, pero el estómago vacío le ruge y se le hace la boca agua con el olor a pescado y vinagre. Y una vez más, lo perdona.

23

Jeanie se abraza con fuerza las rodillas, acostada en la cama que Julius ha montado a partir de la mesa y los bancos. Se está congelando dentro del saco de dormir incluso con una manta encima. Desde el otro extremo de la caravana, la respiración lenta y ruidosa de su hermano la tranquiliza e irrita a la vez. Los cojines que tiene debajo de la cabeza están húmedos y su olor se le mete en la nariz. Mañana buscará otro sitio para vivir. Mañana calentará una olla de agua en la cocina y limpiará la caravana a fondo. Mañana sacará los cojines fuera y los pondrá a airear en una zona soleada. Esa tarde, antes de que oscureciera del todo, guardaron dentro los instrumentos y todas las cajas y bolsas que pudieron; el resto lo metieron debajo de la caravana. El piano sigue donde lo dejaron Ed y su amigote.

Se pone boca arriba y sigue los contornos de las manchas mugrientas del techo. Su reloj de pulsera marca las cinco y diez cuando oye las primeras gotas de lluvia golpeando el techo de la caravana. Un tamborileo constante y, un minuto después, un aguacero.

24

En un rincón del salón de The Plough, Jeanie y Julius afinan sus instrumentos. Dos ancianas que están sentadas delante de la ventana de la fachada los observan sin curiosidad con el abrigo puesto. Jeanie se imagina lo que están pensando; lo que se susurrarán la una a la otra más tarde. Frente a las mujeres, sobre la mesa, hay dos copas grandes de jerez casi vacías. Jeanie oye a su espalda el parloteo y el tintineo de vasos y cubiertos de las pocas personas que están comiendo en la terraza interior; a su derecha, el mostrador se curva hasta perderse de vista en el bar, donde la conversación y las risas compiten en volumen. El estampado rojo y con volutas de la moqueta, el cobre batido sobre la chimenea y las luces que se reflejan en las botellas y los espejos le ofuscan la vista, y pensar que solo hay dos personas en el público la hace sentirse abochornada, si bien la idea de que alguien más pueda venir a escuchar —o peor aún, a mirar— le revuelve el estómago. No entiende cómo ha dejado que su hermano la meta en esto.

Jeanie y Julius no han comentado con qué canción van a empezar. Cuando tocan en casa, uno de ellos comienza con una nota y la canción ya ha empezado. Pero aquí, cohibidos, dudan; empiezan, se interrumpen y empiezan de nuevo hasta que Jeanie, exasperada, comienza definitivamente con «As I Walked Out One April Morning». Una de las dos mujeres del fondo coge ambos vasos, los lleva hasta la barra y pasa junto a los músicos de camino al baño de señoras. No se fija en Jeanie. La balada va de una chica francesa que ha sido condenada por el asesinato de su amante y que le pide a su verdugo que su muerte bajo la guillotina sea rápida y precisa, y Jeanie no se había dado cuenta de lo interminable y aburrida que es la canción hasta que la canta en el salón silencioso y casi vacío. Se come el penúltimo verso y Julius, sin percatarse de que ahora parece que la chica sigue viva, toca tres notas más después de que Jeanie haya terminado, se para abruptamente y le echa una mirada inquisitiva. La camarera aparece y sirve otros dos vasos grandes de jerez. La mujer regresa del baño de señoras.

—Deberíamos irnos —dice Jeanie por la comisura de la boca.

—Nunca nos volverán a llamar.

—No quiero que nos vuelvan a llamar.

El bar está en silencio y de repente se llena de risas. Las mujeres del fondo siguen sentadas mirándolos fijamente.

Julius levanta el *fiddle*, toca una nota y empieza muy rápido.

Jeanie dice que no con la cabeza, no puede, no quiere, pero Julius sigue, marcando el ritmo con un pie. Canta: *Hoi, hoi, a pretty little maid*. Grita por encima de los aullidos procedentes de la otra habitación.

—*A pretty little maid*—repite Jeanie desganada.

—*Had a demon lover.*[11]

—*Had a demon lover*.

Las mujeres de la ventana se sientan más derechas. Después del siguiente verso, la camarera regresa al salón y apoya los antebrazos en la barra para mirar. Cuando alguien grita que quiere que le sirvan, ella le responde con otro grito que si quiere beber tendrá que ir al salón: está escuchando a la banda. Julius le guiña un ojo a Jeanie. Hay tres hombres y una mujer en el salón del pub cuando termina esa canción, y dos más cuando tocan el *jig*, «Bryan O'Lynn». Las mujeres que acaban de llegar, de mediana edad y lo bastante borrachas como para tambalearse un poco, se abrazan por la cintura y los acompañan en el estribillo:

> *It'll do, do, do, do*
> *Says Bryan O'Lynn, it'll do.*[12]

Algunas personas gritan títulos de canciones, la mayoría de las cuales Jeanie no conoce, pero tocan una versión de «Scarborough Fair» y el público se balancea de un lado a otro. La gente de la terraza interior termina de cenar y se une a los demás en el salón, y llegan más personas procedentes del bar. Jeanie ve al doctor Holloway sonriendo y a Bridget haciéndoles una foto con el móvil. Detrás de ella está Stu con una pinta en la mano, y la levanta hacia Jeanie. Ella le devuelve la sonrisa, no puede evitarlo, y luego mira hacia abajo. En la mesa junto a ella y Julius, las bebidas forman una fila.

Cada canción es igual que la versión que han tocado toda la vida y sin embargo es diferente, queda modificada por un cambio en el énfasis, por la variación de una palabra, por una alteración minúscula, algo que siempre ha hecho que Jeanie se pregunte en qué punto de la mutación puede decirse que se trata de otra canción. Cuando la gente los acompaña en el estribillo, hace un esfuerzo por escuchar su propia música y sus voces, pero en ningún momento deja de estar pendiente de Julius: si le indica que le está pasando la voz principal, que va más

lento cuando la letra es triste y que va a hacer una pausa antes de la frase final para que terminen juntos, entre aplausos y silbidos. Ponen fin a la velada en armonía, con «Polly Vaughn»:

> *He ran up beside her and found it was she*
> *He turned away his head for he could not bear to see*
> *He lifted her up and found she was dead*
> *A fountain of tears for his true love he shed*
> *She'd her apron wrapped about her and he took her for a swan*
> *And it's so and alas, it was she, Polly Vaughn.*[13]

Mientras caminan de regreso a la caravana, Jeanie piensa que tal vez esté borracha, aunque no sabe cómo es estar borracha y solo se ha tomado un par de todas las copas a las que los han invitado. Está excitada, como mareada y con el pavo subido, y tiene ganas de hablar y de reírse. Julius y ella comentan cada canción que han tocado y la reacción del público, que cantaba fragmentos a voz en grito balanceándose de un lado a otro. Hay luna llena y, bajo su luz, el erial se transforma en un bosquecillo encantador. La basura no se aprecia y solo los árboles y arbustos, en blanco y negro, prevalecen. Jeanie y Julius se detienen junto al piano. La lluvia ha agrietado y descascarillado el barniz, el agua ha penetrado en la parte superior y en la tapa del teclado; algunas notas no suenan y las que sí tienen un timbre duro, sin resonancia. Pero Julius coloca los dedos sobre el teclado y juntos cantan canciones tontas —«There Was a Frog Living in a Well» y «The Herring's Head»—, canciones que cantaban de niños con sus padres. Cantan a gritos, inventándose las partes que han olvidado, sin preocuparse por las notas que faltan, y solo paran cuando los ladridos nerviosos de Maude desde el interior de la caravana se vuelven demasiado histéricos para ignorarlos.

25

La semana después, la euforia por el concierto en el pub le da a Julius fuerza para seguir, a pesar de que se entera por Holloway de que el hombre que quería ir a verlos tocar no pudo pasarse. La próxima vez, piensa Julius. El trabajo en la vaquería no ha terminado, pero ahora va a casa en bicicleta entre ordeños y se afana en sellar la claraboya y el resto de los puntos de la caravana por donde entra la lluvia, en reparar el toldo y cavar una letrina un poco más lejos en el bosque. Siente una energía inagotable zumbando a través de él, no puede parar quieto. Mientras trabaja, piensa en nombres de bandas y se pregunta si un tercer músico supondría una ayuda o un trastorno. Imagina que tocan en un sitio más grande, que van de gira o son cabeza de un festival folk, y cuando mira a la multitud hay una mujer en la primera fila con la piel pecosa, y no pueden quitarse los ojos de encima el uno al otro. Un par de tardes pedalea hasta el pub después del trabajo y se gasta el dinero que ha ganado ordeñando en unas pintas, y otra va a ver a Shelley Swift a su apartamento.

Julius vuelve a la caravana con restos de tablones y una lámina de hierro corrugado que ha encontrado y los guarda junto con la vieja carretilla, que ha sacado a rastras de entre las ortigas con la idea de comprarle un neumático nuevo y arreglar el fondo oxidado. Una noche utiliza el *smartphone* de Jenks para informarse sobre la ley de «posesión adversa», y se imagina viviendo en el bosquecillo durante doce años y reclamándolo como propio. Decide no mencionarle esto a Jeanie todavía, pero piensa que debería sacar tiempo para pintar la palabra *privado* en un tablón y clavarlo en un árbol próximo al área de descanso. Jeanie ya no habla de buscar otro sitio para vivir y Julius cree que se está acostumbrando a su nuevo hogar en el bosque. Aunque a menudo va a la casa para trabajar en el huerto, también friega la caravana, barre el pequeño claro que han hecho delante y prepara la comida en la cocina de dos fuegos. Un día, a la hora de comer, cuando sacan un momento para descansar, se sientan fuera en dos sillas de jardín de plástico que él ha rescatado de un contenedor y, como si no hubiera mirado a su hermana en mucho tiempo, se sorprende de lo conforme que parece. Recuerda la misma expresión en el rostro de su madre a intervalos que a veces parecían durar años. Sin

embargo, había períodos en los que Dot era claramente infeliz, y nunca se le ocurrió preguntarle por qué. Lo que pasaba por la cabeza de la gente era un misterio para él. Recordaba cómo sus padres los utilizaban a Jeanie y a él para hablarse: «Pídele a tu madre que me pase la mantequilla», «Dile a tu padre que se quite las botas dentro de casa». Y en otra ocasión su madre lo había mandado al campo donde estaba trabajando su padre con una nota doblada por la mitad. Julius se la guardó en el bolsillo y se entretuvo por ahí. Estaba buscando una eclosión de plumas en la hierba alta que indicara el lugar en el que un depredador hubiera atrapado un pájaro. Si tenía suerte, habría dejado la cabeza y él podría llevársela a casa para cocerla y agregarla a su colección. Cuando por fin llegó al campo donde tenía que estar trabajando su padre, él ya no estaba allí. Julius sacó la nota y leyó el mensaje de su madre: «Si no vuelves aquí ahora mismo y arreglas la verja del patio como me prometiste, me marcho». Julius sintió un puñetazo en el estómago. Volvió corriendo todo el camino hasta la casa, dispuesto a explicarle a su madre que era culpa suya que su padre hubiera tardado tanto. En la cocina, Jeanie estaba tocando el piano y sus padres bailaban juntos alrededor de la mesa, entre risas. Más tarde, después de la muerte de su padre, Julius cogió la colección de cráneos de pájaros, los treinta y tres, todos cuidadosamente etiquetados con la especie y el lugar donde los había encontrado, y los tiró.

Jeanie deja la radio encendida mientras trabaja: escucha una adaptación de *La feria de las vanidades*, un reportaje sobre la evolución del lenguaje en sus inicios, una entrevista sobre el impacto del Brexit en los precios de la leche ecológica. Hace cortinas y fundas nuevas para los asientos, las cose a mano a partir de un montón de retales. Escucha y cose y procura no pensar en cómo será el invierno en la caravana sin calefacción, con la letrina fuera, el barro y la humedad. Para entonces, habrá encontrado la forma de volver a casa, está segura. No le menciona a Julius nada de eso. La ira que siente hacia él solo regresa durante las noches en que no puede dormir. Entonces se niega a usar la letrina, se levanta de la cama dando pisotones y orina con fuerza y furia en un balde detrás de la cortina que ha colgado en el medio de la caravana, a sabiendas de que el ruido lo despertará.

La mayoría de los días sube con Maude a la casa. Casi nada ha cambiado desde que Ed se llevó las gallinas, salvo que alguien —Rawson, supone— parece haber entrado, ya que la puerta de atrás vuelve a estar cerrada. No puede evitar mirar por las ventanas y recordar su vida tal y como era antes.

El huerto exige atención, todo está madurando a la vez: los rábanos del tamaño de un pulgar, las nubes blancas de las coliflores de

principios de verano, las grosellas peludas, las remolachas extrañamente frías con el extremo húmedo y puntiagudo. Si es capaz de encontrar unos cuantos frascos de vidrio en alguna parte, hervirá las remolachas y las encurtirá con huevos. Desenterrar las primeras patatas de la temporada es su mayor alegría cada año. Empujar la horca en el suelo blando alrededor de la planta amarillenta de la patata y desenterrar el botín de pálidos tesoros. Se sienta en la tierra tibia con una docena en las manos y recuerda cómo su madre le habría dado un empujoncito juguetón con la horca y le habría dicho que había mucho que hacer y que dejara de soñar con aquellas patatas nuevas. Empieza a llevarle verduras a Max otra vez; hay demasiadas para Julius y ella, y es una forma de ir pagando la deuda acumulada de su madre.

Va a casa de Saffron dos tardes según lo acordado y, aunque se toma un descanso para tomar una taza de té con ella y con su hija, no le dice a Saffron dónde vive. Saffron sigue extendiendo cheques y Jeanie se los lleva a casa en la bolsa de plástico que usa en lugar de su bolso, que nunca consiguió encontrar.

Jeanie aprende la topografía del bosquecillo y recorre su perímetro triangular en quince minutos. La caravana está más o menos en el medio, el área de descanso y la entrada están en el lado más corto, y la parte de atrás de algunos jardines colindan con la esquina más cerrada de la cerca de alambre. Nadie la ve. Nadie está mirando. Es invisible; para Julius también, piensa a menudo. A veces él llega a casa más tarde de lo que ella esperaba, pero no le pregunta dónde ha estado ni con quién. Julius coloca un pestillo en la puerta de la caravana, por dentro, y otro, con candado, por fuera, y poco a poco ella se va sintiendo más segura y por las tardes se sienta en una de las sillas de plástico junto al pequeño fuego que han hecho. Jeanie espera que Bridget vaya a visitarla y, al principio se ofende cuando no lo hace, pero luego piensa que tal vez hayan pasado suficiente tiempo la una en compañía de la otra.

Los peldaños de fuera de la caravana son nuevos. Julius los ha construido con restos de tablones y ha colocado ladrillos en el suelo como base para darles estabilidad. Jeanie se sienta en ellos buscando el sol con un bol en el regazo, pela la última patata vieja que les queda y contempla una mariposa que sobrevuela las flores de color rosa y blanco de un rosal silvestre. Dentro de la caravana la radio está encendida, sintonizada en un programa que repite lo mejor de la semana, y Jeanie está escuchando un programa sobre las canciones favoritas de un paisajista japonés. Julius hoy no ha vuelto a casa entre ordeños, y Jeanie está hirviendo agua en una olla para las patatas y para que él se lave cuando regrese. Un día estaba en la tienda del

pueblo y detectó un olor agrio; pensó que tal vez alguna fruta había rodado por debajo del expositor y estaba allí pudriéndose sin que nadie se hubiera dado cuenta. En uno de los estrechos pasillos pasó junto a un hombre que se alejó torciendo el gesto con asco, y entonces reparó en que el olor procedía de ella, de su ropa. Ahora lava algunas prendas todos los días en el pequeño fregadero con agua que calienta en el hervidor y tiende la ropa en una cuerda fuera si hace sol o la extiende por la caravana si llueve.

Para de pelar cuando escucha el carraspeo de un par de motos de *cross*. El ruido no viene de la carretera principal, cuyo zumbido ya no nota a menos que preste atención, sino de la entrada al bosquecillo. Las motos no pasan de largo el área de descanso, sino que el gemido se vuelve más fuerte, más próximo, se oye entre los árboles, y va acompañado de gritos y vivas. Jeanie deja el bol en el suelo y se pone de pie, chasquea los dedos para llamar a Maude. Hay risas, más gritos y motores al ralentí, y después de una pausa, una rápida secuencia de notas al piano y luego un golpe que percibe a través de los pies, y el tintineo de las cuerdas del piano. Se lleva la mano al pecho. Puede que los hombres, sean quienes sean —Jeanie ya se ha hecho una idea—, se queden en las proximidades del piano y la marca de la antigua hoguera.

Pero los motores se acercan y ve pasar dos motos de *cross* amarillas y negras, cada una con una sección central similar al tórax de una avispa. Derrapando en el claro que hay frente a la caravana, los neumáticos giran proyectando lodo y plantas trituradas. Maude ladra con el pelo del lomo y la cola tiesos. Los conductores se ríen y hablan a gritos entre sí mientras se bajan y se quitan el casco: Tom va en una moto; Nathan, en otra, con Lewis en el asiento trasero. Jeanie se acerca a la caravana y Maude se esconde detrás de sus piernas.

—Hemos oído que estabais aquí —dice Lewis—. Menudo cuchitril.

Le da una patada al barreño que Jeanie estaba usando y este se vuelca esparciendo agua, cáscaras y patatas. Lewis se ríe. Jeanie da un paso hacia los hombres y deja que su ira se acreciente, pero Maude sigue ladrando en el ángulo que forman la caravana y los peldaños. Jeanie chasquea los dedos para que pare. Ahora Lewis va a la cuerda donde está tendida su ropa interior y la de Julius, se para detrás de un par de medias, pone la cabeza debajo de la entrepierna y se coloca las piernas a ambos lados de la barbilla, por lo que da la impresión de que lleva puesto un extraño gorro de color tostado.

—Pero vamos, que ya veo que os habéis traído la casa entera —dice Tom dándose aires. Jeanie intenta tener presente lo que Bridget le dijo de su madre.

—O lo que queda de ella —dice Lewis. Sonríe mientras habla, y Jeanie no tiene la menor duda de quién se ha llevado lo que acabó

fuera de la casa.

Nathan está de pie en el claro mirando a su alrededor con atención. Lleva unos pantalones de cuero y una chaqueta de motorista. Tiene el pelo revuelto por el lado por el que se ha quitado el casco y una barba rubia de tres o cuatro días le perfila la mandíbula.

—Quiero que os vayáis ahora mismo —dice en voz baja y firme.

—Quiere que nos vayamos ahora mismo. —Lewis se parte de risa él solo con su pobre imitación de Jeanie.

—Pero si acabamos de llegar —dice Tom. Tiene la nariz y los ojos demasiado grandes para la cara, como si todavía tuviera que crecer más—. Queremos que nos enseñe su preciosa mansión. ¿Verdad, Nath? —Pone un pie en el último peldaño. Maude gruñe, pero solo para intimidarlos.

Aunque está junto a las sillas de plástico, Nathan parece dudar y elige sentarse en un tronco, como si necesitara una invitación para ocupar un asiento de verdad.

—Sí —dice, aunque no parece muy entusiasmado. Saca el paquete de tabaco de un bolsillo y empieza a liarse un cigarrillo.

—Coged vuestras motos e iros, y lo dejamos estar —dice Jeanie. Tom sube otro peldaño—. No puedes entrar ahí. —Le tira de la manga de la sudadera.

—¡Pero bueno, señora! —Tom retira el brazo—. ¿Qué tiene usted aquí que le preocupa tanto? —Un segundo después está dentro y Jeanie no puede detenerlo. Mira a los dos hombres que están fuera, primero a uno y luego al otro, tratando de evaluar qué serán capaces de hacer si no los vigila, y luego entra detrás de Tom.

—Esto es como una Tardis, ¿no? —Recorre a zancadas los dos pasos que hay desde la cama de Julius hasta la mesa y vuelve, mirando todo el tiempo a su alrededor. Jeanie apaga el fuego de la cocina y él coge la fotografía de sus padres que ella colgó en la pared junto al dibujo de Angel, la mira y la vuelve a poner en su sitio, aunque mueve una esquina para que quede torcida. Todavía se oyen voces en la radio, y Tom gira el dial hasta que la conversación entre el paisajista y el presentador se convierte en a un silbido estático. Le da la vuelta rápidamente al cojín largo de un banco, como si pensara que ellos acostumbran a ocultar cosas debajo. Hay un orificio para meter el dedo y acceder al espacio de almacenamiento. Tira de la tapa y deja a la vista más cacerolas, bolsas de plástico y unas botas de goma, y luego deja caer la tapa de golpe. Moviéndose de un lado para otro, abre la puerta corredera de un armario situado encima de la cocina, levanta la tapa del fregadero con un dedo y la suelta.

—He oído por ahí que tenéis algo más que tazas y platos en esta pocilga. —Se acuclilla junto a la cocina, abre el armario para mirar

dentro y, cuando se pone de pie, lo cierra de una patada. La vajilla repiquetea.

Jeanie apaga la radio.

—Mi hermano volverá pronto y no le va a hacer gracia encontraros aquí. —No sabe cuándo llegará Julius a casa, si vendrá directamente del trabajo o si antes pasará por algún sitio.

—No querría yo cabrear al pirado de tu hermano. De vez en cuando lo veo en The Plough, ¿sabes? Estirando como puede un par de pintas para que le duren todo el día.

Ella no piensa entrar al trapo. Tom da un paso hacia la puerta y Jeanie respira aliviada, pero no es más que una artimaña, porque se detiene y se apoya contra la jamba, bloqueándole la salida.

—Yo venía a estos bosques hace muchos años —dice—. Antes de que talaran los árboles y construyeran casas nuevas. Cazaba conejos, palomas, lo que encontraba. Podría volver aquí un día de estos con mi escopeta. Yo creo que todavía quedan cosas que cazar. —Extiende el brazo derecho y apunta hacia ella formando con la mano la silueta de una pistola, dos dedos hacia afuera, dos enroscados hacia adentro, el pulgar amartillado, y luego se gira y dirige el arma hacia Maude, que está fuera. El brazo retrocede—. *Pum, pum* —dice disparando. Jeanie se estremece y Tom baja el brazo y mira con indiferencia a su alrededor—. Venga, dime dónde está para que podamos largarnos.

—¿Dónde está el qué?

Tom tira de un cajón y este se sale por completo; todo lo que hay dentro —cubiertos, un prensapatatas, cucharas y el atizador— se estrella contra el suelo.

—Uy —dice—. Qué desastre.

—¡Fuera! —Jeanie le arrebata el cajón y lo sostiene frente a ella como si fuera un escudo.

—He oído que tienes un buen fajo de billetes escondido por aquí en algún sitio. Un sobre marrón lleno de billetes.

Piensa en cuando le dio el dinero a Ed en la camioneta. Se giró a un lado, pero tal vez no lo suficiente. O en cuando le mostró el sobre a la señora Rawson desde el otro lado de la isla de su cocina.

—No tenemos dinero, imbécil. ¿Crees que estaríamos viviendo aquí si lo tuviéramos?

—Hay gente para todo. Igual os gusta cagar en el bosque.

Jeanie oye un redoble procedente de fuera, una cadencia hueca y regular, y empuja a Tom para alcanzar la puerta sin dejar de apretar el cajón contra su pecho. Lewis está sentado en una silla de plástico con el barreño boca abajo entre las rodillas. Con los dedos extendidos marca un ritmo constante. «¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero?», canta. Nathan sigue sentado en el

tronco fumándose un cigarro y mirando al suelo.

—Basta —le dice Jeanie a Lewis—. ¡Basta ya! No hay ningún dinero. —Se acerca a él y le quita el barreño, de forma que lo sostiene con una mano mientras que con la otra sujeta el cajón, como si estos fueran los únicos objetos que hubiera conseguido salvar de una casa en llamas o de un barco que se hunde. Tom baja los escalones y Maude retrocede hasta el espacio que hay debajo de la caravana.

—¿Jeanie? ¿Hola, Jeanie? —grita una voz de mujer, y un segundo después, Bridget, con la piel brillante y el bolso colgado del hombro, aparece frente a la caravana—. Así que aquí es donde te has estado escondiendo estas dos semanas —dice como si lo hubiera estado practicando, incómoda por no haber ido a visitarla antes. Al instante, repara en todo lo demás: la caravana destartalada, las motos, los dos jóvenes y, por último, su hijo. Su expresión pasa de la sorpresa a la confusión, y después a algo que a Jeanie le cuesta interpretar, recelo, quizá.

—Mamá —dice Nathan. Tira el cigarrillo y lo aplasta con una bota.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —dice ella—. ¿Y Lewis? Y tú también, Tom—. Vuelve la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Los amigos de Nathan la saludan con la cabeza y murmuran un hola. Solo entonces Bridget se da cuenta de que Jeanie está sosteniendo un barreño y un cajón—. ¿Qué está pasando?

Tom se acerca a su moto, se pone el casco que dejó en el asiento, pasa una pierna por encima y la arranca.

—Tengo que irme, señora Clements —dice por encima del ruido del motor.

—Espera un minuto —dice Bridget.

Tom se vuelve hacia Jeanie y sonríe.

—Muy amable por su parte dejarnos venir a ver su nueva casa, señorita Seeder. No le quepa duda de que volveré pronto.

Jeanie se aferra con más fuerza al barreño y al cajón. Lo miran irse.

—¿Jeanie? —dice Bridget—. ¿Estás bien? —Se dirige hacia ella, pero frente a los escalones de la caravana las seis patatas peladas en el suelo hacen que se detenga. Sus entrañas pálidas y desnudas están manchadas de tierra, y un talón ha aplastado dos de ellas. La mirada de Bridget va de Jeanie al estropicio, y de ahí a Nathan.

—Me voy a ir yendo yo también —dice Lewis, y cuando está junto a la moto, parece sorprendido de necesitar a Nathan para marcharse.

Nathan se pone de pie y pasa por detrás de Jeanie y Bridget dibujando un círculo amplio, como si pensara que su madre fuera a estirar el brazo y agarrarlo.

—Nathan —dice Bridget—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué

habéis venido a ver a Jeanie?

—Deja que se vaya —dice Jeanie. Quiere que todo aquello se acabe.

—Hasta luego, mamá. —Nathan se pone el casco, se sube a la moto y la arranca.

—¿Qué habéis estado haciendo tú y Tom? Bájate de ahí ahora mismo y respóndeme. —dice elevando la voz.

Nathan arranca, pero Lewis, tal vez pensando que es de mala educación irse mientras la madre de Nathan está hablando, no se mueve.

—Solo nos estábamos echando unas risas —dice.

—No me parece que Jeanie se esté riendo.

—Me alegro de verla, señora Clements —dice Lewis sentándose detrás de Nathan y poniéndose el casco.

Bridget se coloca junto a la alta rueda delantera de la moto.

—Espero que no sigas trabajando para los Rawson —dice furiosa —. ¿Te han mandado ellos aquí?

Nathan no la mira, no responde. Lewis coloca las manos en la cintura de Nathan, la moto ruge y Bridget da un salto hacia atrás.

Mientras observan a Nathan y Lewis irse, a Jeanie se le ocurre que, aunque Tom había ido a por el dinero, Bridget tiene razón: Nathan no participó en la búsqueda ni en los cánticos y seguramente fue a la caravana por otro motivo, para algo de los Rawson, y no está segura de qué puede ser.

—¿Has pasado por delante de un piano? —le dice Jeanie a Bridget. Deja el barreño y el cajón y se pone en cuclillas frente a la caravana, chasqueando la lengua. A Jeanie le parece oír a Maude jadeando allí abajo, soltando gemiditos al final de cada respiración.

—He visto algo que me ha parecido un piano —dice Bridget.

Jeanie se da una palmadita en el muslo, pero la perra no acude.

—Estaba volcado. Ed le ha dicho a Stu que le pediste que lo trajera. ¿En qué estabas pensando? ¿Y por qué has invitado al tal Tom?

—Que los parta un rayo. Me encantaba ese piano. —Ahora que los hombres se han ido, está temblando no solo de rabia, sino también de miedo—. Yo no los invité, qué narices. Aparecieron de la nada y se pusieron a destrozarlo todo y a amenazarnos a mí y a Maude.

—Ay, Jeanie. Le diré a Stu que vuelva a hablar con Nath. Esta vez tendrá que escucharlo.

—Y las puñeteras patatas se han echado a perder.

—Vamos. No te preocupes por las patatas. Siéntate. Ya se han ido. —Bridget le aprieta el brazo a Jeanie—. He venido para ver cómo os iba. ¿Qué te parece si nos hago una buena taza de té? —Mira a su

alrededor, duda que sea posible.

Jeanie no quiere sentarse, la ira se está despertando en su interior y quiere dejar que se apodere de ella más que nunca, que corra por sus venas y penetre en su mandíbula, en sus encías, que suelte chispas en las raíces de sus dientes y descienda hasta su corazón. Podría ser cualquier cosa: boxeadora, luchadora, asesina. Respira profundamente por la nariz, se lleva el dedo al cuello y suelta el aire lentamente.

—Estoy bien, Bridget. No te preocupes. Pero hay algo que quiero enseñarte, algo que quiero que hagas por mí. —Jeanie se dirige a la caravana y Bridget la sigue esquivando las patatas y, una vez dentro, los cubiertos esparcidos por el suelo.

—¿Esos chicos han hecho esto?

Jeanie levanta el papel pintado del armario de la cocina que Tom abrió y saca el sobre marrón vacío.

—Espera, que recojo todo esto. —Bridget se inclina hacia el suelo.

—Déjalo. Siéntate y ya —dice Jeanie—. Por favor —añade más suavemente. Bridget se sienta en el sofá de Julius—. Este es el sobre donde estaba el dinero. El que encontré en el estuche del banjo de mamá. Le di algo a Stu para devolverle parte del préstamo que le hizo a mamá, y el resto a Ed por mudarnos aquí. —No piensa reconocer que cometió el error de pagarle demasiado a Ed.

Bridget deja el bolso en el suelo a su lado.

—Sé que Stu espera que le des lo que falta. Pero se suponía que no tenías pagarle a Ed por mudaros, la idea es que fuera un fav…

—Bridget. —Jeanie la interrumpe antes de que pueda continuar y le tiende el sobre—. Quiero que me digas lo que está escrito en el anverso. —Bridget coge el sobre con cautela, pero no lo mira—. Sé que es la letra de mamá, pero no soy capaz de descifrar lo que dice.

—¿Por qué no lo lees? Aunque, ahora que lo pienso, tu madre tenía una letra horrible; siempre le decía que no había quien la entendiera.

—Porque no puedo.

—¿No puedes leerla? —Bridget no ha mirado el sobre y parece abochornada por Jeanie.

—No sé leer ni escribir, no en condiciones. Sé que lo sabes. —Ella siempre creyó que admitir esta carencia, este defecto, esta estupidez, en voz alta supondría un esfuerzo monumental, pero las palabras salen con facilidad y no siente ninguna vergüenza.

La boca de Bridget se abre un poco y luego se cierra.

—Bueno, algo sabía, pero…

—¿Qué dice? —Jeanie inclina la cabeza hacia el sobre.

Bridget duda, suspira, baja la vista y alisa el papel sobre sus grandes muslos. Por fin, habla.

—Spencer.

No parece sorprendida.

—¿Spencer? —dice Jeanie—. ¿Qué? ¿Como Spencer Rawson?

—Spencer Rawson, justo.

—¿Mamá escribió el nombre de pila de ese hombre? —Julius, su madre y ella nunca habían usado el nombre de pila de Rawson en las raras ocasiones en que hablaban de él. Ni siquiera usaban nunca *señor*. De alguna manera, parece imposible que Rawson tenga un nombre de pila, porque eso significaría que tuvo padres y que en algún momento fue un bebé.

—No es tan malo, Jeanie. Dale una oportunidad.

—Mató a mi padre.

Bridget baja la vista, le tiende el sobre, y cuando Jeanie, todavía de pie, no lo coge, lo deja a su lado en el asiento y con un quejido se arrodilla en el suelo y empieza a recoger los cubiertos y el atizador.

—No te preocupes por eso —dice Jeanie, pero espera hasta que Bridget lo ha recogido todo. Bridget se levanta con esfuerzo y busca el cajón a los lados y, tal vez recordando que está fuera, deja las cosas sobre la encimera, donde se desparraman con estrépito.

—¿Qué pasó entre mamá y Rawson? —dice Jeanie.

—Olvídalo —dice Bridget—. Tu madre se ha ido. Es agua pasada.

26

Cuando Bridget se va, Jeanie recoge las patatas. Dos están tan hundidas en la tierra que tiene que sacarlas con un cuchillo. Las arroja a los arbustos, enfadada consigo misma por no haberse enfrentado con más energía a Tom, por no haberlo echado a empujones de la caravana. Las demás patatas las pone a hervir en una olla, y en el otro fuego fríe seis salchichas en una sartén hasta que se doran, y luego le añade al agua de las patatas unos cuantos puñados de judías que recogió esa mañana.

Cuando las salchichas, las judías y las patatas están listas, las sirve, coloca una tapa de cacerola encima de cada uno de los platos para que la comida se mantenga caliente y se sienta en una silla de plástico con una manta sobre los hombros a esperar a Julius. A las nueve, cuando los arbustos y los árboles se llenan de sombras, deja el plato de Julius en el suelo y le silba a Maude. Se sienta con su plato en el regazo y come como una salvaje, cogiendo las salchichas con los dedos. Sabe dónde está Julius. Está con Shelley Swift, sentado en su sofá, a gusto y calentito, viendo la televisión, los dos acurrucados, los pies de ella en el regazo de él. Jeanie tira el resto de su comida al suelo, pero la perra sigue sin aparecer. Silba varias veces. Está segura de que Julius llegará a casa más tarde. Tiene que levantarse temprano para ir otra vez a Stockland's Farm, al otro lado de Froxfield, a ordeñar. Se sienta y observa a los murciélagos, veloces sombras negras que revolotean entre los árboles. Si Julius no vuelve pronto, echará el cerrojo de la puerta de la caravana y tendrá que llamar para entrar, y entonces ella tardará lo suyo en levantarse de la cama. Llama a Maude y entra, deja la puerta de la caravana abierta. Primero se hará un chocolate, la leche está a punto de ponerse mala. Cuando el cazo está en el fuego, se asoma a la puerta y la llama una vez más, pero la perra sigue sin venir. Apaga el gas y silba desde el último peldaño. De repente piensa que se han ido juntos, Maude y Julius, a explorar lo que hay fuera, en la oscuridad, sin ella. Julius lleva años sin pasar una noche fuera de casa, y seguramente no lo haría sin avisarla, y Maude, al final, siempre vuelve. Pero ¿cuándo la vio por última vez? ¿Cuando se fue Bridget o después? Tal vez antes. A Jeanie se le ocurre que quizá Julius esté herido, a lo mejor una vaca le dio una coz, le rompió la mandíbula y

está en el hospital sin poder avisarla. El muy imbécil.

Pero no necesita a Julius; es perfectamente capaz de cuidar de sí misma y de la perra. La perra de las narices. La llama y luego va a buscar la linterna, plateada y pesada como una porra, y tiende el oído: trata de distinguir los sonidos de la perra, los ruidos de Julius volviendo a casa a trompicones, los acelerones de una moto de *cross*. Recuerda a Tom formando con el brazo y la mano la silueta de un arma y disparándole a Maude. Solo se oyen los crujidos y los correteos normales entre los matorrales, el ulular de un búho, un coche en la carretera de vez en cuando. El bosquecillo la asusta menos que cuando llegaron por primera vez y nunca le ha tenido miedo a la oscuridad, pero ahora algo parece distinto. Conoce la ubicación de cada arbusto y árbol, dónde se conectan los senderos y cómo esquivar los restos de las estructuras de ladrillo. Brilla una luna creciente que hace que las sombras sean más negras, pero los lugares donde la luz se proyecta están lo bastante iluminados como para ver sin la linterna.

—¡Maude! —grita. Frente a la caravana silba, se da la vuelta, vuelve a silbar. Tiene los labios secos y el silbido parece viajar solo uno o dos metros.

Primero camina hacia la letrina. Julius va a cavar otro hoyo la semana siguiente y moverá la desvencijada estructura tipo cobertizo que ha construido a su alrededor. Cuatro tablones cortos rodean el hoyo para asegurar los bordes. Hay otra tabla para tapar el agujero, pero es difícil de manipular y la mayoría de las veces no se molestan en utilizarla. Cuando llega a la letrina llama, pero no le gusta oír su voz lejos de la caravana, como si pudiera haber gente escuchando. Huele a tierra húmeda, a nada raro. ¿Debería haber cerrado la puerta de la caravana? Puede que hayan alejado a Maude con engaños para que ella, Jeanie, también se aleje. Rápidamente, alumbra el agujero con la linterna: está oscuro, pero no es tan profundo como para que Maude hubiera desaparecido de haberse caído dentro. No hay ningún perro allí abajo. Piensa que tal vez ya haya regresado a la caravana, pero cuando Jeanie vuelve no hay señales de ella, y las salchichas y el resto de la comida siguen en el suelo, intactos.

Jeanie cierra la puerta con candado y recorre el resto del bosquecillo llamándola y silbando. Cuando completa el círculo, no puede evitar correr hacia la caravana, segura de que verá a Maude descansando en el suelo con las patas delanteras extendidas, o a Julius golpeando impacientemente con el pie el tocón de un árbol, aunque por supuesto ambos la habrían oído gritar. Una vez más, no hay nadie allí. Ni rastro de la perra. Se sienta a la mesa dentro durante un rato, pero no logra calmarse. Con cada ruido quita el pestillo esperando ver a Maude, mojada y llena de barro. Silba desde la puerta. Es medianoche y está furiosa con Julius. Si no estuvieran viviendo aquí,

en este erial repugnante, esos hombres no habrían venido y Maude no se habría escapado. El bosque está en silencio. Puede que la perra haya llegado hasta la carretera principal siguiendo el olor de un conejo y en este momento esté herida en el arcén.

Con las botas de goma puestas, Jeanie trota por el bosquecillo con la mano en el pecho como para proteger el huevo que es su corazón. En la carretera principal la oscuridad es total hasta que pasa un coche a toda velocidad y ella casi se cae en el seto, y un par de conductores, al verla en el último segundo, tocan varias veces el claxon y le hacen las luces. Vuelve caminando con dificultad hasta la caravana y se acuesta en la cama de Julius completamente vestida, con las botas puestas y la pesada linterna a su lado. Ve dar las tres en su reloj de pulsera y se queda dormida.

Solo una pinta rápida, piensa Julius mientras atraviesa el pueblo en bicicleta de vuelta de su jornada en la vaquería. Van a darle más sustituciones y piensa que, dejando a un lado la peste a mierda y los madrugones, le gustan las vacas y probablemente este trabajo de ordeñar se le dé bastante bien. A lo mejor podría hacerlo a tiempo completo, quizá podría ahorrar lo suficiente para que él y Jeanie pudieran dar una fianza y alquilar un sitio decente, comprarse un rebaño de vacas, arrendar un campo. No puede ser tan difícil. Cuando sale del pub, no se resiste a pasar con su bicicleta por delante de la tienda de *fish and chips*. Apoya la bicicleta contra la ventana y le escribe un mensaje a Shelley Swift: «¿Qué haces?». Se imagina que oye pitar el teléfono de ella arriba. «Leer», contesta inmediatamente. «¿Estás en casa?», pregunta él. «¿Por qué?», le envía. «Mira por la ventana», escribe justo antes de que se le acabe la batería del teléfono.

Su intención es volver a la caravana; Jeanie le habrá hecho la cena y no está acostumbrada a estar allí sola después de que anochezca. Pero tiene a Maude, piensa, estará bien. Shelley Swift lo invita a tomar una copa y luego a quedarse a cenar —la cena resulta ser *fish and chips* de abajo, que paga él—, y una cosa lleva a la otra. Incluso cuando se despierta en mitad de la noche su intención es irse, pero se queda tumbado en la penumbra pensando en el esfuerzo de encontrar su ropa, que forma un rastro desde la sala de estar hasta el dormitorio, como en una escena de seducción en una novela romántica, solo que fue Shelley Swift quien lo sedujo a él. Le acaricia la espalda y vuelven a hacer el amor. Por la mañana, cuando se despierta del todo, estira el brazo para tocarla una vez más, pero ella se ríe y le da un codazo y le dice que tiene que irse a trabajar. Él oye la ducha, luego el hervidor en la cocina, y el olor a tostadas llega hasta la habitación. Todavía está en la cama cuando ella vuelve, se quita la bata y elige ropa interior de un cajón. Deja en precario equilibrio media rebanada de

pan tostado con Marmite sobre una pila de libros de bolsillo. Cuando pasa junto a la cama, él la agarra y ella cae hacia atrás riéndose. La besa y nota el horrible sabor a Marmite, pero la desea.

—¿No tienes que irte a trabajar o algo? —dice ella escapando. Recoge los calzoncillos de él y se los lanza. Julius debería haber llegado a Stockland's Farm hace tres horas, pero no le importa—. Vamos, zángano, arriba y fuera de aquí ya.

Julius se incorpora sobre los codos y la observa mientras se viste.

—¿Puedo verte esta noche? —pregunta.

—¿Esta noche? —Dobla el resto de la tostada, se lo mete en la boca y enciende el teléfono. Él se acuerda de que el suyo está muerto y de que el cargador está en la caravana—. No estoy segura —dice con la boca llena—. Seguramente aproveche para recuperar sueño atrasado. —Le guiña un ojo y luego mira algo en la pantalla, escribe rápido con ambos pulgares, y solo cuando termina le presta atención —. Tengo que irme. Asegúrate de cerrar bien la puerta de entrada cuando te vayas. —Y le tira un beso desde la puerta del dormitorio.

Justo después de las seis, el sol de la mañana golpea a Jeanie en los párpados y la despierta. Fuera, todo está como antes de que se quedara dormida: la hoguera, las sillas de plástico, la cuerda de tender. Un zorro u otro animal ha escarbado en la cena de la noche anterior, pero no puede haber sido Maude, porque ella se la habría comido toda. El aire es limpio y frío, y el tímido sol la calienta cuando vuelve la cara hacia él. Silba llamando a Maude y tiende el oído: solo el canto de los pájaros y el tráfico de primera hora en la carretera. Sin ningún motivo, salvo que no se le ocurrió la noche anterior, se pone en cuclillas para mirar debajo de la caravana. En un extremo hay unos tablones y hierro corrugado que recogió Julius, pero en el medio la hierba es larga y amarilla, y está cubierta de zarzas. Un bulto pardusco yace entre las plantas, inmóvil. A Jeanie se le corta la respiración y de repente está boca abajo escarbando la tierra y diciendo: «No, no». Se arrastra hacia el bulto —ahora con forma de perro, está segura— sin reparar en las espinas que le desgarran la piel y la ropa. Es una caja de cartón, una que dejaron fuera bajo la lluvia el día que llegaron y que debieron de vaciar y empujar allí debajo para que no estorbara. Jeanie se queda tirada en el suelo con los pies metidos en las botas de goma, que sobresalen junto a los escalones, y la cabeza apoyada en el cartón medio podrido, y llora.

27

Durante todo el día, mientras Julius palea mierda de vaca —es lo que le ha tocado por llegar tan tarde a su turno—, los detalles de la noche anterior con Shelley Swift regresan en forma de fogonazos produciéndole una descarga. La mancha de color café en la parte superior de un muslo, el tono rosáceo de las uñas de los pies sin esmalte, el hueco donde la nuca se junta con el cuello, el pelo oscurecido por el sudor. Ella, por su parte, parecía disfrutar de la atención que él le prodigaba y era una amante mucho más entusiasta y elocuente que cualquiera de las tres mujeres con las que se había acostado de joven. Cuando vuelve en bicicleta desde la vaquería hasta la caravana, el zumbido de Shelley Swift corre por sus venas.

A última hora de la tarde, Jeanie se sienta en el escalón de arriba con otro barreño de agua en el regazo, esta vez con zanahorias en el fondo, y les da vueltas con la mano tratando de concentrarse en lo que tendría que estar haciendo. Siente que tiene la cabeza como un bombo, demasiado grande en comparación con el resto del cuerpo, después de la caminata hasta la casa y por los campos de alrededor en busca de Maude. No hay nada para cenar aparte de esas zanahorias. No hay leche, ni pan para el desayuno ni para los sándwiches de Julius; tampoco huevos, y le da igual. Ella espera y lava zanahorias.

Oye llegar a Julius, reconoce el siseo de la bicicleta que él empuja por el bosquecillo. El ruido de las ramitas que se parten bajo sus pies.

—Hola —dice al llegar.

—Hola. —La palabra apenas sale de su boca y no piensa mirarlo.

—Vale, vamos a quitarnos de encima las disculpas de una vez. Lo siento. —Julius apoya la bicicleta contra la caravana y se acuclilla junto a ella con un gemidito de cansancio—. Siento haber pasado fuera toda la noche. Siento no haberte avisado.

Ella detecta la sonrisa en su voz. Las zanahorias están limpias, pero las enjuaga y observa cómo se deposita la tierra. Detecta el olor a sudor y la peste fétida, a mierda, de las vacas. No hay agua caliente para que Julius se lave.

—Puedes hacer lo que quieras, Julius —dice por fin, y las palabras

echan humo—. No soy tu madre y tienes cincuenta y un años. —Ella es la olla que está en el fuego, al fondo se forman burbujas, de un momento a otro el agua romperá a hervir.

—¿Qué hay de cenar? —dice Julius, todavía tratando de arreglarlo. Se pone de pie, se estira.

—No sé, ¿qué hay de cenar?

—No seas así. Llevo todo el día trabajando. Me muero de hambre. Quiero lavarme, cenar y acostarme.

—¿No cenaste suficiente anoche? ¿No dormiste suficiente? —Ella habla en voz baja.

—¿A qué viene eso?

—O vives aquí o no vives aquí.

—Los *dos* vivimos aquí.

—Mientras *vivías aquí*, Nathan y sus dos matones vinieron en sus motos de *cross*, me amenazaron y lo destrozaron todo. Creían que teníamos dinero escondido. ¡Dinero!

—Ay, Jeanie. —Le quita el barreño, lo deja en el suelo y, cogiéndola de las manos con delicadeza, la obliga a ponerse de pie.

Si deja que Julius la abrace, sabe que toda su ira se disipará. No piensa llorar. Palpa con el pie el escalón que hay más arriba a su espalda y retira las manos.

—¡Ya está bien de «Ay, Jeanie»! Tampoco sabes que Maude ha desaparecido. Deben de haberla atropellado o a lo mejor la han envenenado. O le han pegado un tiro, quién sabe. ¡Creía que esos canallas iban a matarme a mí también! —No sabía que pensaba así, pero ahora, por cómo le tiemblan las manos, ve que sí.

—Deberías haber venido a buscarme.

—¿Adónde? ¿A casa de Shelley Swift?

—Sabes que estaba en Stockland's.

—¿Y de qué habría servido? —Se agarra a los lados de la puerta, los acuciantes golpecitos de su corazón la incitan a seguir.

—¿En qué quedamos, puedo ayudar o no?

—Ya no me importa. En serio, no me importa. Creía que esto era cosa de los dos, pero ya veo que no.

Desde el pie de los escalones Julius extiende el brazo hacia ella, un instante de contrición o culpa.

—Sí que es cosa de los dos. Nos vamos a cuidar siempre el uno al otro.

—¡No si no estás aquí! ¿Cómo nos vamos a cuidar si no estás aquí?

—Jeanie, por favor.

De repente, Jeanie se queda sin energía para enfadarse.

—Vuelve con Shelley Swift. En serio. Creo que deberías irte. Estoy

bien aquí. Me las apañé sin ti anoche y me las seguiré apañando. —Jeanie lleva la mano hacia la puerta. Cuando intenta cerrarla, el lateral le araña el cuerpo a Julius y él tira de la puerta con violencia, pero Jeanie cierra de golpe y durante un segundo le pilla los dedos a Julius, que los saca de un tirón, maldiciendo. Echa el pestillo rápidamente y apoya la espalda contra la puerta, con la cabeza erguida.

—¡Dios! Jeanie, no seas tonta. Abre la puerta.

Jeanie se aprieta el corazón, que martillea; son los mismos golpes que Lewis daba en el barreño.

—Vete, Julius. No te necesito.

Lo ve de refilón por la ventana que hay junto a la puerta. Antes de que él llegue a la ventana del otro extremo, ella corre las cortinas y se sienta en el sofá. Apoya la cabeza en las manos, está mareada, espera no desmayarse. Julius vuelve a la puerta y los mamporros la sobresaltan.

—¿Sabes qué? —grita—. Eres igual que tu madre. ¿Por qué no puedo pasar tiempo con una mujer? ¿Una que no sea mi madre o mi hermana? ¿Qué tiene de malo? Es completamente normal. Mamá siempre tenía algo que decir de cualquiera que me gustara, se dedicaba a sacarles defectos, me desanimaba. No era más que una táctica para que me quedara en casa. ¡Igual que hizo que tú te quedaras en casa, Jeanie! Pues ahora ya no está, ni ella ni la casa de las narices, así que ¿por qué no voy a tener una vida, alguien a quien amar? Tú misma lo has dicho, tenemos cincuenta y un años. ¡Cincuenta y uno! Menuda mierda. Deberías salir, Jeanie, irte de casa de una vez. A lo mejor hasta te lo pasas bien.

Ella no responde ni abre la puerta, y lo oye irse. Le duele la garganta, una opresión le baja por el pecho. Se pone de pie, apoya una mano en la encimera para mantener el equilibrio y llama a su hermano por su nombre, pero él ya se ha ido.

Julius pedalea a las bravas hasta el pueblo cuando ya es casi de noche, y llega acalorado y sudoroso. Se sienta durante una hora junto a Jenks en el bar de The Plough. Compra la última bolsa de cortezas de cerdo que cuelga de un expositor de cartón y un paquete de cacahuetes salados y se los baja con una segunda pinta de bitter. Trabajar en la granja siempre le da hambre y sed. Está enfadado con Jeanie por no dejarlo entrar, incluso si tiene motivos. Luego se siente culpable y piensa que al día siguiente llamará a la Policía o a la ADPCA por el tema de la perra, aunque todavía tiene que recoger el maldito cargador de la caravana. Irá a ver a Stu por lo de Nathan y los otros; de hecho, irá adonde puñetas viva Nathan y le dirá un par de cosas.

Jenks le dice a Julius lo genial que estuvo la actuación, lo increíblemente bien que toca y canta Jeanie, como si Julius no fuera uno de los músicos, como si ni siquiera hubiera estado allí. Julius se muestra de acuerdo haciendo unos ruiditos mientras piensa en Shelley Swift y se pregunta si dentro de unos meses se estarán contando el uno al otro la historia de cómo se conocieron y se convirtieron en amantes, novios, compañeros, o como se diga cuando tienes cincuenta y un años: la ventana atascada, la luz del piloto, su primer beso en el descansillo, el rato en el bosque y la sesión de *fiddle*. A las nueve y media, Julius se ha hartado de la interminable cháchara de Jenks sobre partidos de fútbol y chistes viejos de aldabas y sacerdotes. Está de pie en la puerta del pub. Llueve, y se pregunta si Jeanie se habrá calmado lo bastante como para dejarlo entrar. El camino en bicicleta bajo la lluvia hasta la caravana es demasiado largo de no ser así. Le quita el candado a la bicicleta y la empuja rápidamente a través del pueblo.

El dolor en el pecho de Jeanie crece hasta convertirse en una quemazón que no puede ignorar. Toma un par de analgésicos con un trago de agua y se lleva un puño con fuerza al centro del pecho preguntándose si le ha llegado la hora. Todas las pausas que hizo, todas las cosas que su madre le prohibió, todos los sitios a los que no fue: todo ello se reduce a este momento. Pueden pasar horas antes de que Julius regrese, si es que regresa. Se imagina que la encuentran en la caravana al día siguiente o dentro de una semana. Moribunda o muerta. Se tumba en la cama y llora de dolor, y por Maude, y por ella. La lluvia golpea el techo de la caravana. Por primera vez piensa que ojalá tuviera un teléfono móvil. Después de una hora en la que ninguna postura, ni de pie ni acostada, le alivia el dolor, coge la linterna porque fuera está oscuro, cierra la caravana y echa a andar. Su abrigo no es del todo impermeable, no pensó en traer un paraguas cuando se fueron de la casa, y la lluvia le cae por la cara y la nuca. Cada pocos pasos tiene que descansar, se dobla y gime, la linterna ilumina las puntas embarradas de sus botas de goma. En el pueblo se dirige a la cabina telefónica que hay junto a la parada del autobús. Llamará a la policía por lo de Maude, llamará al móvil de Julius —aunque no está segura de acordarse del número—, llamará a una ambulancia. Pero cuando abre la puerta roja el teléfono ya no está, y en su lugar hay una caja circular de color amarillo con la imagen de un corazón y un rayo que lo atraviesa, y una figura arrodillada junto a otro cuerpo con las manos en el pecho. Le recuerda a Julius arrodillado junto al cuerpo de su madre en el suelo de la cocina, hace solo seis semanas. Puede que Julius esté en The Plough, sentado con una pinta en el bar, y no en casa de Shelley Swift. Por favor, piensa,

no me hagas llamar a la puerta de Shelley Swift para preguntar por mi hermano; no levanta la vista cuando pasa frente a la tienda de *fish and chips*. Son poco menos de las diez y las luces amarillas del pub refulgen a través de las ventanas. Se percibe acogedor, cálido, seco. Entra en el bar, donde hay algunas mesas ocupadas, una máquina tragaperras tintinea para sí misma y el único hombre que hay allí se vuelve para mirarla.

—Eres Jeanie, ¿no? —dice el hombre—. Jenks. —La saluda con la cabeza—. ¿Cómo vienes andando con esta lluvia? Deja que te traiga algo de beber. Un ponche caliente te vendrá bien.

—¿Está aquí mi hermano? —dice ella.

—Acaba de irse. Ha tirado calle arriba. —Jenks inclina la cabeza con una sonrisa de complicidad en la cara—. Ya sabes. Calle arriba. ¿Qué vas a tomar?

Otro espasmo la atenaza y Jeanie se agarra a la barra. Toma aire y lo suelta lentamente.

—Nada, gracias. ¿Puedes llamarlo o enviarle un mensaje?

Jenks coge su teléfono, que está junto a la pinta.

—No hay problema. Igual mejor un mensaje. Vete a saber en qué andará. —Levanta las cejas—. ¿Te has quedado sin saldo? ¿Estás bien?

Jeanie intenta sonreír.

—Pídele que vuelva a casa, ¿quieres? A la caravana.

—¿No quieres que venga aquí? —dice Jenks.

—Lo antes posible. Es una emergencia. A la caravana —repite. Jeanie es incapaz de esperarlo en el pub hablando con Jenks, fingiendo que todo va bien.

—Lo antes posible —dice Jenks.

—Y dile…, dile que lo siento.

—Vale —dice Jenks escribiendo con el dedo índice en su teléfono.

Las luces están encendidas en la sala de estar encima de la tienda de *fish and chips*. Julius empuja su bicicleta hasta el callejón y le pone el candado. Llama a la puerta de Shelley Swift y la oye bajar las escaleras.

—Julius —dice ella, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba pensando en ti —responde.

—¿En serio? —Se ríe. Una risa feliz, piensa él; una risa de qué-alegría-verte. Pero ella se queda en la puerta y no lo invita a subir y él se da cuenta de que tiene un libro en la mano, *Muerte en la tarde*, cerrado sobre el dedo índice para no perder la página—. ¿Y en qué estabas pensando? —pregunta.

—En todo y en nada.

—Sí, pero ¿en qué exactamente? —Su sonrisa es tímida, como si hubiera una palabra secreta que él tuviera que decir para que ella lo dejara entrar.

—En que no me canso de ti.

Parece que esto la complace.

—Entonces será mejor que entres.

Él la sigue escaleras arriba. Ella lleva un jersey ancho y un pantalón de chándal gris con la palabra JUGOSO en una pernera. Julius solo quiere ponerle las manos en el culazo y llevarla otra vez a la cama, pero en cuanto entra en la sala de estar se siente torpe y no sabe qué decir y, aunque no lo había notado en el pub, de repente se da cuenta del olor acre a granja y a sudor que desprende. Siente una oleada de ira porque Jeanie no lo dejó entrar en la caravana al menos para lavarse después del trabajo. No es de extrañar que esté sola, hasta la perra la ha abandonado. Enseguida se avergüenza de lo que acaba de pensar. Mientras Shelley Swift hace café, él va al baño, humedece la esquina de una toalla de manos y se frota el cuello. Intenta olerse las axilas y también se las lava.

Julius se sienta en el sofá junto a la gata gigante de Shelley Swift. Las novelas de bolsillo forman una pila en la mesa de centro.

—¿Sabías —dice mientras trae dos tazas de café y un vaso de agua en una bandejita— que en Cutter Hill hay una de esas antiguas cabinas telefónicas llena de libros? Con un montón de novelas de suspense. Es más difícil que leer en el Kindle, pero son gratis.

—A mí también me gustan los libros de verdad —dice Julius, porque quiere estar de acuerdo con ella.

—¿Sí? —replica—. ¿Qué estás leyendo en este momento? —Echa a la gata del sofá con un empujoncito y se sienta junto a Julius. Él se inclina para besarla sin responder porque no tiene respuesta, pero ella lo aparta suavemente.

—Tengo demasiado calor —dice, y coge un periódico doblado del suelo y se abanica con él. Su risa convierte sus ojos en dos rendijas y eso hace que él aún tenga más ganas de besarla. Ella se quita el jersey y su aroma, a jabón de limón y polvo de ladrillo, se propaga por el aire. Debajo lleva la blusa de seda que vestía aquella tarde en el bosque. Se tira de la pechera—. Creo que me está entrando un sofoco.

Tiene la garganta y las mejillas rojas y él no puede dejar de mirarla. El cuerpo de las mujeres es complicado, hace cosas que Julius no quiere entender, aunque ha vivido con dos mujeres durante cincuenta y un años. Pero todo lo que hace el cuerpo de Shelley Swift lo intriga y le encanta. Ella deja el periódico en el suelo, coge el vaso de agua y se lo lleva al cuello, lo inclina hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Hace calor aquí o soy yo?

—Te quiero, Shelley Swift —dice, y siente las palabras en su cuerpo como un dolor.

Ella vuelve a reírse.

—No seas tonto, Julius Seeder.

Él la rodea con un brazo y a ella se le tuerce el vaso y derrama un poco de agua en el sofá.

—Cuidado —dice ella, apartándose y poniéndose de pie. Deja el vaso y, entre la mesa de centro y la chimenea de gas, empieza a dar vueltas delante de él con los brazos en el aire.

—¿Quieres casarte conmigo? —Las palabras salen antes incluso de que las haya pensado. Tiene una visión fugaz de Jeanie en la caravana, sola, y luego la imagen desaparece.

—¡Casarme contigo! —Shelley Swift sigue girando y riéndose—. Estás de broma, ¿no?

Se la imagina repitiéndole las palabras a gritos por teléfono a una de sus amigas o escribiéndolas en el móvil en mayúsculas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —dice—. Tengo un anillo.

Ella se detiene.

—¿Que tienes qué?

—Un anillo. Ahora no lo llevo encima, pero lo tengo. —No se acuerda exactamente de dónde puso la alianza de su madre. Puede que la metiera en el cajón de la mesita de noche antes de que tuvieran que irse de la casa. ¿Qué pasó con ella después? La mesita de noche se quedó en el camino con todo lo demás, y luego se la llevaron.

Shelley Swift se deja caer en el sofá a su lado.

—Ay, Julius —dice en voz baja. Tiene rodales en los sobacos, y a él también le encantan—. Hablas en serio, ¿no? Qué tierno. Eres un hombre tan chapado a la antigua, con esa música tan divertida. Pero no puedo casarme contigo. Te conozco desde hace cinco minutos.

—Te doy otros diez, entonces —dice él con una sonrisa.

—No quiero casarme con nadie.

Por un instante él piensa que se trata de otra de sus bromas, que en un segundo ella empezará a reírse y le dirá que sí, pero lo único que hace ella es mirarlo fijamente y luego parece decidir que le debe una explicación.

—Tengo esta casa y mi trabajo —dice—. Puedo prejubilarme dentro de unos cuantos años. ¿Por qué iba a querer casarme?

Por amor, quiere decir él, para que podamos estar juntos, pero la deja seguir. Casi está hablando sola.

—Tengo cincuenta y dos años. Soy demasiado vieja para sentar la cabeza y esas cosas. No soy de las que se casan. Ya me conoces. —Lo mira con tristeza. Él piensa que no la conoce. Pero que le gustaría

conocerla.

—Podemos vivir juntos de todas formas. —Sabe que suena desesperado.

Ella le pone la mano en la rodilla.

—Tampoco soy de esas. Tengo a Pixie, con ella me basta. No funcionaría, tienes que darte cuenta. Eres un hombre encantador, Julius. Un hombre bueno.

Buena. Es la palabra que todos usaban para hablar de su madre. El horror debe de haberse dibujado en su rostro, porque ella le aprieta la rodilla y añade:

—Pero todavía podemos divertirnos un poco, ¿no? —La mano de ella sube por su pierna.

Él se pone de pie. Quiere salir de allí, ojalá no le hubiera preguntado nunca.

—Tengo que irme. —Recoge su abrigo húmedo y mete un brazo mientras el otro se revuelve en busca del agujero correspondiente.

—No seas así. Vamos. —Ella da una palmadita en el sofá—. Siéntate.

Su brazo encuentra el agujero que le corresponde.

—Lo de anoche fue maravilloso —dice ella—. No tenemos que planificar el futuro para volver a hacer eso, ¿verdad?

Pixie sale de debajo de la mesa de centro y, ligera como una pluma, salta al asiento que Julius ha dejado vacío y se acomoda allí con un movimiento circular. Él no sabe cómo decirle a Shelley Swift que no podrá volver a verla, que no podrá aparecer por su casa después de esto. Todavía sentada en el sofá, ella se estira y le coge la mano, y él mira sus dedos pecosos, siente su piel suave. Y entonces retira su mano de la de ella.

28

De vuelta en la caravana, Jeanie se quita la ropa mojada y se pone otra seca. El dolor en el pecho ha desaparecido hasta tal punto que podría no haber existido nunca, y ella piensa que tal vez solo fueran gases —¿no dicen que la sensación es como la de un ataque al corazón?— y que va a hacer a Julius volver a casa para nada. Le fastidia no tener razón, tener que disculparse por una falsa alarma. Como no quiere tomarse la molestia de plegar la mesa para convertirla en cama, se acuesta otra vez en el sofá de Julius y presta atención para ver si oye el traqueteo de su bicicleta a través del martilleo de la lluvia en el techo. Una hora más tarde, con frío y dolor en las articulaciones, la despiertan unos golpes en la puerta de la caravana. Está oscuro fuera y dentro y, aunque espera que sea Julius preocupándose por ella, descorre el cerrojo de la puerta con precaución. Un hombre distinto está plantado frente al escalón más bajo y tarda un segundo en reconocer a Rawson con un traje de tres piezas y una corbata amarilla.

—Jeanie —dice—. Espero que no te moleste que pase tan tarde. No podía dormir.

Ella duda. Él es la última persona a la que quiere ver.

—¿Puedo entrar? Será solo un momento. Está apretando.

Tiene el pelo mojado y los hombros encorvados. Puede que quiera decirle algo de la casa. Tal vez haya intentado alquilarla y por fin se haya dado cuenta de que nadie más va a vivir allí en el estado en que se encuentra. Se echa a un lado. Mientras ella enciende unas cuantas velas, él mira a su alrededor y se seca la cara —las cejas sorprendentemente negras y ese bigote blanco— con un pañuelo doblado que ha sacado del bolsillo. Casi toca el techo de la caravana con la coronilla. Lo ve fijarse en las pilas de sábanas, la ropa, la comida para la que no hay suficiente espacio en los armarios, las cortinas que ha hecho ella misma y el linóleo aún ondulado, y entonces dice:

—Qué bonito lo has puesto todo.

Jeanie se cruza de brazos. Echa de menos la seguridad que Maude le daba pegada a sus talones, aunque lo cierto es que esa perra sumisa

nunca le ha brindado ninguna protección.

—Señor Rawson —dice con cautela.

—Muy acogedor. —No se le da muy bien disimular lo que piensa en realidad, su rostro no oculta su estupor, independientemente de lo que diga—. Aunque el acceso no es tan fácil como el de la casa. —Los dos miran los *brogues* lustrados de él; algo que parece una hoja está adherido a la punta.

—A lo mejor tendría que llamar al Ayuntamiento y pedirles que vengan y hagan un sendero desde el camino hasta nuestra puerta para que los visitantes no se ensucien los zapatos.

Él intenta sonreír, y ella no solo ve horror, sino lástima.

—Hablando de la casa, ¿cómo te va con el huerto? Debe de haber mucho que hacer en esta época del año.

Ella inclina la cabeza tratando de averiguar el motivo de su visita, adónde conduce esta cháchara. Desde luego, el hombre no ha venido a preguntar cómo están creciendo las habas.

—¿Y qué si he estado yendo? Nadie más se está ocupando de aquello. —Le parece oír el ruido ronco de un motor fuera, no en la carretera principal, más cerca; en el camino, tal vez.

—Tienes mucha razón. Sería una pena dejar que todo se pudriera. —Su tono es amable, podría decir sincero si no sospechara de sus motivos.

—En cualquier caso, las verduras son nuestras, mías. Las cultivamos nosotras. Mi madre y yo invertimos años de trabajo en ese huerto.

—Dot, sí. —Hace una pausa—. Pero no solo has estado yendo al huerto, ¿verdad? Sé que has entrado en la casa. No echaste el cerrojo de la puerta de atrás y tampoco guardaste la escalera en su sitio. —Jeanie nota que se ruboriza sin querer al sentirse descubierta—. ¿Podemos sentarnos? —pregunta él—. ¿Hablarlo como personas civilizadas?

Jeanie hace un gesto con la cabeza señalando el sofá, la cama de Julius. Rawson mira a su espalda y se queda de pie; ella nunca ha tenido intención de sentarse a su lado.

—Caroline, mi mujer, probablemente diría que, aunque tú eres quien ha cultivado esas verduras, crecen en nuestra tierra, y que las estás vendiendo al final del camino y en otros sitios.

—Y quiere una parte. ¿Es eso? —Suelta una risa amarga—. Lo que gano con las verduras apenas me da para comprar todo lo que necesitamos.

—No, no. —Extiende las manos con las palmas hacia arriba—. Esa es la opinión de Caroline, no la mía. Por lo que a mí respecta, esto no tiene nada que ver con el dinero. Me refiero al apego que le tienes al

lugar, a la tierra. Yo también soy agricultor. Llevamos la tierra en la sangre, ¿no? Caroline no lo entiende, nunca lo ha entendido. Pero a tu madre le pasaba lo mismo, le encantaba esa casa, ese huerto.

Jeanie cree adivinar sus intenciones: quiere que estén alineados, procura encontrar intereses comunes, deseos compartidos, aunque no es capaz de entender por qué. Pero no piensa caer en la trampa.

En el bosquecillo se oye con claridad el quejido de un motor, y su corazón se acelera.

—Pero aun así nos desahució. —Ella escupe la última palabra y él se estremece.

—Eso no fue cosa mía. Caroline insistió en que fuéramos…

Ella lo interrumpe.

—Y de todas formas, ¿qué sabe usted de mi madre? —Jeanie da un paso adelante, dispuesta a echarlo.

—Más de lo que crees. Te pareces mucho a ella.

—Usted no sabe nada. Y no sé por qué ha venido, pero ahora tiene que irse.

Él no se mueve.

—Dot quería un hogar —dice—. Tener a su familia alrededor, un poco de terreno, sentir el sol en la piel. Lo que muchos queremos, a fin de cuentas.

—¿Para eso ha venido? ¿Para contarme cosas sobre mi madre que yo ya sé?

Rawson se frota las manos con nerviosismo, como si se estuviera preparando para algo.

—Me gustaría que volvierais a la casa.

Me está tentando con un gusano bien gordo que esconde un anzuelo, piensa, pero la criatura de su corazón salta para tragarse el cebo.

—¿A cambio de qué? ¿De un alquiler? Nunca pagamos alquiler, y usted sabe perfectamente por qué. Y su mujer tiene el descaro de venir a decirnos que le debemos dos mil libras. ¡Dos mil libras! Qué locura. ¡Y luego, encima, no acepta el dinero! —Jeanie va hasta el armario, saca el sobre de debajo del papel pintado y lo zarandea frente a él—. Así que, dígame, ¿qué es lo que quiere esta vez? No quiso aceptar el dinero que mamá le pidió prestado, así que, ¿por qué debería creer ahora en su puñetera oferta?

Rawson se pasa la mano por los ojos.

—Vuestra madre nunca me debió dinero —dice—. Nunca me debió nada. Tienes razón: nunca le pedí que pagara alquiler, no desde que murió vuestro padre.

Jeanie exhala profundamente. No quiere oír nada más; solo quiere que se vaya.

—Y no sabes cuánto lamento lo del desahucio. Eso fue cosa de Caroline. Insistió en que nos fuéramos de viaje, para tratar de arreglar las cosas, dijo, pero organizó el desahucio en mi ausencia. Debería haber ido a veros en cuanto regresé para daros una explicación, pero bueno, teníamos muchas cosas que resolver. Caroline estaba enfadadísima. Nunca la había visto así. Le prometí… Se lo prometí tantas veces.

Jeanie no quiere oír lo que le prometió a su mujer. No quiere oírlo. Pero él sigue hablando.

—El caso es que Caroline se enteró. De lo mío con Dot. —Se le quiebra la voz cuando dice su nombre y por un momento Jeanie ve al hombre infeliz que hay debajo de la persona a la que siempre ha odiado—. Todo empezó más o menos un año después de que vuestro padre muriera…

—De que usted lo matara —dice Jeanie.

—Bueno —replica—. Podemos entrar en todo eso si quieres, pero no es tan sencillo como os hicieron creer. Esa fue una de las condiciones de vuestra madre.

—¿Qué significa eso? —pregunta con agresividad.

Rawson desvía la mirada, no responde, y Jeanie hace una bola con el sobre. El ruido de fuera proviene del motor de una moto de *cross*.

—¿Se ha traído a sus amigos?

Rawson tiende el oído.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

Jeanie va hasta la puerta y echa el cerrojo. Prefiere estar dentro con Rawson que arriesgarse con quien sea que esté allí fuera.

—Sabíamos que estaba mal —dice—. Yo estaba casado. Le pusimos fin muchas veces, y se lo prometí a Caroline. Le prometí que no volveríamos. Dot también se sentía mal. Pero no podíamos parar. Yo la quería —dice, y su voz se vuelve más suave y más lenta—. Siempre que vuestra madre podía escaparse, nos veíamos. Si Caroline estaba fuera, Dot venía a casa. A menudo solo hablábamos, tocábamos el piano. A veces solo conseguíamos vernos una vez al mes.

Jeanie quiere taparse las orejas con las manos como una niña. Su madre y este hombre. No puede ser verdad, aunque ella sabe que lo es, de algún modo siempre lo ha sabido. Gira la cabeza, no es capaz de mirarlo, pero deja que siga hablando.

—La quería —repite—. Y ella también me quería. Lo sé. Tal vez solo fuera para escapar de la rutina diaria de ganarse el sustento, de cuidar de vosotros dos sin un marido que la ayudara, de llevar una casa, pero me gusta pensar que fue más que eso. Hablábamos de la granja, del huerto, de lo que pasaba en el mundo, de la casa. Quería renovarla, poner tuberías decentes, volver a techarla, pero ella

pensaba que tu hermano y tú sospecharíais.

»Tenía opiniones fuertes, vuestra madre. Ideas interesantes Y le gustaba hablar de ti y de Julius. Os quería mucho a los dos.

Jeanie no puede soportar el temblor en la voz de Rawson, la ternura, el dolor.

—Muchas veces pensamos en estar juntos de verdad, pero… bueno, a Caroline y a mí nos pasaron algunas cosas hace mucho tiempo y al final no fui capaz de hacerle eso, dejarla. Y vuestra madre decía que debía cuidar de ti, y de Julius, por supuesto. Era una promesa que se había hecho a sí misma; nunca me contó por qué. Pero le encantaba tenerte en casa con ella.

—Nada de eso es posible —dice Jeanie enfadada—. No le creo. — Una imagen de la alianza de su madre en el alféizar de la ventana del lavadero pasa por su cabeza, e incluso mientras habla comprende que ella y Julius fueron los últimos en enterarse.

—Como creo que te dijo Caroline cuando por desgracia vino a verte, en casa hay un talonario de recibos. Era una broma entre Dot y yo: firmaba con sus iniciales junto a cada fecha. Cuando se puso enferma, vernos se volvió más difícil. Estaba muy preocupado por ella, pero no me dejó ayudarla. Supongo que se sentía culpable por no darme nada a cambio de la casa, así que me ofreció dinero. Yo no quería su dinero. Solo la quería a ella.

Jeanie siente un picor en la nariz y el latido de la sangre en sus oídos.

—Yo siempre le decía que la casa era suya, y vuestra, por supuesto, mientras Julius y tú lo necesitarais. Le decía que se la cedería legalmente, pero ella no quería. Era una mujer tremendamente obstinada cuando quería, no aceptaba nada de nadie a menos que ella diera algo a cambio. Pero no le dije a Caroline que Dot no pagaba alquiler; le enseñé el talonario de recibos y ella creyó lo que quiso creer. Y luego, cuando Dot murió, todo salió a la luz, que nunca había pagado alquiler y que seguíamos enamorados —termina diciendo con una especie de sollozo.

Jeanie se lleva los dedos al corazón, pero ya no es capaz de controlar la voz.

—Y así, sin más, porque se siente culpable o porque está sufriendo por no sé qué narices, ha venido a ofrecernos la casa. ¿Es eso?

—Quiero hacer las paces. Arreglar las cosas entre nosotros. Julius y tú podéis volver a casa, y yo… Bueno, me gustaría invitaros a los dos a que me visitéis de vez en cuando, si os apetece. Caroline no está, nos hemos separado temporalmente, a ver qué pasa. Dot hablaba mucho de ti y de tu hermano. —Sus manos se encuentran y sus dedos se retuercen—. Me temo que no me he expresado bien. —De repente

mira a Jeanie directamente, y ella le devuelve la mirada a la luz de las velas—. ¿Qué opinas?

—¿Que qué opino? —grita Jeanie—. Creo que quiere conseguirse una familia. ¿Se siente un poco solo, ahora que su mujer se ha ido y su amante está muerta?

Rawson da un paso atrás.

—Quiero ayudaros. Sois los hijos de Dot, y de Frank, por supuesto, y quiero estar conectado con ella de alguna forma. Solo eso.

—Fuera de aquí.

Él no se mueve.

—¡Fuera! —Le tira el sobre arrugado, pero este ni siquiera lo roza, solo cae a sus pies.

Rawson permanece inmóvil y Jeanie, sin apartar los ojos de él, se acerca al cajón de la cocina. Lo abre de un tirón y hurga dentro con la mano. Sus movimientos sacan al hombre de su enraizamiento, como si un vendaval viniera hacia él, y de repente se libera y se abalanza sobre la puerta de la caravana buscando a tientas el cerrojo, mientras Jeanie se vuelve hacia el cajón y encuentra el atizador. Lo saca y lo zarandea en el aire con la punta hacia arriba y hacia adelante. Rawson ha desaparecido en la oscuridad del bosquecillo y la puerta, abierta, gira sobre sus goznes. La lluvia ha cesado, pero por todas partes se oye el repiqueteo de las gotas que caen de las hojas y, de nuevo, el ruido de la moto. Jeanie vuelve dentro, echa el cerrojo de la puerta otra vez y apoya la frente contra ella, sosteniendo el atizador con ambas manos.

Treinta y ocho años, piensa. El hombre que mató a su padre. No puede creerlo. No puede. No piensa hacerlo.

Durante varios minutos, la moto de *cross* dibuja círculos alrededor del bosquecillo y con cada vuelta parece acercarse más a la caravana. Y entonces el motor se apaga y Jeanie oye voces de hombres gritando. Se arrodilla junto a la puerta y hace un esfuerzo por tender el oído, todavía con el atizador en la mano. No distingue las palabras, pero capta el tono. Rawson, piensa, y alguien más… ¿Nathan? Silencio durante una, dos, tres respiraciones y un chillido que podría ser un nombre. Luego un único disparo. Tan fuerte y tan cerca que se sobresalta, se golpea contra la pata de la mesa y termina acurrucada en el suelo con los brazos alrededor de la cabeza. Toda ella es corazón y sangre que bombea. De fuera le llega el reprís de la moto, un acelerón, y se aleja, cada vez se oye más bajo hasta que le parece que está en el camino, y luego desaparece. Aun así, se queda acurrucada en el suelo de la caravana, esperando.

No percibe nada más, salvo las gotas de agua que caen con fuerza sobre el techo de la caravana. Se pone a gatas y, por fin, se levanta.

Vuelve a tender el oído. Silencio. Con el atizador en una mano, descorre el cerrojo y empuja la puerta para abrirla: la hoguera, el refugio improvisado con la lona, las hojas moviéndose en la oscuridad, el olor a tierra húmeda. En la noche, nada parece haber cambiado.

29

De pie en el umbral, Jeanie piensa en Tom y en cómo levantó el brazo para dispararle a la perra, y luego visualiza a Maude tirada en alguna parte, como un montón de cartón mojado. Que Tom ponga patas arriba la caravana buscando el dinero inexistente, que se lleve todas las pertenencias que le quedan, no le importa, siempre y cuando no encuentre a Maude herida o muerta entre los matorrales. Si es Rawson, que le den, se lo tiene merecido. Mete los pies en las botas de goma, baja rápidamente los escalones blandiendo el atizador y se queda plantada delante de la caravana, escuchando. La rodea por un lado y se adentra silenciosamente en los matorrales colocando cada pie con cuidado para que no cruja ninguna hoja, para no romper ninguna ramita. Puede que la moto de *cross* se haya ido, pero ¿y el hombre con el arma? Tiene el plano del bosquecillo en la cabeza incluso en la oscuridad y reconoce cada forma que se avecina: el tronco de la única haya, el acebo —más alto y más ancho que la caravana—, el árbol caído, los tocones y montículos de escombros ocultos. Sostiene el atizador en alto como si tuviera que usarlo para abrirse camino a machetazos a través de la selva. Silbándole a Maude con la esperanza de que cualquiera que ande por allí piense que el sonido procede de un animal, se mantiene alejada del camino principal y avanza poco a poco a través de la hiedra.

Cerca del piano volcado, una forma indistinta yace entre la yerba de San Gerardo: se siente instantáneamente aliviada de que no tenga forma de perro. Es larga, está tumbada boca arriba con las piernas separadas. Un hombre. Jeanie se aproxima con la cabeza gacha, cautelosa, porque quizá se trate de una trampa y el hombre podría levantarse de repente, pistola en mano. Con el atizador preparado, se acerca a él por los pies y ve las suelas de sus botas, los vaqueros, el abrigo abierto que aletea, los brazos hacia abajo. En la penumbra, durante un momento, es incapaz de identificar el cuerpo, de ordenar las facciones. Luego se tapa la boca con la mano, deja caer el atizador y se arrodilla junto a su hermano. Percibe su olor a jabón, tabaco y sudor mezclado con humus pisoteado y moho de hojas. Lo tapa con su sombra y Jeanie se hace a un lado para verlo mejor. Tiene la mejilla derecha y la frente salpicadas de agujeros: es el rostro de la talla de

una iglesia medieval, singular y majestuosa, perforada por la carcoma. Hay muy poca sangre.

—¿Qué he hecho? —susurra, pensando en el mensaje que le pidió a Jenks que enviara—. ¡Julius!

Lo sacude por el hombro y le coloca en el cuello las yemas de los dedos, pero por culpa de la ansiedad no es capaz de determinar dónde tendría que estar su pulso, ella que se lo toma a sí misma todos los días. Le aprieta la muñeca —nada—, recuerda el dibujo de la figura del desfibrilador amarillo donde antes estaba la cabina telefónica, inclinada sobre la persona en el suelo. Era algo de empujarle en el pecho, pero ¿cómo y durante cuánto tiempo? Su mente se mueve con torpeza de una idea a la siguiente. Rebusca en el abrigo y los bolsillos de los vaqueros de Julius en busca de su móvil y saca el teléfono junto con unas cuantas monedas que se dispersan. La pantalla sigue negra incluso cuando le da a los números y mantiene presionado el botón lateral, como ha visto hacer a Julius. Presa del pánico y la indecisión, se levanta rápidamente, deja caer el teléfono y vuelve a arrodillarse enseguida, esta vez lo sacude con fuerza.

—¡Julius! —La cabeza de él se bambolea.

Entonces echa a correr a través del bosquecillo, pasa a toda velocidad junto al piano volcado sin importarle el alboroto que está formando, cómo bombea su corazón ni el dolor de sus pulmones. Sigue el rastro de los neumáticos de una única moto hasta el área de descanso, y el coche de Rawson, si es que lo aparcó allí, ya no está. Aquí duda: ¿a la izquierda hacia el pueblo por los campos hasta la primera casa que encuentre? Gira a la derecha. En la carretera principal, los coches pasan rugiendo cada pocos minutos en ambas direcciones, sus faros la deslumbran. Cuando ve que uno viene hacia ella, coloca una bota en la calzada, sacude los brazos y grita, pero el coche circula más rápido y está más cerca de lo que ella había previsto y vira bruscamente, y Jeanie acaba otra vez en la cuneta con un traspiés. El claxon chilla y su sonido se va extinguiendo conforme el coche desaparece. A los tres o cuatro minutos viene otro, ella vuelve a agitar los brazos, y el coche se para un poco más adelante. Las luces de emergencia parpadean y corre hacia él. El conductor ha bajado la ventanilla del pasajero y lo oye gritar.

—¿Estás tonta o qué? Aquí no se puede hacer autostop. ¿Quieres que te maten? —Está inclinado sobre el asiento vacío del pasajero y se calla cuando ella se asoma, tal vez se esperaba a un adolescente, no a una mujer mayor. Jeanie se agarra al borde de la puerta con ambas manos. El hombre es viejo, tal vez octogenario, calvo, de cara alargada—. Entre. —Se estira para abrir la puerta—. Rápido. No puedo parar aquí. Es peligroso. —Jeanie entra, cierra la puerta. El asiento es bajo, parece una cuna—. Póngase el cinturón. He estado a

punto de no verla, de verdad, puede provocar un accidente haciendo autostop de noche así. ¿Dónde quiere ir? —El hombre pone el intermitente y sale.

Jeanie se muestra extrañamente tranquila y educada cuando dice:

—Alguien le ha pegado un tiro a mi hermano. Creo que está muerto. ¿Tiene un teléfono móvil?

—¿Qué? —El hombre la mira como si pudiera llevar una pistola guardada en el bolsillo o metida en el cinturón.

—En el bosquecillo. —Jeanie agita una mano detrás de ella—. En el bosquecillo —grita, como si él conociera el lugar.

El coche acelera demasiado rápido y se tambalean hacia delante, y cuando el hombre trata de compensar frenando, ambos rebotan contra el asiento. Las gafas del hombre resbalan hasta la punta de la nariz, pero no se las vuelve a subir, solo se encorva con nerviosismo sobre el volante.

—Voy a buscar un sitio donde pueda parar —dice él, aunque pasan un desvío y luego otro, y ella se pregunta si la estará llevando a una comisaría para denunciar que es una loca peligrosa que roba coches por la fuerza. Por fin, se detiene en una nave industrial iluminada por focos donde carretillas elevadoras cargan cajas en la parte trasera de un camión articulado. Al final es el hombre quien hace la llamada de emergencia. Las manos de Jeanie no son capaces de sostener el teléfono con firmeza, su dedo índice no parece tener la fuerza necesaria para pulsar el nueve tres veces. La persona que hay al otro lado quiere conocer la ubicación de la emergencia y Jeanie le da al hombre que la ha llevado hasta allí el nombre del camino y trata de describir el área de descanso y el camino que lleva al bosquecillo, mientras el hombre repite la información al teléfono. Jeanie se sujeta las manos entre las rodillas y aprieta la mandíbula para dejar de temblar y contempla el patio iluminado y a la gente que trabaja toda la noche en cosas que nunca había imaginado. Tienen que dar marcha atrás en una esquina del patio para que el camión disponga de suficiente espacio para girar y salir. Un hombre con una chaqueta reflectante, el capataz, se acerca y toca en la ventanilla del conductor.

—Aquí no pueden entrar vehículos privados —dice en voz alta.

—Lo siento, lo siento —dice el conductor del coche saludando con la mano y sonriendo, pero sin bajar la ventanilla. Sale detrás del camión, en dirección opuesta al bosquecillo.

—Tengo que volver —dice Jeanie—. ¿Puede llevarme?

—Vamos hacia allí, ¿no?

—Es en la otra dirección. —Se gira en el asiento, mira por encima de su hombro y se pregunta si el hombre no está demasiado mayor para conducir.

Tienen que encontrar un sitio para dar la vuelta y él conduce despacio, con prudencia, como Bridget, y los coches lo adelantan, incluso en la oscuridad. Él se retuerce y se mueve en el asiento como si sintiera que deberían conversar, y la mira de reojo. Por fin, dice:

—Yo tengo un hermano. Vive en Australia. Era un puñetero incordio cuando éramos jóvenes, pero lo echo de menos. —Ella no sabe qué responder a eso.

Se pasan el desvío al camino y solo se percatan cuando se cruzan con una ambulancia que lleva la luz azul intermitente y va en sentido contrario. Una vez más, como en una terrible comedia radiofónica, tienen que buscar otro sitio para que el hombre dé la vuelta.

Cuando llegan al área de descanso, ya hay allí dos coches de policía, y la ambulancia. Jeanie abre la puerta del coche antes de que el hombre apague el motor y corre hacia el bosquecillo, pero un par de policías la interceptan y, a la luz de los faros del coche del hombre, le preguntan quién es, quién es Julius, qué relación tienen. Hay luces en el bosque, voces, oye órdenes.

Empuja a los policías.

—Es mi hermano, por Dios. Déjenme pasar.

Le dicen que se calme, que los paramédicos están con él. La obligan a sentarse en la parte de atrás de un coche de policía y siguen haciéndole preguntas, pero entonces ve a dos personas empujando una camilla por el camino y tira de la manija de la puerta, que no se abre, y se retuerce en el asiento.

—¿Está vivo? —pregunta—. ¿Está vivo?

Se sienta a esperar a una mesa en una habitación pequeña con solo un reloj y unos cuantos pósteres en las paredes con advertencias que intenta leer, pero en las que no puede concentrarse. Un hombre asoma la cabeza por la puerta y le dice que estarán con ella enseguida.

—¿Cómo está mi hermano? —pregunta—. ¿Se sabe algo?

—Voy a preguntar —dice el hombre, pero no vuelve.

No debería haber accedido a ir con la Policía, piensa. Debería haber insistido en viajar en la parte de atrás de la ambulancia con Julius.

—No está detenida —le dijeron—. Solo queremos hacerle unas cuantas preguntas más y tal vez sea más cómodo en la comisaría. La mantendremos informada sobre el estado de su hermano en cuanto sepamos algo. Puede irse cuando quiera.

El reloj dice que son poco más de las doce, pero su cuerpo no sabe si es medianoche o mediodía. Se inclina sobre la mesa y se tapa con la chaqueta de punto; no pensó en coger un abrigo cuando salió de la caravana. Quiere irse, pero no sabe adónde han llevado a Julius ni

cómo llegar hasta allí. Así que espera. La habitación no tiene ventana. Siente un dolor detrás de los ojos y nota todos los miembros y músculos, los órganos internos le pesan; necesita dormir, pero tiene la impresión de que el sueño no volverá jamás. Por fin, la puerta se abre por segunda vez y ella se pone de pie. Una mujer y un hombre se presentan, y lo único que consigue retener es la palabra *detective*. Le ponen una taza de té delante y se disculpan por haberla hecho esperar.

—¿Cómo está mi hermano? —pregunta, y la mujer dice:

—Eso es justo lo que estábamos tratando de averiguar. Le he pedido a alguien que venga y nos avise en cuanto haya novedades. Siéntese.

El hombre deja una libreta y un bolígrafo sobre la mesa como si esperara que Jeanie escribiera algo. En otro tiempo, estos objetos habrían hecho que entrara en pánico, pero ahora no la asustan. Los detectives se sientan frente a ella y le preguntan por lo que pasó, y el hombre escribe cosas en el cuaderno.

La historia de Jeanie al principio es un batiburrillo, no sigue ningún orden y es enrevesada. Les habla de Shelley Swift, que vive encima de la tienda de *fish and chips*, y de Nathan, Lewis y Tom; les habla de los cubiertos y el desahucio. Les cuenta que su perra ha desaparecido y llora, y la mujer le pasa una caja de pañuelos de papel que hay en su lado de la mesa.

—¿Ha traído alguien un perro perdido? —pregunta.

El detective responde que la Policía no se ocupa de los perros perdidos, que tendrá que ponerse en contacto con el encargado de la perrera en el Ayuntamiento. Les explica que ha estado yendo a la casa para cuidar del huerto y que Rawson fue a la caravana para hablar de ello. Les dice que pensó que estaba sufriendo un ataque al corazón y que le pidió a Jenks que le enviara un mensaje su hermano para que volviera a casa. La detective le pregunta si necesita un médico, pero ya se le ha pasado. Tiene que explicarles quién es Jenks. Les cuenta que Bridget Clements fue a la caravana el día anterior y que recogió los cubiertos del suelo. Les cuenta que se le cayeron unas patatas, que se las pisotearon y que tuvo que volver a lavarlas. Le dicen que se ciña a la información importante. Ella quiere decir que las patatas son importantes, pero en vez de eso les habla del ruido de la moto de *cross* y de las voces de los dos hombres discutiendo, y del disparo simulado de Tom a Maude. Le preguntan si sabe su nombre completo y dónde vive, y ambos salen de la habitación durante un rato. Cuando regresan, les habla del atizador, de que se quedó tumbada en el suelo de la caravana, y del espantoso sonido del disparo en la oscuridad.

Les cuenta todo, excepto lo que Rawson le dijo sobre su relación con su madre.

La mujer explica que necesitan que Jeanie escriba una declaración en orden cronológico de todo lo que les acaba de contar. El hombre desliza un formulario y el bolígrafo por la mesa. Jeanie se los devuelve del mismo modo.

—Me cuesta leer y escribir —dice levantando la barbilla, esperando que le pongan pegas. Los detectives intercambian una mirada y luego repasan poco a poco la secuencia de los hechos una vez más; el hombre escribe las palabras de Jeanie y luego se las lee en voz alta.

—Firme aquí —dice.

—Con una cruz es suficiente —dice la mujer.

Jeanie se sorbe los mocos, coge el bolígrafo y firma con su nombre, hace los mismos garabatos que en el Registro.

Le preguntan si pueden tomarle las huellas dactilares y ella se pregunta si querrán frotarle el interior de la boca con un bastoncillo de algodón largo y si le pedirán que se desnude para poder llevarse su ropa en una bolsa de plástico. A estas alturas, Julius ya estaría gritando por sus derechos y por su libertad, pero ella deja que le embadurnen los dedos de tinta y se los pongan sobre el papel. Cuando le dicen que ya puede irse, se queda sentada en la silla y tienen que repetírselo.

En la recepción las luces son tan brillantes que hacen daño a la vista. Un policía sale de detrás del mostrador y se sienta junto a ella en los asientos de plástico moldeado.

—Un agente que ha estado esperando en el hospital nos acaba de llamar —dice amablemente. Jeanie se imagina un suelo frío de baldosas, a alguien doblando hacia atrás una sábana. Recuerda el cuerpo de su madre sobre la puerta en el salón, y luego, de repente, aunque es absurdo, siente una punzada de preocupación por la ropa interior que lleva puesta Julius—. Están operando a su hermano en el John Radcliffe, en Oxford —dice el policía—. No tenemos más información en este momento, pero su amiga ha llamado por teléfono. La señora ¿Clements? Viene para acá, dice que ella la lleva.

Bridget llega veinte minutos después, irrumpe en la recepción. Abre los brazos y esta vez Jeanie se aferra a ella.

—Ay, tesoro —dice Bridget—. ¿Qué ha pasado?

Jeanie menea la cabeza apoyada en el hombro de Bridget.

—Vamos —dice Bridget—. Tengo el coche fuera. —Agarra a Jeanie por la parte superior de los brazos, levantándola. La mira fijamente a los ojos—. Tú solo piensa que está vivo.

El sol sale mientras están en el coche, un amarillo intenso se extiende por encima de la línea de árboles como una ciudad distante

en llamas.

—He llamado al hospital —dice Bridget—. No han querido decirme nada. Sabía que solo dan información a los familiares, pero ¡Dios santo! Creo que deberías estar preparada. Un tiro… —Menea la cabeza de un lado a otro.

Jeanie apoya la sien contra la ventana y cierra los ojos, dejándose llevar por el ritmo del motor, mientras Bridget fuma y sigue hablando.

—Me sorprende que la Policía no me haya pedido que vaya a declarar a la comisaría, a lo mejor vienen a casa más tarde. Nos enteramos porque Nath llamó enseguida. Tuve una sensación espantosa cuando oí el teléfono de Stu. ¿Sabes cómo se te revuelve el estómago cuando suena el teléfono en mitad de la noche? —Jeanie no lo sabe, pero Bridget sigue hablando—. Una siempre se pone en lo peor. «Nath», eso pensé. Y no «le ha pasado algo», sino «¿qué habrá hecho ahora?» ¿Tú te crees? —Bridget baja un poco la ventanilla y tira la ceniza del cigarrillo por el hueco.

»El caso es que Stu estaba al teléfono, haciendo un montón de ruiditos, así que supuse que había sucedido algo espantoso, y estaba a punto de arrancarle el puñetero móvil de la oreja para averiguar qué pasaba cuando tapó el auricular y me dijo: «Le han pegado un tiro a Julius Seeder, y a Jeanie la están interrogando en comisaría». Y siguió hablando con Nath. «¡Jeanie! —exclamé—. ¡Jeanie le ha pegado un tiro a Julius!». Y él dijo: «No seas tonta, Bridgey. Ha ido a declarar».

»Dios, me faltó tiempo para salir de la cama y vestirme y salir a buscarte, a ti o a Julius o a quien fuera. No lo sé. Me puse las medias al revés, estaba de los nervios. Entonces Stu dijo: «Ya han cogido al culpable». Y era ese Tom, el que estaba en la caravana el día que fui a verte, el que vive con Nath.

Jeanie levanta la cabeza.

—¿Tom? —No le sorprende.

Bridget vuelve a menear la cabeza y da una calada.

—No me lo podía creer. Tom, con una escopeta. Fuimos allí directos y nos encontramos a Nath sentado en el sofá en calzoncillos. Allí sentado sin más. Aturdido, blanco como un fantasma y temblando. Creo que estaba en *shock*. Yo quería llamar al 112, pero Stu me dijo que estaba exagerando. Para entonces, la Policía ya se había llevado a Tom. Al parecer, volvió de tu casa con el arma y despertó a Nath. Llorando como un bebé, nos dijo Nath. Él llamó a la Policía, y fueron y se llevaron a Tom. Dios. Nath tiene que pasarse más tarde para hacer una declaración en condiciones. —Bridget apaga el cigarrillo e intenta sacar otro del paquete; ha dejado de engañarse con los Polo—. Es que todavía no me lo creo. Pobre Julius. ¿Qué estaba haciendo ese chico allí en mitad de la noche con una escopeta?

Eso es lo que me gustaría saber.

—Robarnos, supongo. No me creyó cuando le dije que no teníamos dinero. —Jeanie cierra los ojos. Se pone las manos debajo de los muslos: tiene los dedos congelados, todo el calor de su cuerpo lo acapara su centro, su corazón se está expandiendo, está aplastándole los pulmones, comprimiéndole el estómago—. Fue culpa mía, Bridget. Le pedí a ese tipo del pub, a Jenks, que le enviara un mensaje a Julius para decirle que volviera a casa. Creía que me estaba dando un ataque al corazón.

—¡Un ataque al corazón! ¿Y por qué no llamaste a una ambulancia?

Jeanie menea la cabeza.

—No lo sé. No lo hice. Se me pasó el dolor. Pero Julius fue a casa. Estaba en el bosquecillo por mi culpa.

—Ay, tesoro. —Bridget chupa su cigarrillo—. No pienses eso. A lo mejor iba de camino a casa de todas formas. A lo mejor no llegó a ver el mensaje.

Jeanie tiene los ojos cerrados, espera que Bridget piense que está dormida. Quiere que conduzca más rápido. ¿Y si Julius se muere mientras están en el coche porque Bridget va pisando huevos por la autovía como si fuera de excursión un domingo por la tarde? Cuando Jeanie abre los ojos, el cielo está blanco y ya es de día, y todos los coches, conductores de camino al primer turno o de vuelta a casa tras terminar el último, las adelantan. Jeanie mira a Bridget, con el rímel atrapado en las arrugas del rabillo del ojo y echada hacia delante, concentrada en la carretera, llevándola al hospital en vez de estar consolando a su propio hijo tembloroso.

—¿Mamá fue a verte alguna vez sin su alianza? —pregunta Jeanie.

—¿A qué te refieres? —Bridget baja de marcha sin motivo, el motor gruñe y vuelve a subir de marcha.

—Eso es lo que solía decirle a Julius: que iba a verte. Eras su excusa, su coartada. Pero siempre dejaba su alianza en el alféizar de la ventana del lavadero, eso es lo que Julius recuerda. Y puede que yo también.

Bridget mira a Jeanie como si quisiera sopesar algo, tal vez cuánto sabe.

—Rawson vino a la caravana —continúa Jeanie—. Me contó lo suyo con mamá.

—¿Te lo contó? —Bridget vuelve a mirar a Jeanie y el coche vira bruscamente hacia un lado de la carretera y luego vuelve al centro.

—Treinta y ocho años. ¿Cómo es posible que no lo supiéramos? Todo ese tiempo.

Bridget suelta un suspiro largo y prolongado, y su cuerpo se relaja.

—Lo sabías, ¿verdad? —dice Jeanie—. Todo el mundo lo sabía.

—Me hizo prometer que no diría nada. —Bridget se encoge de hombros—. Dijo que nunca os lo contaría a ti y a Julius, aunque yo le dije que debía. Le dije muchas veces que lo entenderíais.

—¿Que lo entenderíamos? ¿Qué hay que entender? Rawson es un hombre horrible que se aprovechó de una mujer cuando su marido acababa de morir…

—Ay, Jeanie, no, no fue así. No fue así para nada. —Bridget extiende la mano y luego parece pensárselo mejor y vuelve a ponerla en el volante—. Había algo entre ellos incluso antes de que tu padre muriera. Dot me dijo que nunca pasó nada, y yo la creo. Y lo de Spencer no empezó hasta por lo menos un año después de que Frank se fuera. Cuando estaba con él, con Spencer, quiero decir, es posible que esas fueran las únicas veces en que sintió que era algo más que una madre. Le gustaba su compañía, y sí, probablemente, también el sexo. Sé que no quieres oírlo. Pero ¿por qué no podía divertirse un poco? Tu padre llevaba muerto mucho tiempo.

Jeanie no puede conciliar a esta mujer de la que habla Bridget con su madre. Vuelve la cara hacia la ventana.

—Lo que no consigo entender es lo del desahucio —dice Bridget—. ¿Por qué iba a echaros Spencer Rawson de la casa? Tu madre me dijo que él siempre tuvo debilidad por ti y por Julius.

—Eso fue cosa de su mujer —dice Jeanie—. Supongo que ella es para quien trabaja, trabajaba, Nathan.

Bridget vuelve a suspirar.

—Pero es de Rawson, ¿no? ¿La granja, la casa?

—Ella no le dijo que nos había desahuciado. Probablemente pensó que podía hacer lo que quisiera si él no estaba allí para impedirlo. Me dijo que podíamos volver a mudarnos allí —dice Jeanie.

—¿A la casa? —Bridget suena emocionada, esperanzada por ella.

—De repente quiere jugar a la familia feliz. Fingir que todo va bien. Que Julius y yo vayamos a cenar a su casa y esas cosas. Como si pudiera sustituir a papá. —Jeanie nota cómo su corazón golpea con insistencia. Su aliento empaña la ventana y se sienta derecha. Bridget la mira y el coche zigzaguea.

—¿Tan malo sería? No es un sustituto, pero él la quería, en fin, y ella lo quería a él.

Jeanie suelta un «pfff» despectivo.

—¿Qué le dijiste?

—¿Que qué le dije? Menuda pregunta. Que se fuera.

Ahora están en la ciudad y Bridget reduce la velocidad hasta que alguien que circula detrás de ellas las abuchea.

—¡Que te den! —grita, y luego—: Espera, tengo que concentrarme,

tengo que ver por dónde ir. —Se inclina para mirar las señales de tráfico. En voz alta, lee—: Hospital, A y E.

30

Jeanie se tumba en el sofá naranja lleno de manchas y cierra los ojos. Los tiene secos y le pican, toda ella está seca, como si la tela de debajo estuviera absorbiendo la humedad de su cuerpo, y si se queda allí tumbada el tiempo suficiente se convertirá en una cáscara hueca, en una especie de crisálida gigante de la que nunca saldrá ninguna mariposa. Sabe que no podrá dormir, y sabe que Bridget le dará la lata si no parece que lo está intentando. En la Sala de Familiares hay una única ventana alargada, que da a un aparcamiento. Bridget ha salido a fumar y a poner en el coche un permiso que le ha dado la recepcionista de la Unidad de Terapia Intensiva para pacientes neurocríticos. Jeanie ya está aprendiéndose la terminología. Quiere abrir la ventana para que entre aire, pero ni siquiera hay un pestillo que descorrer. El cielo es azul claro sin nubes y piensa en las cosas que tiene que hacer: hay que regar las plantas del invernadero y del túnel de polietileno, reparar la cerca de detrás de los montones de abono por donde se meten los conejos, y en el jardín de Saffron la lavanda recién plantada necesita ciertos cuidados. Debería llamar al Ayuntamiento por lo de Maude; ¿dónde está el teléfono de Julius, y su ropa? Antes había un policía allí, pero ya se ha ido. Julius llevaba puesta una buena camisa y querrá que se la devuelvan. La mente de Jeanie no para quieta. Bridget y ella llevan horas esperando. Les dijeron que alguien vendría a hablar con ellas cuando terminara la operación.

Cuando vuelve, Bridget trae sándwiches y dos tés en vasos desechables y le pregunta a Jeanie si ha dormido, aunque debe de haber pasado fuera menos de quince minutos. El olor del cigarrillo que acaba de fumarse flota a su alrededor. Jeanie está preocupada por el coste de los sándwiches y el té, calcula los precios mentalmente y se pregunta si Bridget esperará que ella pague la próxima ronda. Le da un mordisco a su sándwich, pero apenas puede tragar. No quiere comer y no quiere hablar. Justo cuando vuelve a tumbarse, dos hombres entran en la habitación y ella se sienta. Uno, con ropa quirúrgica azul y un gorro de tela a juego, se presenta como el doctor McKenzie, el cirujano que ha operado a Julius. El otro hombre, el doctor Jones, dice que es intensivista y, cuando no da más

explicaciones, Bridget se inclina hacia Jeanie y dice en tono confidencial: «Es un médico especializado en el cuidado de pacientes muy enfermos». Todos se sientan.

—Su hermano ha superado la cirugía —le dice el doctor McKenzie a Jeanie—. Pero llegó aquí bastante mal. —Ella se pregunta si existe algo similar al gorro pero para cubrir la barba, o si simplemente se ponen los gorros al revés—. Tenía tres perdigones de escopeta alojados en el cerebro y lamentablemente no he podido retirar ninguno. —Los zapatos del cirujano tienen la punta redondeada, como los zuecos o esos Crocs que todo el mundo usaba hace unos años. Los suyos están salpicados de manchas marrones. A Jeanie le han dado un par de pantuflas de papel para que pudiera quitarse las botas llenas de barro. El doctor McKenzie sigue hablando, dice algo de que Julius tiene un trozo de cráneo cosido al abdomen. Seguro que ha oído mal. Nota que la mano de Bridget roza la suya y se la agarra. Trata de concentrarse.

—No he podido salvarle el ojo izquierdo, pero no hay daños en el derecho.

—Entonces podrá ver —dice Jeanie—. Con un ojo basta, ¿no?

Bridget aprieta la mano de Jeanie.

—Bueno —dice el doctor McKenzie—. No es su vista lo que me preocupa. —Se inclina, los codos desnudos se apoyan sobre las rodillas azules, las manos se entrelazan—. Vamos a mantenerlo dormido y tendremos que ver qué sucede en las próximas horas y días.

—¿Un coma inducido? —dice Bridget.

Jeanie ve que los dos hombres intercambian una mirada.

El doctor Jones habla:

—Julius estará bajo mi cuidado mientras esté en la unidad.

Bridget menea la cabeza y dice:

—Unidad de Terapia Intensiva, UTI.

El hombre fuerza una sonrisa. Bridget no se da cuenta.

—Lo estamos monitoreando y tiene ventilación asistida, pero con suerte podremos quitarle el respirador pronto e intentaremos despertarlo, estaremos atentos para ver cómo responde.

—¿Puedo verlo? —pregunta Jeanie.

Hay cuatro camas en la UTI para pacientes neurocríticos, y más mujeres y hombres vestidos de azul que controlan monitores y gráficos y escriben cosas. Julius es el que está más lejos de la puerta, y cuando Jeanie pasa con Bridget por delante de las otras camas no mira hacia ellas, pero ve las débiles sonrisas que les dedican los visitantes sentados al lado. Julius lleva una bata de hospital y una sábana le cubre el cuerpo hasta el pecho. Tiene la mayor parte de la cabeza

vendada y un trozo grande de apósito, manchado de amarillo por el borde, le tapa el ojo izquierdo. Un hombre con un uniforme azul similar al del resto se presenta como el enfermero de Julius y les explica para qué sirven todos los tubos, cables y monitores. Jeanie no asimila nada de lo que le dice. En la habitación hace calor, no se puede respirar. La persona de la cama no se parece a Julius y se pregunta si la habrán llevado a la cama correcta, o si es posible que al final el del bosquecillo no fuera Julius y hayan recogido y operado a otra persona. Tal vez su hermano esté en la caravana en ese momento, esperando la cena y preguntándose entre gruñidos dónde rayos está.

—Debería haberle traído el pijama —dice.

Bridget la hace callar y le pasa un brazo por los hombros. El enfermero está hablando, pero su voz suena lejana. Jeanie baja la vista y ve que tiene en la mano un folleto informativo con una imagen del hospital en la cubierta. ¿Cuándo se lo han dado? Tiene frío, pero le suda la frente. Se aprieta el pecho con los dedos y el huevo de su interior se rompe.

—¡Ay! —dice.

Cuando vuelve en sí, está tumbada en el suelo del pasillo y tiene una almohada debajo de la cabeza y los pies sobre una silla. Bridget y las enfermeras la rodean. ¿No deberían estar cuidando de Julius?

—Padece del corazón. —Jeanie oye la voz de Bridget—. Cardiopatía reumática. Tuvo fiebre reumática cuando era pequeña.

Estoy viva, piensa Jeanie, y se toca el pecho a la altura del corazón. No hay sangre, nada ha salido de su cuerpo.

Quieren que vaya a Urgencias y le traen una silla de ruedas. Se sienta en la silla, pero se niega a ir, aunque sabe que a Bridget le habría hecho ilusión cruzar todo el hospital empujándola. En vez de eso, Bridget se sienta a su lado y le dice que ahora creen que es mejor elevar las piernas en lugar de bajar la cabeza hasta las rodillas cuando alguien se desmaya. A la enfermera que la ayudó a levantarse no le hace gracia que Jeanie no vaya a Urgencias y le hace prometer que concertará una cita con su médico de cabecera lo antes posible. Bridget la lleva en la silla hasta donde está Julius.

En el coche de camino a casa, Jeanie apoya la cabeza contra la ventana e intenta dormir, pero el sueño sigue sin llegar a pesar de que nunca ha estado tan cansada. Observa las siluetas de los conductores que las adelantan en la A34 y barren los arcenes con sus faros. Busca un bulto inmóvil en la orilla de la carretera y luego cierra los ojos con fuerza para quitarse la idea de la cabeza. Echa de menos a Maude con una punzada que la atormenta al mismo ritmo de su corazón. Esa perra era capaz de escuchar sin replicar. Piensa en las cosas que

Rawson le contó sobre su madre y en cómo ha puesto patas arriba todo lo que ella siempre había creído saber.

—Rawson también me contó algo sobre papá —dice Jeanie.

—Pensaba que estabas dormida —dice Bridget cogiendo el tabaco.

—Sobre cómo murió papá —continúa Jeanie—. Algo más que mamá insistió en que nadie nos contara. He estado intentando averiguar qué podría ser. —Jeanie trata de ordenar sus pensamientos, de comprender—. Julius y yo siempre hemos pensado que Rawson fue quien fabricó los pasadores de enganche del tractor, que él fue quien insistió en hacer unos nuevos con tuercas y pernos. Cuando se rompieron, Julius salió disparado hacia el seto y papá murió.

Bridget busca a tientas un encendedor en el hueco que hay delante de la palanca de cambios, lo coge y se le cae.

—Y para evitar que mamá le contara a la Policía o a los inspectores de Seguridad y Salud lo que Rawson había hecho, dejaron que nos quedáramos en la casa sin pagar alquiler. Eso es lo que dimos por sentado, eso es lo que ella nos hizo creer. Pero no estoy segura de que sea cierto. —Jeanie busca el encendedor entre la basura que hay en el espacio para los pies y enciende el cigarrillo. El rostro de Bridget se tiñe de naranja—. La razón por la que pudimos quedarnos en la casa no fue porque mamá accediera a guardar silencio sobre lo de que Rawson había fabricado los pasadores de enganche. Pudimos quedarnos en la casa porque estaban… —Jeanie vacila, buscando las palabras— teniendo una aventura. Así que eso debe de significar que no había nada sobre lo que guardar silencio, que no había nada que ocultarle a la Policía o a los de Seguridad y Salud. O en cualquier caso, nada que tuviera que ver con Rawson.

Una pizca de ceniza incandescente cae sobre la falda de Bridget y se extingue.

Ahora Jeanie está siguiendo la pista de sus pensamientos, uno tras otro, y todos forman un sendero ante ella, un camino de piedras que nunca antes había recorrido.

—Si no había nada sobre Rawson que ocultarle a la policía, eso significa que él no fabricó los pasadores de enganche. Él no mató a papá.

»No era más que un cuento para que no pareciera extraño que nos quedáramos en la casa. Mamá insistió en esa mentira para que no nos enteráramos de lo que había entre ellos, de su aventura. Esa debió de ser una de sus condiciones. Esa es la palabra que usó Rawson en la caravana: *condiciones*. Julius y yo hemos odiado a Rawson durante años porque pensábamos que había matado a nuestro padre, y no era cierto. Papá fabricó los pasadores de enganche, ¿no?

—Sí —dice Bridget, con los ojos en la carretera—. Fue él.

Jeanie suspira.

—Ninguno es quien pensábamos que era. Ni mamá, ni papá, ni Rawson.

Cuando Bridget toma el desvío hacia el oeste por la A4, Jeanie dice:

—La Policía me dijo que en el ayuntamiento hay una persona que se encarga de los perros callejeros. Estaba pensando que a lo mejor han encontrado a Maude. ¿Puedo llamarlos mañana por la mañana desde tu móvil? Creo que la Policía tiene el de Julius. O desde el teléfono de tu casa si lo prefieres.

Bridget lanza la colilla del cigarro por la ventanilla y la cierra. Jeanie ve, en el interior mal iluminado del coche, que Bridget de repente se ha puesto rígida, está avergonzada.

—Por supuesto que puedes. Pero he estado pensando en lo de quedarte conmigo y con Stu esta noche. Sé que no puedes volver a la caravana, pero tendrás que dormir en el sofá, si te parece bien. Es que, bueno, Nath está en casa. Nos lo trajimos cuando fuimos a verlo. Está en su antigua habitación. Creo que le vendrá bien estar con nosotros, pasar tiempo con Stu. Aclararse las ideas.

Jeanie se siente inesperadamente a la deriva, se da cuenta de golpe de que Julius no está aquí para arreglar las cosas y que no hay ningún plan, por descabellado que sea, para salir del paso.

—No hay problema —dice, consciente de que Bridget no quiere que se quede en el sofá, aunque se sienta obligada a ofrecérselo—. Qué bien que Nathan esté en casa. Menudo alivio, ¿no? En realidad, estaba pensando en quedarme con Saffron. La mujer a la que le cuido el jardín. Seguro que no le importará.

—No —dice Bridget—. Deberías quedarte con nosotros.

—En serio, a Saffron no le va a importar.

—¿Sin haberla avisado?

—Es muy relajada. Tiene un *piercing* en la nariz. No habrá problema. —Están siendo muy educadas la una con la otra—. ¿Podrías dejarme allí? Vive en Cutter Hill. Cerca de la antigua cabina telefónica. Ella es quien la abastece de libros.

—¿Estás segura de que no le importará? Mañana no trabajo, así que puedo recogerte por la mañana y llevarte otra vez al hospital.

—Puedo ir en autobús —dice Jeanie, aunque no tiene ni idea de si puede permitirse el billete.

—No seas tonta. Yo te llevo. Para ir a Oxford en autobús probablemente tengas que hacer tres cambios y tardarás horas en llegar. Pasa por todas las casas. Ya sabes cómo es. Te recogeré a la entrada de la casa de Saffron a las ocho y media. ¿Te parece bien?

¿Dónde está exactamente?

Ya están en Cutter Hill.

—Aquí arriba, a la izquierda —dice Jeanie.

Bridget para el coche en el camino de entrada y deja el motor al ralentí.

—¿Tendrá algo para que cenes? ¿La llamo? ¿Estará en casa? —Miran a través del parabrisas. Jeanie no ha pensado en comida desde la galleta que le dieron cuando se desmayó—. Quizá deberías venir conmigo. Nath puede dormir en el sofá.

—Mira, hay luces encendidas —dice Jeanie—. No habrá problema. —Tira de la manilla de la puerta del coche—. Si mañana puedes llevarme seguro, ¿me podrías recoger en el pueblo? Tengo que hablar con Max de las entregas. A las ocho y media, ¿vale? —Jeanie tiene un pie fuera del coche.

—¿Estás segura? —pregunta Bridget.

—Claro —dice Jeanie, y un segundo después está fuera con la puerta cerrada. Cuando el coche empieza a alejarse, Jeanie coloca una mano en la cerca y con la otra saluda.

La cinta policial cuelga de unos conos de color naranja colocados a intervalos en el área de descanso. Pero no hay ningún coche de policía aparcado allí, ningún agente que vigile el bosquecillo en mitad de la noche dispuesto a evitar que ella entre o a levantar la cinta para que pase por debajo. Toma el sendero que los paramédicos y la Policía tomaron antes que ella: la hierba está aplastada, la luz de la luna revela residuos blancos en huellas de llantas y botas. El lugar no la asusta, las formas y los sonidos familiares son un consuelo, como volver a casa, pero siente que lleva fuera meses. Tan solo la sombra fuera de lugar que hay cerca del círculo chamuscado hace que se lleve la mano a la boca, hasta que reconoce la forma cuadrada y angulosa del piano derribado.

La puerta de la caravana está cerrada, pero ahí también han pegado, y arrancado, cinta policial, y cuando Jeanie abre la puerta, nada está como ella lo dejó. Las puertas del armario están abiertas, todo lo que había dentro está esparcido por el suelo, han pisoteado la ropa, el cargador del teléfono de Julius, sus sacos de dormir y sus almohadas. Inmediatamente piensa en Tom, pero la policía lo ha detenido y Nathan está en casa de Bridget. Debe de haber sido Lewis, aunque no cree que lo haya hecho solo, o tal vez haya sido Ed. Puede que alguno de ellos le hablara a alguien de la caravana: seguramente abierta y desocupada, salvo por un fajo de billetes inexistente. Entra. La bolsa de plástico que ha estado usando para llevar sus cosas y el poco dinero que tiene está en el fregadero, y cuando la levanta, ve que

está vacía. La fotografía de sus padres está tirada en el suelo con el cristal destrozado, el asa de la jarra Toby se ha partido y el dibujo que Angel hizo de Maude está roto. Se pregunta si la Policía tendrá la cartera de Julius además de su teléfono y su ropa, y cuánto dinero habrá dentro. Las tapas de los asientos del banco a ambos lados de la mesa están abiertas y lo que había dentro está revuelto, y cuando se fija ve que el arma de Julius ha desaparecido —probablemente se la llevó la Policía—, y también el estuche del *fiddle* y el del banjo. Es entonces cuando por fin grita y patea las cosas del suelo —el cuenco de agua de la perra, el barreño para lavar los platos, una sartén— y golpea con las palmas de las manos las paredes de la caravana y hace que todo tiemble, que se caiga algo más de uno de los armarios. Gritando incoherentemente, barre los desechos del sofá de Julius, levanta la tapa y allí, inesperadamente, está el estuche de su guitarra, y pesa cuando lo levanta. Saca la guitarra del estuche, la sostiene contra su pecho y llora, sus lágrimas caen sobre la madera. Después de un rato, empieza a tocar:

> *Then home he did run with his dog and his gun,*
> *Crying, «Mother, dear Mother, have you heard what I have done*?
> *I met my own true love, I mistook her for a swan,*
> *And I shot her and killed her by the setting of the sun.*»
>
> *She'd her apron wrapped about her and he took her for a swan*
> *And it's so and alas, it was she, Polly Vaughn.*[14]

Cuando termina, se levanta y echa el cerrojo de la puerta, busca su abrigo, se lo pone y se acuesta en la cama de Julius. Le duelen las articulaciones como si estuviera pillando la gripe, y la cabeza le palpita. Se lleva la mano al corazón, pero su ritmo es regular.

Cuando vuelve a abrir los ojos, una luz verdosa entra por la ventana y se derrama sobre ella. Oye el canto de los pájaros en el acebo y el zumbido de los coches de la carretera principal. Sus dientes parecen lana cuando pasa la lengua por ellos, y se levanta con un gemido. Son poco más de las seis. Encuentra una taza y la sostiene debajo del grifo, bombeando el pedal del agua con el pie. Cuando la taza está medio llena, el agua balbucea y se agota. Julius era el que traía el agua y cambiaba la bombona de gas. Se cepilla los dientes y bebe; le gustaría lavarse, pero no es posible. Tendrá que traer agua y tal vez gas en la bicicleta con el remolque, pero antes de salir siquiera para mirar ya sabe que se los habrán llevado. La bicicleta de Julius, que seguramente empujó por todo el bosquecillo, tampoco está en ningún lado. ¿Estaba en el bosque cuando lo encontró? Hay una lata

de alubias guisadas en un armario y un cazo en el suelo, y calienta la comida al fuego y engulle las alubias directamente de la cacerola con una cuchara que limpia primero con el borde de la rebeca. Las alubias le dan sed. Se cambia de ropa y de bragas, y mete su cepillo de dientes, pasta de dientes, una pastilla de jabón, otra lata de alubias y un poco de sopa en la bolsa de plástico. La sopa no tiene abrefácil, así que busca el abrelatas, y de paso encuentra un pijama de Julius y una manopla de baño. Mete también el cenicero del oso de madera con los ojos de cuentas. Ahora la bolsa de plástico está llena, así que busca la mochila de herramientas de Julius, pero también ha desaparecido. Encuentra una bolsa de plástico grande con otras dentro, y en la más grande embute un saco de dormir y un jersey, algo de ropa interior limpia, el cepillo del pelo, la cuchara. Con el cuchillo del pan abre el resto de las bolsas de plástico y con ellas envuelve la funda de la guitarra —con la guitarra dentro— lo mejor que puede. Antes de irse, la esconde debajo del cartón que está desintegrándose debajo de la caravana.

Cargando con sus dos bolsas de plástico, camina hasta el pueblo y se dirige a los baños públicos que colindan con el salón municipal. El bloque de hormigón marrón está cubierto con una filigrana de hebras de hiedra, blancas y muertas después de que el Ayuntamiento echara herbicida en las raíces. En el baño de señoras hay un secador de manos, dos lavabos y dos cubículos con la puerta de madera azul y el váter blanco —a uno le falta el asiento—. Las paredes están alicatadas en blanco, y el suelo es de una especie de plástico azul. La habitación apesta a orines y agua estancada, y hay suciedad residual en las esquinas y por toda la lechada.

Encima de los lavabos hay un cartel con algunas palabras escritas y el símbolo de un grifo atravesado por una línea roja. Jeanie sabe lo que significa, pero aun así ahueca las manos bajo el agua corriente y bebe, y luego se lava la cara y las axilas con el jabón y la manopla de baño.

31

En la UTI, nada ha cambiado: ni la ventilación asistida, ni la monitorización, ni la transfusión y extracción de fluidos. A la hora de comer, cuando Jeanie está desmayada de hambre, Bridget compra unos sándwiches y unas patatas, y ella y Jeanie se los comen en la Sala de Familiares.

—Cuando Julius esté mejor y vuelva a casa, he pensado que tal vez debería buscar un trabajo estable, algo fijo. Aprender un oficio —dice Jeanie, dándole un mordisco a su sándwich de gambas con mayonesa. Quiere devorarlo, engullirlo, pero se obliga a ir despacio para que Bridget no se percate del hambre que tiene. Bridget levanta las cejas ante las palabras de Jeanie—. ¿Qué? —añade ella. Está cansada de Bridget, aunque le esté agradecida. Cansada de que Bridget se considere a sí misma una experta en medicina—. Nunca es tarde para aprender algo nuevo. —Las palabras le salen sin pensar.

—No es eso —dice Bridget—. ¿Ha hablado alguien contigo del pronóstico de Julius? Si se recupera, y Dios sabe que espero que lo haga, le quedarán secuelas, Jeanie.

—El ojo…

—Daños cerebrales.

—Eso no lo sabes, nadie lo sabrá hasta que se despierte.

—Tiene tres balas en el cerebro. —Bridget lo dice suavemente, como si Jeanie se estuviera enterando en ese mismo momento.

—Perdigones de escopeta —dice Jeanie, cortante.

—Lo que sea. Habrán causado daños. Daños cerebrales.

—Pero volverá a casa.

—¿A qué casa?

Se miran.

—¿A la caravana? —pregunta Bridget; su voz es un susurro. Jeanie menea la cabeza, no quiere tener esta conversación—. Es posible que se quede en silla de ruedas, que necesite ayuda para casi todo. ¿Cómo vais a apañaros? Ni siquiera hay baño.

Jeanie estira la mano hacia la otra mitad de su sándwich, pero ya se la ha comido.

—Tengo que volver. —Coge las patatas fritas.

—Hay mucho que asimilar, y tienes razón, ¿quién sabe?

A Jeanie no le gusta el tono condescendiente de Bridget ni que, diga lo que diga, su voz deje entrever que piensa que Julius no va a sobrevivir.

Antes de salir de la Sala de Familiares, firman una tregua temporal cuando Bridget se ofrece a buscar el número del encargado de la perrera local. Cuando Jeanie consigue hablar con él, le pregunta si alguien se ha encontrado a una perra de caza bigotuda de color bizcocho con collar y sin chapa, pero nadie ha llevado a ninguna perra que se ajuste a esa descripción.

Bridget va a Oxford a hacer unos recados y, cuando Jeanie va a tirar los envoltorios de los sándwiches, ve dos botellas de plástico en la papelera. Las coge y las mete en la bolsa de plástico pequeña: ha escondido la grande en la parte de atrás de los baños del pueblo. En el aseo que hay junto a la Sala de Familiares llena las dos botellas con agua fría del grifo. No hay ningún cartel ni símbolo encima del lavabo.

Como Bridget no ha regresado y no hay enfermeras rondando por la UTI, Jeanie saca el pijama de Julius de la bolsa. Le baja la sábana hasta los pies y se escandaliza al descubrir que la bata del hospital se ha arrugado de tal forma que las partes íntimas de Julius han quedado expuestas. Se apresura a remangar las perneras del pijama, doblándolas como un acordeón hasta convertirlas en tubitos, y le viene a la mente el olor a romero cortado del arbusto que hay junto a la puerta de atrás de la casa. Se las arregla para meter los dedos de los pies blancos y peludos de Julius por cada una de las perneras del pijama. Las pantorrillas le pesan más de lo que esperaba y le cuesta moverlas. Cuando está empujando el pijama por encima de los tobillos, primero un lado y luego el otro, llega el enfermero de Julius y la detiene. Con calma, le habla del control de infecciones y la higiene, y Jeanie quiere decirle que la ropa de Julius siempre está limpia, pero entonces se acuerda de que esa mañana cogió el pijama del suelo de la caravana desordenada y se lo llevó a los baños públicos del pueblo. Deja que el enfermero le quite a su hermano el pijama de las piernas y observa como le pasa un trapo con algún tipo de desinfectante. «¿Por qué no hablas con él?», le pregunta, y Jeanie se sienta en la silla que hay junto a la cabeza de Julius y le dice que no sabe qué hacer ahora.

En el camino de vuelta a Inkbourne, Bridget le dice a Jeanie que tiene que ir a trabajar al día siguiente, pero que ha organizado que un voluntario de una organización de transporte la recoja en casa de Saffron por la mañana, la lleve al hospital y luego la traiga de vuelta, y también el resto de los días que Bridget tenga que trabajar. Jeanie sabe que se trata de una organización benéfica, da igual cómo lo

pinten, pero no ve otra alternativa y, además, está harta de Bridget y sabe que Bridget está harta de ella.

Mientras conduce, Bridget habla de Nathan y fuma un cigarrillo tras otro. No deja de repetir que Nathan está construyendo una nueva relación con su padre.

—¿Te acuerdas de esa tarde en que Nath y los otros fueron a la caravana? —dice Bridget.

Jeanie no responde; ¿cómo iba a olvidarlo?

—Bueno, Nath me dijo que sí fue Caroline Rawson quien le pidió que se pasara. —Bridget habla como si estuviera contando la trama de una telenovela—. Nada que ver con el dinero que estaba buscando Tom; fue porque se sentía mal. ¿Te lo puedes creer? Al parecer, lo mandó para que echara un vistazo, para asegurarse de que estabas bien. Nath ya no trabaja para ella. Stu se ha puesto firme. Está buscando trabajo en un pub, o en un almacén o algo así. Lo que le salga.

Jeanie deja de prestar atención a la voz de Bridget. Que Nathan fuera a la caravana para asegurarse de que Julius y ella estaban bien no lo justifica, piensa. Podría haber evitado que Tom entrara, tal vez podría haber evitado que Tom volviera con el arma. Deja que Bridget divague hasta que la oye decir:

—¿Todo bien anoche en casa de Saffron? ¿Vuelvo a dejarte allí? —Y Jeanie se da cuenta de que casi están en Inkbourne.

—En el pueblo, por favor —dice Jeanie—. Tengo que coger unas cosas en la tienda.

Después de decirle adiós a Bridget con la mano, Jeanie recoge su bolsa grande de la parte de atrás de los baños. Huele más a pis que dentro y se pregunta a quién se le ocurre ir allí y no a los baños, teniendo en cuenta que están abiertos todo el día y toda la noche y que hay que pasar por delante de la entrada para llegar a la parte de atrás. Se sienta en el banco del parque. Los miércoles por la noche la tienda de *fish and chips* está cerrada y Jeanie siente alivio; no cree que hubiera podido soportar el olor a frito sin comprar nada. Las luces están apagadas en el piso de arriba y Jeanie se pregunta si a Bridget o a alguien más se le habrá ocurrido contarle a Shelley Swift lo de Julius. Abre la lata de alubias que cogió de la caravana y se las come a escondidas con la cuchara, con la esperanza de que nadie pase por allí. Aunque rebaña la lata, sigue teniendo hambre, pero decide esperar hasta que está casi oscuro para abrir la sopa con el abrelatas. Es una crema de champiñones condensada, espesa hasta el punto de ser casi una gelatina; sabrosa y muy rica. Esta sopa, que lleva comiendo toda su vida, nunca le había sabido tan bien. El tiempo pasa despacio mientras espera sentada en el banco a que el pub se vacíe y, cuando baja la temperatura, tiene que ponerse de pie, dar pisotones y

abrazarse. Por fin, cuando el pueblo está en silencio, regresa a los baños de señoras y, debajo de los lavabos, sobre el suelo duro y con la ropa puesta, se desliza en el saco de dormir y mete su abrigo y su suéter dentro de una de las bolsas de plástico a modo de almohada. Moscas y polillas diminutas aletean alrededor de la luz fluorescente del techo, y los cadáveres de sus antepasados cuelgan de una fibrosa telaraña.

Una hora después, Jeanie tiene tanto frío que no puede evitar que le castañeteen los dientes y le tiemblen las extremidades. Se pone el jersey y el abrigo y se apretuja en un rincón con la espalda contra la pared. La punzada por la ausencia de Maude vuelve y la hace doblarse sobre las rodillas gimiendo. No pega ojo.

A las cinco menos cuarto, cuando ya hay luz fuera, va al váter. Cuando cierra la puerta, la suciedad, el polvo y los insectos muertos que hay detrás caen del techo al suelo por el lado de las bisagras. Quien sea que limpia estos váteres deja las puertas abiertas. Jeanie se asea y se cepilla los dientes, pero se siente sucia y le preocupa oler mal. Los lavabos son demasiado pequeños para lavarse el pelo y no tiene champú. Se cambia la ropa interior y mete el saco de dormir en la bolsa grande, que vuelve a esconder en la parte de atrás del edificio. Ojalá se hubiera reservado la sopa para la mañana. De camino a casa de Saffron, las tripas le rugen y rechinan por el vacío. Espera que el voluntario no la adelante con el coche y trata de cronometrar su caminata para poder pararlo antes de que gire hacia la entrada de la casa de Saffron.

El conductor —un exmilitar con corbata y camisa con la raya marcada en las mangas— no habla salvo para presentarse como Alastair. Le gusta que guarde silencio, pero tiene la sensación de que está esperando que le dé las gracias, que se sienta agradecida por su gesto para poder sentirse mejor consigo mismo, y no piensa hacerlo. «Ese orgullo tuyo acabará matándote», oye decir a Julius. Alastair no puede quedarse en Oxford todo el día, así que acuerdan que la recogerá a mediodía a la entrada del hospital para llevarla a casa.

La UTI ya le parece normal: el olor a desinfectante, las alarmas de las máquinas, los otros visitantes, que saludan con la cabeza a Jeanie pero no tienen ganas de charlar, como tampoco las tiene ella. Julius sigue igual, aunque su enfermero dice que le han reducido el fármaco que lo mantiene dormido y que es posible que por la tarde le quiten el apoyo respiratorio. «Tenemos su número, así que la llamaremos en cuanto sepamos algo», dice el enfermero. Jeanie no le contradice; a saber de quién es el número que tienen, si es que de verdad tienen uno. Se imagina el teléfono de Julius sonando en una bolsa de plástico para pruebas en un armario de la comisaría. Un mensaje en su propio móvil para decirle que está muerto.

Después de pasarse una hora sentada junto a Julius tratando de pensar en cosas que decirle, Jeanie le pregunta al enfermero dónde está la cafetería. El olor a comida —beicon, patatas fritas, tostadas y café— hace que se sienta mareada de hambre. Encuentra un sitio en uno de los extremos de una mesa larga, en su mayor parte vacía, a unas sillas de distancia de una mujer y un hombre que están sentados el uno frente a la otra picando algo. Diez minutos después se levantan y se van y, antes de que alguien pueda detenerla o preguntarle qué está haciendo, Jeanie se sienta donde estaba el hombre, aunque el calor que emana la silla de plástico moldeado la incomoda. Coge su cuchillo y su tenedor. El hombre arrugó la servilleta de papel y la dejó en el plato. Jeanie la aparta y come rápidamente. Medio huevo frito, croquetas de patata, más alubias guisadas y una salchicha casi entera. Bebe el poso del té tibio del hombre, y luego intercambia las bandejas y se come lo que queda de la macedonia de frutas de la mujer: en su mayoría rodajas de manzana verde que se han puesto marrones. Se guarda en el bolsillo un paquetito de mantequilla sin usar y un bote de mermelada en miniatura ya abierto, y luego amontona los cubiertos, apila las bandejas y las lleva al carrito donde se anima a los visitantes a dejar los platos sucios. Aquí, de otra bandeja, envuelve media rebanada de pan tostado y la esquina dura de un cruasán en una servilleta y se las mete en el bolsillo. Le gustaría coger más —hay tantos restos—, pero el corazón le salta dentro del pecho y está segura de que en cualquier momento alguien la parará y le preguntará qué está haciendo. No mira a su alrededor cuando se va.

Jeanie le pregunta a Alastair si no le importa parar un momento en los baños del pueblo antes de dejarla al final del camino, cerca de la granja de los Rawson, y quedan en que la recogerá allí por la mañana. Deja que piense que tiene que ir al baño, pero coge su bolsa grande de la parte de atrás y, si Alastair se da cuenta de que lleva otra bolsa cuando vuelve al coche, no hace ningún comentario.

En los cinco días que lleva fuera, el huerto se ha desmadrado. Las malas hierbas han crecido con tanto vigor entre las hileras de verduras que ya no se ven las puntas de las zanahorias ni las hojas de las remolachas; las campanillas suben formando espirales por los tutores de las judías, la grama está invadiendo los laterales y la espinaca está echando flores. Sabe que debería coger la azada y ponerse a trabajar, pero en lugar de eso arranca unas zanahorias y recoge unos tomates cherry del politúnel y se los come sentada junto a la tumba de su madre, con la tostada y el cruasán que se llevó de la cantina del hospital. El pequeño cuadrado de mantequilla se ha reblandecido y lame el papel, y deja limpio el bote diminuto de mermelada con el dedo. No es suficiente. Piensa otra vez en quién era realmente su madre para tener esa relación con Rawson durante tanto tiempo. Hay

tantas cosas que a Jeanie le gustaría preguntarle a Dot ahora… ¿Cómo fue esa primera vez que dejó su alianza en el alféizar de la ventana del lavadero y fue caminando hasta la granja? ¿Sentía atracción por Rawson mientras estaba casada, como había sugerido Bridget? ¿Cómo había podido dejar que sus hijos creyeran que Rawson era el enemigo, el asesino de su padre, si lo amaba? Mantuvo la memoria de Frank intacta y su propio secreto a salvo, pero ¿a qué coste personal?

Jeanie había pensado pasar la tarde trabajando en el huerto y después romper un cristal y dormir en la casa, pero por la ventana del lavadero el lugar se le antoja lleno de recuerdos, más inquietante incluso que los baños públicos. En la antigua vaquería se fabrica un colchón delgado con arpillera, cartón y periódicos, y se mete en el saco de dormir con el suéter y el abrigo puestos. No deja de darle vueltas al mensaje que le pidió a Jenks que enviara cuando Julius estaba con Shelley Swift. Pasara lo que pasara entre ellos, Shelley Swift no ha ido a ver a Julius ni ha intentado ponerse en contacto con Jeanie. Ojalá hubiera sido lo bastante valiente como para llamar a su puerta aquella noche. Tal vez ella la habría invitado a subir y le habría ofrecido una taza de té mientras Julius se ponía las botas. Se imagina mirando por las ventanas mugrientas y viendo el pueblo desde otra perspectiva: el parque, el *delicatessen* y la tienda, todo desde un ángulo distinto. Luego se imagina diciéndole a Shelley Swift que alguien le ha pegado un tiro a Julius. Ella se desmorona, se tira del pelo y el pintalabios naranja se le corre. Jeanie espera un placer amargo de su fantasía, pero la emoción con la que finalmente cae en brazos del sueño es de solidaridad, y en su duermevela abraza a Shelley Swift y lloran juntas.

En mitad de la noche, Jeanie se despierta porque algo similar a una pluma le roza la cara —una araña u otro insecto nocturno arrastrándose— y salta fuera del saco de dormir con un grito, restregándose como una loca y sacudiéndose el pelo. Recuerda un programa de radio sobre los insectos que se introducen en el cuerpo de los seres humanos mientras dormimos. Por la mañana come más zanahorias y todos los rábanos que puede hasta que la boca le arde y tiene que salir corriendo al retrete. Alastair la está esperando al final del camino a las ocho y media, y ha colgado su chaqueta detrás, en un gancho que ella ignoraba que tuvieran los coches. Jeanie echa una cabezada mientras él conduce y se despierta en el aparcamiento del hospital con la barbilla llena de babas.

En la UTI Julius está más pálido, tiene las mejillas más hundidas. Cuando Jeanie habla con el enfermero, este le dice: «Julius ha pasado mala noche, pero está todo lo bien que se puede esperar. El doctor Jones vendrá esta tarde y podrá usted charlar con él». Pero Alastair no

puede quedarse por las tardes y no quiere solicitar otro conductor que sí pueda. Cuando Jeanie se toma un descanso de estar sentada junto a Julius, vuelve a la cafetería y esta vez se acaba lo que queda de un bocata de huevo con mayonesa y rebaña el fondo de un envase de yogur. Tiene que mirar la imagen de la tapa para saber que es de cereza.

De vuelta en la casa, por la tarde, saca la lavadora de dos tambores de la antigua vaquería, así como los caballetes y los listones de ataúd que Julius partió para hacer leña, y los amontona en el patio. Cuando la estancia está vacía, la barre, destruye todas las telarañas que encuentra y barre las arañas. Está más limpio, pero por la mañana temprano el frío penetra por el suelo de hormigón y la rasca se cuela por la ventana rota, y ella descansa a ratos, tiene sueños de los que no se acuerda, pero que le producen una ansiedad que es incapaz de quitarse de encima. Le duelen las articulaciones cuando se pone de pie por primera vez, tiene los tobillos tan doloridos que se tambalea, y va despacio hasta el grifo del huerto para lavarse, cepillarse los dientes y enjuagar su ropa interior. Come algunas verduras crudas para aguantar hasta que llegue a la cafetería. Le preocupa que su ropa huela, oler ella.

En el hospital, Julius parece más demacrado y su piel tiene un tinte amarillento.

—Creía que ibais a quitarle el respirador —le dice a una nueva enfermera que ha entrado de guardia.

La enfermera sonríe con una mirada ensayada de profesionalidad y simpatía.

—Intentamos quitárselo ayer por la tarde, pero le costaba respirar por sí mismo. Volveremos a intentarlo en un día o dos.

—¿Se va a recuperar? —Jeanie sabe que es una pregunta estúpida, pero quiere que la tranquilicen.

La enfermera vuelve a sonreír.

—¿Por qué no trae un libro y le lee? Los pacientes suelen reaccionar bien a que les hablen.

—No sé leer —dice Jeanie, y le sale con resentimiento, con amargura, y ambas saben que lo ha dicho para que la enfermera se sienta incómoda.

A Jeanie le parece ver a la enfermera tragarse su réplica, pero lo que fuera que iba a decir es reemplazado por:

—Pues entonces charle con él, del tiempo o de lo que sea.

Durante los siguientes días, Jeanie recoge cosas de la caravana y carga con ellas hasta la antigua vaquería, unas cuantas en cada viaje: más ropa y sábanas, la radio que, sorprendentemente, nadie se llevó,

cacerolas y una sartén, cubiertos, todas las latas que quedaban y la guitarra. Por las tardes trabaja en el huerto y no va a casa de Saffron; no quiere verla porque no sabe qué decir. Por las noches enciende una pequeña hoguera cerca de la tumba de su madre, hierve unas verduras y se las come con lo que ha conseguido recolectar en la cafetería del hospital. Piensa en Dot, y lo que ha descubierto sobre su madre y Rawson se convierte en una lenta avalancha de pensamientos y emociones que se depositan en un sedimento con el que aprende a vivir. Solo de vez en cuando, el cieno se remueve y surgen nuevas preguntas. ¿Cómo se enviaban mensajes si Dot no tenía teléfono y Caroline Rawson estaba a menudo en casa? ¿Cuánto le contó a Bridget? Se pregunta qué música tocaban juntos y piensa que ojalá su madre hubiera aceptado la ayuda de Rawson cuando estaba enferma. Un nuevo recuerdo de hace cinco o diez años sube a la superficie: Dot aturullada, tarde para una cita con el dentista, pintándose los labios frente al espejito que colgaba en el lavadero. «¿Pintalabios para ir al dentista?», dijo Jeanie. Su madre soltó una risita avergonzada. «Ay, qué tonta estoy», dijo, y se limpió con una toallita antes de salir pitando. «Una mujer con opiniones fuertes e ideas interesantes.» Las palabras de Rawson vuelven. A Jeanie le gustaría hablar con esa mujer.

Una mañana, mientras está esperando al final del camino a Alastair, que por primera vez llega tarde, otro coche, uno viejo, se detiene, y de él sale Saffron.

—Acabo de enterarme de lo que ha pasado —dice—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Jeanie se agacha para mirar por la ventanilla trasera; el asiento está vacío.

—Angel está con mi madre. Tu amiga Bridget tocó a mi puerta anoche, te buscaba. Pensaba que estabas con nosotras. ¿Dónde has estado durmiendo? Encontré la caravana, pero no estabas allí. Estaba hecha un auténtico desastre. ¿Y sabías que hay un piano tirado en el bosque?

—Estoy bien —dice Jeanie cruzándose de brazos.

—Estás flaca, pareces agotada. Vamos, sube al coche.

—Estoy esperando a que me lleven al hospital.

—Hoy te llevo yo. Ya está todo arreglado, venga, sube.

Por el camino, Saffron dice que leyó lo del tiroteo en la primera página del periódico local. Había una fotografía de la caravana y otra de Julius sonriendo en la puerta del pub, que debían de haber sacado de alguna parte, pero Saffron no tenía ni idea de que estuviera relacionado con Jeanie.

—Alguien puso la caravana patas arriba —dice Jeanie—. Lo registró todo después de que la Policía probablemente hiciera lo mismo.

—Estás otra vez en tu antigua casa, ¿no? Bridget me dijo que Julius y tú vivíais en un *cottage* donde acaba el camino.

—Sí.

—¿Cómo está Maude? —dice Saffron—. ¿La está cuidando alguien?

Jeanie baja la barbilla al recordar el aliento caliente de Maude, la forma en que los ojos de la perra la seguían por la habitación, cómo Maude empujaba la cabeza contra sus piernas cuando quería comer o dar un paseo. Jeanie no piensa llorar delante de Saffron. No piensa llorar. Y para evitar que se le salten las lágrimas invoca la ira que la arrebata:

—Se llevaron el violín de Julius y el banjo de mamá. —Está segura de que los robos y el desorden en la caravana son culpa de Ed o de Lewis.

Saffron mira hacia ella un instante.

—¿Lo has denunciado?

Jeanie no le devuelve la mirada. Saffron le cae bien, pero viene de un mundo diferente, uno en el que las cosas perdidas se encuentran y las personas enfermas sobreviven.

—¿Cómo está el jardín? —dice Jeanie para cambiar de tema.

—Está precioso, deberías venir a verlo. Voy a pedir los plantones de flores silvestres para finales de septiembre. Me los plantarás, ¿verdad?

Jeanie no responde.

—Quería preguntarte otra cosa con respecto al jardín —Saffron habla en voz baja, con los ojos en la carretera—. Me he dado cuenta de que no has cobrado ninguno de los cheques que te he dado. Y me preguntaba si sería porque no tienes cuenta en el banco. —Jeanie, avergonzada, no puede evitar un espasmo en los hombros, un leve giro de la cabeza—. Me pareció que podría ser el caso. Tengo el dinero en efectivo y puedo echarte una mano si quieres abrir una cuenta, no es difícil.

—¿Entonces Bridget te lo ha contado todo? —dice Jeanie, aunque ya ni siquiera está enfadada.

—Me ha dicho que no has pedido cita con tu médico de cabecera.

Jeanie piensa que Bridget es demasiado chismosa.

—No he tenido tiempo —replica.

Cuando Jeanie llega, están trasladando a Julius a una habitación individual, y ella y Saffron esperan en la Sala de Familiares. El doctor

Jones y el enfermero habitual de Julius llegan media hora después, y Jeanie sabe que no traen buenas noticias. Le dan más información sobre los pulmones, la respiración y la temperatura corporal de Julius que no consigue asimilar, pero por el tono de las voces sabe que lo que está oyendo es una advertencia, la están preparando. No para nada inmediato, pero sí próximo.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Saffron, pero Jeanie niega con la cabeza. El enfermero la lleva hasta la habitación donde está Julius, más pálido y flaco si cabe. Todavía no ha abierto los ojos, ni le ha hablado, ni le ha dicho lo que tiene que hacer.

El enfermero revisa los monitores, los cables, los tubos y dice:

—La dejo un momento a solas.

Jeanie se sienta, coge la mano de su hermano, le acaricia el brazo y le toca la mejilla con un nudillo. Se pregunta cómo va a apañárselas para enterrarlo junto a su madre.

—Puedes irte si quieres —susurra—. Me las apañaré. Estoy bien.

32

Saffron insiste en que Jeanie la acompañe a recoger a Angel a casa de su abuela y luego al bungaló para tomar una taza de té y ver el jardín, incluso si no se queda a dormir. Hace pasta con salsa de tomate y, aunque Jeanie dice que no tiene hambre, repite. Recorren el sendero que atraviesa el prado: hay que volver a cortar la hierba. Saffron dice que no ha tenido tiempo: cuando está en casa, estudia, hace cosas con Angel o se echan una siestecita las dos. Jeanie y Saffron se sientan bajo el castaño de Indias en flor y se comen las magdalenas que han hecho Angel y su abuela: el glaseado azul tiene marcadas las huellas dactilares de la niña. Angel sube corriendo por el sendero cubierto de hierba y baja haciendo la croqueta, una y otra vez, incapaz de dibujar una línea recta entre la hierba alta y gritándoles para que la miren. Cuando suena el móvil de Saffron, Jeanie se queda helada —este y el de Bridget son los números que ha dado en el control de enfermería para emergencias—, pero es la madre de Saffron recordándole que lleve un impermeable para Angel al día siguiente porque parece que va a llover.

Saffron lleva a Jeanie en coche hasta el camino de la granja y le pregunta si puede subir a la casa.

—Me encantaría ver dónde vives —dice.

Jeanie mira hacia la parte de atrás, donde Angel se ha quedado oportunamente dormida en su silla infantil.

—Sería una pena despertarla.

—¿En otro momento, entonces?

—En otro momento —dice Jeanie, y sale.

Saffron baja la ventanilla del pasajero y Jeanie se inclina.

—¿Pero, si me llaman, te parece bien que suba a buscarte?

Jeanie asiente. Le ha dicho a Saffron que el móvil desde el que la llamó la primera vez por el trabajo era de Julius, y que ahora debe de tenerlo la Policía. Tiene que agenciarse un teléfono móvil sea como sea.

Pasa corriendo por delante de la granja: no ha visto a Rawson en la semana y media que lleva durmiendo en la antigua vaquería. La hierba está alta por el centro del camino, pero ahora se da cuenta de

que está aplastada hacia delante, de modo que queda a la vista su brillante cara inferior, como pelusa en una cinta aterciopelada, y que apunta hacia la casa. La furgoneta de Stu está aparcada fuera, y el corazón le da un vuelco porque está convencida de que debe de haber traído a Bridget con noticias del hospital. Piensa en dar media vuelta y marcharse, pero sigue avanzando, pasa junto a la furgoneta y la ventanilla del conductor abierta. Ni Stu ni Bridget están dentro. También sabe que sus días de dormir en la antigua vaquería se han acabado: habrán descubierto que la casa está cerrada y vacía, es posible que hasta hayan visto su cama, hecha con los dos cojines largos que se trajo de la caravana.

Jeanie se dirige a la parte de atrás de la casa y oye un sonido, un bostezo, tal vez, o una tos. Antes de llegar al patio, una perra viene corriendo hacia ella, se le sube y hace que se tambalee hacia atrás; una correa le arrastra del collar. Stu está allí, en el patio, esperándola, sentado en un cubo que ha puesto boca abajo. Se pone de pie y sonríe.

—¿Maude? —dice Jeanie—. ¿Es Maude?

La perra gime y jadea de emoción, y su trasero se mueve de un lado a otro con el balanceo de la cola hasta que Jeanie se desploma sobre las rodillas y Maude —piernas larguiruchas, cabeza grande— intenta trepar hasta su regazo.

—Un amigo mío la encontró —dice Stu—. Cerca de Devizes, merodeando por un viejo granero. La he traído directamente, me pareció que te vendría bien una buena noticia. Por su aspecto, ha sobrevivido con lo que ha pillado aquí y allá.

—¿Te escapaste? —dice Jeanie—. ¿Dónde has estado, perra tonta? ¿Dónde has estado? —Se ríe y la perra le lame la boca, los ojos y las lágrimas de las mejillas. Está más flaca, apesta, tiene el pelo sucio y enredado, pero no hay duda de que es Maude.

33

A finales de septiembre del año siguiente, el sol brilla durante más de una semana. El mantillo se vuelve quebradizo y la piel de las calabazas cosechadas se endurece: las Crown Prince y las Sweet Dumpling, que cuelgan pesadamente de un pedazo de cuerda entre dos postes como ropa recién lavada. La luz blanquea los tablones de madera colocados entre los bancales de verduras y madura las cabezas de la grama, que ha hundido sus pálidos dedos debajo de la cerca. El sol tiñe los tomates de un rojo intenso y les estira la piel hasta que se abren, mientras que el calor seca el techo de paja y empuja al interior a los ratones e insectos, ávidos de sombra y humedad. Hay un desgarro en la malla de la jaula para los frutos rojos y Jeanie tiene que ahuyentar a los pájaros un par de veces. Tiene que repararla. Tiene que hacer muchas cosas. Se abre camino a través de los tallos leñosos de las frambuesas y recoge bayas en un cuenco que sostiene en el hueco del brazo. Cuando lo llena, atraviesa el jardín con él y con su cesto de madera. Pasa junto a los manzanos, donde han crecido la hierba y las flores silvestres y solo una ligera elevación en el terreno indica que allí podría haber algo enterrado. Cruza la verja hacia el patio, dispersando a las gallinas. Junto a la puerta de atrás, el arbusto de romero está más larguirucho y necesita una poda. Maude está tumbada de costado, jadeando en la estrecha sombra que arroja la casa, y cuando Jeanie pasa a su lado camino del lavadero levanta la cabeza desganada y después la baja.

Jeanie deja el cesto en el escurridor: remolachas, tomates —los feos que Max no querrá para el delicatesen—, los últimos guisantes, los primeros puerros. Se oyen voces en la otra habitación, una conversación baja y comedida. Se lava las manos en el fregadero y grita: «¿Todo bien por ahí?» No obtiene respuesta. Coge unas cuantas frambuesas, entra en la antigua cocina y apaga las voces de la radio. De todo lo que había en la habitación cuando Jeanie vivía aquí antes, solo quedan el aparador y la estufa. La rejilla está limpia y el fuego ya siempre está apagado, ahora que hay una caldera y unos fogones en el lavadero, la habitación que ella llama la cocina nueva. Stu apareció el día en que volvió a mudarse, hace siete semanas, y le trajo una mesa más pequeña que la anterior, pero con un tablón nuevo —la superficie

estaba astillada y rayada—, y tres sillas de comedor de una casa que estaban vaciando, así como un colchón que arrastró hasta el piso de arriba. Está segura de que Stu vio su cama improvisada en el suelo de la antigua vaquería el día que le devolvió a Maude, y piensa que tal vez estos obsequios se deriven de una culpa no expresada por lo que su hijo tuvo que ver con la difícil situación en que se vio. Jeanie prefiere creer que ese es el motivo, y no la compasión.

Stu volvió al día siguiente.

—Tengo otra cosa para ti en la furgoneta —dijo.

Jeanie lo siguió hasta el camino. Él abrió las puertas traseras y dentro estaba su viejo gallinero, desmantelado, y algunas de sus gallinas.

—Faltan cinco —dijo Stu—. La parienta de Ed retorció unos cuantos pescuezos para sus cenas de los domingos.

Una semana después, el doctor Holloway llegó con un sillón orejero en su *jeep*. Lo llevó hasta la casa y lo puso junto a la ventana, donde antes estaba el sofá.

Ahora, Julius está sentado en este sillón, de cara al jardín delantero.

—Hace demasiado calor para septiembre —le dice Jeanie—. Voy a tener que regar más tarde o las hojas se quemarán. Por lo menos, te entra un poco de brisa.

Julius emite un sonido gutural con la boca torcida y un esfuerzo tremendo.

—Calor, sí. —Ella se sienta en el brazo del sillón—. Mira lo que tengo para ti. —Extiende la mano y le enseña los rubíes que tiene en la palma. Le pone una frambuesa entre los labios y lo observa mientras él empuja con la lengua y la aplasta contra el paladar.

Un gruñido más agudo, de sorpresa y placer. No ha recuperado el habla, aunque por lo general ella es capaz de interpretar lo que quiere decir.

—¿Más? —Se ríe—. Aquí tienes. —Le mete otra, y otra más—. Ya está, no hay más. —Le enseña las manos vacías—. Voy a preparar la comida. ¿El puré de patatas que sobró anoche sofrito con puerros y guisantes, y un poquitín de huevos revueltos? ¿Sí? —Jeanie sigue preocupándose por el dinero y las facturas: la electricidad, el impuesto municipal, la cantidad de semillas que podrá permitirse el año que viene, el alquiler que deberán pagar en algún momento, el resto del dinero que le deben a Stu. Bridget le ha dicho que no tienen que devolvérselo, pero Jeanie nunca ha aceptado limosna de nadie y no va a empezar ahora. Por lo menos se ha puesto al día con lo que le debía a Max y está ganando dinero con las verduras que vende, y con el trabajo que hace para Saffron.

—Esta tarde tienes visita. —Jeanie se pone derecha—. Bueno, mejor sigo con lo mío. —Habla tanto para sí misma como para Julius, necesita oír voces en la casa, una conversación, aunque sea unilateral.

Más tarde, se sienta con él mientras come con una cuchara y trata de no intervenir cuando no acierta a metérsela la boca: se limita a limpiarlo con la muselina humedecida una vez que ha terminado. Le cepilla el pelo, que le ha vuelto a crecer salvo en la línea de la cicatriz donde le quitaron el pedazo de cráneo y se lo reemplazaron. Esta mañana Jeanie lo ha afeitado, pero todavía no se le da bien y le ve un pedazo con barba de varios días debajo de la mandíbula, aunque ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Las tres marcas con agujeros de la cara se han difuminado y ya están casi del mismo color que el resto de la piel, pero en el ojo malo le han colocado un globo ocular temporal de un rosa acuoso, del color de la órbita. A Jeanie ya no le da miedo, y tienen cita para que le coloquen el ojo artificial, pero no sabe si mientras tanto debería hacerle un parche. Es otro elemento en la larga lista de cosas que debe hacer y que tiene en la cabeza.

Shelley Swift llama a la puerta a las cinco. Lleva un vestido de verano de lunares con una falda acampanada, como de los años cincuenta, y los labios y los ojos maquillados, y Jeanie se pregunta si cree que tiene una especie de cita. Hace un tiempo, Shelley Swift envió una nota a la casa dirigida a Julius y Saffron se la leyó a Jeanie. En ella, le decía que lamentaba lo de su accidente —esa fue la palabra que usó— y se disculpaba por no haber ido a visitarlo antes, pero tenía entendido que pronto estaría en casa y le encantaría pasar a verlo. Cuando le dictó a Saffron su respuesta, Jeanie intentó poner a Shelley Swift sobre aviso en cuanto a qué podía esperar, pero ¿quién es ella para negarle a Julius una visita?

—Está en su sillón, durmiendo —dice Jeanie—. Pasa.

Maude, ahora dentro, olfatea y lame la mano de la visita y después va a ver a Julius.

Jeanie observa a Shelley Swift mirando a su alrededor en la antigua cocina, sujetando la cadena dorada de su bolso y con los labios anaranjados atrapados en una sonrisa. Si es capaz de asimilar algo, verá la foto de la boda de Dot y Frank apoyada en el aparador junto al oso con los ojos de cuentas que sostiene el cenicero entre las patas, y la jarra Toby, con el asa pegada, colgando de un gancho.

—Coge una silla —dice Jeanie—. Enseguida preparo una taza de té. Deja que lo despierte.

—¿Está bien? —dice Shelley Swift, todavía de pie.

—¿Bien? —responde Jeanie deteniéndose para mirar por encima de su hombro mientras se inclina hacia Julius—. Ha tenido un buen día, si te refieres a eso. —Se vuelve hacia su hermano y le acaricia el

brazo—. Es hora de despertarse.

Julius gime desde lo profundo de su garganta, lujurioso y desinhibido. Jeanie se siente avergonzada y no mira a Shelley Swift. Ella sabe que los ruidos de Julius suenan sexuales incluso si nunca ha oído a ningún hombre hacer un ruido como ese. Quiere hacerlo callar, pero sabe que esta vergüenza es problema suyo, no de su hermano. Su ojo bueno parpadea para abrirse y se mueve de un lado a otro, tratando de atisbar el cuerpo del que forma parte.

—Shelley Swift ha venido a verte —dice Jeanie en voz muy alta. Los médicos no están seguros de cuánto se ha visto afectado su oído. Jeanie vuelve a mirar a la mujer y ve que la sonrisa ha desaparecido, un horror inequívoco se revela en su rostro: tiene la boca abierta, los ojos como platos. Por miedo a que Shelley Swift pueda gritar o desmayarse, Jeanie le acerca una silla de comedor—. Siéntate —repite, y la mujer se deja caer en ella—. Pondré a hervir agua.

Jeanie se dirige hacia la cocina nueva, pero antes de que haya dado un par de pasos, Julius gimotea y empieza a revolverse. Su cabeza se mueve de un lado a otro, los codos se doblan y los brazos lanzan puñetazos. Se escurre en el asiento hasta que el trasero le cuelga del borde y Shelley Swift se levanta de un salto, lo que provoca que la silla chirríe al desplazarse hacia atrás sobre el suelo de piedra. Maude, que está debajo de la mesa, suelta un quejido, mientras Jeanie se sienta a horcajadas a la altura de la cintura de Julius y le pone los brazos alrededor del pecho para evitar que caiga con todo su peso.

—Ayúdame, por favor —le dice a Shelley Swift, que mira de un lado a otro de la habitación como si esperara que Jeanie le estuviera preguntando a otra persona.

—¿Tienes un cojín? —dice Shelley Swift—. ¿Una almohada?

—Ahí al lado. —Jeanie hace un gesto con la cabeza hacia el salón —. Encima de su cama.

Baja a su hermano al suelo cuando empiezan las convulsiones y lo acuna agarrándolo por el cráneo hasta que Shelley Swift vuelve con la almohada. Todo acaba en un par de minutos y luego lo colocan de lado.

—Dormirá una hora más o menos. Podemos dejarlo.

En el banco del fondo del jardín las dos mujeres se beben su té en silencio, y Jeanie se acuerda de estar ahí con su hermano cuando eran pequeños, no tendrían más de siete años, los habían mandado al jardín porque Dot había metido una vieja cesta de mimbre, plagada de carcoma, en la rejilla de la chimenea. Hubo un rugido en la cocina procedente de la chimenea, y fuera Julius y ella se pusieron a gritar y a bailar alrededor de los bancales de verduras, tratando de atrapar los copos negros que caían flotando. ¿Había corrido Dot a casa de Spencer

Rawson para llamar por teléfono? Jeanie no se acuerda de lo que pasó a continuación, salvo que, por desgracia —eso pensaron en ese momento—, el techo de paja no se incendió y no llegaron a ver el camión de bomberos.

—Supongo que no volverás —le dice Jeanie a Shelley Swift.

—No ha sido como me esperaba.

Miran más allá de la casa en dirección al bosque. Un mirlo canta en un manzano.

—No, ya lo veo.

—Mi hermano pequeño tenía epilepsia —dice Shelley Swift—. Al final se le pasó.

—Los médicos siguen tratando de atinar con la medicación de Julius, son pequeños ajustes, en fin. Y va al fisioterapeuta y al logopeda, y están con lo del ojo, bueno… —Su voz se apaga, le preocupa sonar como si estuviera intentando convencer a Shelley Swift de que Julius mejorará, cuando en realidad necesita convencerse a sí misma—. La plasticidad del cerebro es algo maravilloso —dice con más energía. Esta es una de las frases de Bridget y Jeanie no tiene muy claro qué significa, pero casi todos los días ve un cambio en Julius. Algo que puede hacer y que no podía hacer el día anterior y que solo ella nota: cómo pone de su parte cuando ella lo levanta de la silla, cómo le cae más pasta de dientes en el cepillo que en el lavabo, cómo parece que escucha la radio durante más tiempo antes de quedarse dormido.

Shelley Swift y Jeanie se beben su té. Jeanie quiere preguntarle si ella y Julius habían planeado casarse, si él le había dado la alianza de su madre. No la ha visto desde que estaba en el dedo de su madre cuando su cuerpo yacía en el salón. Las palabras están formándose en la boca de Jeanie cuando Shelley Swift dice:

—Tus judías tienen muy buena pinta.

—¿Quieres unas cuantas? —pregunta Jeanie.

Juntas, se ponen de pie.

34

Una carta llega el lunes siguiente a la visita de Shelley Swift, el mismo día en que Jeanie tiene su cita con el médico. Llegan muy pocas cartas a la casa —en realidad solo facturas y citas médicas—, aunque la nueva cartera, por el momento, sí se acerca hasta la puerta. Esta carta, como las demás, viene en un sobre blanco con ventana y sin sello, solo la impresión de una máquina franqueadora. Distraída, Jeanie la deja en la cocina nueva sin abrir.

Sigue haciendo calor para septiembre, y todas las puertas y ventanas de la casa están abiertas para que corra la brisa. Saffron llega una hora antes, Angel entra en tromba y su madre la persigue a toda prisa. Maude se levanta de inmediato y se pone a bailar, y Angel se ríe y le da palmaditas a la perra en el cuello. El ruido despierta a Julius, que hace su gruñido gutural. Jeanie, que sigue avergonzándose, casi se disculpa por estos ruidos en más de una ocasión con la mujer de Salud Ocupacional, con la enfermera del distrito, con el fisioterapeuta, con el hombre que vino a evaluar a Julius para el pago de la ayuda individual. Jeanie no se siente del todo cómoda con que Julius reciba dinero del Gobierno, un hombre que nunca en su vida pagó seguridad social. Pero Bridget dice que no sea tonta, ¿cómo si no van a pagar las cosas que Julius necesita? Y, además, que Jeanie lo cuide en la casa le cuesta al Gobierno mucho menos que si estuviera en una residencia. Aceptó que Bridget la ayudara a rellenar el formulario de indemnización por delito de lesiones, pero Jeanie aún no está segura de si solicitará la prestación de cuidados. Julius es su hermano, no necesita que le paguen para cuidarlo.

A veces, Jeanie está furiosa por lo que le ha pasado a Julius, a los dos. Y otras es estoica y, si bien no está conforme, lo asume. Igual que aprendió la terminología de la unidad de terapia intensiva, ha aprendido las palabras y frases que utiliza la Policía: *fiscalía, prisión preventiva, internamiento* y *juicio penal*. La agente de Policía a cargo de la investigación fue a ver a Julius a la unidad de rehabilitación y luego, quizás al darse cuenta de que aquello no era de utilidad para nadie, llamó a Jeanie a su nuevo teléfono móvil para ponerla al día de la investigación. La mujer se presentó como la subinspectora Alisha

Kapoor y Jeanie reconoció la voz de la mujer que la había entrevistado en la comisaría. La subinspectora Kapoor le contó que estaban reuniendo pruebas, que el juicio no se programaría hasta dentro de muchos meses y que Tom estaría en prisión preventiva hasta que comenzara. Le dijo a Jeanie que era de esperar que la llamaran como testigo, pero que era poco probable que llamaran a Julius, dada la gravedad de sus lesiones.

Durante el año siguiente al tiroteo, mientras vivía con Saffron, Jeanie pensaba a menudo en Tom y en cómo sería su vida en la cárcel; en cómo sería su vida después que muriera su madre, y si una cosa llevó a la otra. La opinión de Bridget, no obstante, es firme y vehemente: cualquiera que lleva una escopeta cargada a una caravana en mitad de la noche tiene toda la intención de usarla. Y si no hubiera sido Julius, bien podría haber sido Jeanie. A veces, Jeanie piensa que ojalá hubiera sido ella.

Después de la llamada telefónica de la subinspectora Kapoor pasaron meses, y luego, hace tres viernes, solo unos días después de que Julius se mudara a la casa y mientras Bridget estaba de visita, la detective apareció dando botes por el camino en su coche. Aquella noche en la comisaría, Jeanie no se había dado cuenta de lo joven que era la detective; no podía tener más de veinticinco años. En la antigua cocina, la subinspectora Kapoor no dejaba de moverse nerviosa con la espalda apoyada en el aparador, sin saber muy bien dónde poner las manos, hasta que por fin decidió juntarlas delante de su falda. Jeanie se preguntó cuánto llevaría en el puesto. Había escuchado un programa en la radio sobre los problemas con los detectives que ascendían rápido: estaban demasiado verdes, eran demasiado ingenuos. Aceptó una taza de té —sin leche, sin azúcar—, les pidió que la llamaran Alisha y se sentó a la mesa con Jeanie y Bridget, ahora con las manos a salvo en el regazo.

—He venido a decirle que Tom se ha declarado —le dijo a Jeanie, y luego, dándose cuenta de que Julius era con quien debería estar hablando, rápidamente se volvió hacia él y añadió—: culpable.

Bridget apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y exhaló un largo suspiro.

—Ah, son buenísimas noticias.

Jeanie trató de imaginarse qué terribles noticias se había esperado.

—Tiene que hablar más alto —le dijo Jeanie a Alisha—. Mi hermano entiende bastante, pero no oye muy bien.

Alisha se tiró del cuello de la camisa con sus dedos diminutos —no más grandes que los de un niño— y repitió lo que había dicho más fuerte y más despacio. Julius sacudió la cabeza, apretó los dientes y los labios y emitió un sonido incoherente. Alisha sonrió y miró a Jeanie.

—No creo que le parezcan buenas noticias —dijo Jeanie.

Alisha se aclaró la garganta.

—Son buenas noticias en el sentido de que significa que no habrá juicio. No tendrá que enfrentarse a ese estrés. Usted y Julius no verán a Tom en el tribunal, no tendrán que pasar por un interrogatorio ni revivir aquella noche.

—Y malas en el sentido de que… —preguntó Jeanie.

—No son malas —dijo ella—. Pero significa que no tendrá la oportunidad de que le expliquen lo que pasó. Sé que algunas víctimas y sus familias lo desean. Y su hermano… —Miró a Julius y luego apartó la mirada. Jeanie se preguntó si de verdad iba a decir que nunca podrían saberlo por él.

—Pero Tom se lo contará a usted, a la Policía, ¿no? —dijo Bridget —. ¿No puede usted preguntárselo sin más?

Jeanie sintió un placer culpable por que Bridget no conociera la respuesta a todo.

—No tiene la obligación de hacerlo —respondió Alisha.

Jeanie había repasado aquella noche en su cabeza muchas veces, imaginando lo que había pasado entre los dos hombres, y Alisha tenía razón: Julius no podría decírselo, o no todavía. Piensa que en realidad no hay mucho que contar; es una historia sencilla, de la que ella se siente responsable. Tom regresaba a la caravana con su escopeta para intentar conseguir otra vez el dinero que creía que estaba escondido allí, y Julius estaba volviendo a casa porque Jeanie había insistido en ello, porque Jeanie pensaba que se estaba muriendo. Julius, tal vez recordando que Tom había amenazado a Jeanie, se enfrentó a él, discutieron y Tom disparó. A lo mejor solo disparó como advertencia, ya que únicamente tres perdigones dieron en el blanco.

—Asimismo, debo informarla —continuó Alisha— de que ha sido acusado y se ha declarado culpable de lesiones corporales graves, y también de posesión de un arma de fuego.

—¿Y de intento de asesinato no? —dijo Bridget, y Jeanie le puso la mano en el brazo a Bridget para calmarla.

—No creemos que fuera a la caravana con la intención de matar.

—No, pero…

—Y como se ha declarado culpable —continuó Alisha, cogiendo por fin el ritmo—, se ha llegado a un acuerdo con la Fiscalía. El juez ya ha dictado sentencia.

—¿Ya? ¿Qué? —dijo Bridget, que había tenido que beber un sorbo de té para poder pronunciar las palabras. Jeanie, solo con mirar a Julius, ya sabía que no estaba siguiendo la conversación, hablaban demasiado rápido, demasiado bajito, demasiado. Tendría que contárselo todo más tarde.

—Tom ha sido sentenciado a ocho años.

—¡Ocho años! —Bridget apoyó la taza con fuerza y el té se derramó por el borde—. Ocho putos años. Es patético. Mire lo que le hizo a este hombre. —Señaló en dirección a Julius. Julius movió la cabeza, volvió a balbucear y Alisha lo miró y luego bajó la vista hacia su té.

—Lo siento —dijo.

—Bridget, basta —dijo Jeanie en voz baja. Necesitaba tiempo para procesar aquello.

—Saldrá en, qué, cuatro, cinco años si se porta bien. Y luego, ¿estarán a salvo Jeanie y Julius aquí, en mitad de la nada? Ocho putos años. —Bridget había dicho esto último meneando la cabeza.

Después de la visita de Alisha, Bridget ha sacado el tema de Tom y su sentencia unas cuantas veces y le ha dicho a Jeanie que debería al menos considerar la oferta de la trabajadora social de que Julius y ella se reúnan con Tom. La trabajadora social lo llamó *justicia restaurativa*, pero Jeanie ha decidido que Tom no merece que piense más en él y se niega a hablar de ello. Jeanie siente que ahora sería o bien demasiado pronto o bien demasiado tarde para reunirse con Tom.

En la antigua cocina, Saffron dice:

—He traído un par de libros de Angel. Se me ha ocurrido que podrías intentar leérselos. ¿Has visto qué buen tiempo hace? —Entra en la cocina nueva y llena un vaso de agua.

Jeanie pone una bandeja sobre la mesa y saca una lata de botones que compró en un mercadillo local. Sienta a Angel sobre un cojín en una silla de respaldo alto y gira a Julius para que pueda mirar. Angel vacía los botones en la bandeja mientras Saffron dice algo desde la otra habitación.

—¿Qué has dicho? —pregunta Jeanie. Le gustan el ruido y el bullicio de Saffron y Angel en la casa, piensa con qué puede sorprender a la niña, disfruta de limpiar el desorden que dejan a su paso, y luego del silencio cuando se han ido.

Angel coge botones de uno en uno, hace que se presenten entre sí con voces chillonas y los desliza de un lado a otro. Saffron llega a la puerta de la antigua cocina con la carta del sobre blanco desplegada en las manos. Es Saffron quien suele leer en voz alta las cartas que recibe Jeanie —las que especifican las citas médicas de ella y de Julius —, pero Jeanie sabe que esta carta no es de la Seguridad Social, sabe que debería haberla tirado antes de que Saffron pudiera abrirla.

—Qué raro —dice Saffron, todavía leyendo—. Es del Registro General de Southport.

—¿Puedes poner a hervir agua? —dice Jeanie inclinándose sobre la mesa y revolviendo los botones por la bandeja.

—No —le dice Angel a Jeanie enérgicamente, quitándole los botones. Jeanie se pone derecha.

—Creo que es algo de tu madre. Dorothy Seeder, dice. —Saffron frunce el ceño, vuelve a leer y levanta la vista—. Parece que necesitan una parte del certificado de inhumación o cremación. El director de la funeraria o del crematorio no lo envió, aunque deduzco que no saben quién fue. —Saffron le tiende la carta.

—Es la tercera vez que la envían. Debe de ser un error.

Jeanie se para al lado de Saffron y mira la página, y aunque Saffron le está enseñando a leer, el corazón le late con demasiada violencia para que pueda asimilar las palabras más simples.

—¿Qué dice que van a hacer? —pregunta, intentando parecer despreocupada.

Saffron mira la parte inferior de la carta.

—Bueno, nada, creo. Por cómo está escrita, parece que se han dado por vencidos.

—Eso espero —dice Jeanie—. Menuda pérdida de tiempo para todos. —Le quita la carta a Saffron de las manos y la lleva a la cocina nueva, la dobla y la mete debajo de las mondas de verduras que guarda en un bote para el compost.

Saffron está en el sendero de la casa con Angel, que tiene a Maude cogida por el cuello.

—Ve despacito, ¿eh? —dice mientras Jeanie se sube a su bicicleta en el camino. Se la había comprado barata a Kate Gill, después de que su marido le regalara una nueva por su cumpleaños. Es mucho mejor que la antigua bicicleta de Dot.

—Tardaré una hora y media como mucho —dice Jeanie.

—Tarda lo que necesites. —Saffron se queda en el sendero mientras Jeanie se aleja pedaleando. Hace un calor disparatado y, aunque le gustaría que le diera un poco de brisa en la cara y el cuerpo, Jeanie no va rápido. Ahora tiene cuidado con su corazón: la idea de lo que le sucedería a Julius si ella muriera es demasiado horrible para planteársela. Durante un año después de dejar la UTI, Julius vivió en una unidad de rehabilitación. Alastair llevaba a Jeanie allí un par de veces a la semana para que viera a Julius y cómo iba progresando: aprendió a caminar con un andador, a comer él solo, a ir al baño. Pero entre la unidad y su vuelta a la casa tuvo que pasar una temporada en un hogar para discapacitados graves: un lugar maloliente y ruinoso que sufría una preocupante falta de personal, y donde su estado de ánimo oscilaba entre la ira y la depresión.

En la consulta del médico de cabecera, Jeanie se sienta en una silla tapizada y espera hasta que la llaman por el sistema de megafonía.

Bridget no trabaja hoy. Jeanie se ha puesto un poco de pintalabios antes de irse, un rojo apagado que debía de ser de Dot y que estaba escondido en el fondo de un cajón de la cómoda. Se restriega los labios uno contra otro, nota el tacto pegajoso y se sienta más derecha, reafirmada. Qué absurdo, piensa. Cuando entra, el doctor Holloway se pone de pie y le estrecha la mano, la invita a sentarse en una silla junto a su escritorio. La habitación es pequeña y por la ventana el sol se refleja en los parabrisas de los coches en el aparcamiento. El doctor Holloway ejecuta su preámbulo, comenta lo bien que Julius se ha adaptado a la casa, su epilepsia, sus muchas posibilidades de mejora. Le dice a Jeanie que está haciendo un gran trabajo. Jeanie no piensa lo mismo.

—Y aquí —dice el doctor Holloway— están tus resultados.

Ella espera que él abra algo en su ordenador, se ponga las gafas para leer, encienda la impresora, algo, pero él se vuelve hacia ella y le dice:

—A tu corazón no le pasa nada de nada. Todo es completamente normal.

La mano de Jeanie va hasta su pecho sin que ella se dé cuenta, sondea lo que hay en su interior. Está segura de que sigue ahí, dando vueltas sin parar antes de acurrucarse en su caparazón.

—¿Qué? —pregunta.

—El electrocardiograma no ha mostrado daños en ninguna de las válvulas de tu corazón, el flujo sanguíneo está como debe, no hay soplo. No tienes cardiopatía reumática.

Jeanie siente como su rostro se arruga, el picor de la nariz cuando las lágrimas empiezan a brotar.

El doctor Holloway le toca el brazo.

—Son buenas noticias, Jeanie.

—¿Sí?

Le acerca un pañuelo y ella se seca los ojos, hasta que recuerda a su madre en una habitación similar, hace años.

—Por supuesto que sí.

Jeanie niega con la cabeza.

—¿Pero nunca…? —consigue articular. En la primera cita, que Saffron y Bridget la obligaron a concertar, le habló al doctor Holloway de su visita al médico de cabecera cuando tenía trece años y de lo que Dot le dijo después.

—¿Si nunca has tenido cardiopatía reumática, quieres decir? —pregunta el doctor Holloway—. Fui a buscar tu viejo historial, tenemos una habitación a rebosar. —Se inclina hacia delante—. No hay nada en él que indique que alguna vez tuvieras problemas de corazón. Figuraba un chequeo después de que tu fiebre reumática

remitiera, pero ningún registro de que padecieras cardiopatía reumática. —Se recuesta, coge un bolígrafo y le da vueltas entre los dedos—. Y para serte sincero, si tuvieras cardiopatía reumática, o un soplo cardíaco, lo normal es que te hubieras hecho controles regularmente, o que hubieras tenido que tomar alguna medicación. ¿No te pareció extraño? ¿No tomar nada?

—La creí sin más. Me dijo que tenía el corazón débil y la creí. —Jeanie se enfada de repente—. No me dejaba hacer nada. Tenía prohibido correr, trepar a los árboles o emocionarme demasiado. ¡No me dejaba tener un puñetero trabajo! ¿Y qué, todo era mentira? —Está gritando y es consciente de que bombea sangre, de que el corazón le late demasiado rápido. Todavía tiene miedo y no puede evitar respirar larga y profundamente, como Dot le enseñó.

—Lo siento —dice el doctor Holloway.

—Y Julius —susurra—. También lo tuvo en casa encerrado, para cuidarme. —Las vidas diferentes que podrían haber tenido son demasiado enormes para comprenderlas. Podría haber tenido un marido y un hijo, como Bridget. O no, otra cosa. Una niña sin marido, como Saffron. Podría haber sido jardinera de verdad, paisajista, paisajista en Japón o ingeniera. Podría haber sido cualquier cosa. Y el pobre Julius. Si Dot no hubiera dicho que ella tenía el corazón débil a los trece años, ¿habría corrido a toda velocidad por un erial en plena noche para volver a una caravana? ¿Es posible rebobinar a partir de ese hecho?

—¿Por qué lo hizo?

El doctor Holloway solo es capaz de negar con la cabeza.

35

El viernes por la noche, cuando Julius y ella terminan de cenar, Jeanie lo ayuda a ir al baño nuevo. Ahora solo necesita estar cerca por si él la llama, y eso ocurre muy pocas veces, pero se queda merodeando por la cocina preguntándose cómo es posible que usar el baño, cepillarse los dientes y lavarse la cara lleve tanto tiempo. En los últimos cuatro meses, los albañiles han transformado la antigua vaquería y la han unido, mediante un pasillito nivelado, al extremo de lo que era el lavadero. El baño tiene una ducha sin puertas ni plato, y pasamanos a los lados del váter y adosados a las paredes, en el lugar donde en otro tiempo Jeanie se tumbaba e intentaba conciliar el sueño.

Cuando Julius sale, camina detrás de él y de su andador hasta el salón, y la forma en que él arrastra los pies, lenta y metódica, hace que esta noche apriete los dientes de frustración. Envidia a Saffron, rodeada del ruido y la energía de Angel.

En el salón —ahora el dormitorio de Julius—, lo ayuda a desvestirse: le quita las zapatillas y le baja los pantalones y la ropa interior mientras él permanece de pie agarrado al andador. Ha perdido peso en las piernas y los brazos, la musculatura se ha ido consumiendo por la inactividad, y le ha crecido una barriguita que antes no tenía. Le mete un pie y después el otro en las perneras del pijama y se lo sube hasta la cintura. Ya no se fija en sus partes íntimas. Conocen bien la rutina, y Julius se coloca de espaldas a la cama, se agacha y suelta el andador. Jeanie le desabrocha la camisa, le saca un brazo de la manga y luego el otro, pero esta noche él tarda en ayudarla, no mueve los hombros ni los codos como es su costumbre.

—Vamos —dice Jeanie sin ocultar su irritación—. Voy a salir, tengo que arreglarme. —No le ha dicho que esta noche va a ver a Rawson por segunda vez—. Viene Bridget a hacer de canguro. —Julius hace sus ruidos guturales, retuerce los hombros y gruñe—. No a hacer de canguro —se corrige—. A cuidarte. Sé que no eres un bebé, Julius, lo sé. Puede que pronto no necesitemos que venga nadie cuando yo me vaya. —La mujer de Salud Ocupacional dice que hay que conseguirle un teléfono móvil con botones grandes que pueda

aprender a usar en caso de emergencia. Otra más para la lista de cosas pendientes.

Jeanie empieza a meterle un brazo a Julius en la parte de arriba del pijama y él intenta zafarse, sacude el torso y brama.

—Quédate quieto —dice enfadada—. No puedo hacerlo si no te quedas quieto.

Las manos de Julius se retuercen hacia atrás, los dedos se contraen y los brazos se zarandean. Uno de los codos la golpea en una costilla, y ella grita con una punzada de dolor y se deja caer en la cama junto a él, con la parte de arriba del pijama en el regazo. En ese momento se acuerda de que aquella mañana en la que se arrodillaron junto al cuerpo de su madre, sobre las baldosas de piedra, Julius no llevaba la parte de arriba del pijama; ¿es posible que no le gustara usarla? ¿De qué otra forma puede decírselo sino resistiéndose? Junta las mangas de la parte de arriba del pijama, la dobla por la mitad.

—Hoy hace demasiado calor para esto, ¿no? —dice.

Jeanie se pregunta si Julius entendería algo de lo que estaba pasando cuando volvió de ver al doctor Holloway y lloró en silencio en la antigua cocina mientras Saffron la abrazaba y le acariciaba el pelo como hace a veces con Angel cuando está disgustada. Jeanie todavía no le ha hablado de la mentira de su madre, como tampoco le ha dicho que no se estaba muriendo cuando le pidió a Jenks que le enviara un mensaje para que volviera a casa. Y ahora le parece sorprendente que todos esos momentos en los que pensaba que el corazón le latía demasiado rápido, todos los días que faltaba al colegio y se tumbaba en el sofá de la cocina imaginando al animal de su interior, muerta de miedo por el dolor, no hubiera ningún dolor, no le pasara nada malo. Resulta difícil reescribir tu propia historia.

Julius se acuesta en su cama y Jeanie lo tapa con la sábana hasta el pecho. Coge la guitarra, se sienta en una silla y afina el instrumento rápidamente, sabiendo que esto lo tranquilizará e incluso estabilizará su respiración. Cuando empezó a tocar, le preocupaba que la música lo disgustara, que le recordara lo que se estaba perdiendo, pero ha descubierto que lo ayuda a calmarse, y que le cuesta menos dormirse cuando ella toca. «¿Qué va a ser?», dice y casi comienza «Polly Vaughn», pero, recordando la letra, se interrumpe después de un par de notas y en su lugar canta:

Before our singing is through
And our voices lie broken
Before the silence speaks true
And all the lies we led have spoken
For here we would stay

With all that we borrow
And owe to the day
For holding back tomorrow
Do you know, where then we'll go?[15]

Cuando la respiración de Julius se vuelve profunda, ella deja la guitarra y se dirige al jardín con Maude detrás. No va a llorar, piensa. Otra vez no.

Jeanie sale del baño envuelta en una toalla y encuentra a Bridget sentada a la mesa en la antigua cocina hojeando una revista del corazón que se ha traído.

—Llegas temprano —dice Jeanie.

—Me ha acercado Nath. Mi coche está en el garaje, me lo entregan mañana.

—¿Nathan?

—Ha vuelto a casa. Trabajo, dinero, no lo sé. —Pone los ojos en blanco—. No ha entrado, andaba con prisas. Te envía saludos.

—¿Vendrá a recogerte más tarde?

—Stu dijo que vendría a buscarme sobre las diez y media. ¿Está bien?

—Es un detalle de su parte.

—No es mal marido cuando se lo propone. Me ha dicho que la gente pregunta por Julius en The Plough. Le he dicho que les diga que se pasen a verlo. A Julius le vendrían bien una o dos visitas, y tú tendrías un poco más de tiempo libre. Podrías llevar a esta perra a dar un paseo como Dios manda. —Agarra a Maude y le menea la cabeza, clavándole los dedos en el pelaje.

—No lo tengo tan claro —dice Jeanie—. Shelley Swift vino la semana pasada y Julius tuvo un ataque. Acabó en el suelo, echó espuma por la boca, el *show* completo.

—Vamos, que no va a volver. —Bridget pasa una página de la revista. Desde arriba, parece una tira cómica.

—No lo sé. A lo mejor sí. —Jeanie comienza a subir la escalera de la izquierda en dirección a su dormitorio.

—Stu me ha contado que Chris, el de The Plough, quiere saber si darías otro concierto, cuando estés preparada. Le dijo que un tipo había venido preguntando por ti y por tu música. No pudo pasarse la última vez. Dijo algo de una entrevista o una grabación.

Jeanie se detiene a la mitad de las escaleras, donde Bridget no puede verla. Piensa en la noche que tocaron en el pub: el pelo de Julius cayéndole sobre el rostro, las canciones, lo divertido que había sido. Se lleva los dedos al pecho por costumbre.

—No creo que pueda volver a hacerlo. No sin Julius —dice hacia abajo, con un tono ligero que no refleja cómo se siente en realidad.

—Eso fue lo que le dije, pero parece que era a ti en particular a quien quería ver.

Jeanie la oye pasar otra página y no sabe qué pensar.

—Bridget —dice tímidamente—. ¿Me haces un favor? —Otra página—. ¿Me lees una carta de Rawson? —No se acostumbra a llamarlo Spencer. Jeanie apoya las palmas de las manos en los paneles de madera que separan la antigua cocina de la escalera. La pintura blanca, que no recuerda que repasaran en toda su vida, está rayada, llena de marcas y amarillenta.

—¿Una carta?

Nota que ha despertado el interés de Bridget.

—Lo he intentado, pero no soy capaz de descifrar su letra.

—Por supuesto que te la leo. No hay problema.

—Vale. Me visto y te la enseño. —Jeanie se aparta de los paneles y sube lo que queda de las escaleras. Se pone un vestido limpio, uno que tiene desde hace años. Hace demasiado calor para las medias.

En la antigua cocina, Jeanie se sienta frente a Bridget con la carta delante en un sobre de color crema y coloca las manos encima. Sabe que Rawson ha escrito su nombre en el anverso.

—El lunes fui a ver al doctor Holloway, por los resultados de mi electrocardiograma —dice Jeanie.

—Lo sé —dice Bridget. No le quita los ojos de encima a la carta, pero trata de no manifestar curiosidad.

—Y supongo que ya estás al tanto —dice Jeanie con sarcasmo.

Bridget levanta las cejas, se mete un Polo en la boca.

—Por supuesto que no, eso es confidencial.

—¿Quieres saberlos?

—Vale. —Bridget se recuesta, a la espera. Jeanie intenta determinar por su expresión si está enterada de las mentiras de Dot, pero no lo consigue.

—Todo en orden. A mi corazón no le pasa nada.

La sonrisa de Bridget en su enorme cara redonda es de auténtico gozo.

—Son buenísimas noticias.

—Salvo que no es porque yo esté mejor. Nunca tuve nada.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca tuve cardiopatía reumática. Ni cuando tenía trece años, ni nunca.

—Pero te la diagnosticaron, ¿no?

—Mamá me dijo que la tenía, no el médico. Y creo que se lo inventó. Me dijo que estaba enferma y no lo estaba.

—¿Qué? ¿Y por qué iba a hacer eso? —Bridget cierra la revista.

—Para que me quedara en casa con ella, supongo. Me lo dijo el año después de que muriera papá, cuando estaba perdiendo un poco la cabeza, antes de que empezara lo suyo con Rawson.

Jeanie lleva pensando en ello toda la semana y esta mañana por fin ha decidido que la historia es bien sencilla: Frank murió y al año siguiente Dot cayó en la cuenta, o al menos eso creyó, de que algún día se quedaría sola. Tal vez su ataque de llanto en la consulta del médico no se debió al diagnóstico de Jeanie, porque nunca hubo ningún diagnóstico: fue de alivio, o simplemente un desahogo por la muerte de su marido. Pero en un momento bajo le dijo a Jeanie que a su corazón le pasaba algo para que se quedara con ella en casa. La mentira creció y ya no pudo deshacerla; Jeanie —y también Julius— siguieron en la casa con ella.

—Ay, Jeanie —dice Bridget, y pone la mano sobre la mesa. Jeanie estira la suya y toca los dedos de Bridget con los suyos, solo un momento, y luego menea la cabeza al pensar en su madre, aguantándose las lágrimas por segunda vez ese día. Bridget empieza a decir algo, seguro que quiere hablarlo, desmontarlo y analizarlo, y Jeanie no se siente capaz, todavía no.

Coge el sobre, golpea con él la mesa.

—Bueno, la carta. Me la dio la última vez, cuando ya me estaba yendo, dijo que no se le daba muy bien decir las cosas en voz alta. No le he contado que no sé leer. —Jeanie se la pasa de mala gana.

Bridget saca la carta de color crema del sobre; el papel es grueso, caro. Lo despliega. Jeanie sabe que tiene la dirección de la granja impresa en la parte superior, y también sabe que comienza con «Querida Jeanie».

—Querida Jeanie —empieza Bridget—. Perdóname por poner esto por escrito en lugar de decírtelo sin más, pero creo que me expreso mejor por carta y quiero asegurarme de que esta vez lo digo correctamente.

»Tu madre significó mucho para mí. Tal vez deberíamos habernos esforzado más en no vernos por el bien de Caroline, pero me niego a creer que nuestro amor estaba mal. Echo de menos a Dot todos los días, como estoy seguro de que la echáis de menos tu hermano y tú. También estoy seguro de que la naturaleza de nuestra relación debe de haberte causado una honda impresión, sobre todo teniendo en cuenta cómo me has visto durante todos estos años, pero siempre me he preocupado por ti y por Julius y por vuestro bienestar, aunque en secreto, y es difícil expresar lo devastado que me sentí cuando me

enteré de las lesiones de Julius. Reformar la casa y volverla accesible para él era lo menos que podía hacer.

»Y esta es la razón por la que te estoy escribiendo. Me gustaría, con tu permiso, dar instrucciones a mi abogado para que transfiera la propiedad de la casa y su terreno a tu nombre y al de Julius.

—¿Qué? —dice Jeanie.

Bridget alza la mano y continúa:

—Dot, como traté de explicarte cuando fui a la caravana, nunca me dejó hacerlo, pero espero que convendrás conmigo en que las circunstancias de todos han cambiado. Tal vez la próxima vez que nos veamos puedas decirme si tu hermano y tú estáis de acuerdo. Con mis mejores deseos, Spencer. —Bridget vuelve a doblar la carta—. ¡Bueno! —exclama—. ¿Te lo puedes creer?

—¿Nos da la casa?

—Y el terreno.

—En serio, no me lo creo.

—Me pregunto qué pensará su mujer de esto. —Bridget marca los pliegues del papel con las uñas del pulgar y el índice.

—Creo que se ha ido definitivamente, le ha dejado.

—¿En serio? Probablemente sea lo mejor.

Se quedan sentadas en silencio un momento, procesándolo.

—Bueno, y ¿qué le vas a decir? —pregunta Bridget.

—Tendré que hablarlo con Julius.

—Pero le vas a decir que sí, ¿no?

Jeanie le quita la carta a Bridget.

—Le diré que me lo estoy pensando. —Vuelve a abrir la carta, lee la letra arácnida como si pudiera haber algún error y luego vuelve a meterla en el sobre—. En la cocina hay un poco de sopa que ha sobrado en una olla, si te apetece. Julius está dormido. No creo que se despierte, pero si lo hace… Bueno, ya te lo sabes.

—Sí, sí —dice Bridget agitando la mano.

—Te agradezco mucho que hayas venido, otra vez.

—Sí, sí. Voy a echar un pitillo.

La primera vez que Jeanie fue a la granja, al principio fue incómoda, forzada —sentarse allí a tomar el té en la sala de estar blanca de Rawson, hablando de la granja y del tiempo—, pero Jeanie está segura de que con el tiempo será más fácil. Esta vez, o la próxima, quiere hablar de todo lo que oye por la radio: de historia, de política, de agricultura, y también de Dot, claro. Quiere saber qué opina él de sus ideas para convertir el huerto en un negocio rentable. Jeanie sabe que, como su madre, es una mujer de opiniones firmes, una mujer con ideas interesantes.

En el dormitorio, le recoloca la sábana a Julius. Está tumbado hacia la izquierda, por lo que las cicatrices y su ojo malo, que transforman ese lado de su cara, no se ven. No puede evitarlo, echa de menos al hombre sin lesiones: sus bromas, sus burlas, sus ideas locas. Quería que se quedara con ella y que no se fuera con Shelley Swift, quería volver a la casa y, al final, ¿no es eso exactamente lo que ha conseguido?

Jeanie sale al patio, Bridget está fumando y aspirando el aroma de una ramita de romero que ha arrancado del arbusto.

Bridget la mira.

—Por favor, dile que sí, ¿vale?

Sonríe.

—Hasta luego.

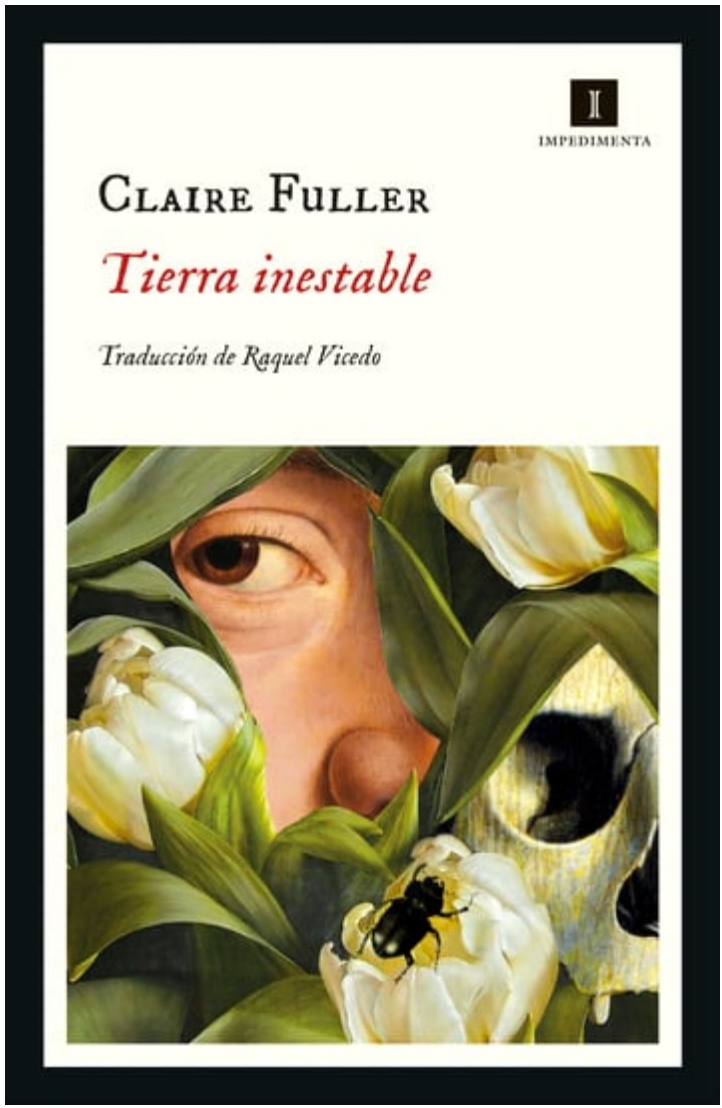
Jeanie sale del jardín, rodea la casa y cruza la puerta de la verja. Gira a la derecha y avanza por el camino que lleva a la granja, donde la espera Spencer Rawson.

AGRADECIMIENTOS

Se necesitan muchas personas para hacer un libro. Me gustaría dar las gracias a todos los primeros lectores de *Tierra inestable*, entre ellos Indigo Ayling, Henry Ayling, Dawn Landau, Louise Taylor y Judith Heneghan y, por supuesto, al resto de los Taverners, que me dieron su opinión capítulo por capítulo, entre ellos Amanda Oosthuizen, Richard Stillman, Paul Davies, Beth O'Leary, Emma Scattergood, Claire Gradidge, Susmita Bhattacharya y Jake Wallis Simons. Gracias también a todos los The Prime Writers por su apoyo constante, tanto por internet como en persona. A la asombrosa Jane Finigan, a Fran Davies y a todos en Lutyens and Rubinstein, y también al encantador David Forrer. A todo el equipo de Penguin y Fig Tree (y al resto), entre ellos Assallah Tahir, Natalie Wall, Jane Gentle y Karen Whitlock, pero muy especialmente a Juliet Annan. Muchísimas gracias a Masie Cochran y a todos los de Tin House, entre ellos Win McCormack, Craig Popelars, Nanci McCloskey, Molly Templeton, Yashwina Canter, Diane Chonette, Elizabeth DeMeo y Alyssa Ogi, sin olvidar a Anne Horowitz. A Ursula Pitcher, Stephen Fuller y Heidi Fuller, gracias por su amor y su apoyo. Muchas personas me ayudaron a documentarme y me dieron consejos a lo largo del proceso, así que gracias a: Jill Kershaw, Paul Ayling, Sam Hodgson, Sarah Kirwan, Caroline Mitchell, Mark Harbord, Lesley Ann Ritchie, Paul Morris, Dave Sell, Olivia Kane, Jane Bartlett, Martin Stallion, Iain Steel y Enda Gallagher. Gracias a Henry Ayling y a Tia Blake por la banda sonora para escribir.

Y mi amor, siempre, para Tim Chapman.

COSTA NOVEL AWARD 2021 y finalista del WOMEN'S PRIZE FOR FICTION. Una novela inquietante, melancólica y provocadora que trata la marginación rural en pleno siglo XXI.



Jeanie y Julius tienen 51 años y viven con su madre en mitad de la campiña inglesa. No tienen internet, televisión ni cuentas bancarias. No tienen pareja. Tampoco tienen padre: murió cuando eran niños.

Cultivan verduras en su huerto y tocan música juntos por las noches. Pero cuando Dot muere de forma repentina, todas las cosas de las que siempre han prescindido se vuelven más imprescindibles cada día. Los mellizos se enfrentan a un mundo desconocido e inabarcable, y cuando los secretos de su madre comienzan a salir a la luz, todo lo que creían saber sobre sus vidas se desmorona. Con sensibilidad e inteligencia, la autora compone un relato desgarrador sobre la pobreza rural en el siglo XXI y obliga al lector a mirar en esos rincones de la sociedad donde nadie entra nunca a limpiar el polvo.

CITAS

«Con sensibilidad e inteligencia, Fuller desentraña la implacable complejidad del mundo moderno.»
Christobel Kent, *The Guardian*

«Oscura, brillantemente cuidada y, en última instancia, una historia en la que el amor sale victorioso.»
The Telegraph

Claire Fuller, antes de escribir, se dedicó al marketing. Sus cuatro novelas, «Unsettled Ground» («Tierra inestable», Impedimenta 2023) (Costa Novel Award 2021, preseleccionada para el Women's Prize for Fiction 2021), «Bitter Orange» (preseleccionada para el International Dublin Literary Award), «Swimming Lessons» (premio Livre de Poche en Francia), y «Our Endless Numbered Days» (ganadora del premio Desmond Elliott 2015), han sido traducidas a más de veinte idiomas. Sus cuentos han sido publicados en una gran variedad de revistas literarias y han sido finalistas de varios premios. También es profesora de escritura creativa, así como jueza en varios concursos de relatos, como el Raymond Carver y el Faversham. Actualmente vive en Winchester, Inglaterra, con su marido y un gato llamado Alan.

NOTAS

1 Un acre de tierra tendrás que encontrar, / ajedrea, salvia, tomillo y romero, / entre la arena y el mar de acero, / si tu intención es mi amor conquistar. (*Todas las notas son de la traductora.*)

2 Te hablaré de un cazador cuya vida se malogró.

3 Te hablaré de un cazador cuya vida se malogró / Por la acción del mal a la puesta del sol.

4 Deambulamos por el jardín, por la verde avenida. / La tierra endurecida, el cielo de otro azul.

5 Cual trino mañanero / o lluvia de verano / igual que un paradero / que escapa de las manos / ¿Sabes adónde? Iremos.

6 Te hablaré de un cazador cuya vida se malogró / Por la acción del mal a la puesta del sol / Su flecha voló y la oscuridad rauda atravesó / Y en el blanco dio matando a su único amor / Vestía un delantal y él la tomó por un cisne / Pero ¡ay!, era ella, Polly Vaughn.

7 Una mañana de marzo me despedí de mi hogar / y emprendí el camino a Londres para cambiar mi fortuna. / Maldije el oro extranjero, nada podría colmar / mi profunda añoranza por el verde Hadlington.

8 Si no fuera por los lobos y los osos, dormiría en el bosque…

9 Cuando era pequeña, quería ser un niño / Brincaba detrás de ellos y llevaba pantalones / Todos decían que solo quería darles la brasa / Pero yo iba a ser ingeniera.

10 Mamá dijo: «¿Por qué no te comportas? / Tu deber es convertirme en madre de una joya / Espera hasta que seas mayor / Tal vez te alegrarás de ser mujer».

11 Una hermosa doncella. / Tenía un novio que era un demonio.

12 Servirá, servirá, servirá, dice Bryan O'Lynn, servirá.

13 Al lugar acudió y allí encontró a su amor / Volvió la cabeza, era incapaz de mirar / La cogió entre sus brazos, muerta estaba ya / Y un mar de lágrimas su rostro bañó / Vestía un delantal y él la tomó por un cisne, / Pero ¡ay!, era ella, Polly Vaughn.

14 Volvió corriendo a casa con su perro y su pistola, / Gritó: «Mi

querida madre, ¿sabes ya lo que he hecho? Encontré a mi único amor, la tomé por un cisne, / Le disparé y murió cuando se ponía el sol». / Vestía un delantal y él la tomó por un cisne. Pero ¡ay!, era ella, Polly Vaughn.

15 Antes de que nuestra canción acabe / Y nuestras voces, rotas, descansen / De que el silencio confiese / Y nuestras mentiras hablen / Porque aquí nos quedaremos / Con lo que el día nos prestó / Y aún le debemos / Por retrasar el mañana / ¿Sabes adónde iremos?